

BOTELHO DE MORAES Y VASCONCELOS, FRANCISCO (1670-1747)

EL NUEVO MUNDO

ÍNDICE

Al que leyere

Alegoría del Libro primero
Libro primero

Alegoría del Libro segundo
Libro segundo

Alegoría del Libro tercero
Libro tercero

Alegoría del Libro cuarto
Libro Cuarto

Alegoría del Libro Quinto
Libro quinto

Alegoría del Libro sexto
Libro sexto

Alegoría del Libro séptimo
Libro séptimo

Alegoría del Libro octavo
Libro octavo

Alegoría del Libro nono
Libro nono

Alegoría del Libro décimo
Libro décimo

AL QUE LEYERE

Docto y estudioso Lector. La Inclinação con que me arrebataron las Gloriosas Memorias de España, despertó en mí una Ansia de prorumpir en Obra que acreditase este Afecto. Dábame aliento el Genio, inclinado a la Poesía Heroica, Tribunal y Árbitro verdaderamente que ha repartido siempre la Fama entre los Mortales. Dudé algún tiempo arrojarme a tanta Empresa, estremecido con los testimonios que dan los Siglos de cuán difícil sea la Cumbre de lo Épico. Miraba luego que la Poesía está en España no con toda la veneración que se le debe, por haber tanta abundancia de Versificantes de Soneto, y Glosa, a quien llaman Poetas los Vulgares, sin atender a lo que dice Horacio

Mediocribus esse Poetis

Non Homines, non Dii, non Concessere Columnæ.

Vía también que este género de Composiciones ha sido fruto de una Edad dilatada, saliendo de los ancianos Poetas semejantes Escritos poco antes que el Alma; Quizá a anunciarle, o a competirle las Gloriosas duraciones de su Inmortalidad; Y no permitiéndome la inquietud de mi Fortuna dedicar a las Musas dedicar a las Musas toda la aplicación, se hacía insuperable el Intento. Mas atropellándolo todo en fe del gran motivo, dejé la Corte, y estaba con el cuidado de proseguir, y terminar la Obra, desatendiendo (como dice de sí Salustio) a que juzgasen Algunos era pereza en mí, y no querer servir a la República este servirla en lo más Glorioso; Cuando el nuevo Espíritu que se hizo sentir en toda la Monarquía al primer rumor del nombre de FILIPO, me desordenó el Sosiego destinado par mi gran Tarea. Pensé luego en demostración de cuánto venero este Suceso, feliz para España, y toda la Cristiandad, dar a Luz lo que tenía escrito de mi Poema.

Sale no concluido, ni limado, pues mi Ánimo es dilatarlo mucho más, gastando en él todo mi Vida, y estudios; Y aun estos diez Libros van, ni limados, ni concluidos; Mas ¿qué puedo hacer yo cuando todos los Españoles prorumpen en impacientes alborozos que deben a la Venida de tan gran Rey?

Ya vio la Antigüedad en Ocasiones festivas arrojar la Riqueza por las ventanas a las Calles, y Plazas; Este es el único Caudal, que no ha podido quitarme la Fortuna; Y el Relevante Motivo que trajo el Tiempo me arrebató ansioso arrojarlo al Juicio Común. Aquí las masas que la Tierra va disponiendo para Metales salen a Luz interrumpidas, y arrojadas del Terremoto cuando alguna Generosa Llama, que estaba más allá de los Senos de los Montes, rompe iluminando sus Cumbres a estrellarse en las Hogueras del Sol; Pues hoy que divididas las Cordilleras del Pirineo, vuelven a correr Luces más preciosamente que lo vio o soñó otro Siglo, ¿quién habrá que estremecido en las inquietudes del Público Alborozo escasee una tan precisa Imitación a las impacencias de la Naturaleza?

Lo primero que debemos sacrificar a un Rey de tales Prendas, es el afecto, y este no se ve tan puro entre las formalidades; Cuanto menos se tuviere por juiciosa esta acción mía

tanto más probará el Regocijo. Quede en el primer lugar ahora la Voluntad, y haya una ocasión en que el Alma, justificada, huelle su mejor Esencia en el Entendimiento.

Sin embargo deso lo consulté en Barcelona al Padre Josef Rocabertí, Doctísimo por sus Estudios, Grande por su Nacimiento pues es Hijo de la Ilustrísima Familia de su Apellido, y Mayor por su Elección siendo de la Compañía de Jesús; De la cual con Vanidad justísima confesaré siempre soy el más rendido Discípulo.

Obedeciendo también a tan gran Dictamen que venero, pongo a tus Ojos esta Obra, con todas las imperfecciones que tienen precisamente al principio nuestros Conceptos, permitiéndonos el Cielo acertar sólo con el Tiempo, y la Aplicación.

Ya llegará el día, que admirado el Mundo de las Hazañas del grande FILIPO, salgan concluidas, y limadas mis Octavas; Llenando sus Episodios restantes, con los Gloriosos Hechos de tanto Príncipe, y uniendo a ellos elevadísimas Memorias de su Heroico Abuelo LUIS DÉCIMO-QUINTO, el MAYOR de los Monarcas que han venerado todos los Siglos.

En tanto reciba el Augustísimo FILIPO; y agasaje tu Cortesanía [oh Lector] estos diez Libros, con que mi rendimiento venera a su Majestad; Hasta que puesto también a sus Reales pies el Autor pueda decir con más razón que el Maestro de los Amores.

*Fas mihi praeipue vultus vidisse Deorum:
Vel quia sum Vates, vel quia Sacra cano.
Don Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos.*

ALEGORÍA DEL LIBRO PRIMERO

En la Invidia infernal se muestra repugnando a esta admirable Acción el Espíritu Maligno (Contrario preciso en los Poemas, donde es precisa introducción de Leyes y Culto verdadero) y se le da el Nombre de Invidia porque lo era a las Dichas del Mundo y a los Honores del Cielo la Idolatría, a quien desterró del nuevo Mundo el Glorioso Capitán que se canta. La Gruta obscurecida significa las profundas obstinadas sombras en que perverso su Entender deposita en sí eternamente sus Furores; y como reventó en los más airados al ver se destinaba tanta Felicidad a las Tierras no conocidas.

La Nave de la Justicia con la Fuente de Luz que derramaba a todo el Mar, declara los activos Esplendores de aquella Poderosa Iluminación con que Dios ordena dentro de Nosotros mismos las Especies y Dictámenes nuestros a Altísimos Fines suyos; como fue mezclar este Héroe con los Españoles en progresos de la Religión; Gente en quien Ella ha estado siempre con la pureza que sabe y confiesa la Emulación misma.

Las Virtudes que en la Nube Floreciente dan los siete Buenos Viajes (que se estila dar a las Capitanas) a la de Colón, explican lo mucho que interesaron Todas en esta Empresa; y

los felices Auspicios con que el Héroe se arrojó a un Pensamiento tan extraño. No sé si se da a entender también que este gran Suceso fue previsto de muchas Profecías, porque encuentro en las Octavas traducido algo que se entiende desta rarísima Acción; *Qui sunt isti, Qui ut Nubes volant, et quasi Columba ad Fenestras suas? Etc.*

LIBRO PRIMERO

Sonora Inteligencia, Llama pura
que destierras Feliz el ciego Olvido,
baña en Luces mi Voz, rompe la obscura
mortal Niebla a mi Espíritu encendido.
No (cual tierno llore) de otra Hermosura
cantar quiero el rigor apetecido;
Mayor Palio a mi AnheLO está ofreciendo
inaccesible el Rapto que ya emprendo.

Aquel casi Criador que nuevas gentes
y Mundos unió a Europa Soberano,
logrando sincopar en vagas Puentes
la horrible inmensidad del Oceano
Su Mente y Brazo, con que hirió las frentes
del Abismo, y del Bárbaro Tirano,
serán (si cabe en Verso tanta Pompa)
la alta Osadía de mi ardiente Trompa.

Tú, Gran FILIPO, que entre las primeras
Heroicas Almas creces tan Glorioso
cuanto descuella Augusto entre las Fieras
el Real bruto que pisas Generoso;
Y para quién intentan las Esferas
dilatarse de las Tierras lo espacioso,
pues tu Dominio el Universo abarca,
y es mayor que el Imperio el gran Monarca.

Sacro Genio de España, en quien penetro
Victoriosos ardores inmortales;
Inteligencia Celestial del Cerro;
y Universal Quietud de los Mortales;
Disculpa (oh Tú) el arrojado de mi Plectro
cuando a tus Plantas hoy pone triunfales
aun la mayor Acción: todo deslumbras;
lo más emprendo, y más allá te encumbras.

Contigo el Universo ha dividido
aquel Ser Sumo que lo informa extenso;

rige el Cielo, las Tierra e ha cedido;
fiel sustituto del Monarca Inmenso.
A la Grande Alma que te dio advertido
(y todo Heroico ciñe rayo intenso)
es poco el Pecho; aunque las dos encierra
mayores Ascendencias de la Tierra.

Tú, que tan nuevo Espíritu a tu Gente
diste luego, y (a Estudios más veloces)
copias, o excedes ya, lo Inteligente
todo al Cielo, te debes a mis voces.
A ti un Héroe se debe, que, altamente,
el Polo, el Mar, su Escuadra hallando arroces,
a su Escuadra enseñó su Pecho sólo
Vigor, Grandeza al Mar, Firmeza al Polo.

¿Qué diluvio podrá de undante plata
rápidas competir las Olas gruesas
de Gente que a adorarte corrió grata
en tu Venida; a quien de honrar no cesas?
Hoy pues que todo aclamación desata,
(en mis Heroicas Musas Portuguesas)
con diluvios de voz, donde Oro ultrajo,
fiel retroceda al Aranjuez el Tajo.

Cuando (oh Gran REY) las Selvas Florecientes
de Versailles rayabas aplaudido,
Por su Espesura en ansias impacientes
entró España a buscarte esclarecido.
A tus pies en mis voces reverentes
el Orbe Nuevo ahora va rendido:
llega más tarde porque estorbo fragua
acá interpuesto tanto Mundo de Agua.

El Grande LUIS, aquel que a repetidos
Triunfos ya el Bronce de la Fama invierte,
tal vez prestar Glorioso querrá Oídos
a la tal Hazaña que en mi voz se advierte.
Entre Excelsos Cuidados, no entendidos
reverenciados si del Mundo y Suerte,
bien mis Ecos se oirán que (a suavidades)
atentas se oían arrojar Deidades.

Para las cuatro Letras de su Nombre
las Partes Cuatro el Mundo destinaba;
ya la L, la U, con la I, porque lo nombre

acá la Tierra en las tres Planas graba.
Clama, Asia, África, Europa, su Renombre;
y si para S, América Faltaba,
ya el Istmo se quiebra, y línea tosca
al Bóreas media, media al Sur se enrosca.

Era el tiempo en que al Rey, Luz soberana
con que el Ebro Castilla enriquecía,
Granada ya obedece, a quien ufana
del Gentil ciñe la Corriente fría;
Cuando errante la Secta Mahometana
qué pérdida tan grave padecía,
buscó la Gruta formidable, donde
sus Iras la Infernal Invidia esconde.

Yace junto a los Reinos inclementes
del Erebo una Estancia abominada,
a Cuyos horrorosos Occidentes
aún se niega la Noche amedrentada.
Si en la Pared se tejen mil ardientes
Quelidros por adorno, abulta airada
la Techumbre, en mil áspides nocivos,
escamosos relieves sensitivos.

Perpetuas sombras le imprimió el Destino;
sólo entre el negro horror de sus despojos
le centellean resplandor maligno
de Monstruos varios los rabiosos Ojos.
Copia el rugido y silbo, que previno
el Furor en sus trágicos enojos,
las formas el Delito en sumos Males
eternas Disonancias Infernales.

En Céspedes que obstina infaustamente
el terreno infeliz caliginosos,
a rasgar los Fantasmas de su ambiente
nacen funestos troncos espinosos.
De Dragones tal vez dobla pendiente
vasto enjambre sus Ramos escabrosos;
y son (ceñidos de las garras broncas)
alcándaras tal vez a Harpías roncadas.

Por varios Etnas que ardor negro enluta
no se advierte quien presta obscuridades
si ya al Abismo la Gaberna bruta,
o el Centro a estotras pálidas fealdades;

Brama al encuentro la inundada Grita;
y exasperando obscuras tempestades
quiebra, por Ondas, en un Mar de nieblas,
Humo, Alaridos, Monstruos, y Tinieblas.

Aun peor que este Albergue y sus enojos
es una infiel Mujer que en él impera;
Sierpes riza en los crespos; y en sus Ojos
son pupilas Tisífone y Megera;
Respira en vez de Aliento incendios rojos;
Víboras por vianda. Come fiera;
notándose en su boca, con la llama,
la ponzoña Correr, sonar la escama.

Junta al Humano Aspecto enfurecido
la cola y alas de Dragón volante;
siguiendo el pecho, en roscas confundido
del mortífero cuerpo lo restante.
De su lenguaje el bárbaro ruido
no imita nuestra voz; más disonante
aun varias formas al Clamor vincular
ruge acentos, bramidos articula.

Las Furias mismas temen luctuosa
su vista, en la Religión de la Inclemencia.
Mas no a la Secta Mahometana ansiosa
fue pasmos hoy su trágica presencia;
antes pudiendo en ella la rabiosa
pena, más que de la ansia la violencia,
contra aquellos silencios su Gemido
truenos mil fulminó en un alarido.

Reina (gritaba) de la Corte impía;
portentosa Infernal Deidad suprema,
ya se acabó mi Aliento y mi Osadía;
fue mi Triunfo y mi Acción; Fue mi Diadema;
fui Yo otro tiempo; de la Gloria mía
trajo el Cielo cruel la edad extrema;
ya de ultrajes apura amarga copa
mi labio audaz que amenazaba a Europa.

El Español Ejército atrevido
entró en Granada de Victorias lleno;
y aquel muro Augustísimo, que ha sido
mi Defensa mayor, me oprime ajeno.
¿Qué le queda a mi Orgullo reprimido

más de volver al África el Veneno,
el Veneno que ya contra estas Gentes
me prestaron de Libia las Serpientes?

¿Y tú, duermes en rústica pereza
cuando anuda mi Aliento Injuria tanta?
¿Y cuando mi abatida fortaleza
al Católico Ertor besa la Planta?
Mueva el abismo toda su fiereza;
arda horrible de Alecto la garganta;
y de un Pecho a exhalar el Odio fiero
no le basten tres Fauces al Cerbero.

Perezca el Mundo; y aún Alivio indigno
será; y poco, a mi Incendio formidable.
¿Qué te dicta de todo lo Maligno
llamarse el Hombre Centro inexorable?
Ejecuta en las Tierras furor digno
del Ceño que te arrogan execrable;
diga Verdad el que Iras te dispensa:
sea a sus voces Crédito su Ofensa.

Más la afligida Secta prosiguiera
si sus quejas que a todos irritaban
un espíritu inmundo no impidiera
de infinitos que al triste espacio entraban.
A un lado y otro con inquietud fiera
los monstruos apartó que lo estorbaban,
anunciando algún caso relevante
la airada turbación de su semblante.

Cesa (gritó a la Secta) cesa; y presto
advertirás, (mis ansias escuchando)
no ser ese el suceso más funesto
que nos toca en las glorias de Fernando.
Luego entre ella y la dura Invidia puesto
(dando a los ojos llamas, y bramando
con feroz, labio, cual opuesto al Cielo
muge y arde espantoso el Mongibelo).

Bien sabes (prosiguió) cuanto inquietase
al Oreo el decir Dios tendrá su culto
todo el Orbe; temiendo nos faltase
de la Antártica tierra el pueblo oculto;
ni olvidas me inviaste a que indagase
entre los hombres con mañoso insulto

(no sin recelos de la gente Hispana)
quien logrará esta empresa más que humana.

¡Oh! nunca tu dictamen poderoso
me decretará asombros tan fatales,
pues me fueran dolor menos furioso
del Abismo las muertes inmortales.
Corrí el Mundo; y un Héroe portentoso,
con virtudes a tanta hazaña iguales,
encontré, allá donde pisó robusta
al Lingüístico mar Génova augusta.

Fiose al agua; y viendo mis cautelas
correr a nuestro fin su antena sabia,
por donde el Norte dirigía sus velas
hice sus velas Norte de mi rabia.
Jamás, jamás de otras aladas telas
horror tan fiero y miedo tal me agravia,
después que el Verbo en la dichosa brea
divinizo el cristal de Galilea.

Mas juro por el ínclito ardimiento
con que un tiempo asalté la excelsa Curia;
y por la Estigia en que arde nuestro aliento;
que nunca en ondas y aire hubo igual furia.
Mil veces con volcanes quemé el viento;
y blasfema (a la instancia de mi injuria)
contra el rostro del Cielo el mar que encierra
escupió la garganta de la Tierra.

Mas ¡oh infamia del folio obscurecido!
lo que ocho años logré con maltratarlo
por varios Reinos y ondas, solo ha sido
con la experimental ciencia ilustrarlo.
A altísimas virtudes que ha debido
al Criador, di ejercicio en opugnarlo:
Dios (cual suele) con sacras vigilancias
medios suyos halló en mis repugnancias.

Dichosa tú, que en esta gruta umbría
huiste de formar, sin tregua alguna,
al Cielo alto espectáculo, en que vía
lidar un Varón grande y la Fortuna.
El Oceano, y el Abismo hacía,
con la Suerte, a un Mortal guerra inoportuna;
y fue mayor un Corazón humano

que la Suerte, el Abismo, y el Oceano.

La última vez que el mar turbé (oh furiosa
Reina) es un velo de celeste fuego
se me escondió la Nave victoriosa;
y a España dirigió su Proa luego.
Pondera tú estas Lumbres cuidadosa;
que yo tan sólo sé rabioso y ciego,
que la alta ardiente niebla en la ribera
humo me deslumbró, me abrasó hoguera.

Calló el Monstruo: Mas ¿quién podrá [oh tirana
Invidia] referir cuales furores
sentiste al ver que la nación Hispana
a glorias se ha de unir tan superiores?
¿Quién la llaga cruel con que inhumana
hirió aquella noticia tus rencores?
bramaste, ardiste, respiraste fuertes
rabias, volcanes, ansias, ruinas, muertes.

Tal cuentan que del Pindo en la ribera
(con las flechas del sacro Apolo herida)
se enfurecía la espantosa fiera
del rebalsado Mundo producida;
vierte un Ganges de sangre la severa
desunión de la escama empedernida;
revuélcase el gran monstruo entre el fracaso;
ruge: y a tanto horror tiembla el Parnaso.

Así feroz la Invidia se agitaba
con la angustia que en ella se encendía;
en sus mismos sentidos se vengaba;
de sus propios alientos se ofendía;
despedaza el Caballo que silbaba;
rásgase el pecho; el rostro hierre impía;
y deshaciendo riscos, el informe
azote vibra de la cola enorme.

¡Oh infelice! (prorrumpe) oh qué iracundo
que infausto amaneció a mi Gruta fiera
el ceño desta Noche! ¿hay otro inmundito
triste suceso que oprimirme quiera?
¡Oh Cielo! ¿no podía un Nuevo Mundo
ser conocido sin la fuerza Ibera?
tanto merece la Española gente
que es ya preciso que el Laurel se invente?

¿No bastó que, del Norte huyendo vagos,
en los Hispanos climas de oro llenos
al Universo hurtasen los halagos
de sus más cultos fértiles terrenos?
¿y habiendo sido a todo el Orbe estragos,
lograsen siempre atroces, que a lo menos,
si el Sol no oprimen, more su osadía
donde entre espumas agoniza el día?

¡Ah Eterno Ser! allí tanta inclemente
hueste tu protección aún no abandona;
a África pasan dando entre su gente
al Tíber solio hacía la ardiente Zona.
Poco fue el Tajo en piélagos luciente,
y el Betis que de olivas se corona,
bien que excesos confiesen a sus jaspes
glorioso el Indo, aurífero el Hidaspes.

¡Cuántas veces la esfera a su desvelo
Divinidad visible mostró amiga!
¡Cuántas Comilitón de España el Cielo
retrógrada vibró la asta enemiga!
Cedió el fuego a sus diestras; vio su anhelo
que la almena el cimientó en ruinas siga;
de tu imperio absoluto en las frecuencias
casi infamadas ya tus providencias.

Dijo: y sin proseguir, por que su ardiente
furia, impedía su clamor terrible,
ya en la Gruta no cabe; ni impaciente
ya en ella propia el fuego cabe horrible.
Bate las alas, y en el negro ambiente
el humo despedaza; arde inflexible;
suena al romperlo en la infernal caverna
el velo opaco de su Noche eterna.

Remolina pendiente en globo obscuro
de la cola escamosa la torpeza;
y las serpientes del cabello impuro
suceden, ondeando, a la cabeza.
Con el ardor que imprime al vulgo duro
también vuela irritada la fiereza
de esotros monstruos; en rabioso encuentro
[...] abultando espíritus el centro.

Cual si en grande vasija se introducen
del fuego al agua las actividades,
salta el humor en olas, y producen
ciego murmureo sus desigualdades;
así con fiero estruendo se conducen
de los monstruos inquietas las crueldades:
ampollas de ascuas el techo inmundo
vestigios son del cóncavo profundo.

Reventó la Caverna, no pudiendo
sufrir de asombro tanto el barbarismo,
y al día reveló el vaivén horrendo
los trágicos secretos del Abismo.
Cayeron muchas sierras; ascendiendo
los monstruos asustaron el Sol mismo;
toda la Tierra fue un volcán, o Averno,
de quien era vapor todo el Infierno.

¿Dónde vais Ciegos? ¿donde peregrina
se precipita la Región siniestra?
¿hasta cuándo opondréis a la Divina
Esencia, en vano, la Arrogancia vuestra?
¿Tan ligero escarmiento os dio a la ruina
la vencedora omnipotente diestra,
cuando al Cielo discorde en bando inquieto
la Mente impulso fue, filo el Concepto?

¿Tan poco os desengañan repetidos
oprobios cada instante en vuestros males,
para que a más despeño conducidos
busquéis la infamia con fatigas tales?
¡Oh cuánto por Colón vuestros gemidos
perturbarán los climas infernales!
Colón, que ya en España (a quien libraba
el Cielo, de aquel susto) el Rey buscaba.

Es Granada alto afán de los pinceles
de Abril; tanto en florestas logra amenas
a diluvios, Centellas de claveles;
a tempestades, Copos de azucenas.
Invidia el Sol beldad a sus vergeles;
y en sus fuentes, de tierno aljófara llenas,
para los llantos que entre rifas llora
aprende hermosas lágrimas la Aurora.

Con el Cristiano triunfo entonces era

todo su emporio gallardías sumas,
brotando empenachada Primavera
celestes Mayos de bandera y plumas.
Con las salvas y antorchas, que en su esfera
atendieron del Darro las espumas,
el día hacía noche el humo Ciego;
transformaba la noche en día el fuego.

Divulgose un rumor que había venido
el sublime Colón timbre del Lacio.
El sublime Colón, esclarecido
en todo undoso y floreciente espacio.
Corre el pueblo de aquella voz movido;
van inquietos los Grandes al Palacio;
hierve la Corte; cada cual primero
ver quiere, ansioso, e ínclito Extranjero.

Iba con él Bartolomé su hermano;
y el Veronés Camilo, en quien se vía
felice juventud que un soberano
progreso de Laureles ofrecía.
Festivo (como es deuda al más que humano
Caudillo) el Rey los recibió aquel día;
y mirando al mayor Colón glorioso,
Oh tú (exclamó) Caudillo generoso;

¿Qué incultos pueblos, qué fierezas sumas
en sus remotos ámbitos contiene
el Eje Boreal con ciegas brumas,
con volcanes la tórrida Siene,
donde al sonoro Bronce y a las Plumas
cuyo raptó a lo eterno se previene,
no hayan sido tu Nombre y tus desvelos
triunfo a sus voces, y alma de sus vuelos?

Ya en nuestra España resonó tu gloria
y tus Náuticos triunfos, elevados
más que cuantos se admiran con victoria
del Troyano y del Griego ejecutados.
Sabemos que adquiriendo alta Memoria
hacer emprenden grandes tus cuidados
que a pesar del Océano profundo
de sí se pame duplicado el Mundo.

Feliz mi Reino que en su espacio advierte
los excelsos blasones de tu aliento;

Cuanto anhelare del tu Heroica Suerte
servirá a tu inmortal merecimiento.
Así hablaba Fernando: a quien el fuerte
Huésped las honras agradece atento;
pasando a explicar luego celestiales
causas de su venida en voces tales:

Augusto Rey del Reino más valiente;
quien me condujo al Noble Último Suelo
fue tu Fama inmortal, mi Esfuerzo ardiente,
y los santos Oráculos del Cielo.
No ha mucho que en las ondas de Occidente
le mandó una deidad a mi desvelo
buscar tus playas donde mezcla el Betis
Náyades dulces a la amarga Tetis.

Tendía la Noche el tenebroso manto
sobre las crespas instabilidades
de las espumas; y de obscuro espanto
también gemía el Euro tempestades;
cuando a influencias de un Prodigio santo
templándose del Agua las crueldades,
notamos breve luz, que parecía
(a gran diferencia) que del mar nacía.

Cual por Decreto eterno, que girando
vaga ya plebe los dispuso a Etonte,
con sus vueltas sus Globos van mostrando
los Astros mismos sobre el Horizonte;
así se estaba el rayo divisando;
y en fe de que su lumbre se remonte
hacia nosotros, cuanto ardor brillaba
más y más cada instante se aumentaba.

Estrella fue al principio; Aurora luego
que ahuyentó las tinieblas desiguales;
hasta que distinguimos en su fuego
un Bajel de contextos celestiales.
Tal por el Ganges (a sus llamas ciego)
el día restituye a los Mortales
la que al mar de Zafiros surca espacios
Carroza o Nave ardiente de Topacios.

El Buque todo de Marfil bruñido
crecía vistosísimo en las olas,
esmaltando su bulto desmedido

con purpúreo coral las Cintas solas.
Pareció que el Moncayo, dividido
de las cultas regiones Españolas,
por Cuajar de ampos sus campañas sumas
nueva Delos vagaba en las espumas.

Un Manantial de luces sus albores
en Portas y Escotillas expelían;
y aun todos con milagros superiores
los blancos copos del Marfil ardían;
la Quilla, y los Costados mil ardores
(cual la Popa y la Roda) difundían;
y influyendo al Zenit invidias yertas
eran vivo esplendor las Obras muertas.

No en su restante Náutico decoro
Pinos o Abetos admitió groseros;
de Oro las Vergas son, el Árbol de Oro,
de Oro el Bauprés, Trinquete, y Masteleros.
El diadema de Ariadna, en el tesoro
de sus Gavias, se copia con luceros;
puerta es de Oro el Timón que el Buque ardiente
a algún quicio del Cielo hurtó luciente.

Sólo Cáñamos de Oro se torcían
en su Jarcia riquísima; y preciosos
de un monte de Oro alado se fingían
las Velas crespos riscos luminosos;
Mil telas de Oro al Piélago pendían,
pareciendo que Apolo sus hermosos
desgreñados cabellos a las olas
en Flámulas vertiese y Banderolas.

Bien a una Ninfa que en su Alcázar viene
debía este Bajel sus claridades:
En rica Espada, por bastón, sostiene
de la Diestra las blancas suavidades;
en la Siniestra unas Balanzas tiene
que de algún Astro son huecas mitades;
y azul el Manto un Cielo fue, que arguyo
se hizo [a buscar más luz] Ropaje suyo.

El Golfo y Aura en ínclitos despojos
retratar procuraba sus Deidades:
dieron al Viento claridad sus Ojos;
su Frente al Agua dio serenidades:

sólo [sin que la imite el mar a enojos]
movían con volantes libertades
en las espumas de los Crespos bellos
doradas inquietudes sus Cabellos.

Con Dueño tan Divino y pompas tales
rompía el Agua aquel Navío ufano,
Velera Exhalación; y a sus Fanales
era ya Región poca el Oceano.
Surcos de inmensa llama en los cristales
dejaba; y con incendio soberano
tiñendo su Espolón del Mar los copos,
arrolló en vez de aljófares, Piropos.

Arde el Centro, arde el Aire felizmente
anegado de tanta lumbre bella;
cada profunda guija es un Oriente,
cada trémula ola es una Estrella.
Salió el Sol; y a su Alado Tiro ardiente
suspendido enfrenó la altiva huella;
que nunca igual reflejo debió hermoso
al vasto espejo del Cristal undoso.

Acercó en fin el Grande Mensajero
a nosotros su Albergue iluminado;
calmó del Aire el soplo lisonjero;
y el Numen veneraba mi cuidado.
Cuando afable el Clarísimo Lucero:
Feliz Mortal [me dijo] que ilustrado,
en fe de que has de amarla eternamente
mereces la Virtud mirar patente;

La fiel Justicia ves que al Firmamento
restituí fugaz mi Excelsa llama
viendo entre los Humanos el intento
que a hollar las leyes y Virtud se inflama.
Muchos riesgos le quedan a tu Aliento
antes que tu Laurel cante la Fama;
muchas fatigas, que en robustas huellas
sólo así se camina a las Estrellas.

Mas como este magnánimo Desvelo
basta a ilustrar mil Reinos, mil Varones,
quiere el Criador que se unan a tu Anhelos
las Glorias y Esplendor de otras Regiones.
Ya en estas mis Balanzas pesó el Cielo

los méritos de todas las Naciones;
y halla que el timbre de auxiliarte, sola
conseguirlo ha debido la Española.

Ve pues a aquellas Tierras, y a Rey tanto
pide Escuadrones contra el Paganismo;
y deja lo demás al Cielo santo,
que es fiador de tu triunfo el Cielo mismo.
Dijo: y negando con supremo espanto
a nuestros ojos su luciente Abismo;
la Ninfa, la alta Luz, y el Bajel culto
en la Nada del Aire quedó oculto.

Bien como allá en el Golfo Mamertino
han admirado muchos Navegantes
fingirse en medio del humor marino
hermosos muros y árboles brillantes;
si abunda el Aura y borra el peregrino
objeto de las ondas inconstantes,
gime el Piloto; y correr quiere atento
tras los hurtos dulcísimos del Viento;

Así nosotros con crecida pena
perdimos sus divinos resplandores;
mas venerando cuanto nos ordena
buscamos tus dominios triunfadores.
En mezclarme a tu Fama (oh Rey) se llena
cuanto premio esperamos lidiadores;
pues ¿dónde pudo haber igual Victoria
a vivir con Fernando en la Memoria?

Desta suerte propuso el advertido
Colón, que a España su ardimiento enlaza.
Fernando (ya el Cielo prevenido)
la Acción a un tiempo y el Caudillo abraza.
Lo Vulgar (dice) emprenda el que abatido
mostrar como se dura al Ocio traza;
y a Portentos aspire el que apercibe
enseñarle al Honor como se vive.

Así decía: y al Varón que aclama
promete auxilios el Monarca fuerte.
Admitida la Empresa, grande Fama
vuela, y a toda la Región lo advierte.
Los Claros Españoles cuya llama
desdeña hallar por larga edad la Muerte,

todos quieren dejar el Patrio Polo,
que es Patria a esta Nación el Vencer sólo.

Ya del Parche y del Bronce (que impaciente
gime inspirado, y ruge sacudido)
concurría a los ecos, obediente
el generoso Número Eligido.
Mostróseles Colón; y dignamente
de todos por Caudillo fue admitido;
Capaz le admiran de que imponga leyes,
de Jerjes vano a las Marciales greyes.

En el Yelmo (que ya Césped de acero
producía de plumas selva errante)
entregaba al Favonio lisonjero
alado emblema de su Acción vagante.
en la vestida Púrpura el guerrero
color, decía su Insistir constantes
y encendidas copiaban su Osadía
las ascuas de Oro en que el Ropaje ardía.

Al lado pende la triunfante Espada,
y el Bastón ciñe la robusta mano.
Así junto a Fernando la agregada
Hueste Española atiende Soberano.
Los Pinzones, en gloria dilatada
(como en sangre) uno de otro digno hermano,
allí se vieron; el Martín valiente;
noble Francisco; y ínclito Vicente.

Ningún Héroe de cuantos la propicia
Fama encarece en eco generoso,
tuvo como estos tres tanta noticia
del Mar sangriento, y Marte proceloso.
Contra cualquiera dellos mal se indicia
en una y otra acción riesgo espantoso,
pues de Palas y Tetis vencen sumas
Tormentas de metal, Lides de espumas.

Llegó modesto el Sacerdote santo,
Jaime digo; por grandes calidades
de Virtud, digno de renombre tanto;
grato a un tiempo a los Hombres y Deidades.
Tú también, Docto Juan (que apuras cuanto
auxiliar puede las Mortalidades)
nuevas Plantas buscaste en Ida nuevo;

Esculapio vagante emuló a Febo.

No dejarán mis versos de aclamarte
Oh Ingeniero felice, ardiente Diego,
a cuyo intento en Máquinas de Marte
con resignado horror servía el Fuego.
Parecía que a Lípari reparte
lumbre su Diestra, y al Abismo ciego;
creyeras le dan a Jove llama fiera:
Tanto que el alquitrán su estudio impera.

.....

Filipo el fuerte, Antípoda del Miedo,
también quiso oprimir la inconsistencia
del Agua; con Gutiérrez y Escobedo
alumnos de ka bélica violencia.
Y Sánchez por quien digna le concedo
del Eresma al Raudal suma excelencia;
con Rodrigo, a quien cuna dio en Triana
la Esclarecida Babilonia Hispana.

Mas entre aquellos que a ilustrar la Brea
destinó el gran Monarca Felizmente,
¿dónde, oh Carlos, te olvido, noble idea
(y aun exceso) de Aquiles Floreciente?
del Tejo amado y la ínclita Ulisea
(patria suya Feliz) erraba ausente;
altos casos de Amor, Lides extrañas,
lo llevaron del Darro a las campañas.

Natural le hizo allí el Valor glorioso;
y de las Musas el Furor sagrado.
El Furor, en su Plectro numeroso
a engrandecer los Héroe dedicado.
Bien que en fin como ofrenda al poderoso
Desvelo Universal, Numen vendado,
cantando el tierno ardor del propio aliento
turban siempre sus quejas su Instrumento.

¿Quién creyera que al ser su Heroico objeto
la Memoria, la busqué repugnante?
mas ¡ay! que entonces un tirano afecto
triunfaba cauteloso del triunfante.
Tú, ciego Amor, de las espumas Nieto,
quisiste que en su espíritu constante

viese tus palmas [como tu inhumano]
el vidrio infiel del último Oceano.

Amaba el Joven; y sus ansias era
Jacinta hermosa; amaba y era amado.
Dichoso: si el Error no introdujera
decente Obligación contra el Cuidado.
Mándale el Rey que vaya. ¡Oh cuán severa
lucha infundió en su pecho fatigado!
Avisolo a la Dama que a otro día
siguiendo el Padre a Málaga partía.

Quedarse quiera; pactan la robase
a la Noche: ¡así ya su ausencia llora!
mas como el Rey entonces lo ocupase
al puesto fue después del' hora un' hora.
La Dama suspirando que él faltase
sale sin poder verlo aquella Aurora:
¡infausta Noche! un' hora en sus azares
los condujo mil siglos de pesares.

Leonor, que de uno y otro el pecho ardiente
sabia, y a Jacinta amiga asiste,
le dijo lo aguardó la Bella Ausente;
noticia que aumentó su Angustia triste.
Que la siga el Amor dicta impaciente,
el Honor en que al Rey no falte insiste;
dando en fin al Honor su Amor la Palma,
Jacinta deja, y en Jacinta el Alma.

Estos y otros Varones, a quien debe
la Diosa voladora inmortal vida,
negándose a la Corte, en tiempo breve
llegaron a la playa apetecida.
Donde el siempre voraz Neptuno bebe
la corriente del Azige teñida
con la Nave Latina unidos vieron
los Leños que del Rey dádiva fueron.

Tres entre todos son los que al ambiente
y al Mar entregan Proas y Estandartes;
quizá ofreciendo que gloriosamente
de las tres Parcas frustrarán las artes;
si no es que en Quillas tres al Occidente
se unen del Mundo antiguo las tres Partes,
cuyo impulso al Tridente y sus secretos

las tres Puntas le rompe en tres Abetos.

Airón del Tope fue en la Capitanía
un Estandarte en que admirarse pudo
la Señal de la Planta Soberana
donde al Verbo dio muerte el Pueblo rudo.
De la Popa tejido al aura vana
se encrespaba de España el Real Escudo,
siendo en el Tafetán, con Reinos ciento,
vaga la Tierra población del Viento.

Ya viraba la Ghusma el Cabrestante
Levando el Ancla entre el usado estruendo.
Disparan luego; y brama el Fulminante
salitroso clamor del Bronce horrendo.
Más de un Delfín absorto; y anhelante
más de una Foca al centro bajó huyendo;
y allá mayor en ecos halló el ruido
de las profundas grutas repetido.

Domina aquellas playas la rudeza
de un Monte, a quien su espacio viene estrecho;
y aun al Mar algún sitio su fiereza
usurpa, de las ondas a despecho;
Jayán robusto a quien Naturaleza
de Mallas de Peñascos armó el pecho;
y a cuya frente dieron cultas artes
Escarpadas Viseras de Baluartes.

Desta murada defendida cumbre
que es amparo del Puerto y de sus entrada,
en los Cañones la ruidosa Lumbre
correspondió a los leños, exhalada.
De Hispana gente, tanta muchedumbre
inundaba la Playa a ver la Armada,
cual si otro Deucalión (de Vulgo llenas)
transformarse en Vivientes las arenas.

Todo era confusión; todo plausible
rumor; la Tierra, el Aire, y Mar violento;
descogiendo en desorden apacible
Ruido al Mar, la Tierra Ecos, Humo al Viento.
Mas el supremo Autor incomprehensible
halagüeño calmó con un Portento
el Humo, el Ruido, y Ecos singulares,
de la Playa, del Viento, y de los Mares.

¡Oh Ley Divina! ¡Oh siempre desvelado
Favor, de nuestro Esfuerzo en la asistencia!
repartiendo en impulso venerado
¡a Mérito mayor más Concurrencia!
¡Oh cuánto ensalza tu esplendor sagrado
de un Emprender sublime, la excelencia!
y aun nuestro Error en Obras duda extrañas
extender la Virtud con las hazañas?

Rasgose el Cielo; y para que inmortales
mutaciones su Autor diese; y Real verso,
por silbo el estallar de sus Cristales
oyó el Teatro allí del Universo.
Prevínose la Espuma a Escenas tales
risueña más; el Céfito más terso;
y difuso Auditorio a tal Belleza
fue toda absorta la Naturaleza.

En Nube que invidiara Citerea,
pues (de Pensiles su primor tejido)
sino la Copia hermosa de Amaltea,
el Regazo del Alba era florido,
tantas Deidades la Celeste idea
al Euro desataba esclarecido,
que afirmaras poder (de la brillante
carga eximido) respirar Atlante.

Jamás Tropa tan bella de Hermosuras
con Diana al Eurota en su corriente,
o al Idalio en sus verdes espesuras
con la Madre de Amor dan floreciente.
Menos Belleza en las Nereides puras
a Tetis acompaña reverente
cuando al Mar la conducen oportuno
los Nácares falcados de Neptuno.

Cual hace del Caistro en las campañas
blanca Niebla de Cisnes el Sol ciego,
coronando las Chozas de Espadañas
que de su Orilla pueblan el Sosiego;
Así ceñía la Nube, y sus extrañas
Pompas, las Naves; y sonora luego
siete veces su Tropa Soberana
el Buen Viaje dio a la Capitana.

Buen Viaje; Muralla incontrastable
a quien es foso inmenso el Oceano,
para que opugne de tu Solio instable
Militante la Iglesia el Monstruo vano.
Máquina esclarecida en que admirable
reprimirá Diluvio más tirano
ese glorioso que felice encierras
Noé segundo de ignoradas Tierras.

Buen Viaje; Templando su ardimiento
[en cuanto entregas otro Mundo al Polo]
resignen obsequiosos en tu intento
el Tridente Neptuno, el Risco Eolo.
Anfitriote con Doris su elemento
en danzas y armonías turben sólo;
florezca el Alga, y entre sus viriles
el Mar inunden Piélagos de Abriles.

Buen Viaje; No aplauda ya profano
el rumor de la vaga Fama aquellas
Naves de Baco y Febo soberano,
adornadas de Pámpanos y Estrellas.
Cese por ti el renombre más que humano
dese el Bajel a cuyas Jarcias bellas
[sobre el resplandeciente acorde velo]
es ladradora Escila el Can del cielo.

Buen Viaje; Apresure nadadora
tu Quilla contra el Lete a quien asusta,
desempeños de mucha anunciadora
Profecía que a tu Empezar se ajusta.
En ti ya la Paloma triunfadora
vuela a las Torres de su gloria Augusta,
acompañada de Héroe Españoles
que vagan Nubes, y se ilustran Soles.

Buen Viaje; Oh Portento destinado
a hollar las Furias que Aqueronte encierra
cuando en España a la piedad del Hado
mereciese un gran Rey la oculta Tierra.
Nuevo Argos, nuevo Tyfis al salado
Nereo haciendo portentosa guerra,
ya ves (oh Edad Feliz) y a tu decoro
se vierten ya los raros Siglos de Oro.

Buen Viaje; En Divinas Claridades

de Leyes que en el Mundo habrá mejores:
dará Astrea a las Tierras sus Beldades,
dejando las Estrellas por las Flores.
Mezclados los Humanos, y Deidades,
vendrán los largos Meses vencedores;
y ilustrará con Sacra Llama el Suelo
grande Generación del alto Cielo.

Buen Viaje; Y en premio a estas piadosas
palmas (o Leño) que has de darle a Cristo
digna mansión te cedan las dichosas
permanencias del Eje de Calisto.
No Ejemplo sólo a naves victoriosas
ese Clima te hará de nadie visto;
Norte serás, varado en rayos fieles
Bajel de Luz que adoren los Bajeles.

Hablando así del matizado Velo
al Pino triunfador la voz sonora,
con nuevo dulce Rapto volvió al Cielo
su misteriosa Nube voladora.
Llovía sobre el Mar su ausente Vuelo
Jazmines y azucenas que atesora;
cual galas presta al verde Pavimento
Árbol florido que sacude el Viento.

Los Nautas; y en la Playa el numeroso
Pueblo, absortos miraban las Deidades;
notando como el Reino luminoso
aplaudir suele las Heroicidades.
Óiganlo, oh Musa (pues a mi armonioso
Clamor guarda el Destino Eternidades)
Óiganlo atentos con veneraciones
los Siglos todos, todas las Naciones.

Y Oidlo, oh Vos, aquellos que abatido
la Alma desmerecéis, perdéis los Años,
o entre infame Descuido detenidos,
o anhelando entre pérfidos Engaños.
Los sacros Triunfos, los Esclarecidos
Laureles que la Tierra admira extraños
no podrá vincularlos la Riqueza
al viciado Esplendor de una Grandeza.

Nunca a Vosotros que en la Real Privanza
os colocó y mantuvo Estudio inico

presterá el Mando, aún libre de Mudanza,
las Palmas que a estos Íncritos dedico;
Bien que pongáis los Reinos en Balanza
a quien eleva o baja el Metal
sin ver que el Cetro y Gloria vencedora
no sobrevive a la Justicia un'hora.

¿Pensáis acaso cuando os formé el Cielo
para ilustrar la Patria, el Rey, y el Culto
que os hará destes Nautas paralelo
la Altivez? ¿La Lascivia? ¿Y el Insulto?
En vuestra Suerte grande nace al Suelo
Augusta Descendencia, Timbre adulto;
y sólo crece con fatal porfía
bronca Ignorancia, infame, Cobardía.

Aquí venid, oiréis un encendido
Clamor que Aviso eslabonando puro,
digno de Imitación lo Esclarecido
en rasgos lleva al Admirar futuro.
Vuestro Letargo infiel confunda Ruido;
Llama ilumine vuestro Olvido obscuro
[Siglos prendiendo en gomas de su Electro]
Trueno aún tiempo y Relámpago mi Plectro.

Y si en tan rudo Comprender, mis Versos
no excitan un espíritu valiente,
la activa Luz que invoco, esos perversos
torpes Ocios deshaga augustamente.
Fuera Osadía a muchos Universos
de mi grande Obra la gloriosa frente:
ella os encienda; vuestra Infamia asombre
del gran FILIPO el portentoso Nombre.

Y ya que Excelso raya y Victorioso
al Guadarrama Pórfidos helados,
prosigan con Auspicio tan glorioso
nuestros Héroes sus Vuelos empezados.
Nuestros Héroes, que de otro generoso
nuevo Ardor se engolfaron inflamados;
haciendo el Soplo que las Velas llena
Tesar los Cabos, y Crujir la Entena.

ALEGORÍA DEL LIBRO SEGUNDO

La Fama, y sus clamores representan la Admiración, y Expectación de Europa a vista de una Empresa tan fuera del Humano discurrir.

El no atender Jacinta a las noticias, y Historias con que su Padre procuraba divertirla, declara, que sólo atiende, y gusta de Sucesos Amorosos quien tiene Amor, estando violento en todo lo demás.

La Tempestad que luego se forma espantosa acuerda las Penas, y Angustias, en que este poderoso Afecto hace fluctuar los Amantes. La Isla verde de la Esperanza, donde encuentran algún alivio, y a cuyo abrigo sepultados en el Letargo de su Enajenamiento, se sueñan algún rato entre felicidades, con los falsos bienes de su Pasión que sólo tienen de verdaderos el Pesar con que atormentan al desvanecerse.

Muéstrase verosímil con este naufragio, lo que muchos pensaron de que hubiese Colón registrado antes aquel Orbe nuevo, llevado allá por semejantes impacencias de las Ondas; Opinión que tiene apoyo en muchos Autores de gran Crédito.

Advierto aquí, que en las antecedentes dilatadas Navegaciones de Colón, quiere introducir el Poeta, que yendo por el Mar Atlántico se le aparece una inteligencia, y le dice: Ahora estás sobre una de las principales Cortes desta grande Isla hundida, la cual llegando a merecer el último enojo del Cielo la sumergió Dios, conservando en el fondo milagrosamente sus edificios, y dándole por castigo que estén ejerciendo debajo de las Ondas las Acciones que le merecieron esta ruina, con el conocimiento de cuán malas son. Y diciendo esto se hace más diáfano el Mar, y ve Colón sus Casas, Ejércitos, Armadas, etc. y las causas porque se pierde un Imperio.

LIBRO SEGUNDO

Dilatose en el Aire, como el Lino
el Ruido, el Humo, y Voz de los metales,
con que el dejar la Tierra el Ligurino
rompe aún tiempo de Favonios, y Cristales.
Resonó el Oceano; Cual vecino,
bramar fueron de Atlante estruendos tales;
y en fin llegó el Rumor que alto se inflama
al alcázar y Oídos de la Fama.

Tiene Esta su Palacio y Mansión digna
(donde nunca el Olvido entró siniestro)
puesta en el Aire; allá donde confina
con el Celeste Mundo el Mundo nuestro.
En densos globos de Vapor que afina
sus cimientos dispuso Estudio diestro,
donde movable, oh grande Alcázar, subes

sobre volantes Cáucacos de nubes.

Raro es el Orden, rara la Estructura
desta alada Mansión que el Viento alista,
y rara la Materia en quien se apura
en vano de los ojos la conquista.
Cristal parece. pero aún es más pura;
congelado Aire se negó a la Vista;
y Base, Frisos, Arcos y Todo hermoso,
es deste No sé qué maravilloso.

Como en Sueño al Pensamiento humano,
que en él se usurpa a los Desasosiegos,
muestran mal diciendo Alcázar vano
Combinaciones de Fantasmas ciegos;
O cual las Nubes en el Viento ufano
forman dudosas Torres sin sosiegos,
pretendiendo en sus densas Tropolías
ser las Casualidades Simetrías;

Así mal divisado Estotro Existe;
mas tan sólido y fuerte se celebra,
que el Bronce ante él es Cera que desiste;
Las Cordilleras de Alpes, fácil Hebra.
Sus acerados Dientes, cuando insiste
en roerle el Cimiento, el Tiempo quiebra;
y pierde, conspirando a hacerle daños,
Catapultas de Siglos, Huestes de años.

Todo está desgarrado en partes cientos
con Ventanaje y Pórticos el Muro;
De Orificios se criba el Pavimento;
Más es Red, que Palacio, el que aseguro.
No es tan abierta la Extensión del Viento;
Y solo sirvió en ella el Lienzo puro
para hacer que se viese sin desaire
en más roturas más patente el Aire.

No hay Puerta alguna en Pórtico o Ventana;
y en vez della em Columnas tiene presos
Biombos de Papel que da en su Plana
los Poemas más célebres Impresos.
Y como en nuestro Oído la Membrana
del Tímpano hace el son, así en excesos
crece cualquiera Estruendo allí descrito,
y Ecos innumerables grita un Grito.

Calle los Ecos de Lucrecio el Mundo;
Los Ruidos de Elis mil; y el Hueco Aonio;
De nueva admiración a este fecundo
sonante muro Antiguo Testimonio.
Todo rumor del Orbe y del Profundo
por las diáfanas Fauces del Favonio
es siempre un Sopló que hace en voces puras
los Albogues sonar destas Roturas.

De mil locuaces Turbas voladoras
están llenos los Atrios y las Cuadras;
Vuelan mezcladas las Engañadoras
Voces, y Verdaderas, en escuadras.
Con la Credulidad a todas horas,
sin Autor, o susurro infiel, taladras
sus estancias; siempre habla sin reposo
el Error temerario, el Gusto Ocioso.

Va la Curiosidad, y con exceso
para mil Corros ver, distancias corta;
la Admiración, donde hay mayor suceso,
arqueadas las cejas queda absorta.
Busca el Aplauso, el Triunfo de más peso;
la Poesía a imitar lo Sumo exhorta;
y examina la Historia, dando leyes,
Virtudes ya, ya Infamias de los Reyes.

En la parte exterior del Edificio,
que remata en un Globo de Topacio,
descansa de su rápido ejercicio
tal vez la Reina deste gran Palacio;
De su rostro el Relámpago propicio
huyen las nubes a distante espacio,
cual huyen de la Aurora el lucimiento
los nocturnos Escándalos del Viento.

Pisa la hermosa Bola; y la Pureza
del blanco pecho al Céfito entregada,
(en acción de volar) la ligereza
de sus Plumas mereciendo está templada.
A cualquier ruido vuelve la cabeza;
y en la punta del pie toda librada,
hacia la parte del rumor se explica
inclina el Cuerpo, y el Oído aplica.

Apenas llegó aquí el Sacro Celo
de Colón, y su Empresa el Noble ruido,
luego la Fama para honrar el Suelo
cayó del Globo al Aire esclarecido.
No tan sólo los ímpetus del Vuelo,
más aún Beldad le aumenta aquel Sonido:
parecía cuajarse Venus suma
del Golfo Vano en la Invisible Espuma.

Menos bella Corinto Misteriosa
(de Eterno florecer Tempe inconstante)
buscando el Templo de la mayor Diosa
fingió la Descendencia de Taumante.
Menos de Arabia al Ave portentosa
del gran Nilo la bruma ve espumante
acreditar en Pompas sucesivas
reiteradas las Horas fugitivas.

Jamás tanta Hermosura floreciente
hospedaron los Céfiros risueños;
parecía batir, Flora luciente,
por Pluma fragrantísimos empeños.
Nunca (sembrando a rosas el Oriente)
con Alas de Arreboles halagüeños,
Triunfa tan dulce de la Noche fiera
el Hipérbole hermoso de la Esfera.

Purpúreo al claro Monstruo defendía
un Velo en quien Oídos, Lenguas, y Ojos
tejió el Destino; hidrópica bebía
la Trompa aliento de sus Labios rojos.
Era Bajel del Euro, que impelía
de su Pelo y su Púrpura despojos;
Remos las Alas son que explaya el Vuelo;
el Cabello Fanales; Vela el Velo.

Más que nunca en Carrera portentosa
rasgó el Noto su impulso arrebatados
y más que nunca se vertió armoniosa
toda en Soplos al Bronce enmarañado.
Si al hinchado Semblante ardiente Rosa
añadía su Aliento violentado,
se hacen del Rapto en las agitaciones
los Astros de su Vista Exaltaciones.

Suspirando ambicioso en Solio inmune

tener el Austro tantas Claridades,
porque en fluidas sendas se desune
culpa sus infelices Raridades.
De aves inmensas en la escuadra, que une
excesivo el Primor de sus Beldades,
turban (siguiendo el ínclito Portento)
Babilonias dulcísimas el Viento.

Por donde en Vuelos doran centelleantes
sus Plumas el Favonio esclarecido,
en sucesos las Trompas incesantes
llueven inundaciones de Sonido.
Repiten las Frondosas las Undantes
grutas de Tierra y Mar el Sacro ruido;
y aún lo duplica en el indeficiente
Convexo Azul la Bóveda Luciente.

De Colón generoso los Intentos,
de la Española Hueste la alta suma,
y el inmenso Oceano en sus alientos
dispara el Monstruo de Sonido y Pluma.
Ya en agudos, ya en Ásperos acentos
Armas, Naves, Ejércitos, y Espumas
son Víboras que en Voz rasgan entonces
las cóncavas Entrañas de sus Bronces.

Ni olvida de Fernando, que esclarece
a España, en tanto Auxilio inmensa Gloria;
Fernando, que en sagrada Lid merece
desta Gloriosa Unión la Real Victoria.
En todo el Orbe grande pasmo crece;
previene altos Aplausos la Memoria.
Así la Fama vuela hermosa, en cuanto
de la Paz besa Iberia el Rostro Santo.

Puesto glorioso término a la Guerra
que ahuyentó tanto tiempo el Ocio blando,
a gozar bienes que la Paz encierra
despidió sus Ejércitos Fernando.
Ya del Campo el Asombro se destierra;
Y la Yerba levanta respirando
el verde Cuello, que perdía renombres
pisado de Caballos, Carros, y Hombres.

Del Pecho y de la Frente desasidos
los Yelmos, y la Malla se advertía;

como en la Espada ociosa estar dormidos
los ceños que inquieto Belona impía.
El Hijo y el amante enternecidos
llevan en su presencias alegría
a la Madre y la Esposa, en quien ha tanto,
sus Osadías murmuraba el Llanto.

Quien ansioso a abrazar corre el Amigo
que en su ausencia hasta allí vivió infelice;
quien a la Dama cuenta, en el abrigo
del Lecho, hazañas de su lid felice;
cual pondera el Valor del Enemigo;
y cual, para explicarle en lo que dice,
pinta el Campo, el Ejército, o la Almena
con la Espada (ya báculo) en la Arena.

A las aras se pagan reverentes
Ofrendas que de Marte en los enojos
enseñó el Riesgo a la Piedad, pendientes
visten la Pared Sacra altos Despojos.
Sobre las ricas Lámparas ardientes
con globos que hace el Aura en sus arrojos
ondeaban ya (sin Bélicos afanes)
nuevo humo de la Luz los Tafetanes.

Guillermo, anciano, entre otros victorioso
pagar rendido un Voto procuraba
que de la Virgen Madre hizo piadoso
a un Templo en que Alta Cádiz la adoraba.
Málaga deja, donde El Rey su honroso
Esfuerzo con Haciendas mil premiaba;
hallose en su Conquista El gran Guillermo:
Marcial su Edad encaneció en el Yelmo.

Mas no dejar de Málaga las Playas
pudo sin la Hija en quien vivió felice.
Quiso (oh Jacinta) que en la Nave vayas
y tu Esplendor los Piélagos matice.
Jacinta, a cuya vista (oh Sol) desmayas;
de Carlos dulce Ardor, si ya infelice
le era Noche en la Ausencia, ardiendo enojos,
la sombra de las Luces de sus Ojos.

A su Belleza en misteriosas calmas
añade la Poesía y lo Entendido;
de Esmirna y Mantua competir las palmas

se ve en su Plectro acierto repetido.
No, por mostrar no hay Sexo entre las almas,
Safo así pisó el Monte que es, florido
[manando Discreción y Eternidades]
terreno Impíreo en líquidas Deidades.

Y otro Encanto en su Voz [que del más rudo
peñasco árbitro suena] se atendía.
Las aves enfrenó, suspendió el mudo
Pueblo absorto del Agua su Armonía.
Con su Rumor callar el Cielo pudo;
y el Mundo olvidar Pasmos que fingía
movieron por distintos Horizontes
los Monstruos fríos y los Tirios Montes.

También Fadrique, de Guillelmo hermano,
los sigue; y Padre de Leonor, la Dama
que de Jacinta y Carlos, el tirano
Afecto supo y amorosa llama.
Mas Leonor no acompaña al Tío anciano,
porque faltó, y noticia o leve fama
della no hubo, después que al gran camino
se ausentó de Iberia al Ligurino.

¿Qué no hizo el Padre Noble? ¿cuál despecho
no lo encendió? Mil medios inquiría.
Obró (mas siempre en vano) cuanto un pecho
generoso en suceso tal debía.
Desesperado en fin, no satisfecho,
su Discurso al del Tiempo el vuelo fía;
y reprimiendo el grito de su Agravio
es Dedo el Juicio, del Silencio al labio.

Es prudente Fadrique; ni desprecia
el Rey su acierto y brío en la Campaña;
y aunque los libros no trató, se aprecia
de Estado en el alta Experiencia extraña.
Por eso Embajador fu ya en Venecia;
y fiel Mercurio lo atendió de España
la siempre Augusta con triunfal Destino
grande Reliquia del Honor Latino.

Los dos Hermanos pues, con la Hija bella
buscando Cádiz Málaga dejaban;
dormía el Mar; la Nave atropella
de vidrio Obsequios que sus Breas lavan.

Todo el velamen del Bajel descuella
que altas preñeces cóncavas hinchaban:
del Soplo más fecundo y más benigno
pródiga Inspiración concibió el Lino.

Ya dentro allá del Mar los divertía
de su Cerúlea tez la alta belleza;
Sólo a Jacinta amor entristecía
y a Fadrique ofendida su Nobleza.
Guillermo, opuesto a su melancolía,
grande Conversación discreto empieza:
allá (dice) está ahora el Clima Hispano,
y acá la Libia a la siniestra mano.

A África vasta, donde inunda errante
un Despueblo arenoso mil regiones,
de su Obelisco es Zócalo espumante
La Sal Mediterránea a los Triones.
al Ocaso y al Austro del Mar de Atlante
y el de Etiopía baña sus mansiones:
sus Latitudes que alto incendio exhalan
las Gorgones y Arómata señalan.

La Cumbre es el riscoso Tormentorio
que halló del Luso la obstinada Entena
del Mar de Hércules a este Promontorio
su Longitud vastísima se llena.
A romper va el Bermejo Mar notorio
un Istmo que con Asia la encadena,
un Istmo que con Asia la encadena,
y en Suez trunca absorto al curso el hilo
bramar oyendo en fauces siete al Nilo.

Desta del Mundo tercer Parte ardiente
me dio un Moro noticia peregrina.
Madagascar grande Isla hacia el Oriente
el Trópico del Austro le domina.
Lagos mil, Profundísima corriente
de Ríos la atención allí examina,
hinchadas Venas donde el Clima abona
la eterna Fiebre de su ardiente Zona.

En Minas de Oro la peor encierra
Peste de cuantas en sus Orbes crecen;
tiene Piedras preciosas; que en su tierra
ardiendo los Peñascos, resplandecen.

No sólo peregrino se destierra
el Pueblo que los Cielos le ennegrecen;
aún vaga el Campo allí; vuelan extrañas
con las Sierpes en Montes las Campañas.

La Noticia que más deleitó afable
mi Oído, es cuando a hablar se determina
de la fuente en que nace la admirable,
Fecundidad de Egipto cristalina.
Buscando este Secreto sudó instable
la Persiana ambición, Griega, y Latina:
curiosidades mil ahogo profundo
en una fuente que no había, el Mundo.

De Séfotris fue digno el soberano
Intento; y del que uncía no diverso
Reyes al eje; inquieralo el Romano,
Farsálica Inquietud del Universo.
¿Qué es ver cuando se escupe y llega ufano
al gran Mediterráneo en cristal terso
de un Río a siete bocas sucesiva
ser muchos Mares pródiga saliva?

¿Qué es ser vueltos en lluvias los raudales
(del Cielo haciendo a Egipto independiente)
Nembrot de sí en sus Torres de Cristales
introducir lo Undoso a Omnipotente?
Que es del Julio en los hórridos fanales
fabricarse su Invierno su Corriente?
De no agotar sus fértiles diluvios
late el celeste Can rabia en Vesubios.

Del Reino de Goiam lindes apura
la Provincia de Agaos, que al nacido
Fénix de vidrio mece en grama pura:
Sabala es de la Tierra el apellido.
Hínchase en grande monte la llanura
de espesísimos árboles vestido;
dando la Primavera en risco hermoso
Recatos verdes al Misterio undoso.

En la más alta y más frondosa cumbre
(a dos pies cada diámetro no llega)
cela breves dos fuentes la techumbre
del gran Boscaje que el Favonio anega.
No sale el agua; mas la escasa lumbre

sólo mira, que el Bosque allí le entrega;
abriendo (a ver si es bueno aquel ambiente)
los Párpados de un Césped floreciente.

Llena de agua la altísima Montaña
casi se hunde al tocarla los Mortales:
sin duda, allá en sus Golfos, de la extraña
floresta las raíces son Corales.
Trémulo el Monte, en senos inmortales
que en fecundas pinturas la Destreza
a la gran Madre da Naturaleza.

L'África lo publique de ondas llena;
que, en vez de blanca sangre en cándido hilo,
bebe sediento el labio de su arena
al pie del Monte derramado el Nilo.
Aves mil de Cristal después su Vena
siguen, mirando que en monstruoso estilo
renace el Mar con espaciosa Plumas
del gran Vistoso Pájaro de espumas.

Rompe el Lago de Bed; y inquiero luego
su curso encuentra, y vuelve hacia su Fuente,
como que a morder vuelva, Dragón ciego,
sus Ondas porque impelen su Corriente.
Por vastos climas lleva el vasto Riego
cerca de su gran Cuna floreciente,
mas no halla al fin el Monte en que ha nacido,
en los ardientes Páramos perdido.

Va a la interna Etiopía, discurriendo
sus broncos Reinos que el Zenit infama,
donde en sudor, el rudo Pueblo ardiendo,
verdinegros aljófares derrama.
Ya en estrechas canales que abre horrendo,
como los Tigres de su margen brama,
ya rápido gran sierra en que borbolla
despedazada en mármoles arrolla.

Ya en los Campos se explaya; todo un Clima
a un Egeo [sin margen] corresponde;
y manto de Cristal, por que no imprima
su rabia el Sol, una Provincia esconde.
Venle el Cirrheo; y el que en Patria opima
ya el Ébano o Marfil arranca; y donde
son las flechas [que allí ponen sus gentes].

Cólera aparatosa de las frentes.

Busca Méroe; los Blemias baña fieros;
a Siéne llevar sus ondas quiere,
y prófugo, en diluvios extranjeros,
de ajeno Mundo extraña Zona inquiere.
Corre el Cancro donde África, en severos
arenales y polvo, triste aún muerte,
pues copiando en color la onda Eritrea
[que de Asia la divide] bermejea.

Fertilizando al fin Egipto ufano
muere en sus Bocas que hablan tanto al Mundo.
Linde al Mediterráneo el Oceano
es aquí, y allá el Nilo sin segundo.
Mas no lo he dicho bien; truncan el vano
Jaspe al Mediterráneo Mar profundo,
de aquella parte con soberbio estilo
siete Oceanos, y de estotra un Nilo.

Dijo Guillelmo: Mas ya en la alta Popa
al Estrecho ancho en fama se acercaban
donde del Mundo (la África y Europa)
dos Partes en un Piélagos se lavan.
Aquí (Prosigue) con su undante Copa
a España y Libia que antes se enlazaban
sus dos Zonas el Mar partió interpuesto,
Trópico de Cristal al Cancro opuesto.

Tanto puede la Edad: Así sin duda
la Propóntide, de Asia nos separa;
y así y de la gran Bota desanuda
parte del pie en Sicilia, Tetis clara.
En Eubea, en Bitinia, en la ya muda
Leocosia, y en mil partes con la lid rara
discorde el Mundo amigo hacen las solas
espumantes Cizañas de las Olas.

Mira el Abila y el Calpe (que hoy divides
oh Mar) cada uno un Mundo en monte aunado;
Columnas (vocal puerta las dio Alcides)
del Oceano al Pórtico erizado.
Broncos se miran, amagando lides;
y como antes de paz mano se han dado
la Tregua rota por Provincias bellas
ascienden a honestar con las Estrellas.

Ceuta allá ves, (del Lusitano Aliento
gran Conquista en piadosas Guerras duras)
Que de Abila a la Cumbre dando aumento
es peñascoso Airón de Arquitecturas.
Porque el Sol no temiese otro ardimiento
viendo elevar sus riscos, le son puras
al Sol las cinco Quinas fieles Martes;
las cinco Zonas Foso a estos Baluartes.

Mira Alcázar, y Tánger que glorioso
su nombre a esotra parte difundiendo
va de la Mauritania que el famoso
Medo en la antigua edad dominó horrendo.
Aquí en el Huerto Hesperio misterioso
la Fábula en la Libia entra queriendo
Ramos de Oro a la puerta dio lucientes
dese Averno de Tigres, y Serpientes.

Es el Reino de Fez el que eriza
riscoso hacia el Estrecho, y tierra Hispana;
Lo aparta de Marruecos la onda riza
de Umarabia, al Ocaso en Vega llana.
Umarabia, que en giros se desliza
al Mar de Atlante, Víbora Africana;
y entre las peñas que humedece opimo
verdes Camisas da de musgo, y limo.

Otro linde a este Reino es al Oriente
del pródigo Malúa la onda fría;
otro el Atlante al Austro, que impaciente
de allí a Numidia sus peñascos guía.
Numidia, que con Sangre antiguamente
impartible el Imperio escribió impía:
De su Cetro la línea fue importuna
un Bárbaro Renglón de la Fortuna.

Mira (prosigue) las Victorias
del Berberisco en nuestro monte horrendo,
donde el grande Alcides las memorias
en la célebre Heraclea están viviendo.
Aquí muchas clarísimas Historias
la Antigüedad obscura confundiendo
al Papel destes montes cuajó extraños
Borrón de Siglos con Diluvios de Años.

Juntó (cegar queriendo el Golfo) activo
Hiraclis destas Sierras los descuellos.
¡Oh error! Dos Montes en un Pecho altivo
cabén, y aun cupo la Ambición con ellos.
Por Monte de Tarif después nocivo
es Gibraltar el Calpe: A muchos Cuellos
yugo imponer le vio Nuestro Horizonte;
y hoy su Nombre es fatal, coyunda al Monte.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Mas ya de Trafalgar Montado el Cabo
(Dejando el de Espartel a la siniestra)
el Oceano dividían bravo
costeando por su humor la Hesperia nuestra.
Dejan mil Pueblos que a l rueda el clavo
no pusieron, y humildes hoy los muestra;
y ya la alta Isla ven, que hacen ligeras
las Columnas de Alcides sus Banderas.

Cádiz digo; a quien pródigo el Mar lava,
la que otro tiempo en no difuso asilo
Gades por los adobes se llamaba
que dio a sus Muros el Fenice estilo.
La que a Alcides triunfante veneraba
en e Gran Templo a que ofreció Lucilo
entre los humos de Amomo, y Casia
las Opulencias Bárbaras del Asia.

Ese emporio que a Mundo hoy corresponde
(Oh Cádiz) otra edad fue mansión breve;
si ya es tal, que en el fondo el Mar se esconde,
y apenas a besar tu pie se atreve.
Aun Garganta voraz no eras adonde
con Sed de Oro Infernal, ansiosa bebe
por tantos Vasos de atrevida Popa
las Venas de l América la Europa.

Mas (¡oh Mar siempre infiel, siempre de ruinas

Teatro!) Arrepentido el Campo undoso
de hacer Valles sus Libias cristalinas,
en altas Sierras se encrespó furioso.
Sin duda a nuevo Centro Peregrinas
vanas las Ondas van del peso hermoso;
y al ver (Jacinta) que su emporio pules
rebalsar quizá en Orbes quiere azules.

Sin Viento antes tu tez (que aun no desgarrar)
hinchando al Golfo, lo mecía injusto
el Huracán que concebido amarra
en su gran Seno el Mar, para lato susto.
No de otra fuerte que al tirar la Barra
de grave hierro el Español robusto
columpia el peso que después vibrado
el Euro rompe, y estremece el Prado.

A poco espacio en raptos fluctuantes
descolló la Tormenta; Y dividido
su Mármol, Vagas furias disonantes
abortó el Mar con hórrido bramido.
Clama el Piloto inquieto; Y los restantes
de la Nave prorrumpen en gemido;
Mas lleva airado el Euro a Extraña parte
los Votos del Temor, la Ley del Arte.

Las Nubes otra Tierra en bronco asiento
negras parecen; Sólo a horror se aclaran;
Montes oscuros son del Firmamento
más tupidos si al Mundo se comparan.
Cuaja el Bóreas la Olas; Contra el Viento
en Granizo, hechas Riscos, se disparan;
Y a macizar de Hielo, oh Golfo, subes
las volantes Cavernas de las Nubes.

Creieras que allí el Mundo vuelta afuera
la interior masa en ímpetus fatales
retiraba la Luz a oculta esfera,
nieblas vertiendo y furias Infernales.
Del Aire ciego otra Tormenta fiera
llenó el Orbe de Truenos, y fanales;
Fanales, con que al Cielo (oh Rayo) le ajas
las Púrpuras azules de sus Fajas.

Llueven mil Rayos, vuela el Mar violento
en Cumbres a encontrarlos con desdoro;

Son mordiéndose la Onda, y Rayo al Viento
broche medio de Plata, y medio de Oro.
Sino es que al muerto Sol honra el sangriento
Mar en sus nudos con infiel decoro,
siendo cada Ola en el horrendo ensayo
blandón de Vidrio con luz del Rayo.

Más se erizaba el Horizonte plano
del Mar: mayores cúmulos lo infaman;
Más Montes de agua a su irritado Llanto
membrudos Monstruos d'ella se derraman.
Síguelos el furioso Viento ufano,
y Ellos por todo el Mar huyendo braman,
hasta que salpicando arenas pocas
Ciegos se hacen pedazos en las Rocas.

A los Nautas el vuelo del Navío
no distinguir cual sea el Centro le hace;
Mil veces usurpando el sitio frío
a la Quilla, la Gavia en Ondas yace.
Los Golfos lleva al Cielo el Noto impío,
y al ímpetu que Estrellas le deshace
ruedan con velocísimos extremos
rechinando los Círculos Supremo.

En l'Agua que se impele con ensayos
de Averno, el mismo Sol que extingue, suena;
Arrancada articula con desmayos
la Osa el bramido con que el Polo truena.
Desciende la Región Celeste en Rayos;
La Tierra asciende en agitada arena;
Es, confundido en embrión perverso,
ceño del Aire todo el Universo.

Desnudo de Agua, en Peñas desiguales
se vía el Esqueleto de la Tierra;
Donde por nuevas Grutas Infernales
se exhala el central Fuego a tanta Guerra.
Etnas viendo, y Relámpagos fatales
aquí, y allá, difunto el Pino yerra;
surca otro Orbe en el Viento a quien externos
por Cielos circundaban dos Infiernos.

Dispárase infeliz su buque en tanta
pólvora cristalina que lo hiere;
La Gente al Árbol se ata aunque la espanta

el Mar; Trabaja; Y el morir difiere.
Mas con todo el Mar vago la quebranta,
y aun las Grutas bramando el Austro inquiere,
por si hay más Ondas; Viose errando asiento
volar la Espuma, fluctuar el Viento.

Corren furiosos todos porque muera
triste un Leño; Cada uno atroz se exhala;
todo Árbol le cortó en la Lid primera
el Aquilón con la Segur de un ala.
Dio el Leño tal balance que se hundiera
a no llegar otra Onda que lo iguala:
Onda, que era (arrollando el Cristal roto)
la faz hinchada con que sopla el Noto.

No haría estruendo tal, si deshiciese
el Cielo sus Estrellas con desmanes;
ni el Aire si a uno sólo redujese
juntos sus Truenos todos, y Huracanes;
Ni en la Tierra tal ruido es dable hubiese
reventando a una todos sus volcanes,
como el que hace en la Nave que maltrata,
cada monstruoso Ariete de Plata.

¡Triste Jacinta! En tanto horror que aún calma
la alta seguridad de Estrellas puras,
¿qué hará tu Corazón, que ociosa palma
del querer sólo adquiere en las ternuras?
Aflígrese infeliz; mas en el Alma
combatida de ráfagas tan duras
no llegó, con perder cuanto es denuedo,
a ser igual del Cielo Amor al Miedo.

Aquel Vendado a cuyas impiedades,
y a cuyo error no copian las Esencias,
todas en su Cendal las Ceguedades,
y en su Carcax violento las Violencias;
Aquél, en cuya cárcel las Edades
miran que, en vez de huir las inclemencias,
se abraza el peso, y porque no se ausente
la prende a la prisión el Delincuente;

Aquel Mago de Glorias, y pesares,
que astuto al Universo da en su llama
mayor Veneno que hacia los Altares
de su Chipre allá el Nilo Ondas derrama;

Aquél, entre el horror de Viento, y Mares,
rasgaba ardiente para herir la Dama
(Más que uno instable, y que otro más sangriento)
la espada infiel del Mar, l'ala del Viento.

Porque no des tu aliento cuando lloras
(Oh Jacinta) a las ráfagas deshechas,
disparaba con órdenes traidoras
a dominarlo ejércitos de flechas;
Quedaban las Saetas voladoras
en el cándido Seno Espadas hechas;
Es guarnición el Pecho al leño junta,
y como el Corazón a cada punta.

De su amante infeliz por quien suspira
le finge el Rostro Amor con dulce alarde;
y acordarselo ausente es más que al Ira
del Viento, y Mar para que este cobarde.
El Aire fue el gran lienzo en quien lo mira;
Donde las nubes eran Sombras; Y arde
en rojos coloridos sus confines
desgreñado el Relámpago a Carmines.

No impedía su Vista el Globo fiero
de Ondas que al Reino ascienden de la pluma:
Las Nubes para verlo eran acero
que espejo hacen el vidrio de la espuma;
Si caen Rayos más el Lisonjero
Objeto vía con su hoguera suma;
Y hallaba más Retratos si fatales
más quebrantaban las Ondas sus cristales.

La confusión del Viento su cuidado
venció, de un Bien sintiendo los retiros;
Su pensamiento el vuelo arrebatado
del Leño en que se lograba el Mar sus tiros.
Excede el Corazón tierno arrancado
la Acción que al Rayo impele; Y los suspiros
los Truenos con que gime su desaire
la garganta vastísima del Aire.

Así por Soles diez fue infaustamente
juego el Abeto a la Tormenta extraña;
suspirando al crujir trágicamente
del Bosque el Buque la primer Campaña;
Al Otro una Ola el Mar creció eminente

más alta que los Riscos que allí baña;
(¡rara caída!) dando el Pino en tierra
se despeñó del Mar, sobre la Sierra.

Como en su Anfiteatro un tiempo Roma
al mirar que a una Fiera el hierro encuentre,
notó que por la herida el parto asoma
renunciando las cárceles del Vientre;
Y el tierno hijo que sale, y vida toma
por donde percibió que el acero entre,
ni bien la arena, ni el congreso vía,
confuso al estrenar la Luz del Día;

Así Jacinta que el furor airado
huyó del Mar, y su Campaña incierta,
(Rompiéndose la Nave) salió al Prado,
de la obscura mansión de la Cubierta;
Y así en la claridad que ha recobrado
la fuerza del Sentido mal despierta
debía (oh Cielo) a cuanto ardor conduces
su Vista absorta ceguedad de Luces.

Corta es la Isla; Más verde maravilla
de Cuya Cumbre hasta aquel Mar se mueve
entre mil Flores tierna Fuentecilla
porque vive felice a vivir breve.
Parece, angosto el Monte, y poca orilla
Árbol del fondo que a la Luz se atreve;
No el Golfo la opugnó, que su Pimpollo
sufre por Alga el Mar, no por Escollo.

Sosegose del Piélago la ira
viendo que el risco ya el Bajel se vaya;
Sino es que en la Isla, o la Beldad que admira
embelesado su furor desmaya.
Cortés se alarga ya, ya se retira
tendiendo espumas por la hermosa Playa;
Dientes del Mar, que en trozos de Azucena
blancos se quiebran al morder la arena.

Cobró la Bella Aliento, y Vista errantes,
quizá porque otro tiempo en su ardor ciego
el Objeto a sus Ojos debió amantes,
y al aliento el crecer su amante Fuego.
Mas viendo que no ve los Navegantes,
ni otra Gente, vertió todo el ver luego

en una triste Lágrima, y perdido
ahuyentó el respirar en un Gemido.

En fin llegaste (oh Muerte) ansiosa dice;
en fin ya el fin impones a mi fuerte.
Muerte esta despoblada Isla predice
a mi angustia; predice el Golfo muerte.
En este extraño Páramo infelice
donde me ignoren todos, llegó a verte;
porque aun muerte ocultando esta Victoria
le sobre de mi Vida a mi Memoria.

Viví infeliz, pues cuando a arder alcanza
mi Pecho entre un Volcán de Abismos ciertos,
sólo debí al Amor una Esperanza
Sueño (¡ay cuanto engañoso!) De despiertos.
Faltome el Cielo, hizo el Cristal mudanza
y en fin si acaso (oh Sustos nunca inciertos)
le negáis el de Adversa y importuna,
todo el Ser le desmiento a la Fortuna.

Buscaba el Sacro Templo Peregrino
para hallar la Piedad del Cielo Santo,
y hoy conozco intentaba así el Destino
de mi Patria aparteme a inmenso llanto;
Mas en vano me quejo, pues previno
siempre el Hado a mi Vida ahogo tanto;
y a esta Patria de Monstruos, Susto, y Pena
no podrá mi dolor llamarla ajena.

El Bajel, dese Escollo al golpe fuerte
mira sus Tablas, y Árboles deshechos;
la Gente que auxiliar pudo mi fuerte
dio al fondo undoso los difuntos pechos.
Ya nada hay que esperar sino mi muerte;
pues ¿por qué no la buscan mis despechos?
Y si no aguardo entre el dolor en que ardo
la Vida ya, ¿por qué la Muerte aguardo?

Membrudas Fieras que en esta Isla oculta
habitáis de sus Grutas las pizarras,
siendo en el hueso de su roca inculta
difusa animación de greña, y garras;
Broncas Aves, oh furias que me oculta
con bastos troncos, y silvestres parras
en ese Caos de hoja que así enreda

vuestro confuso Abismo de arboleda;

Venid todas; lograd la más violenta
hazaña (oh Cielo) por quien hoy suspiras;
Si tanto (Hado cruel) tu Ley sangrienta
lloro, ¿por qué estos Monstruos me retiras?
En brutas Bocas halle otra Tormenta
mi Vida, presa infausta de sus iras;
sean los fieros dientes con lid suma
riscos; y espumas la rabiosa espuma.

Mas aún duermen los Brutos perezosos
por no librar mi Aliento de mis penas;
sino es que aún de vivientes horrorosos
sólo el despueblo puebla estas arenas.
Llorad, Ojos, llorad, hasta que ansiosos,
si es cierto que al Mortal guardan las venas
Vida y Alma en la Sangre, deis vertida
en la Sangre del Alma aquí la Vida.

Era mi Vida Amor; y en sus despojos
el llanto mis estragos ya me avisa,
pues al raudal sangriento y sus enojos
quita el rojo color, de Amor divisa.
Si viví viendo un Bien. Tenga en los Ojos
(Pues tuve el respirar) muerte precisa;
y anegándome fiel Piélago tanto
dense a alientos de Vista urnas de Llanto.

Así se aflige; y tantas maravillas
de Beldad viendo la Isla, y Mar llorosas,
blando susurro el uno en las orillas
hizo, y la otra en las Ramas cuidadosas;
Su vuelo las pintadas Avecillas
a escucharla pararon obsequiosas;
y suspensas del Céfito en las salas
las tuvo más su oído que sus alas.

Del Cielo que la aflige murmuraba
tierno el Favonio en aura balbuciente;
y en fe de que Jacinta respiraba
más llenaba de Aromas el ambiente.
Trémula cada Flor se desvelaba
por templar la Quejosa floreciente;
todo parece que su afán sentía,
y estorbando sus lágrimas decía:

No llores, no; no juzgues que alto origen
a mil penas tiene hoy tu hermoso Abismo;
muy presto en ansias que tu Esfuerzo rigen
fiel mudanza hallará tu parasismo.
Si han sido tan groseros que te afligen,
como pueden tener a un tiempo mismo
tan discreta Elección los Sustos fieros
que de espacio se estén con tus Luceros?

No es tan poco Celeste el Cielo, y la ira
no así los Sacros Ánimos contienen
que olviden tu Beldad, con quien suspira
la Alfombra que estas Flores te previenen.
Mírate el Cielo; y aun contigo mira,
pues copiándote a Estrellas, todos tienen
los Ojos de la Esfera luminosa
hermosa Niña en tu niñez hermosa.

Como entre el Sol y Estigias de horror llenas
la Humana Vida está, bañan sus Velos
ya del Humo Infernal borrón las penas;
ya las Glorias, colores de los Cielos;
Si el Bajel despeñado a estas arenas
roto como ondas causa tus desvelos,
muy presto a darte Puertos más seguros
se volverán las ondas Palinuros.

Al que opugna con sustos el Abismo
da luego dichas al Zafir brillante;
y más si es por Amor al Parasismo;
o en lo hermoso, a sus Orbes semejante.
La Beldad cerca está del Cielo mismo
y ser debe su Angustia breve instante,
pues el Padecer, y el Gemir fiero
en Provincias Celestes Extranjero.

Mira esa Fuentecilla que risueña
si del Mar que ama sale a aquella Cumbre
otra vez a sus ondas se despeña
ardiendo en su Cristal constante Lumbre.
El Cielo a auxilios del que amó se empeña;
y Amante de la Tierra su techumbre,
no es (circundando Flores y Ondas bellas)
más que un abrazo azul lleno de Estrellas.

Pierde sus Hermosuras el fecundo
Campo, y de Sombra en Piélagos severos
Luceros de matiz sumergió inmundo
cuando es Jardín el Aire de Luceros.
En muda Soledad yacía el Mundo;
callan las Aves, Viento, y Brutos fieros,
sólo el agua, al batir la Arena fría
viéndose entonces menos, más se oía.

Jacinta habiendo con el mal que llora
batallando gran rato, al fin rendida
sobre el Lecho en que mece ámbares Flora
suspendió lo angustiada en lo dormida.
Mas como de las Fábulas, y ahora
del Mar, la Fantasía halla teñida,
soñó cuanto ya el juicio fiel desprecia
mentir supersticioso de la Grecia.

Soñó que el Mar bruñido en perezosa
quietud risueña adormecía su bruma;
y la amarga ya al Gusto Plata undosa
se endulzaba a la Vista en beldad suma.
Grande pella de espuma ondeaba hermosa,
nata de ampos, espuma de la espuma;
y eran, cuajando risas que atesora,
labios del Mar los pechos de la Aurora.

No sé si al Vientecillo que suave
la circundaba sin osar lamerla,
o tiritando tierna entre humor grave,
se endureció en carámbano de Perla.
Grande una Perla se hizo, porque lave
de blanca Lumbre el Mar que ha de merecerla;
Corre el Golfo, y gastando allí un tesoro
la eriza de Coral, la raya de Oro.

Rasgado luego el Risco nada bronco,
vertió al Golfo otro golfo de Hermosuras,
transformando con Luz al rubio tronco
en Estrellas sus ramas mal seguras.
Quedó suspenso el vientecillo ronco,
y emulando sus galas nunca oscuras
cuantas al Mar Deidades ya fingieron
Perla abortada de la Perla fueron.

En un cóncavo Nácar que excedido

el precio a todo aljófar asegura,
Concha que el Mar cuajó desvanecido
del Sudor Celestial de l'Alba pura,
Salía el gran Neptuno esclarecido
con la Esposa en que Amor su incendio apura,
dando el Carro a una, y otra Deidad grata
Doseles de Coral, Tronos de Plata.

Por la espuma feliz los conducían
sus marinos Caballos que fogosos
con intrépidas manos dividían
en pedazos los vidrios espumosos.
Salpican con el Golfo que rompían
el Golfo mismo en vuelos ambiciosos,
despidiendo a la herida de sus huellas
los jaspes vagos húmedas centellas.

De sus Ovas al Dios de la Ribera
verde Barba, y Cabellos adornaban,
que al vasto Cuerpo (en limos de esfera
ceñido) blandas lluvias destilaban.
De juncos en la Sien que el Mar venera
bien tejidos Diadema se enredaban,
y la Diestra en tres puntas muestra sumas
la eterna Ley que enfrena las espumas.

Tetis Divina en la corriente grata
es mejor Venus de Ondas más lucientes;
Al Viento en ricas Nubes que dilata
sus Cabellos fió resplandecientes;
Cuantas hebras dulcísima desata
tantas Almas anuda reverentes;
Beldad fecunda, más que la de Guido,
de quien cada cabello era un Cupido.

En la Cándida Frente se ilustraba
(de las Ninfas del Ganges real tarea)
un Cerco de Zafiros que igualaba
del velo Celestial la azul librea.
En el Cuello, y los brazos enroscaba
hilos de Perlas que su Patria ondea,
Tramos que Egipto venerara en ellos
de Cleopatra inmortal Áspides bellos.

Precedía Tritón; Y en mil marinos
Monstruos delante van de sus Señores

muchas Ninfas del agua, y mil Divinos
Amantes suyos, Dioses nadadores.
Quien brocados vestía de Oro finos
que del Pactolo halló en los esplendores;
Cual Ninfa vistió azul porción del Cielo;
Y cual del Limo floreciente velo.

Con festivo bullicio en competencias
se explayaba la Escuadra Soberana,
siendo de las Sirenas las cadencias
triumfales ruidos en la espuma cana.
De Doris, y Anfitrite en las presencias
quedaba obscuro el Sol, si l'agua ufana;
Y hacían mejor Cielo en Luz difusa
Hesperia, Forba, Spio, y Aretusa.

La inquieta juventud de los Tritones
en Tropas por el Golfo travesea;
Cual se hunde, y sale luego; Y cual porciones
de l'Agua arroja al que irritar desea.
Danzan con Dioses que aman sus prisiones
Acasta, Nise, Thoa, y Deyopea;
Y obsequioso a su amante devaneo
la Beldad de Sicilia sigue Alfeo.

De Azucena, y jazmín (con vituperio
de Flora) cada Ninfa está ceñida;
Triunfa el Campo al mirar que hurtan su imperio
Primaveras del Piélago con vida.
Pasmó al Mayo en el líquido Hemisferio
ver su halagüeña pompa introducida,
cuando en las trenzas de Astros nadadores,
troncos de musgo producían flores.

No las Nereides ya, no los incastos
Tritones cruzan sólo aquella Esfera;
Danzan las Focas; los Escollos vastos
estrenan movimiento en la Ribera.
Suena su ruido aún en los verdes pastos;
Y en los Faunos, y Dríades de altera
corren absortos al Cristal poblado
los Divinos Espíritus del Prado.

Con tan vario espectáculo apacible
que a Jacinta más dulce hizo el reposo
le bordó en vanos rasgos perceptible

su Pabellón el sueño perezoso.
Vivo admiran sus Ojos el falible
congreso del Alcázar espumoso;
Y halla su Oído (no las Voces solas)
aún los lentos murmúreos de las Olas.

Mas ¿cómo será firme a un triste Amante
un delirar feliz? Cuando se alegra
Jacinta a tal Objeto, el Pueblo undante
se hizo todo una informe Nube negra.
La Nube a poco espacio fue un Gigante
cual no se finge en la alta Lid de Flegra;
Lavose; y todo el Mar, y la Agua, oculta
quedó en la Esponja de la Barba inculta.

Sobre un Caballo Bárbaro camina
tan grande como el Dueño portentoso;
al Mar, del gran Bucéfalo declina
la clin, y es ya mojada limo undoso.
La Cabeza, que fue vital colina,
se vuelve de Pantera, y caudaloso
un Río da de inundación no poca
la animada Caverna de su Boca.

Vuelan luego los Dos, y en un instante
caen en la Isla en que Jacinta estaba;
y ya para comerla abrió el Gigante
una, y otra de Dientes Sierra brava.
Tiembra la Dama en sueños; el Volante
del pecho, más con la ansia palpitaba:
Llenose al ver del Mar Monstruos impíos
de otro Mar muerto de sudores fríos.

Mas luego el Briareo y toda aquella
Visión fatal de Sombra no sucinta,
se convirtió en su Amiga Leonor Bella;
riose; y se rió también Jacinta.
Pasa sin saber cómo, al Mar con ella;
solídase el cristal que un Mayo pinta,
y en la espuma cuajada errantes lavan
la blanca espuma que sus Pies quejaban.

Porque juegue una, y otra tierna Aurora
transformaron del Mar luego los baños,
bolas de Oro las Ondas que atesora,
gran tabla azul sus Piélagos extraños;

Infelice Hermosura, logra ahora
que no sientes, de espacio esos engaños;
vive hoy que sueñas, sin que angustias libes;
ya vendrá el tiempo de soñar que vives.

ALEGORÍA DEL LIBRO TERCERO

Dibújanse en Él algunas de las Demostraciones de Despecho que se hizo el Infierno al restituir los usurpados Cultos a la Religión. En el vuelo del León de Fuego por el Volcán se alude a un Ídolo de cuatro pies que había muy célebre en la Isla Española; El cual ataban los Indios porque solía huir al Campo; Y ejecutando lo mismo cuando llegó Colón, y su Armada, nunca lo volvieron a hallar.

Insinúase con el Volcán los muchos que hay en aquel Nuevo Mundo, como más difusamente se expone en el Libro séptimo.

Aurinda abrazada con Jacinta, precipitándose Ciega, y Muriendo sola, es expresión del funesto precipicio que indujo a los Indios el olvidar la primera veneración con que recibieron a los Extranjeros; Siendo Jacinta alegóricamente España, y Aurinda la América.

LIBRO TERCERO

A Este tiempo en las Tierras ignoradas
todo presagios era, todo horrores,
efecto de ser a ellas fulminadas
con la Invidia sus Huestes de furoros.
Nunca el Mundo con señas tan airadas
avisó el Cielo ruinas superiores,
como hizo allí el Abismo en triste amago
anticipada exequia al propio estrago.

Más de un Sol muchas veces mostró el día
teñido en sangre su arrebol ardiente;
y en el Zenit tal vez lo obscureciera
de aves nocturnas niebla balbuciente.
En medio de los Pueblos se atendía
al aullar de las fieras impaciente
rasgábase la Tierra, y numerosas
vertía al Mundo formas espantosas.

Desprendida del Sacro azul engace
caerse vía la Luna en raptó obscuro,

como infaustas tal vez sus lumbres hace
la fuerza infiel del Thésalo conjuro.
Corrió llamas el Mar con que deshace
cuanto inunda a aquel Orbe mal seguro;
y en mil ríos que bañan su Horizonte
nadó en la faz del Día el Flegetonte.

Viose de los Cometas el sangriento
ardor, que entre las obras superiores
siendo criados, bajan sólo al viento
a avisar muertes, a explicar horrores.
Atónitos balar humano acento
oyeron a las Reses los Pastores;
nacieron monstruos; púsose en huida
viendo el Parto la Madre estremecida.

Entre las aves que con bronco agüero
anegaban el Aire infaustamente
una se halló espantosa que de acero
Lámpara horrible descogió en la frente.
Víase en sus reflejos un guerrero
Ejército marchar de extraña gente
que infundiendo al furor mayor desmayos,
regía brutos, y esgrimía Rayos.

Esto mismo en las Noches repetido
mil veces mostró el Aire de iras lleno,
asustando las Tierras, confundido
a batallas el diáfano Terreno.
Con truenos su Región imitó el ruido
del Desorden Marcial que imita el trueno;
y por lides formar en nada impropias
nubes de polvo son las Nubes propias.

De aquellas negras bóvedas, adonde
sus Muertos estas gentes reservan,
cuando ya la alta Noche el Mundo
funestos alaridos se escuchaban.
La voz que en sus Oráculos responde
luctuosos gemidos perturbaban;
llovieron Rayos, y con fiero ejemplo
víctima fue sus lumbres más de un Templo.

Barrieron con espíritu sangriento
infernales allí respiraciones
cuanto vapor lluvioso alto elemento

presta el Campo a fecundar los dones.
Prolijo Estío con horror violento
fueron todas del Año las porciones,
desvaneciendo al Labrador la Tierra
las esperanzas que en el surco encierra.

Discordes iras, y Odio en los Mortales
las llamas del Abismo introdujeron;
y en duras guerras contra sí, parciales
de sus desgracias los Humanos fueron.
Con riscos de Hombres luego, que a fatales
pestilentes contagios perecieron,
entre aquellas Montañas a emulalles
Cordillera segunda eran las Valles.

Mas la tierra que más del fulminante
Ceño Infernal vio el ímpetu maligno
fue la Isla a quien después Colón triunfante
dio la Española el Nombre peregrino.
Deste feliz terreno, en quien vagante
había de fundar el Ligurino
para alto fin la Población primera,
se vengaba la Estigia más severa.

Hubo cerca de la Isla otra pequeña
porción de tierra casi continente,
cual la antigua Memoria nos enseña
era Ortigia a Trinacria floreciente;
donde entre hermosa selva que halagüeña
sus valles esmaltaba felizmente
con fábricas vivió de fausto escasas
Población pobre de esparcidas Casas.

Hacía sombra al poco numeroso
Villaje, un Risco que un Volcán esconde,
cuya cumbre en taladro portentoso
como el Etna al Abismo corresponde;
tal vez humo vertía, y proceloso
fue de peñascos Víbora, por donde
dientes de ascua a morder el Día eterno
los tósigos fulminan del Averno.

Aquí de sus fierísimos Encantos
obrar la Invidia el más horrendo quiso;
por mucho tiempo al Monte sus espantos
estremecieron con funesto aviso.

Formaba el susto de temblores tantos
un estruendo en las quiebras indeciso
como agitados de gran viento a solas
los distantes murmureos de las Olas.

Hasta que ya una tarde haciendo ultraje
al Cielo, acreditó la cumbre impía
que era el mugir, rumores del viaje
con que Mil Muertes lo interior movía;
Así sin duda cuando al Mundo ataje
la saña del airado último día
querrá el Infierno pródigo en vestiglos
ver los Infantes devorar los Siglos.

Enfurécese el Risco, y aun mugiendo
vivo jayán lo temen las Esferas;
los peñascos sacude, arroja horrendo
los árboles al Viento, y las Riberas;
trastornando infundiendo el mortal luto
Bramido al Monte, y Terremoto al Bruto.

Contra lo Eterno (¡horrible maravilla!)
rotos los grillos que su mármol graban
se dispara la Sierra; atroz cuchilla
su pedernal las Nubes recelaban.
Furiosos sus Escollos en la Orilla
lejos al Mar las ondas arrojaban;
náufrago aquel en el Mar de inquietas breñas,
eran las Olas Naves de las Peñas.

Contra sus riscos, lleno de furores,
se da el mismo; sus cumbres mismas muere;
fulminase en peñascos voladores,
rómpe en grutas que el guarismo pierde.
Porque en él no prendiesen los ardores
despedazaba el gran vestido verde;
y con rabia que enciende sus entrañas
se rasgaban el rostro sus Montañas.

Vomitaba con furias Infernales
entre regüeldos, y hórridos bramidos,
Azufre, Pez, Salitre, y Pedernales
con humos, y cenizas confundidos.
Huyó el Sol, recelando sus fanales
que los deje del todo obscurecidos
el macizo borrón que Ardor perverso

derrama al lienzo allí del Universo

Lidian unas con otras en el Viento
las peñas que arden entre horror inmundo;
al Aire en mármol vago, a quien da aliento,
es Bóvedas pendiente el Profundo.
La Tez el Centro amenazó; y violento
sobre la Artesa, que tramó Dios mismo,
telas del Cielo se cernió el Abismo.

Llevada de los ímpetus del Noto
su horrenda Nube, túmulo del Día,
en partes por el Aire a espantos roto
se macizaba, en partes se extendía;
Borbellaban sus nieblas terremoto;
muchos de un globo el Humo producía:
dijeras que esta vez bárbaro Anheló
Montes de Montes conspiraba al Cielo.

Medio Orbe, y medio Cielo en atroz Marte
discordes vieras; vieras escupido
por Caribdis de peñas, a esta parte
esotro Mundo, y Cielo en furia unido.
A tanta marcha ruido atroz reparte
horrendo Parche el Monte sacudió;
son sangrientas Banderas, tremoladas
entre el Humo las rojas llamaradas.

Sobre entrambas las Islas el movable
Toldo sus noches dilató inclementes,
impidiendo otra Tierra de humo horrible
que el Cielo miren las absortas gentes.
¿Tiemblan con el temblor de lo Insensible
pálidos, y mal vivos los Vivientes;
que mucho si en horror vían profundo
negarse el Cielo, al deshacerse el Mundo?

Muchos en la Española Isla agitada
piedras los finge el Centro palpitante;
vagó en el terremoto la Morada;
quedó al asombro inmoble el habitante.
Otros (al fatal susto enajenada
la misma suspensión) en tropa errante
sin sentido corriendo sus mansiones
se derraman en ciegas confusiones.

Quien al Templo corría desvelado
de los Diosos buscando el brazo amigo;
y viéndolo caer temió asustado
del Sacro Techo el desleal abrigo;
Quien huye a la Campaña del poblado;
quien al Campo abandona lo enemigo;
muchos al Monte van, cuando extranjeras
corren al Pueblo atónitas las Fieras.

Mas en Todo la angustia se encontraba;
volvía la Madre con dolor propicio
al ¡ay! que tierno el hijo pronunciaba
sepultado de algún roto Edificio.
En las bocas que el Suelo desgarraba
pender vía con yerro propicio
al Amante la Esposa, y en vano fina
tendió los brazos a impedir la ruina.

Desde el Aire abrasado, y luctuoso
rayó a las peñas, peñas son crecidas;
dejar quieren (granizo portentoso)
las Tierras por sí propias destruidas.
Las queman las Cenizas con rabioso
contacto de las llamas concebidas,
y a muchos sepultando en Montes, era
su diluvio Infernal Urna, y Hoguera.

Así gemía en ruinas vinculado
aquel Pueblo al más duro sentimiento;
cuando hacia la Isla del Volcán airado
guió sus ojos un mayor Portento.
Vieron de obscuro fuego desatado
todo el Risco vestirse en un momento,
donde la Vista que difunta yerra
encontró una ascua si buscó una Sierra.

Y luego de entre el Humo, y los Ardores
vieron salir gran Monstruo, que sangriento
vertiendo llamas, fulminando horrores
toda encendía la Región del Viento.
Sin duda eran del Orco sus furores
último esfuerzo contra el Firmamento,
por quien todo a exhalar su Barbarismo
en una Fiera se agregó un Abismo.

Calle la Antigüedad cuanto espantoso

Fantasma imaginaron sus ficciones;
pues nunca así expusieron lo horroroso
en Quimeras, en Hidras, o en Pitones.
Vosotras, Musas, que su Ardor furioso
temisteis aun del Cielo en las mansiones,
dadle ahora en mi Idea nuevo aliento;
ya que puede hacer Caso del Pensamiento.

En forma de León dejó advertirse,
y alas batió de llama el Monstruo ciego,
si es que podían miembros distinguirse
en un volante Cáucaso de fuego.
De la Frente, y del Cuello vio esparcirse
la greña con feroz desasosiego;
Rayos las hebras eran; ni en su ensayo
perdió los Crespos ímpetus el Rayo.

De su Frente adornó la pesadumbre
un Diadema de hogueras Imparciales,
cual de algún Monte ardiéndose la cumbre
la ciñe el fuego en puntas desiguales.
Anegaban su aspecto en fiera lumbre,
reventando con ceños Infernales
dos segundos Volcanes sus enojos
en las vastas Cavernas de sus Ojos.

Todo el Aire estrechaba en triste hoguera
el Pecho que abultaba el Monstruo vano;
menos capaz, menos ardiente fuera
si permitiera verse el Sol cercano.
El Anca derribada enciende fiera
las Tierras, enjugando el Oceano;
y della errante en tempestad inquieta
ondeó por Cola un hórrido Cometa.

La lengua abrasadora se desboca,
y añade de su aliento el fuego interno,
fingiendo que en la Quiebra de su Boca
nazcan todos los Ríos del Infierno.
A batallas su cólera provoca
con garra desmedida el Solio eterno;
cada Brazo un Atlante fue tirano;
muchos Riscos de fuego cada Mano.

Cuando esta Fiera se entregó a los Vientos,
y en llamas se vio el Monte derretido

pronunciaron sus ímpetus sangrientos
el más ruidoso trueno enfurecido.
Llenáronse de horror los Elementos;
temiendo que Cadáver quiere externo
ser de la Tierra el Alma del Averno.

Mas a Breves instantes (apartada
de aquel paraje la Visión impía)
los de la Isla Española, sosegada
la Tierra vieron, y cobrado el Día.
Poco a poco al aliento se traslada
el ánimo que en todos fallecía;
ya los vuelve a sus Pueblos sin pesares
el Amor dulce de los propios Lares.

A más aliento luego reducidas
sus gentes, olvidando los temores,
intentan ir a ver compadecidas
de la Isla del Volcán los Moradores.
Ocupan las Canoas prevenidas,
dan impulso a los Remos nadadores,
y felices del Mar la Espalda graban
los que antes en la Tierra naufragaban.

No de otra fuerte, cuando en broncos ruidos
Montes confunde el Venatorio estruendo,
a las grutas se acogen afligidos
los Brutos que estremece el eco horrendo;
Mas cuando ya a quietud restituidos
ven los Campos, dudosos van saliendo,
hasta que a beber vuelven sin cuidado
los fragantes Espíritus del Prado.

Llegaron las Canoas; Mas ¡oh horrible
de la Muerte extendido imperio ufano!
Mueren las Tierras, y de lo Insensible
Urna es al Esqueleto el Oceano.
A toda la Isla en que existió el terrible
Volcán, la sepultaba el Mar tirano;
sin duda al ver lo que hospedaba dentro
con furioso temor se Caló al Centro.

Ya deshiciesen su verdor remoto
Espíritus (de Apolo fomentados)
que presos en los Montes, Terremoto,
y Viento son si su ser dejasen roto

Metales que lo unían condensados,
todo se hundió en las Aguas transparentes
Casas, Árboles, Campos, y Vivientes.

Un breve Risco sólo se atendía
de la ruina en las Ondas perdonado;
y un Hombre en él, que innoble parecía
aun más que suspendido inanimado.
Tu fuiste, o Aucolo, amante a quien debía
menos turbada gloria su cuidado;
mas si Amor te destina a un fin violento,
a inmensa edad te llevará mi Acento.

Sentado en la alta Peña reclinaba
sobre la Diestra mano el rostro yerto;
el Rostro, donde pálido explicaba
la Congoja más viva el Color Muerto.
Congeladas las Cejas erizaba,
las pestañas abría en pasmo incierto;
nada en él se movía; que aun deshecho
saltó el impulso con que late el Pecho.

Negado el triste a todo aquel Contexto
que algún tiempo en edad gozó dichosa,
ni aún lloraba; que en hondo arrobamiento
lo sepultaba la ansia rigurosa.
Quitole el Monte en su furor violento
la Patria, Amigos, Bienes, y la Esposa;
quedaba el Llanto; y deste aún lo enajena
Volcán nuevo a sus Lágrimas su Pena.

Ningún Indio en la errante Compañía
de las Canoas al dolor resiste,
viendo del Pueblo amigo que inquiría
cuan pequeña infeliz memoria existe.
El bullicio que un tiempo allí se oía
hallaron vuelto en un Silencio triste,
sólo el Mar junto al Risco murmuraba,
como que tierno de la Ruina hablaba.

Por ver si Aucolo vive, Cuidadosos
a la Peña se arrojan velozmente;
Aucolo, que en desmayos espantosos
ni vuelve a verlos, ni sus pasos siente.
Llegaron; y Ciñendo pesarosos
el dudoso tristísimo Viviente,

con vaivenes, y voces que conciertan
del pesado Letargo lo despiertan.

Cual la Fiera magnánima que al Prado
rugientes leyes Coronada presta,
si la encuentra tal vez un desgajado
Risco, yace mal viva en la Floresta;
Y cobrándose ya, bien que ignorado
esté el Contrario que su horror infesta,
vuelve rabiosa con herir profundo
la Tierra amenazando, el Mar, y el Mundo;

Así Aucolo del Risco, y de los lazos
del pasmo infiel, se levantó furioso;
Estremeciose inquieto, abrió los brazos,
y mirando el Impíreo luminoso;
Injustos Dioses (dijo) que en abrazos
de luz ceñís la Tierra, y el Golfo undoso,
¿quién influye en los pechos Celestiales
tan sangrienta aversión a los Mortales?

¿Qué error contra vosotros ha podido
mi diestra cometer, que así a mi Estrella
el Cielo, el Mar, con tan monstruoso ruido,
la Tierra, y el Abismo la atropella?
¿Fue acaso, Invidia de mi Bien, perdido?
¿Quién duda, pues que quiso Aurinda bella,
que airados arden invidioso anhelo
el Abismo, la Tierra, el Mar, y el Cielo?

Indigno Padre de la luz, que errantes
viertes en Lienzo azul borrones de Oro;
y tú, si es que alguno hay que a los Amantes
presida, oh ingrato Dios que en vano adoro;
Si me apaga las glorias más brillantes
el Mar, donde con otro Mar las lloro,
¿por qué hacéis que en mi aliento detenida
a despecho del Alma arda la Vida?

Mas no, no hay Dios alguno; producidos
por si han sido esos Páramos lucientes;
y sus Faroles, del Acaso asidos,
son cuajados Relámpagos pendientes.
Si fueran las Deidades, si atendidos
vivieran sus impulsos eminentes,
(¡ay Aurinda!) Anegará el Golfo obscuro

de lo Divino el Crédito más puro?

Espíritu gentil, en quien violento
fuego se opuso a mi amorosa llama,
si ya este Mar no vuelas, dando aliento
a tu Auco lo infeliz que tanto ama,
Pues de tus Ojos sólo al Firmamento
es debida la acción que el Cielo aclama,
vuelve a esta Roca, y en su Templo triste
recibe el Alma de quien Alma fuiste.

Y ya que el Golfo injusto en sus moradas
dio profundo a tu Aurora infausto lecho,
fulminen su Cristal precipitadas
las vivientes Centellas de mi pecho.
Dijo: y para arrojarse en las saladas
Ondas, como lo induce su despecho,
con nueva palidez corrió anhelante,
al Mortal confundiendo con la Amante.

Estorbaron su impulso los Isleños,
mas el Triste entre todos forcejeando
busca obstinado del morir los ceños
a unos, y otros hurtarse procurando.
Acusa a todos porque los empeños
de su ruina embarazan porfiando;
y ellos instan; vistiendo en su extrañeza
semblante de Batalla la Fineza.

Procuran consolarlo; mas en vano;
porque ya es su mayor dolor su vida;
llama homicida fiero; y inhumano
al que le estorba ser fiero homicida.
¿Por qué (suspira) a un infelice Humano
aumentáis penas, Gente fementida?
¿Por qué a mis ansias le negáis la Muerte?
¿A Auco lo aún tiene que quitar la Suerte?

Rindiose al fin cansado de la lucha;
mas prosiguiendo en la hórrida agonía
porque veáis que asciende a ruina mucha
librarme ahora del morir (decía)
mi Historia oiréis; tendrá cuando la escucha
vuestra atención la Muerte que impedía,
si cabe del Dolor, y del Despecho
la parte en vuestro Oído que en mi Pecho.

En ese fondo, en Cuyas verdes Gramas
animadas del Céfito otras veces,
son estorbo a las Ovas hoy las Ramas,
son las Fieras escándalo a los Peces;
En esa Isla fue, y murió en las llamas,
nacé infeliz; ¡oh trágicas niñeces!
¿Qué mucho (¡ay Dios!) Que viva, y se eternice
más que los Montes quien nació infelice?

A amar viví; Desde aquel tierno instante
fueron siempre finezas mis deseos,
mi ignorar Ciego Ceguedad amante;
queja el llanto, suspiros los gorjeos;
El no hablar, turbación era constante;
el no ver, amorosos devaneos;
hallándose en mi Ser recién nacido
antes los Sentimientos que el Sentido.

Milagro fue de una Deidad que hacía
al mismo tiempo Cielo estas Regiones;
digo la Bella Aurinda, que en el día
que nacé amaneció mil perfecciones.
Amor, que estrenar juntos Luz nos vía,
hirió los mal Vivientes Corazones;
introduciendo, de su dulce abismo,
a un mismo Respirar, un fuego mismo.

Las almas, al formarnos, esos rojos
Solios de Luz, sin duda equivocaron;
tanto entrambas, cediendo a Amor despojos,
unirse al otro Aliento procuraron.
Mi Animación latía allá en sus Ojos,
en mi Pecho su Luces palpitaron,
siendo siempre en ternísimos Compendios
sus Ojos Vidas, y mi Pecho Incendios.

Cuando de mí apartaban su Belleza
nuestro Pueril sollozo allí empezaba;
fui a seguirla, mas ¡ay! que la Firmeza
de mi Afecto a mis plantas le faltaba.
Luego a volver a vernos, la Fineza
en balbuciente Risa se explicaba;
la primer Voz que pronunciamos sólo
a Aucolo Aurinda fue, y a Aurinda Aucolo.

Crecimos, y el Ardor también crecía
con las tierras medulas a encendellas;
y a natural recato persuadía
furtivas a explicar nuestras Centellas.
Su Madre rigurosa la reñía
que a solas atendiese mis querellas;
Callé; y mi Corazón más se abrasaba;
encubríalo yo, y él se arrancaba.

Arrancábase ansioso; y otro tanto
a Aurinda su sentir costó oprimido;
sola sabía la Noche el dulce encanto
del recíproco incendio apetecido.
Mas ¿qué no enseña Amor? hicimos tanto
que nuestro ardor Creyeron reprimido:
Más de una vez, sin nota de quererla,
entre sus Deudos pude hablarla, y verla.

Si un tierno Hermano, que era blando peso
de sus brazos tal vez, mi sol besaba,
yo famélico luego el dulce beso
de la boca del Niño arrebataba.
Si bebía, la Sed su ardiente exceso
en mi infundía; el Vaso procuraba,
y el la parte bebí que sin agravios
encendió la Onda en ascuas de sus labios.

En mirando a otra parte la severa
Madre, luego a mirarnos los dos fuimos;
y con vista entendiéndonos parlera
astutos de engañarla nos reímos.
Tal vez conté una Historia lastimera
de Amor; y cuando al fin solos nos vimos,
Yo que Amor verdadero (la decía)
era el fingido Amante, Aurinda mía.

¡Cuántas veces (¡oh cuantas!) Los Hijuelos
en las Ramas hurté a las Avecillas!
¡Cuántas nadando en los salados hielos
traje el Coral del fondo a las Orillas!
Y ¡oh cuántas en el Prado a mis desvelos
cedieron las fragrantas maravillas!
Todo servía a mi amoroso empeño
siendo apacible Víctima a mi Dueño.

Y amaba Todo, del afecto mío

las bien nacidas llamas adulando;
la Fiera ardía, y la Espesura; el Río
vagaba entre las Flores sollozando;
El Ruiseñor su amante desvarió
con más sentida voz gimió Cantando;
y ternuras de Amor dio al Horizonte
en fuentecillas derretido el Monte.

Mas, ¡oh Gloria de Amor siempre inconstante!
Y ¡oh fugitivo Bien, que es en el Viento
para afligir el Pensamiento amante
más vago que el amante Pensamiento!
¿Quién la Suerte lograr podrá constante,
cuando en Aurinda, y en mi fiel tormento
aun no entibió sus trágicos enojos
Llama tan pura, o tan Divinos Ojos?

Hubo un pequeño Escollo matizado
de cuanta hermosa pompa el Valle afina;
de quien parece que llovía al Prado
su inundación de Rosas peregrina.
En una Fuentecilla desangrando
vierte doliente el Alma Cristalina;
y en el Regazo de su Margen breve
descansa del desmayo de su Nieve.

Mil Árboles que entorno animó undoso
del Sol lo encubren con verdor tejido;
Misterio lo hacen de la Selva, oh hermoso
de verde Cuerpo corazón florido.
No llega aquí de Fiera el pie espantoso,
pintadas Aves sólo en blanco nido
con tierno acento que su Amor restaura
dulces se arrullan si las mece el Aura.

De aquí (la Espalda a un Árbol arrimada)
estaba yo mirando el Mar un día,
cuando el Cemí que de mi Patria amada
en el Templo más Noble presidía,
se apareció a mis Ojos; perturbaba
la Floresta tembló, y la atención mía;
moviéronse los Ramos, y como ellos
Trémulos se erizaron mis Cabellos.

Amante descuidado, a quien espera
grande Martirio (dijo el Dios horrendo;

el Dios, que en forma vi de Sierpe fiera
con el Pecho torcido el Aire hendiendo)
Llamas, y Espumas tu amorosa Hoguera
turbarán, sus ardores extinguiendo;
prevén tu esfuerzo; Dijo: y remontado
volvió a dejar sin Miedo al Sol, y el Prado.

Corrí; y a Aurinda le conté el Abismo
de Dolor que fatal nos amenaza;
y della escucho que el aviso mismo
el mismo Dios a su atención enlaza.
Lloramos; discurriendo el parasismo
¿cuál será que el Destino infiel nos traza?
Mas no Cupo aun del miedo en la vehemencia
el mal que luego Cupo en la Paciencia.

A pocos días la Aflicción expresa
vimos, llegando a nuestra Patria clara
las Fieras Gentes que la Humana presa
dan al vientre tal vez, tal vez al Ara.
Entre las Vidas que su Escuadra apresa.
quiso el Hado que el daño me tocara:
¿Qué no hice? ¿Qué no dije? ¡Oh Cielo! ¡Oh Suerte!
Bien merecí, Lidiando, hallar la Muerte.

¡Mas ay! Vencido, Preso, Despreciado,
(y ¡oh en mis congojas la mayor!) Ausente,
me hallé en el Mar con otros, entregado
a un Leño en la alta espalda transparente.
Quejas di al Cielo, al Risco, y al salado
Mar tristes olas de sollozo ardiente;
mas de mi llanto a las angustias hondas
fueron Riscos los Riscos, Dioses, y Ondas.

En cada aliento el último se ensaya
truncados todos con el ansia fuerte;
cada acabar con ver la amada playa
fue un empezar sin Alma a ver mi Muerte.
Cada instante el Aliento más desmaya
viendo más Lejos mi adorada fuerte;
más se apaga cuanto es más la huida
Lejos del Corazón tibia mi Vida.

Mas bien que en tanta horrible infausta llama
me abrasaba la angustia fementida,
no la Ausencia, aun que atroz muerte se llama,

sola mi ruina entonces fue crecida.
Hubo tiempo que puso en mi otra Dama
su Inclinación, de mi nunca admitida,
y por turbar mi Amor (tanta ira nuestra)
le dijo que yo amaba en la Isla vuestra.

Llorolo Aurinda entonces, y aunque luego
la satisface, siempre aquella duda
le dejó huellas del espanto ciego
que imprimió en ella la Sospecha ruda.
En tanto pues que al Piélago me entrego
Cautivo, nuevo engaño Aquella anuda;
No fingió (dice) su prisión Aucolo,
Viaje, y Dueño ha disfrazado sólo.

Mas ya algún Dios con mis fortunas blando
me ofreció para entonces dicha suma;
Sacudir pude la Prisión, pasando
a mi Patria otra vez por la alta bruma.
Íbamos por el Mar tejer logrando
vago Manto de leño a inmensa Espuma;
aún la Tormenta huía, con extremo,
del ruido nadador de tanto Ramo.

Yo que en Librarme del afán pensaba
busqué siempre ocasión a tal ventura;
y vi una Noche que más sombra aunaba
casi dormir toda la Escuadra impura.
A que logre el huir me convidaba
la Confusión de la Tiniebla oscura,
y entre el lóbrego horror que reverencio
me estaba dando voces el silencio.

Como llevaban presa tanta Gente
nos dejaron (Ligados pies, y manos)
en Canoas que ataron tenazmente
a aquellas que ocupaban los Tiranos.
Y así con fuerte impulso sutilmente
romper pude los lazos inhumanos;
y aun sin estruendo derribado a Proa
desatar de las otras la Canoa.

Halleme a la mañana Libre, y Lejos
del riesgo, porque andando mucho había;
cuando del Cielo altísimos Consejos
a un portento, o su inmensa Luz me guía.

A una Isla llegué breve que en reflejos
venció las Galas del reciente Día;
(no de mis males) aun su hermoso Abismo
Olvidados me redujo de mi mismo.

El Alma soberana (no, no pudo
ser Mortal, Perfección tan apacible)
vi de algún Numen, que entre un risco mudo
en forma de mujer se hizo visible.
Rendida se mostraba al Sueño rudo;
mas tan Divina, que con Luz plausible
del Bulto hermoso el Alma aun puesta en Calma
yerto me transformó Bulto sin Alma.

Díjela absorto: Oh tu del alto Cielo
Rayo en quien veo que todo Astro asista,
y en quien cegando la atención del Suelo
aun sobra de la Fe raptó a la Vista;
¿Qué importa que fiarte en mortal Velo
quieras de mí adorar a la Conquista,
si el Mar de tus Luceros aún ocultos
anega todo el Margen de mis Cultos?

Con razón grande (Asombro esclarecido)
al Letargo te entregas halagüeño,
pues porque hallarte en fin pueda el sentido
preciso fue que te escondiese el Sueño.
Y si aún deslumbra tu Esplendor dormido,
que fuera a no robar (oh inmortal Dueño)
de tu Vida esa Luz que en Calma advierte
esa extranjera Sombra de tu Muerte?

Pasmos ofrecen tus errantes huellas
al Sol que dejas, y Hombres a quien naces;
cual Flores quedan mustias las Estrellas,
las Flores Astros son de ardor capaces.
¿Qué fin te trajo a honrar sus hojas bellas?
Si lo fomenta nuestro Error, bien haces;
pues ¿quién querrá enojar su fiel Destino
viendo que es tan hermoso lo Divino?

Mas ¡oh! rompe ya el Sueño, y muda Calma
a que fías tus Ojos brilladores,
que es para mí más Luz que Vida, y Alma
este cegar de ver tus Esplendores.
Y aún mis Ojos quizá con dulce Palma

costrarán así alientos superiores;
pues Ciego todo en mí, ya a tus beldades
sólo habrán de Cegar las Ceguedades.

Dije: y llegué mil veces procurando
despertarla del Sueño peregrino;
otras mil quedé inmóvil; congelando
su nieve hasta el intenso en mi Destino.
A Ajar no me atrevía el Sueño blando
viéndole en Solio tanto allí Divino;
y adorado negábase a mi empeño,
siendo un Numen su Altar, Deidad el Sueño.

Ella entonces mi Error (¡ay Dios!) me avisa
desuniendo los párpados que inflama.
¡Oh cuánto me fue el Alma allí precisa
a Ardor que en Soles dos negros derrama!
Hierva el Amor allí, bulle la Risa,
nace inquieto el Deleite, y de su llama
cuando ascua es Todo en los hervores bellos,
siendo (¡oh pasmo!) Carbón quedaban ellos.

¡Mas ay! Que o por no ser tan mucho Rayo
de la Tierra, y del Mar riesgo forzoso
o por volver al Sueño en mudo ensayo,
desmayarse fingió el Portento hermoso.
Lo rojo perdió el Rostro; y del desmayo
la pálida blancura vistió ansioso:
tiniebla fue que en raro manto abroche
dos Días negros una blanca Noche.

Condújela a Barca, y con su auspicio
llego a la Isla; a Tliccalpo hallo devoto;
díceme que nada hable hasta el propicio
Solemne día que la ostente al Voto.
Paso al Villaje dando alegre indicio
de haber la Esclavitud infausta roto;
adora el Pecho a los que ya se inclina
mejores instrumentos de su ruina.

Con mi venida luego feneciendo
de Aurinda la ansia fue mal satisfecha;
sufrir no pudo mi presencia, siendo
(aleve en fin) cobarde la Sospecha.
Al dolor de la ausencia no atendiendo
el nudo de los brazos nos estrecha;

de nuestra Unión (fecunda así se indicia)
nace, al vernos, ya inmensa la Delicia.

Sus Padres luego a mi favor dispuestos
me abrazaron con vista placentera,
cesando no sé cuál razón que opuestos
antes los tuvo a mi amorosa Hoguera.
Siendo ya nuestros pechos manifiestos
quisieron que a ayer la Noche fuera
quien premiese mi Afecto, que importuna
tanta ha feriado a la esperanza de Una.

¡Oh Cielo! ¡Oh Noche! ¡Oh incendio furibundo!
¿Diré vuestra impiedad? ¿Diré el Desvelo
en quien Cruel con lo Vital del Mundo
se desnudó de lo Divino el Cielo?
¿Diré entre al Odio, y Mar profundo
tanta inocente Vida? ¡Oh inmortal Velo!
Permítase al que oprimen tus Crueldades
la Infamia repetir de tus Deidades.

Ya la Luz con su rápida inconstancia
el Cielo en lo más alto honraba ardiente;
no hacen sombra los Riscos; su Constancia
puntal se finge al Rayo allá eminente.
Viendo sublime el sol a igual distancia
profundo allí el Ocaso, acá el Oriente,
parece duda entre uno, y otro paso
si rodará al Oriente, u ya al Ocaso.

En un Valle florido se extendieron
para el Convite, entre Carmín, y Gualda,
blancos manteles de algodón, que fueron
Nubes de nieve en Euro de Esmeralda.
Aquí los más de la Isla concurrieron
a aclamar de mis triunfos la guirnalda,
corriendo por las fauces a millares
tempestades preciosas de Manjares.

Fueron las horas todas dulce fiesta,
risas alegres, fiel desasosiego;
Cuando distinto mal en la floresta
se oyó de Voces, y Armas ruido ciego.
Con la infiel novedad que el Aire apresta
nos abstuvimos de las viandas luego;
Y absortos todos a escuchar el Ruido

mudos quedamos con atento Oído.

Así de errantes varios Conejuelos
pacífico Escuadrón en la espesura
muere alegre tal vez los verdes velos
que el Prado visten de Esmeralda pura;
Y si algún ruido escucha, con desvelos
se suspende dejando la verdura,
sin que aún pague, de tímido, y de atento,
en la Respiración el Viento al Viento.

Tliccalpo entonces Sacerdote Santo
(Del cual ninguno fue más grato al Cielo)
llegó ansioso a nosotros, de su espanto
dando noticia aún sin su Voz su Anhelos.
Romped (dijo) quitad descuido tanto
en que os sepulta este florido Suelo;
¿Así a los Bienes olvidáis (Mortales)
la sucesión precisa de los males?

Llegó el último Día, llegó el fiero
trágico tiempo de la Patria nuestra;
todo traslada al Bárbaro Extranjero,
del Destino cruel la injusta diestra.
Tal tempestad de Ejército guerrero
llueve a la Tierra el Agua, que aún ser muestra
poca Nube el Mar todo a peregrinas
Centellas de Armas, Truenos de Bocinas.

Arde la Isla; Laméntase oprimido
al grave peso el Valle, al ruido el Viento;
Vese en medio del Pueblo, ya encendido,
el Adversario dominar sangriento.
En ciega lid turbado, y afligido
breve Escuadrón resiste a su Ardimiento:
En mil Huestes al Pueblo miré unidas
Muertes inmensas para inmensas Vidas.

Con tal aviso no hay quien no dejase
las Mesas; con gran prisa nos armamos,
encargando a Tliccalpo que apartase
las Mujeres, del riesgo que escuchamos.
Lloran Ellas, y al ver que se aumentase
en Ellas nuestro Bien, también lloramos;
Entre todas, gritando la Luz mía
más furiosa, y más bella, me decía:

¿Aucolo, Esposo, a cual angustia nueva
en tu ausencia me dejas riguroso?
¿Qué error (Cruel) sin mí, que Ira te lleva
a aún Morir cierto en el Lidar dudoso?
¡Mísera! ¡A quién habrá que alientos deba
si eres mi Vida? Vuelve, vuelve, Esposo;
Llévame a que a un fin mismo el Alma rinda:
¿Así el llanto desprecias de tu Aurinda?

Cayó en tanto la Noche. Confundiendo
el Aire a horrores; Tembló luego el duro
rabioso Monte, al Cielo sacudiendo
Selva la tez, y Infierno el seno oscuro.
Armas, Desorden, Terremoto horrendo
se amasan, trastornando el Orbe impuro:
El Centro, el Aire a un tiempo, y la Isla encierra
bárbaras furias de espantosa Guerra.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Yo, viendo que la Patria destruida
ya al rencor enemigo se postrase,
y que aún sobró en su rabia desmedida
furia que el Risco trémulo heredase;
La más amada parte de mi Vida
busqué en Aurinda, a quien creí que hallase
donde Tliccalpo en protección segura
con los demás condujo su Hermosura.

Mas ¡ay! que apenas del Volcán funesto
los temblores sintieron, y el bramido,
cuando confusas, del seguro puesto
todas corriendo huyeron sin sentido.
Tal se esparce a la selva en vuelo presto
abandonando la quietud del Nido,
incauta Escuadra de Aves, cuando broncos
oculto Cazador mueve los troncos.

Buscarla determinó en la espesura
donde el Templo existió del Numen Santo
que un tiempo a prevenir la Suerte dura
se fió de mi Vista al ciego espanto.
Llego al Ara; y hallé la Deidad pura
extranjera, afectando el temor; tanto,
que a este Escollo en la ruina fulminante
(Que Atrio del Templo fue) corrió anhelante.

Seguila, a tiempo que la Gloria mía,
mi Aurinda a esta mansión también llegaba.
Mas ¡ay! que la Sospecha que algún día
tuvo, entre tanto Horror hoy descollaba.
Cuando el riesgo creció, Tliccalpo había
dicho que al Templo fuesen, donde estaba
un Dios en forma de una Dama, que antes
yo de Tierras allí traje distantes.

Discurrió Aurinda que es la Diosa aquella
Dama por quien bebió el veneno rudo
ya de los Celos; y que yo por Ella
a la Isla con cautela tal la mudo.
Ni el ropaje de Luz, que mucha Estrella
entretejió desengañarla pudo;
juzgaba que las telas Celestiales
he fingido con Piedras, y Metales.

¡Oh alevos Celos! ¡oh en la consonancia
de dos Almas, discorde horrible Acento!
¿Entendimiento sois de la Ignorancia,
y os pasáis más allá de Entendimiento?
Infernal Peste; Ciega Vigilancia;
Desesperar que espera, Muerto Aliento;
y Monstruos en cuyo Orbe sin recurso
Irracionalidad se hace el Discurso;

Bruto enigma, que no es cuando a ser llega;
del Daño propio Espíritu anhelante;
¿A qué Astro el Mundo así la Piedad niega
que os dio Cuna, otro Infierno a hacer volante?
Muera el que dice da vuestra Luz ciega
vigor, y esfuerzo al dulce incendio amante;
¿Cómo alma la Ser de Amor daréis, y esencia
si informáis de un No ser vuestra Existencia?

Corría por un Valle, que a estas breñas

fue verde pavimento, un erizado
raudal de Fuego que (oh Volcán) despeñas,
Riego de horror, y escándalo del Prado;
Cuando Aurinda furiosa, dando señas
con mirar fiero de su atroz cuidado,
se abrazó a la Deidad, y en el prolijo
fuego con Ella al arrojarse dijo:

Tirana, que la Paz injustamente
turbas de mis afectos con fiereza;
a vengarme, a vengarme hoy solamente
tal furia el Acabar del Mundo empieza.
A mi pecha hurta impulsos; obediente
revienta a mi furor Naturaleza:
Muramos, pues, y (cual la amante Suerte)
muriendo horrible, usurparme la Muerte.

Y tú injusto inhumano aleve amante,
que Deidad la quisiste hacer al Ruego;
mira como su Numen, puede hollar el Fuego.
Tendremos en la atroz Llama espumante
Ella Altar, y mi Error Sepulcro ciego;
antes (oh Ingrato) ya; que en sus injurias,
arder elijo en tan horrendas furias.

Dijo: Y cayó infeliz. ¡Oh fementida
gloria del Amor! Detente, Esposa amada,
detente; ¿Así procuras la encendida
Muerte huyendo de mí precipitada?
Mas ¿qué aliento podría en ti ser Vida,
si a tan profunda angustia despeñada,
a tu ya en ti erizaron tus desvelos
el Precipicio horrible de los Celos?

Yo la vi; yo la vi, en el Aire vano
volviendo airados hacia mí los Ojos.
Mas ¿qué nuevo Letargo ya inhumano
(como entonces) me anuda enojos?
En la Memoria el Caso (¡ay Dios!) tirano
la Luz me hurta; al morir sirvo despojos:
falta mi Acción; ya el Alma es fuerza rinda;
mira lo cierto de tu Error, oh Aurinda.

Llegando Aucolo aquí, tanta congoja
lo aflige al acordarse del suceso
que interrumpido el Respirar lo arroja

de Letargo mortal a horrible exceso.
El Recuerdo que trágico lo enoja
lo hace desfallecer del Susto al peso;
Muere; Y en ella viendo huir su Gloria
deja el Alma por irse a la Memoria.

Envuélvelo en la arena su Despecho
ya sin Color, sin Voz, sin Vista clara;
el Corazón se le partía; al Pecho
los brazos junta, y luego los dispara.
A la Ansia horrible su Vivir deshecho
con respirar difícil se declara;
Ceden al fin vencidos, y mortales
del Espíritu Amante los Vitales.

Joven glorioso; en Cuanto la influencia
del gran FILIPO abarca esclarecido
(De FILIPO a quien ya cede Alta Esencia
ambos Mundos) tu Amor huirá el Olvido.
Una Muerte te libra de una Ausencia,
y un Afecto altamente interrumpido
en Orbe amante te eterniza ahora
donde vive Inmortal quien Fino adora.

Felice tú, que en ruina sucesiva
tu Aliento pierdes la perder tu Suerte;
¡Ay de quien triste, Emulación altiva
y Ausencia gime, sin que encuentre Muerte!
Amor tirano, Amor, manda que viva
tan Ciego al padecer su Impiedad fuerte,
que aún hoy que injusta su Deidad infamo
si mis desvelos me preguntas, Amo.

Llevan los Indios a la barca ruda
el Cadáver; Y luego hallan la Dama
de Aucolo, y la Otra; Un árbol las anuda
que al Mar las niega, y las negó a la Llama.
Estaba muerta Aurinda, que desnuda
se hizo pedazos en la bronca rama;
Mas la Extranjera huyó el mortal ultraje
pendiendo sostenida del Ropaje.

¡Oh cuánto Objeto portentoso esconde
al Vulgar Comprender, Naturaleza!
¿Quién creyera encontrar Árbol adonde
tema llegar del Fuego la fiereza?

No sólo a aquella Rama corresponde
el Fuego en fugitiva ligereza;
Más aun el Humo, aun el Vapor ardiente
borra alta Antipatía de su Ambiente.

No sé si era este el Lárix, que Octaviano
allá en los Alpes encender no pudo;
O el que, partido, al Sol florece vano
afectándose Fénix cortezudo;
Ni si el Piragmo fuese el Tronco Indiano;
O si acaso el pendiente Escollo rudo
fue de Piedra Galatias, a quien ciego
es Humo que la incienso (Huyendo) el Fuego.

Absortos los Isleños, como Aucolo
juzgan la Dama Numen Soberano.
El muerto Amante, la Celosa, un sólo
Barco, y la alta Beldad acoge ufano.
Albricias, Hermosura; ¿Cuándo el Polo
de tus Luces no hará inmortal lo Humano,
si aún no muere tu Imperio uniendo un punto
muertos los Celos, y el Amor difunto?

ALEGORÍA DEL LIBRO CUARTO

En Naobacán que después muere a manos de Colón (habiendo hecho la oposición principal) se mejora el nombre del Cacique de la Provincia Maguana, el más fiero de todos aquellos Reyes Bárbaros; y que murió después prisionero de Colón, como publican las Historias. Discurso se figura en Él la Ferocidad, y demás errores de los Indios, que destruyó victoriosamente el Héroe; y en fe desto se introduce sin Religión, Devorador de carne Humana, inclinado al Engaño, etc.

En el Monstruo que se le aparece, y auxilia para llegar al Trono, se abomina la Razón de Estado moderna, que solicita con astucias, y impiedades alterar la Paz de Europa, y perturbar las Dichas que trae a todo el Orbe Cristiano la Exaltación del Gloriosísimo FILIPO QUINTO al Solio Español.

Por Origuara, su Visión misteriosa en el Templo, y su Rapto se entiende el Auxilio Divino; y cuanto tenía dispuestos los Ánimos de aquellas Gentes para abrazar la Religión; pues consta que un Indio Virtuoso, corrió gran parte del Nuevo Mundo, diciendo a Todos que sus Ritos eran fábula, y muy presto iría Gente que los desengañase; suceso maravilloso en que tuvo origen esta Ficción.

Jacinta de quien se enamora Noabacán explica cuanto Imperio establece en los ánimos aún bárbaros la Hermosura; y lo mucho que a aquellos Pueblos embelesó al principio el adorno, y presencia de los Españoles; llegando la credulidad de los Indios (al ver más despierta nuestra Razón) a soñar Esencia más que humana en nosotros; y adelantando los agasajos del hospedaje a un siempre delirar caliginoso de la Idolatría.

LIBRO CUARTO

Aquel grande Orbe Nuevo (que oportuna
faja del Mundo sus distancias mide)
dilatado la anchísima Laguna
del Sur a estotro Mar del Norte impide.
En dos Partes, que un Mundo es cada una,
uniéndolo un grande Istmo, lo divide;
La Ártica hacia el Farol que la Osa raya
desde el Seno de México se explaya.

En forma de Pirámide, a extenderse
llega la otra Porción que el Istmo junta;
Siéntase sobre el Mar del Norte, y verse
deja elevada al Sur adonde apunta.
Si llama su Pirámide ha de hacerse,
sería el Humo de su excelsa punta
la obscura Duda que en la Sombra anida
de esotra Tierra Austral no conocida.

Con Virtudes a inmenso Ministerio
produce Árboles mil, Selvas anuda;
Vierte más de una al floreciente Imperio
Fuentes de Aromas, Peña Cortezuda.
Menos Estrellas tiene su Hemisferio
que en el Nuestro se advierten; y es sin duda
que su Esfera dorando Minerales
gastó la Luz del Sol toda en Metales.

Por sus grandes Provincias extendidas
vagan mil Ríos, a cuya agua pura
(tanto en Ondas se ensanchan repetidas)
urna apenas el Mar todo asegura.
Son sus monstruosas Sierpes desmedidas,
sus Gentes tienen breve la Estatura;
Que entre sus Gentes broncas, y groseras,
pudieron tanto descollar sus Fieras.

Entre Árboles, y Breñas residiendo,

con el Graznido, y Silbo los unía
Compatriotas a Algunos del horrendo
Vulgo de Aves, y Fieras, Gruta umbría.
Otros viáciban, Casas erigiendo,
esos Escollos, y Árboles; Crecía
vago el Risco en Paredes; y era bronco
Vida del Edificio, muerto el Tronco.

De la Atlántide allí fueron las Gentes
primeras, cuando sobre el Golfo estaba,
y hasta América espacios Florecientes
(Mayor que África, y Asia) derramaba.
Orbe segundo, en cuyos Continentes
(roto el Mar grande que hoy sus Cumbres lava)
a ver el Sol, del fondo en que se encierra
inmenso el Rostro levantó la Tierra.

Adora el Indio Piedras, Plantas Bellas;
Y haciendo, en nieblas, que el Averno ahúmes
a cuanto no era Dios (oh Incienso) en ellas
resolvió Reses, profanó perfumes.
También dan Culto al Sol, y a las Estrellas
donde alta Noche (oh Abismo) le resumes;
Y (más Monstruo que el Caos) su desvelo
el Infierno encontraba sobre el Cielo.

Obraron cuanta infamia hace se irrite
la Razón; Carne Humana era imperfecta
Vianda allí, sin que el Horror limite
del Cadáver, la acción que tanto afecta.
Al revés en el horrido Convite
mostraron de Pitágoras la Secta:
Sus Cuerpos, que sus Mesas infamaban,
de unas Almas en otras se pasaban.

Principio destes Mundos ignorados
una grande Isla en aquel Mar reside
que el Trópico de Cancro a cinco Grados
para huir de la Tórrida la impide.
El Atlántico en Piélagos hinchados
Grados cuarenta formidable mide
que la Fortuna la apartó importuna
de las Islas allá de la Fortuna.

Haití los Moradores la llamaron,
y Española después Huestes Extrañas;

de Algodón, de Oro, y Mieses abundaron
sus Ríos, su Campiña, y sus Montañas.
No es tan rica Trinacria, aunque formaron
Copa a Baco sus Cóncavas Campañas,
Trox a Ceres sus Vegas, si notorios
Tridente al Dios del Mar sus Promontorios.

De cuatro pies un Ídolo sin manos
sus Gentes más entre Otros veneraban;
porque huía tal vez lo ataban vanos,
y a holocaustos los nudos elevaban.
A Este más que a los Otros ya de Humanos
Víctimas execrables tributaban;
Quizá porque Hombres come[***], de su Insulto
la Maldad refugiaron en el Culto.

Con Gobierno Monárquico vivían
ordenados sus Climas abundantes;
Había Estados varios, y tenían
el nombre de Caciques sus Reinantes.
Los que entre todos más lugar se hacían
eran dos en Provincias dos distantes;
Guanagari en Marien Rey verdadero;
y en Maguana el atroz Naobacán fiero:

A Naobacán, Cruel, Fingido, y Injusto;
Prudente a Guanagari la Isla aclama;
Finge que lo arma a Naobacán el Susto;
y el Temor mismo a Guanagari lo ama.
Guanagari, Ame el Pueblo (dice Augusto)
Naobacán, Tema, y aunque no ame clama:
Quieto Aquel duerme; en Este a defenderlo
Vela astuta Razón para no serlo.

Hasta en llegar del Solio a la alta rueda
los dos Príncipes fueron desiguales;
Guanagari pacífico lo hereda,
usurpó Naobacán las Glorias Reales.
Viviendo un tiempo en rústica Vereda
con Huestes al que pasa oprimió iguales;
Y, por dar muerte aún al Cadáver mismo,
los Muertos devoró su Barbarismo.

La Persia así que estorba unir corteses
a su Seno el Mar Caspio los Cristales,
su Tamorlán, Patricio antes de Reses,

vio Tigre de Rebaños Racionales.
Más que su Gasa rubia, en pocos meses
el Otomano hirieron sus Puñales;
Y, en vez de Oro, dio el Hierro sin respeto
Corona infausta a todo Bayaceto.

Aún venció Naobacán su formidable
tiranía, empezando de la obscura
Floresta, a quien tiñó su inexorable
bárbaro Ardor de Sangre la llanura.
No Escirón fue en la Cima así execrable;
Ni Scinis, de Corinto en la Espesura;
con cuantos Monstruos oprimió en sus Lides
Teseo errante; vagabundo Alcides.

Crece en el Indio vasta la Estatura
como el Soberbio Espíritu irritado;
Sus Ojos, de la Estigia en Llama obscura
remolinos de horror son inflamado.
Copia las Selvas de la Noche impura.
Negro, y Crespo el Cabello enmarañado;
Y del pálido Aspecto es la fiereza
Sospecha de Infernal Naturaleza.

Del Bruto que sus tiros acobardan,
en vez del manto Real, traje previno;
Viste Pieles de Tigre que en Él guardan
Espíritu más fiero que el Ferino.
La Diestra, en quien las Iras nunca tardan,
vibra en un Arco trágico Destino;
Y el bruto Manto en las Espaldas graba
preñez de Flechas la pendiente Aljaba.

Con ancho Cerco de hebras condensadas
ciñe la frente que horror Negro ahúma,
de donde rectas Plumas elevadas
forman leve Torreón al Aura Suma.
Creyeras en sus rojas llamaradas
ser voladora Hoguera cada Pluma,
que el Aire rasga disparada a enojos
de las rabiosas ascuas de sus Ojos.

Negra Espuma, del labio a la rudeza
la Hiel difunde; y Cólera al Aliento;
Todo es Odios; quizá Naturaleza
le dio la Hiel por Corazón violento.

Si no es que en vez de Pecho su fiereza
tiene algún Infernal hueco Sangriento
de donde el Corazón latiendo Injurias
le vierte en vez de Aliento llama, y Furias:

Hombres irrita, y Dioses, con violentos
ciegos insultos, y ímpetus feroces;
Niega que haya Deidad, y sus Alientos
ya son Blasfemias antes de ser Voces.
Tiene Centro, y Esencia en sus Acentos
el Sacrilegio, y la Ira siempre Atroces;
Reniega, y amenaza; Siendo inmundo
Escándalo del Cielo, Horror del Mundo.

Contra los fugitivos Robadores
del vario Aborto la fiereza Hircana;
y contra el pie infelice los furores
de la pisada Víbora Africana;
Heridos de Masilia rugidores
los Brutos, contra la Hasta Mauritana,
Rasgo son leve a cuanto ardió severo
contra su Especie misma Este más Fiero.

Ver quisiera lo Humano ya deshecho,
y tan bárbaro ardor jamás reprime;
el fin de cualquier Hombre en su despecho
como Fin sólo, y Último se imprime.
Oprime el Corazón dentro del Pecho;
dentro del Corazón el alma oprime;
y siente que se niegue a ser su Palma
aun la Inmortalidad dentro del Alma.

Así vivió algún tiempo, al Peregrino
siendo infalible Horror que lo deshace;
cualquier Selva era infamia del Camino;
Y un Naobacán en cada Césped nace;
Hasta que un Día que romper previno
las Breñas que más densas el Bosque hace,
llegó del Prado a la mansión más Ciega
que en Humo el Aire, en Cieno el Campo anega.

Lo más hondo del Valle ennegreciendo,
borrón sucio un Pantano se extendía
sin Cañas, ni Ovas, como que es horrendo
Vómito de las Víboras que cría;
De aquí siempre Agua, y Tierra están huyendo,

más se enredan, y airadas a porfía
se revuelcan en sí, y hacen luchando
la Masa impura al Cóncavo Nefando.

Ondas le aumenta de anudada Escama
mucha Libia en el Légamo a sus Olas;
muere el Aire al Vapor de infausta Lama
en cuya Niebla (oh Abismo) te enarbolas.
En el Silbo al que lo oye muertes trama
cada Monstruo; Son Dientes Lenguas solas;
Y disipando en ruidos Peste, inquietas
se introducían a Arcos sus Saetas.

Densa Estacada de Árboles funestos
circunda el Lodo que horroroso muge;
a cuyos Troncos, de fealdad compuestos
se eriza Calidonia, Albania ruge.
Negras sus Ramas copian los contextos
del Humo, sin que alguno sobrepuje:
Cimienta el Lago al margen que lo infama
en Hojas de Humo, Bóvedas de Rama.

Despliega en tanto horror Caliginosas
alas cuanta Ave infiel la Noche vierte;
Entre cuyas Escuadras venenosas
el Espanto, el Furor vuela, y la Muerte.
Si compararlo a sus Murmúreos osas,
el fiero Trueno dulce voz se advierte,
y es rechinar del Cielo el más inmundo
borbollar de los Golfos del Profundo.

Maligna Luz entonces el Espanto
de su Horror abrió un poco en Noche umbría,
amaneciendo en Llama obscura cuanto
solo dejase ver que no se vía.
Y de sus tristes Piélagos en tanto
a Naobacán al paso se salía
el Monstruo que más pudo en su torpeza
frenética infamar Naturaleza.

No igual Asombro ha visto infaustamente
el Sírbota en su Patria abrasad ora;
o (a su Dueño Vasallo competente)
el Ptoembaro que un Can por Dueño adora;
No el tostado Asaqueo; Ni el ardiente
Nómade a quien de Sombra el Sol colora;

con todo aquel de Horrores fértil Llano
que estorba unirse el Nilo al Oceano.

Serpiente en la Cabeza parecía
como un gran Risco de alta Cordillera;
Las espantosas alas son de Harpía;
la armada Piel de rígida Pantera;
Vellosos con Serpientes esgrimía
brazos de Tigre; Todos Brutos era,
organizado en Miembros diferentes
viviente Caos de Hórridos Vivientes.

No igual Boca desgarró el Orco obscura
dividiendo sus Fúnebres Gargantas;
ni cuando más la Tierra mal segura
tiembla, se vio partir en Grutas tantas.
Roja la Cresta es trémula espesura
Ascuas inmensas de quien (oh Sol) te espantas;
si no es en la gran Frente su Diluvio
vivo Volcán de volador Vesubio.

Otras Serpientes al Vello sensitivo
del Brazo enrosca en hidras Floreciente;
al vello, donde oculta le es Nocivo
Crespo el Áspid Abril a otra Serpiente.
No ve en el Rostro; y de Pavón altivo
la Cola, con que mira solamente,
sembrada toda en párpados ariscos
de pupilas está de Basiliscos.

¡Portento raro! De sutil Sirena
es la Voz que pronuncia Monstruo tanto;
Crearás ser Eco que en la quiebra suena
de su Boca, incapaz siempre del Canto.
Su infiel Respiración de Pestes llena
disfraza en Melodías el Encanto;
Siendo su Aliento (envuelta en humo eterno)
toda la infausta Libia del Infierno.

Acompañaba este Furor Tirano
Turba horrible de Pestes mil traidoras;
Airón a la Altivez empluma ufano
de Juno el Ave en pompas veladoras;
Va la Impiedad, y el Interés no en vano;
Todas las Sectas luego engañadoras;
Y es Pendón que las une en Tropel fiero

la Cola atroz del Mahometano Overo.

La Amistad Falsa esconde el Cauteloso
Pecho de pedernal, con velo Amante;
En la Avaricia hidrópica es monstruoso
y émulo de la Sed crece el Semblante.
Más que el Sueño el Engaño artificioso
de mil Fantasmas puebla el Aire errante;
Y la Traición envuelve en fajas brutas
Dogales, Filos, Áspides, Cicutas.

Libros lleva de Arbitrios, y severo
Tósigo que inventó Mente execrable
el Robo de la Noche Compañero;
Y el Homicidio, Monstruo inexorable.
Muérdese el Labio, vuelto un Volcán fiero
el Odio, a quien corriendo abominable
da por Armas la Astucia más robustas
Ciega interpretación de Leyes justas.

Mas a todos la infame Hipocresía
en la Escuadra Infernal superior vela;
Iban todas las Pestes a la impía
Sombra del Manto atroz de su Cautela.
Así a la Capa de la Noche umbría
el Búho, y Nyctimene inmunda vuela,
Y, extraño al verde y diáfano Elemento,
el Murciélagos infiel, Fauno del Viento.

A vista tanta en pasmos aterida
la Selva con sus Fieras vio asustarse;
en las últimas Ramas mal torcida
pende la Sierpe que aspiró a vibrarse;
Queda en vínculos yertos detenida
la feroz Garra que iba a fulminarse;
y toda Ave nocturna encuentra fría
en la Noche Infernal sustos del Día.

El feo Naobacán mucha orgullosa
fiereza pierde a tan horrible Objeto;
Erízase la Greña temerosa,
turbado el Corazón late imperfecto
Parecía Medusa que horrorosa
en sí imprimió retrógrado su Aspecto;
Cuando viéndolo a peña introducido
le habló el Monstruo mayor en tal Sentido:

Caudillo generoso, ¿por qué errante
tu Valor ciñes a este Risco bruto,
padeciendo del Año en los inconstante
el Carámbano, el Rayo atroz enjuto?
¿Por qué sufres que sea, aun no abundante,
Alimento a tu Vida agreste Fruto?
¿Y tu Comercio solamente infieles
Fugaces Plumas, y Voraces Pielles?

Da infamados renombres el Insulto
cuando es pequeño el fin del Ardimiento;
Y en alta Empresa el Vicio siempre oculto
sabe elevar a hazaña un fiero intento.
En cuanto habites este Escollo inculto,
pues vulgar lidia; Que el Mortal Lenguaje
pone en menos Delito más ultraje.

Vete a las Cortes, y te hará el Despojo
en Sumo estrago títulos ufanos;
Si aborreces las Gentes a tu enojo
darás allí Holocausto más tiranos.
Más que en la Vida es devorar tu arrojado
el venerado Honor de los Humanos;
Sangre del Alma en Ríos son crecidos
las Lágrimas allí de Desvalidos.

Un Monstruo soy nacido fatalmente
para estrago del Hombre, y inmenso daño;
De las Pestes que ves únicamente
me aliento, a Ellas solas acompaño;
Mas con justo Pretexto astutamente
celo el Odio; Heredé todo su engaño
siendo (opuesto del Día al Regio Coche)
Siniestro Parto de la Eterna Noche.

El Alma Racional Mortal resumo
cual la del Bruto, al rudo Ser, cercana;
Que no hay Dios afirmar siempre presumo;
Digo que es la Virtud una Voz vana.
Borrar la Suma Causa Efecto es Sumo
de mis estudios en la Mente Humana;
Y presta a mi dictamen verdadero
primer Ser, al negar el Ser primero.

Por el propio Interés puede oprimirse

la Ley más justa, con fatal violencia;
Todo es lícito; Sólo han de fingirse
las Virtudes, con pródiga Apariencia.
A cualquiera Equidad bien podrá unirse
el que me sigue, y a cualquier Creencia;
Mas crea solo, si a imitarme aspira,
que es Dios superstición, la Honra mentira.

Por el Fin propio, y no el Común reposo
el Consejo se dé a los Soberanos;
No por la Patria, y Culto Respetoso
se olvide la Ambición, y Odios tiranos;
El Vengativo Impulso, y Codicioso
(Sedientos siempre) en vastos Oceanos
los templen solamente con Raudales
Ondas de Sangre, Golfos de Metales.

Triunfa sobre el ajado juramento,
sobre la Fe, y hollada Amistad Santa;
Dé, palpitando, impulsos a tu aumento
truncada de tu Estirpe la Garganta;
Tener, y poder mucho el Fin, y Intento
en nuestro; y medio para Empresa tanta,
el conocer que dista (cuanto adulto
del Agua el Fuego) lo útil de lo Justo.

Tiempo vendrá que en ti, mísera Europa
se eleven estos Dogmas aplaudidos;
Seré gran mancha de la Augusta Ropa
en sus Cortes, y Solios pervertidos;
En lo exterior Veneno, y Mortal Copa
me llamarán los Hombres fementidos;
Contra mí Leyes y Odios sin iguales
fulminarán los Sacros Tribunales;

Mas ¿qué importa, si más que en el Abismo
donde nací, tendré Cuna en su Gente?
Poderoso no habrá que el Barbarismo
de mi Horror no profese interiormente.
Tendré no al Gabinete, al Pecho mismo
de Todos Grande entrada; Y finalmente
con un Renombre Augusto, y Sublimado
la célebre seré Razón de Estado.

¡Oh cuántas miro injustas Turbaciones!
¡Cuántas de Hueste infiel Venales Greyes!

¡Cuánto Insulto en Heréticas uniones!
¡Reinos talados! ¡Ofendidas Leyes!
¡Tratados execrables! ¡Mil traiciones!
¡Tósigo, y Rabia entre Cristianos Reyes!
Lago Europa es de Sangre, y Llanto grave;
de Pedro se hunde náufraga la Nave.

¿Qué furor, de la Iglesia enternecida
oh informes Hijos, pudo en vos entrarse?
¿En fiel Sangre a la Gente aborrecida
las Entrañas del Culto han de entregarse?
Contra la Cruz la Cruz vuela impelida
en Marcial Tafetán; Y al encontrarse
de Cristo Sangre con segundo Empeño
suda en sí mismo confricado el Leño.

¡Oh Injustos Reyes, Monstruos de Ira vana!
A vos sólo encenderos sin sosiegos
debiera tanta Pólvora inhumana
Miembros que inficionáis la Iglesia Ciegos;
no Crisol del que allá Sierra Africana
Metal guarda, se encienden vuestros Fuegos;
Ni del que Arabia da Mar de Oro fino
al Coronado Horror del Ponto Euxino.

Venceré, venceré difusamente
en vuestro infiel discorde barbarismo;
vuestra la Ansia, el Cansancio, el Odio ardiente;
serán solos los Triunfos del Abismo.
¡ay cuánta (oh Naobacán) furia impaciente
pudiera allí aprender tu furor mismo!
Más Bárbaro es el Noble en el agravio;
No hay Maldad sino pésima en el Sabio.

Sígueme ahora pues, que mis Consejos
te harán poderosísimo Cacique;
nunca mis advertencias tendrás lejos,
y aún la Magia a tu Bien verás se aplique.
La Magia, pues del Día los reflejos
anochece mi Voz; y hago publique
Trueno, y Tormenta el Aire, y Mar violento
sin poblarlo el Vapor o hincharlo el Viento.

Y en señal de que al Solio te destina
infalible mi auxilio en breve instante,
a esta Rama atiende hoy, que peregrina

en el Metal convierto más brillante.
Dijo: y al punto la cercana Encina
(Verde embarazo al Céfiro elegante)
transformándose en pálido tesoro
fue Prodigalidad frondosa de Oro.

Suspendidos los Indios miran esta
maravilla que obraba el torpe Encanto;
y cobrados del susto que le presta
la Furia, penden mudos de árbol tanto.
Tal de Cumas sin duda en la Floresta
cuando ir quería al Reino del Espanto
se admiró el vago Eneas, viendo iguales
la fatal Selva florecer Metales.

Naobacán, del portento, y los Venenos
del Astuto Vestigio, dominado,
con mayor furia, si ruidosa menos,
latir el Corazón sintió irritado.
Sígote (dijo) oh tú, destes amenos
Prados extraño Aborto; a ti entregado,
despreciando los Dioses que no infiero,
por Oráculo admito, y Numen quiero.

Calló: y muy lejos ya de aquella Tierra
a Maguana su Escuadra conducía;
donde sirvió con ella en una Guerra
al que entonces el Cetro allí tenía.
Formó Parciales; y tal maña encierra,
que al Rey dio en un Veneno la agonía;
y destruyendo su esplendor primero
en si dio al Solio el Tósigo más fiero.

¡Oh execrable Ambición! ¡de horrendas Mieses
de Averno fruto horrendo! ¿A cuál Insulto
no induces los Mortales, sin que ceses
de infamar lo más Sacro en vuelo inculto?
¿Qué hicieras más si dominar pudieses
todo el Cielo, u del Orbe todo el Bulto,
que en tu Monarca hollar cuanto atesore
Numen la Esfera que la Tierra adore?

Y aun Allí la Corona guijas puras
no esclarecían; Ni la Real Morada
viciado el Oro en Vasos, y Molduras;
la Plata en Artesones derramada;

Hebras no era el Metal en conjeturas,
no las Carrozas trabazón dorada,
Solo el Mando causó que este horror se obre:
Fue el Fin de Maldad tanta un Reino pobre.

Todas luego ejerció con furia rara;
Muerte a todos los Suyos dio Sangriento;
Ser de su Estirpe a Insulto se compara;
Así de Sangre aun propia está sediento.
Quizá la bebe porque en Él hallara
sólo humor tan nefando digno asiento,
o porque obrase unido más violencia
todo el Ser de tan bárbara Ascendencia.

Fingiendo Religión embelesaba
el Crédulo Vulgar su Tiranía;
Dos veces en su intento la negaba,
pues no la admite, y la reduce a Impía.
Aún a Esclavo, torciéndolo, humillaba
su Astucia aquel gran Ser que no creía;
Viciaba el Ara; y con mentido Ejemplo
a no hallar la Deidad entraba al Templo.

Hoy, pues, proporcionándose a la Gente
(que en mil portentos teme inmensa ruina
y implorar quiere Dioses reverente)
al Célebre Santuario ir determina.
Cien Hombres que aborrece, astutamente
por Hostias lleva a la Mansión Divina;
Compitiendo el Escándalo de horrendas
la Deidad, la Intención, y las Ofrendas.

Hubo un Campo en que joven siempre el Año
travesea con Céfiros felices,
siendo tierno en la faz del Valle huraño
las bellas Flores Bozo de matices.
El Oriente su aljófar vierte extraño
todo al Vergel: Creerás que estos Tapices
tendió sobre la Tierra que enamora
por no manchar sus Lágrimas la Aurora.

Todo el vicioso Prado felizmente
sin fija Orilla lista un arroyuelo;
Con Él corre inclinada, y no consiente
la mucha hierba que penetre al Suelo.
Nace en el Llano, de una inquieta Fuente

que bulle en Ojos dos de instable hielo,
donde al Son mismo de sus Cunas hondas
en Teatros de flor danzan las Ondas.

No sólo acordes faltan las Riberas;
Suena el Prado; jamás tales verdores
vio otra Selva; Alma allí de Primaveras
a cada Césped son mil Ruiseñores.
A cada Césped, donde unido vieras
pródigo de Fragancias, y Rumores
cuanto hermoso Pensil con dulce ensayo
Divina fue Generación del Mayo.

En lo más Floreciente se despliega
Fronoso grande Tronco, sin que se halle
término a su verdor que el Día anega;
Calle la Palma, el mayor Cedro calle.
Llena el Aire su Copa, al Cielo llega;
tan alto el Monte no es, tan ancho el Valle;
Crece en un Tronco, y a esconderla extraña
está un Árbol en toda la Campaña.

A sombra suya la supersticiosa
Casa existe del Ídolo inhumano,
a quien extiende en Selva aparatosa
Floridos Atrios derramado el Llano.
Era Esta aquella Imagen asquerosa
de cuatro pies, que admira el Indio vano:
Bien al Imperio da el Abismo astuto,
del Cacique más fiero el Dios más bruto.

Aquí, pues, Congregadas muchas Gentes
casi de la Isla toda en Tropa rara,
que el Rey llegue aguardaban reverentes
porque abriese las puertas Origuara.
Origuara, en las Aras inclementes
piadoso Sacerdote opuesto al Ara;
Herir Humana Ofrenda aborrecía:
Por otro Dios la Gente lo tenía.

Del bárbaro Congreso el Vulgo injusto
atendía a la Regia impura, Cuando
del Pedestal al Capitel augusto
temblar vio el Muro en ruinas vacilando;
Siguen mil Truenos el vaivén robusto;
Hierve el Mármol; Sus Piedras lid formando,

a Sí se opugnan; Contra Sí Marciales
son sus Muros sus Máquinas Murales.

Aumentan este Asombro inexplicable
Ejércitos visibles al Oído,
que de invisibles Huestes formidable
Número ostentan en monstruoso ruido;
Mas no se retrataba en su admirable
confusión aquel bárbaro Alarido
que el Indio articulaba en las Campañas:
Ecos de Gentes son, y Armas Extrañas.

Del torcido Metal Parto armonioso
heroico gime el Militar Concento,
entre el rudo Clamor del estruendoso
Griego de bruta piel ronco Instrumento;
Relinchos da el Overo generoso;
La Pólvora estallaban; Siendo al Viento
discordes Unión ruidosa en sus confines
los tiros, Cajas, Voces, y Clarines.

Vertieron las Techumbres superiores
luego Dragones mil con fiero espanto,
mezclados en mil Globos voladores
de Humo, que anegan el Zafiro Santo.
Imita el Indio al Muro los temblores;
Ni aun respirar osaba en pasmo tanto,
que poblado de Monstruos su Elemento
aun en Soplo Vital lo asustó el Viento.

Entre el furor que el Templo estremecía
vieron abrirse las Sagradas puertas,
violentas tanto, que las persuadía
fulminadas su estruendo, antes que abiertas;
Y, cual Femonoe por las que impelía
el Otro Dios de Luces siempre inciertas,
atónito Origuara sus umbrales
expusieron formando Acentos tales:

Huid del Templo, míseros Humanos;
Dejad las Aras; Que ya inútilmente
aspira el Voto a los Oídos vanos
del Numen que obsequiaba reverente.
Toda eternos Asombros Soberanos
es la Sacra Mansión monstruosamente:
Hoy de la Imagen en el Leño rudo

fue Suspensión a inmenso Horror lo mudo.

Adornaba mi estudio con no iguales
Flores el Pavimento, y Sacros Muros,
porque a temblar las Iras Celestiales
entréis en su Mansión con ruegos puros;
Cuando inundado a Luces Celestiales
el Templo, y los Altares mal seguros
precipitando el Dios del alto Asiento,
Milagros tales padeció mi Aliento:

De Nubes en Real Solio esclarecido
que a la Aurora excedió los arreboles,
Espanto de dos filos encendido
los Labios, la Voz Trueno, el Rostro Soles,
Un Joven de portentos asistido
vi entre siete clarísimos Faroles,
dignos Reflejos de otras tantas bellas
que su Diestra vibró Sacras Estrellas.

Hasta la planta, su Deidad Gloriosa
Fiel Túnica celo resplandeciente,
que arrugaba en el Pecho misteriosa
dorada Celestial Zona Luciente.
Cuaja el Cabello Blanco Nieve hermosa;
De Oro los pies son estructura ardiente;
Que a sostener sus Magnitudes Santas
la Luz que exhala macizó en sus Plantas.

A la gran Diestra del Varón Divino
una Hermosa Mujer honraba el Viento,
en cuya Frente un Cerco Real previno
a doce Estrellas hoy más Firmamento.
Era en su traje estambre peregrino
a formar Tela de alto Lucimiento,
todo el Oro que el Sol nos reverbera;
hilado al Torno acorde de la Esfera.

Su Aspecto sublimado a más que Humano,
exceso aún de Deidad resplandecía,
donde enlazaba nudo Soberano
la Piedad, la Hermosura, y la Alegría.
El Luminar nocturno estaba ufano
a sus Plantas; Y opuesta (en Sierpe impía)
al Alba que en su Boca ríe hermosa,
gime a sus pies la Noche más Monstruosa.

La Tierra, a Visión tanta, Suspendido
ocupé, desmintiéndome Viviente,
pues (el Discurso en la atención perdido)
me debí a los desmayos reverente.
El uso a las acciones impedido,
ni aun (absorta) acertó a temer la Mente:
Huyendo de la Luz que el Aire puebla
se entró en mis Confusiones la Tiniebla.

Como el Cielo en ardores desatarse
recela Aquél que al Risco inaccesible
vio el Enojo Divino fulminarse
en quien Beldad, y Horror es compatible;
Y percibiendo próximo ondearse
el desgreñado luminar terrible,
son sus fríos desmayos torpemente
helada Producción de Causa ardiente;

No de otra fuerte a Sustos brilladores
en calmas mi Discurso fluctuaba
(A Sustos que vertían de esplendores
raudal que mis Alientos anegaba)
Cuando alternando el Numen los Temores
que su Presencia Augusta fomentaba,
hizo en Truenos de Voz esclarecidos
mis Ojos descansar con mis Oídos.

Destierra (dijo) el tímido Cuidado
que Yo soy quien posee en Solio Eterno
(Siendo Principio, y Fin de lo criado)
las Llaves de la Muerte, y del Infierno;
Soy quien piadoso habiendo ya enlazado
lo Humano, y lo Divino en nudo tierno
por si fuí Muerto, bien que a mis Deidades
ni aun medirán la Vida Eternidades.

En Madre mía, y Centro a la Pureza
la Beldad que tu Vista ha suspendido,
y en este Orbe, negado a la torpeza,
mucho Templo ha de honrar esclarecido.
Vuestro Ídolo es la bárbara fiereza
que está a sus pies; Tan bruto, y fermentido,
que hizo no fuese Dicha victoriosa
verse a la Nieve de la Planta Hermosa.

Nación Heroica dejará otro Mundo
por mostraros la Luz que reverbera
Ley que Eterno Solio sin segundo
una Esencia en Personas tres venera;
En cuyas Hostias (contra vuestro inmundo
Cruento Horror) el Hombre da a la Esfera
un Dios en Blanco Pan, siendo propicio
piedad aun el Color del Sacrificio.

Tú, pues, feliz, que atiendes te declare
tanta el Numen Deidad no comprendida,
por donde inmensa Acción te arrebatara
publica lo que has visto, y su Venida.
Y intima que al que Necio no abrazara
el Bien Sumo a que el Cielo ya convida,
lo apartaré del Bien, a altos enojos,
como ahora me aparto de tus Ojos.

La Vista a un mismo tiempo, y el Oído
dejó de deslumbrar Prodigio tanto;
En cuya Ausencia rápida, impelido
me restituye al Atrio el Templo Santo;
Donde Absorto, Confuso, y suspendido
que no sueño tan sólo ve mi espanto
en mirar que elevado a inmensa Palma
siendo alma ya el Sentido, duerme el Alma.

Mas ¿qué furores turban Soberanos
a milagros segunda vez mi Aliento,
llevándome, dejados los Humanos,
a los vacíos ámbitos del Viento?
A Dios, Patria; los Aires piso vanos;
ya sólo podrá hallarme el Pensamiento;
Pero olvida, si olvidas, Patria clara,
Preferencias, y no avisos de Origuara.

Hablando así; No el Parto presuroso,
con la fuga mortífera aún valiente,
fulmina en fiero impulso Luctuoso
la venenosa jara sino ardiente;
Y menos de Metal Globo estruendoso
respira el hueco Bronce diligente,
que faltó el Indio, en vuelo arrebatado
no sé bien si impelido, a disparado.

Suspensos al gran Caso enmudecieron

Todos; Cuando inquietando la Llanura
por encontradas partes entrar vieron
dos Concursos de Gente a la Espesura.
Va en uno el Rey; Los Otros parecieron
Hueste piadosa que en Procesión pura
lleva, acorde a la Vista, un Eco Sacro
del Ser Divino en mudo Simulacro.

Llenos de Flores, y Plumajes ciento
pisan Estos a Abril las esperanzas;
Y como en sus Areitos el Contento
le dicta, Algunos tejen varias Danzas;
Otros con ruidosísimo Instrumento
sino apacible, ordenan las Mudanzas;
Suenan la Selva; Espárcense a sus Llanos
Mujeres, Niños, Jóvenes, y Ancianos.

En Andas, en que pródigo derrama
el Camarín de Flora sus joyeles,
venía del gran Numen la alta Llama
que transportan los Ánimos Fieles.
A un Florecer que inmensa Gala inflama
eran Lecho las Rosas, y Claveles;
y vaga Primavera conducía
del Mayo en brazos el Abril del Día.

Albricias (presuroso, a Todos dice
Roriclo, precediendo inquieto) albricias;
Mayor Bien se nos da que Mal predice
cuanto infausto Portento, oh Horror, indicias.
Ya se gastó en Presagios lo Infelice;
Corred, veréis en Llamas hoy propicias
(Deslumbrados a dulces claridades)
cuando hermoso Cegar son las Deidades.

Dijo: Y sobre el Florido Estambre de Hojas,
que el Prado alfombra de olorosos tramos,
ponen las Andas, como en sedas rojas
de gran Caja alta Joya atesoramos.
Era una Dama la que sus Congojas
veneraban Deidad entre los Ramos;
En pie se puso, y toda la rendida
Mortal Credulidad dejó excedida.

Brillan sus Ojos dulce no enojada
la Hoguera del Cenit resplandeciente;

A una, y otra Mejilla le traslada
sus Arreboles el purpúreo Oriente.
Líquido hierve por su Vista amada
del Pelo en Crespos el Metal Luciente;
Y al Ombro anegan dulce en sus diluvios
Cándidos Riscos Oceanos Rubios.

Alguna hebra Luciente allí resbala
al Seno desde el Ombro, exterior vena
que enramada en los Pechos es con gala
Yedra de Luz en muros de Azucena;
Entre sus blancas Pellas se señala
Valle que convidando a Gloria llena
las Almas venturosas de Cupido,
Lecho es donde el Placer yace dormido.

Una Cinta de Perlas misteriosa
la Celestial Garganta guarnecía,
sin duda el Alba las cuajó preciosa
que eterna el dulce Cuello amanecía.
El Cuello, que del Rostro la Isla hermosa
al Continente delicioso unía
del Pecho, por mostrar que emulo al Suelo
también sus Istmos ha admitido el Cielo.

Otra Lista de Llantos de la Aurora
su Frente muda, y para hacer Guirnalda,
en sus extremos dos que el Pelo dora
nacarado Listón pende a la Espalda.
Lluvia de varias guijas atesora
Crespo el Cabello en luminosa Falda,
que centelleando son en su Tesoro
Flores de Piedra en Primaveras de Oro.

Blanco Brocado la vistió en quien bellas
la Plata a Febo hogueras apostaba,
candideces que el Arte formó en Ellas
una Nieve que ardía, un Sol que helaba.
Confunde el Día, y la Alba en sus Centellas
la Trama Preciosísima; y cuajaba
en tejidos Diciembres brilladores
Chispas de Escarcha, y Copos de Esplendores,

Su Talle es ciego nudo a los Alientos
que miran sus Luceros más que Humanos;
Si tal vez de medirlo tiene Intentos

lo pueden abarcar juntas las Manos.
Las Manos, cuyos cándidos Portentos
fabricaron los Cielos Soberanos
de la mejor Blancura, porque se halle
abrazo digno de prenderle el Talle.

Absorto el Vulgo, ya no sólo incurre
en adorar, con Ignorancia ciega;
Primer forma, alto Origen la discurre
del Ser más puro que en sí el Todo anega.
Mas de otra fuerte a Naobacán le ocurre
como astuto, y que todo Numen niega;
Mujer la cree, que lleva, u de otro Mundo
más culto, u de alguna Isla el Mar profundo.

Mas ya quisiese allí mostrar el Cielo
cuanto con la mayor Soberbia juega,
y cuan fácil se frustra el torpe Anheló
del que a Dogmas tan bárbaros se entrega;
O ya fuese el mirar en dulce velo
el rasgo de Deidad que a la Isla llega,
en el Pecho emprendió del Indio rudo
la Admiración lo que la Fe no pudo.

A solas ya sus ímpetus Sangrientos
opugna Amor, que a todo da eslabones.
Un dejar de lidiar los Elementos
es Universo; Y son de amor prisiones.
Aumenta el Culto extraño sus Alientos;
Y el más perverso de los Corazones
con suaves ternísimos Objetos
el más Noble asaltó de los Afectos.

Mira, y vuelve a Mirar; Un Paraíso
lo induce a Admiración, sino a Cuidado;
Mira inquieto otra vez; Y hace preciso
el volver a Mirar, haber Mirado;
Admírase Mirando sin aviso;
solo Mira a Mirar embelesado;
¡Ha incautos Ojos! Arden cuando Admiran;
entre el Riesgo Mirando, y no lo Miran.

¿Qué es esto Naobacán? ¿En lid tan muda
dejas que al que bebió Sangre acobarden
la Nieve tierna que una Frente anuda?
¿la Sangre dulce que unos Labios arden?

¡Ay! ¡que es esta otra Guerra en que se muda
todo furor porque las Iras tarden!
¡Ay! ¡que altas Flechas son de más arrojos
los Párpados Divinos de unos Ojos!

Siente la Rabia, que se introducía
al Pecho Amor; Y inquieta se estremece,
en el Alma Amor lidia, y la Ira impía;
pártese el Alma, el Indio se enfurece.
Llena el Pecho de horror; Mas ¡ay! que habría
más puerta en su mansión que airada crece;
Y cuanto el Corazón para huir ciego
las Alas bate, más enciende el Fuego.

Ya casi triunfa amor. En vano aunando
repugnancias o fiero estar procura;
tremola el Dios por Estandarte blando
la Venda en la Hasta que una Flecha apura.
Indígnase el Cacique procurando
resistir afectado la ternura:
busca Iras que no encuentra; Y al prolijo
Congreso al fin, probando a airarse, dijo:

Cobardes Pueblos, a quien tanto ofende
con vano susto el Alma temerosa,
mirad cuanto vuestra infamia asciende
que la impugna visible Luz Gloriosa.
A culpar vuestros miedos hoy descende
esa Deidad del Orbe; Esa dichosa
del Cielo alta Deidad; y en Mortal Velo
Deidad de mí, que es más que ser del Cielo.

Las Esferas al ínclito Ardimiento
conceden sino es Dios que lo parezca;
Ármese de furor todo Elemento,
y en temblores el Mundo desfallezca;
¡Que al Espíritu grande el más Sangriento
Rayo no asusta, bien que a estragos crezca!
De las Heroicas ruinas fulminadas
aun las Cenizas volarán osadas.

Yo haré, pues tanto Dios nos ha advertido
vano el tímido afán de vuestras quejas;
Si a ser vuelves, de un soplo, oh enfurecido
Volcán, apagaré cuanta ascua dejas.
Todo el Vulgo de Estrellas traeré asido

de sus doradas trémulas Guedejas;
Leve será en mi brazo, ardiendo en ira
Esa que inmóvil nuestros Orbes mira.

Todo el gran Golfo que en las Tierras vaga
borrón undoso al Elemento verde
haré con Llamas de Ira que deshaga
los crespos Montes con que el Mundo muere.
Las Tempestades donde el Sol se apaga,
los fieros Vientos con que el Mar se pierde,
beberlo Todo en el furor Sangriento
de una Respiración tan sola intento.

Ese del Día gran Fanal con duro
Aliento abrasaré más encendido;
Arrojados los Montes contra el muro
Celeste Estrellaré de Azul teñido.
A los tristes Espíritus su obscuro
Centro haré más funesto; y confundido
pasará a ser fin su infernal Gobierno
mayor Ocaso el Occidente eterno.

Así decía: y fiero rebosaba
la antigua furia que en el Pecho encierra;
a tenerla en sus Llamas no bastaba
el Velo astuto que hoy feroz destierra.
Guerra al Mar, y a los Vientos intimaba:
A los Cielos clamaba: Guerra Guerra
Y, ¡oh Amor! Vencido entre la rabia impía
a la Dama piedad, piedad decía.

Con semejantes Voces, y el Semblante
del Numen cobró el Vulgo grande Aliento:
A todos del Cuidado en breve instante
todo temor voló, y fatal portento.
A sus moradas, del Vergel fragante
vuelven llenos de Fiestas, y Contento;
queda en el Templo con la Deidad clara
Roriclo por la Ausencia de Origuara.

Salió la Noche abriendo derramadas
sus alas dos de Nube luctuosa
que en copos negros luego desatadas
cada pluma era una Ave tenebrosa.
Trastorna Urna de Sombras congeladas;
Y al Aire en Mar de una tinta perezosa

enturbia el Agua vana, a que es profundo
Vaso el cóncavo Cielo en medio Mundo.

Reina el Silencio; extiende torpemente
Morfeo el Pabellón de nieblas tantas;
Abre apenas con párpado luciente
el Pavón Celestial pupilas Santas.
Calla el Prado; No hay Aura balbuciente;
Inclina ocioso Espíritu las Plantas;
y faltando a escucharlo todo Oído
es Silencio aun del Búho el triste ruido.

Naobacán cuanto más distante estaba
de la Extranjera Lumbre, más ardía;
Sólo es blandura ya su furia brava,
piedad su Pecho; ansia cortés latía.
¡Oh Milagro de Amor! quien despreciaba
Cielos, Dioses, y Sol, tierno hoy gemía;
Y ¡oh hermosura! Lo Bello peregrino
obró Efecto mayor que lo Divino.

Olvida su rigor, sus ambiciones,
el Cetro, y todo en el Amante Abismo;
Sólo a Sí no se olvida en suspensiones
porque en Sí mismo ya no halla a Sí mismo.
A nadie ordenan Muerte sus Acciones;
Las Vidas (detestando el Barbarismo)
reverencia, por ver pueden rendidas
perderse en senda tan feliz las Vidas.

Hay Arfelte, decía (dando parte
de sus ansias a Arfelte, su Valido)
¿cuánto Milagro en esta se reparte
nueva Beldad que a la Isla ha sucedido?
¿Qué Gloriosa será la extraña parte
del Mundo que Luz tanta ha producido?
No en vano (pues de allá se nos invía)
nos da tan bello siempre el Alba el Día.

¡Qué Celestial, qué blando arder triunfante
centelleaba en sus Ojos derramado!
¡Oh Cárcel dulce! Adórala el Amante;
y Alcaide al Prisionero hace el Candado.
Su asalto esclarecido en un instante
me indujo a eterno Incendio idolatrado;
mis triunfos mil venció en una Conquista

la halagüeña batalla de su Vista.

Yo vi hacerse más claro el vago Viento
hermoso en sus Respiraciones Santas;
Vi más traviesa el Agua, y nuevo aliento
en el Valle estrenar Flores, y Plantas.
O implore sus auxilios mi Tormento;
Pues injusto sería que entre tantas
como logran Cristales Fuentes, y Hojas
no le toque una Vida a mis Congojas.

Deidad la llama el Vulgo, en nada yerra
pues de sus Rostro penden las venturas;
¿Cuándo arde en dulce Espíritu la Tierra
a quien no harán feliz sus risas puras?
Si fuera Ser Divino aquel que encierra
todas las duraciones, nunca oscuras,
de Cuantos la miraban por despojos
Yo vi todas las Vidas en sus Ojos.

Yo me abraso, Yo Muero en los ardores
de sus dulces Violencias oprimido;
desfallece a los pesos brilladores
de tanta Luz mi espíritu afligido.
Dichoso Valle, Venturosas Flores
en quien dichosamente me he perdido,
Cielo ser si a secundarse alcanza
entre vuestros verdores mi Esperanza.

Esta Noche, ésta (Arfelte) volver quiero
al Templo a ver las Glorias que asegura;
Sólo así que la Noche acabe espero,
pues solo es ya mi Aurora su Hermosura.
Dará alivio a las Ansias en que muero
Ciego Amante la Ciega Sombra oscura;
Y sabrá hacer felice en la tiniebla
a la Niebla de Amor la impura Niebla.

Así explica su Incendio no pequeño
y con Pocos al Templo Amor lo guía;
Al Templo, en que a Roriclo un grave sueño
por el cansancio ocupa de aquel Día.
La Dama que adoraba el Vulgo Isleño
del Descanso en las ansias se eximía;
Saliose al Valle a hacerle en Perlas bellas,
de su afán cargo hermoso a las Estrellas.

En la mitad estaba la Noche alta;
el Mundo alto Silencio enmudecía;
La Luz que el Luminar nocturno exalta
ya brillaba, ya en Nubes se escondía.
Parte al Cielo un dudoso azul esmalta,
parte densos Vapores; que vestía
manchas la faz del Aire en la importuna
Noche; quizá por adular la Luna.

Llegan al Templo, y viendo que ausentarse
la Deidad pudo, al Valle inquietos vuelven;
Vio la Dama los bultos acercarse
aunque las Nubes toda Cintia envuelven.
Duda si serán Fieras que a saciarle
en Bruta, o Humana presa se resuelven,
y como hacia el gran Templo los divisa
al Bosque huyó con temerosa prisa.

Huye al Bosque; Y más llora porque prenden
su Ropaje, y la impiden Ramas tantas;
¡Ay Cruel Prado! rígidas ofenden
sus Plantas dulces escabrosas Plantas.
Presos algunos en los Troncos penden
sus Cabellos que, oh Selva infiel, quebrantas;
¡Ay prado avaro! Luces de hebras broncos
por fruto adoptan los ganchosos Troncos.

Tiñe en nuevo Carmín la faz hermosa
su afán; Aljófara suda en lluvia casta;
Así en Rubí de no violada Rosa
sus Perlas el Rocío puro engasta.
Atropellado con fatiga ansiosa
el respirar su Espíritu contrasta;
Laten inquietos con el ansia oculta
los Orbes en que el Seno Nieve abulta.

Llegó donde las Selvas trunca amenas
Sierra inmensa que Breñas acaudilla:
Si alguna Águila aspira a sus Almenas
se cansa a un mismo tiempo, y maravilla.
Sufre la Tierra tanto Escollo apenas;
Mal lo circunda el Cielo que en Él brilla;
Todo se atiende sin afán diverso
ocupado en un Monte el Universo.

Por una Gruta horrenda a su pie un Río
sale inmenso, emulando el Mar cercano;
Con gran rumor, del arcabuco umbrío
las bóvedas sonar hacía ufano.
Teme del Oceano vasto el brío
los encuentros de Aquel dulce Oceano:
no la Sierra, oh Raudal querrá sin ella
menor Madre Este, menor Parto Aquella.

¿Qué hará la Dama? atajala el crecido
Río de allí; de acá la Sierra airada;
Y de la Selva ya el tropel, y el ruido
más, y más acercarse oye angustiada.
Crece el Despecho; Ya el postrer gemido
buscó sobre el cristal precipitada;
Mas, ¡oh piedad! el Cielo allí propicio
frustró del Cuerpo, y Mente el precipicio.

En el Río pequeña Barca estaba
sin dueño; Y con semillas abundante
sobre aristas de Aljofares llevaba
de Trigo gran diluvio, Trox nadante.
En el Monte de granos que agregaba
cayó la Dama, y se cobró al instante:
sembrose allí su Aliento, y renacido
de Aquel Surco de Mieses Mies ha sido.

Admirada en el Barco el Cristal frío
rompe; Donde (impelida por el flujo
del Mar, retrocediendo hinchado el Río)
el Río, y Mar al Risco la introdujo.
El Río, y Mar; En cuyo encuentro impío
la furia a partir Reinos los indujo;
Quiebran Olas, y al Euro se dilata
linde de Vidrio en páramos de Plata.

ALEGORÍA DEL LIBRO QUINTO

En la generosa Ascendencia de los Españoles, que después, que después de tantas Hazañas ejecutadas en el Mundo antiguo, emprendieron el descubrimiento, y conquista del Ignorado, se explica cuánto sean Naturales, y constantes en los de antigua Nobleza las Empresas elevadas; siendo el deseo de Honor una camisa cuanto más traída más limpia; de la cual nunca se desnuda el verdadero Noble, llegando en la última hora a vestir sobre ella las fúnebres ropas de la mortaja. La Batalla de Guadalete muestra la gran lid que

tienen en las Monarquías cadentes los Vicios (simbolizados en los Bárbaros) con las Virtudes (que se representan en los Españoles) y que al fin venciendo Aquellos, y apoderándose de lo más precioso (como lo expresan las Tiendas de Rodrigo saqueadas) falta el Cuerpo Civil, dibujando en la fuga del mismo Rodrigo.

Tiene esta Ficción en la Historia el fundamento de haber visto los Indios (antes de llegar los Españoles) muchas Escuadras fantásticas en el Aire que los amedrentaban con trajes, y Armas no conocidas. En los Elogios del Augustísimo FILIPO QUINTO en boca de Corbágol Bárbaro, y lleno del maligno Espíritu, se da a entender son tales las Soberanas Prendas de su Majestad, que las admira la misma Invidia (figurada en el Espíritu maligno) y la misma Impiedad, de quien es símbolo el Bárbaro Corbágol que reverente las vaticina.

Que el Demonio hablase, y apareciese a algunos Indios (como aquí se dice de Corbágol) es tan sabido que sería ocioso detenernos a señalarlo en las Historias.

LIBRO QUINTO

A Naobacán en tanto por la obscura
maleza del verdor salió al encuentro
Corbágol, Indio atroz que en la Espesura
habita del más bronco escollo dentro.
El Espíritu inmundo con figura
portentosa mil veces desde el Centro
sale a hablarle; y mil veces no invisible
allí a Corbágol aparece horrible.

Racional Fiera entre las Fieras mora;
huye del Día, y del Horror se vale;
siempre que entra el Ocaso a ser su Aurora
a ser de Ocasos fiero Oriente sale.
Con su vista más nieblas atesora
la Sombra cuando ve que el Campo tale;
huyen las Aves tristes que estremece,
y ya Infernal las Noches anochece.

Lleno entonces de Espíritu inhumano,
¿Dónde vas (le gritó) Naobacán fuerte?
Esa Mujer es de otro más que Humano
Pueblo que viene a procurar tu muerte.
El Oráculo te habla Soberano;
oye la inmortal voz que en mí te advierte.
Dijo: y turbando su noticia impía
con ocultas Historias, proseguía:

Vienen Escuadras mil, rizan los canos
páramos de la espuma procelosos
Gentes que en sus Mayores siempre ufanos,
y en sí, anudan los Timbres más gloriosos.
Jáctense allá nacer de los Troyanos
los Francos Semidioses victoriosos,
que si los Triunfos la Nobleza erigen
no tuvo otra Nación más claro Origen.

Yace un Clima a la Zona que en desmayos
del Día habita obscurecidas Bromas,
donde yendo del Sol tardos los Rayos
se cuajan perezosas las Espumas.
Del primer Meridiano que da ensayos
a los demás, están sus Nieblas sumas
tres veces Grados diez; sesenta Grados
el Ecuador sus Montes huye helados.

De aquí salió el Diluvio furibundo
de Armas que el Orbe inunda peregrino;
allá llegó a Natolia, y iracundo
arruino el Pasma de Efeso Divino.
La Gran Bizancio hollaron; tembló el Mundo;
y más Negro el Mar Negro allí vecino
lo escupió por el Bósforo Nereo
a enlutar las Espumas del Egeo.

Toda un Estanque Europa a su Avenida
quedó anegada en pálidos temores;
casi entonces a Italia esclarecida
rebotó por sus Alpes vividores.
Ningún Río, o Montaña defendida
se vio en Regiones mil de sus furores,
que hundidos en su Mar de Olas extrañas
eran Ríos, los Ríos y Montañas.

Verde el Otrix al rápido Trofeo
rindió de sus florestas lo apacible;
más rabia Oeta al bélico deseo
que a Alcides en su Ocaso supo horrible.
Ascendió al Pelion nuevo Briareo
el Godo; y fue en la Sierra inaccesible
(más fiero que sus Riscos) espantosa
bastarda Peña de las Cumbres de Osa.

Lloró Ambracia, y Larisa, a quien engasta

Peneo undoso en Plata lisonjera;
y Tebas, donde a Monstruos que Yocasta
partió Cenizas la nefanda Hoguera.
Y a ti, Farsalia, turba menos vasta
te holló del Magno en la facción postrera,
cuando fue la Virtud a impulso fuerte
el más trágico Triunfo de la Suerte.

No ya pudo del Sárмата severo
el Macedón Alcázar Soberano
librar Perdica; sucesor Guerrero
del Victorioso Universal Tirano.
Siendo Garzotas del Olimpo fiero
sus Tiendas, dieron al Zafir cercano
sangrientas Armas, que al mirarse en ellas
entristeció el reflejo las Estrellas.

¡Cuántas veces temidas del Destino
se mostraron sus Huestes inhumanas
Soles de Acero con despeño indigno
de las excelsas Águilas Romanas!
Si ambicioso esguazar quiso el Latino
del Istro helado las Espumas canas,
le fue (con ruinas del Ausonio Marte)
Foso el Danubio, el Sárмата Baluarte.

Pusieron miedo a Sila, y al ardiente
Mario, en cuya Fortuna pervertida
Libia aplaudió que el Tíber fatalmente
vengase del Bagadra la alta herida.
Aun su paz quiso César, el valiente
que de la Libertad esclarecida
antiguos pensamientos iracundo
a la Cabeza disuadió del Mundo.

Arrebatada tempestad severa,
y encendido Vapor del patrio hielo,
el Trueno airado de sus Armas era
al Tonante Lacial tímido anhelante.
Mas no con defenderse en su Ribera
se contentaron; el Togado Suelo
más de una vez tembló con pasmo rudo
del Bistonio Caballo al pie membrudo.

De la Corva de Italia vena breve
como roto, a Anfitrite Athesis mana;

Athesis que nevada sangre bebe
en la Oficina de los Alpes Cana.
A la Verona, que al Godo Origen debe,
y un margen, y otro le domina ufana,
son sus Corrientes que los rasgan puros
Cristalina Discordia de los Muros.

Y tú, Veneto, que de las Esferas
usurpas Signos dos, pues si en tu intento
Astrea admira el Mundo, en tus Banderas
el Nemeo furor tremola el Viento;
Sean celos de Tetis tus Riberas
Casadas con Neptuno, y sea atento
blandón a tu Himeneo, en Ascuas de Oro
si en fuegos no, abrasado el Bucentoro;

Reina del Mar tu Patria adore armada
el Adria, en quien tu Augusto Remo agita
aun breve engace a tanta respetada
de púrfidos monstruosa Margarita,
Que toda esa altivez besó postrada
al Pueblo Aquilonar la Diestra invicta,
rozando al dócil Labio Veneciano
el Vello horrible de la Goda Mano.

Así Halcones Guerreros, del nativo
Polar Clima olvidaban su Hemisferio,
hasta que devoraron el altivo
pecho Triunfante al Ticio del Imperio.
Moviolos al Estrago vengativo
queja de Estilicón que al Hijo Euquerio
perdió, y en sí esplendor manchó no breve
por vanos Hijos de su Orgullo aleve.

Con millares de Ejércitos errantes
para nunca volver al Clima Tracio
los Alpes escondieron arrogantes,
segunda nieve de su yerto espacio.
De allí precipitado su horror, si antes
cegó el Monte, anegó después el Lacio,
sin hurtarse a su Llama algún fecundo
murado Tiesto del Jardín del Mundo.

No de otra suerte, cuando las fatales
Lumbres talaron su riscoso Hibleo,
liquidado en Danubios de Metales

era sola una Fuente el Pirineo.
Y así en aquellos riegos Infernales
a sus Lindes fue estrago el rojo Egeo
donde (por Ondas) vieron sus Pimpollos
fulminantes Espumas los Escollos.

No el ser Patria de Turno Lidiadora
libró al Campo Laurente; ni Agilina
felice los Caballos armó ahora
que Lauso a Troya opuso peregrina.
A la Hetruria, vanísima Inventora
de la supersticiosa Auruspicina,
en Ave, y Bruto anticipó el Desvelo
parda la Fibra, disonante el Vuelo.

De tantos Dardos a las fieras Plumas
se obscurecieron los Soráctios Riscos;
y espiraron de Acero a tantas sumas
los Flavinius verdores, y Faliscos.
El Arno a las Lingüísticas espumas
huyó destos Vivientes Obeliscos;
y al ver la Orilla de sus Huestes llena
el Agua fue Velocidad la Arena.

Enturbiaron sus Odios peregrinos
del Fábari, y Vulturno el vidrio ufano;
y el Tésin que a Esqueletos Cristalinos
fría Hoguera encontró en el Lago Urbano.
Las Heliades yertas los Destinos
del Po lloraron, y el Torrente Cano
del Caballo pisar se agradecía
por no Copiar la Faz del Dueño impía.

Viose Apenino entonces que destierra
a más Polo sus Cumbres advertido,
pretendiendo de Infiernos de la Guerra
defenderse en Estrellas escondido.
Mas en vano la nube que lo encierra
librarlo procuró, pues exprimido
al grave peso de horrorosas Gentes
congojado sudó nuevos Torrentes.

Ni tú a la Gocia te opusiste instable,
por más, Vesubio, que infernal responde
exhalando tu Boca inexorable
los Flegetontes que tu Pecho esconde.

Inútilmente entonces formidable
Cañón te vieron rústico, por donde
Balas de Mármol contra el Cielo mismo
la Pólvora dispara del Abismo.

Todo cedió a sus fieras muchedumbres;
Mas ¿quién lo admira, si aun triunfo su Aliento
donde Nilo la Tierra en siete Cumbres
crece a inundar los páramos del Viento?
En ti (digo) oh gran Roma, Cuyas Lumbres
ninguno redimió del fiero Intento,
bien que ya fuesen, con mentidos Nombres,
más número tus Dioses que tus Hombres.

¿Cuáles Monstruos, que aun yerta esconde dentro
de sus Ovas la Estigia fulminante,
no predijeron que el augusto Centro
de la Italia arruinaba Tracia errante?
En todo el mundo resonó el encuentro
de la Estampa fatal, cuando triunfante
(Desmoronando su ascender Latino)
pisó el Ródope fiero al Aventino.

Los Indigentes dieron triste llanto,
Si los Lares sudor a tantos males;
Apagose de Vesta el Fuego Santo
con las valientes Ráfagas Boreales.
El Tíber, por llorar igual su Espanto,
Mares de Sangre bebe a los Puñales;
Que no abultara a su dolor impío
una Lágrima digna todo el Río.

De la próxima Lípari a Vulcano
lo ahuyentó a Vulcano
lo ahuyentó su Oficina conturbada;
Y no el duro Martillo la alta Mano
de los Brontes guardar pudo asustada.
La Urna del Jayán Siciliano
tanta peña abortó despedazada,
que poco a concebir su mucha Sierra
pareció el Vientre inmenso de la Tierra.

El Sol mismo en su armónica inconstancia
(marchitas las Repúblicas agrestes)
de las Tierras huyó, que esta arrogancia
temió, cual la otra infamia de Tiestes.

Gimió el Polo con ronca disonancia;
y casi sin los Vínculos Celestes
(En Caos del primero no diverso)
volvió a ser el no Ser del Universo.

De Italia a España sus Escuadras lleva
con Palmas Ataúlfo incomparables,
donde fundó un Imperio en que renueva
de toda Edad las Glorias admirables.
Un Imperio, que el Cielo tanto eleva,
que a Portentos después innumerables
declaró el Español esclarecido,
en la Ley toda Luz, Pueblo escogido.

Ya atendieron las Cumbre Marianas
por un Nuevo Josué pararse el Día,
y oprimió las Legiones Mauritanas
Máquina errante mucha Sierra umbría;
Acordando las Tumbas Inhumanas
del Rojo Mar contra la Escuadra impía,
ya a su favor formaron sus Raudales
Líquida Hueste en Náufragos cristales.

¿Quién dirá sus victorias? ¿Quién las Leyes
con que el Solio magnánimo extendieron,
domando al Betis las crinadas Greyes
que Hijas del Aire su caudal bebieron?
Alto ejemplo a lo augusto son sus Reyes;
Sus Pueblos de Lealtad; sólo Ellos fueron
en Arte, Estilos, y Valor profundo
clara Enseñanza del restante Mundo.

Mas no menos también con ruina fiera
muestran a cuanta Angustia llegue impía
cuando del claro Origen degenera,
y desarmada está una Monarquía.
Si olvida ociosa una Nación Guerrera
su gran Principio, acerca su Agonía;
Que en los Imperios múdase importuna
con las Costumbres siempre la Fortuna.

Pasó de varios Reyes Serie Pura,
y al fin Aquella edad llegó enemiga
en que Rodrigo para hacerla impura
fatalmente la Púrpura consiga.
Rodrigo, que entregado a una Hermosura,

y negado del Solio a la fatiga,
el Culto, y Patria destruyó Inhumano:
tanto yerra, si yerra, el Soberano.

Oh quien de inmensa airada Media Luna
el Ardor desmedido poseyera,
para explicarse en copia aquí oportuna
la Lid en que espiró la Gloria Ibera.
No admiró tanto Horror Provincia alguna;
si hoy otra vez el gran Combate fuera,
de aquel Mundo no hallando estorbo en otro
sin duda el Eco resonara a Estotro.

Mas porque el gran Suceso más seguro
viva en tu Aliento que Osadía encierra,
los Ojos quiero que el Conflicto duro
te avisen ya de aquella infausta Guerra.
Dijo: y obedeciendo al Genio impuro
el Viento se enlutó, Tembló la Tierra;
Hierve a Huestes el Campo: en Sombras brava
España sobre América nadaba.

Sabia Historia, en quien duran vividores
los Sucesos, y el Tiempo retrocede,
si a las Musas tal vez doctos Colores
hurtaste, hoy tus Recuerdos le concede.
Enséñale a mi Euterpe esos Ardores
de Marte, a que el Olvido ya sucede;
Y en mi Armonía, en que alto Aviso se halla,
lean los Reyes siempre esta Batalla.

Víase el Guadalete, y a una parte
el Campo en cuyo espacio Floreciente
están (más que en el Golfo que las parte)
soberbia Iberia, u Libia frente a frente.
Riscos de Acero pone al Campo el Arte;
Y de Lanzas gran Mies tiñendo ardiente,
en Bárbaras Espigas, y Españolas
son las Rojas Banderas Amapolas.

Al de África gran furia, y al de España
hace la Hora fatal pedir ansiosos;
La Muerte, alta vibrando la Guadaña,
de los Reinos voló caliginosos.
Con gran manto engrandece la Campaña,
y descogiendo Agüeros Luctuosos

cuaja con vapor triste, a fin Sangriento,
de Infernal Sombra Féretros el Viento.

Está en medio el Furor, volviendo el Celo;
a los Dos Campos; y hace la Ira suma
que ninguno acordarse en tanto empeño
de Patria, Esposa, o Vida allí presuma.
Hierre el Campo el Caballo, instando al Dueño,
sacude la Cabeza, el freno espuma;
Y encrespándose todo el Ciego Ultraje
Trompa el Relincho es ya, la Clin plumaje.

Sólo Rodrigo helado se advertía;
Duda, viendo a cual Riesgo se ofreciese;
Bien que entre afectos varios parecía
que Persuasión interna le dijese:
Aun a vista de tanta Hueste impía,
oh Rey, ¿no anhelas que tu olvido cese?
aun descuidado (y ves contra ti un Mundo)
respiras de Ocio vil Sueño profundo?

Despierta ya deses Quietud manchada;
Veate el Reino un Día Noble, y Fuerte;
ya acabó la Delicia, y se traslada
el Sueño de la Infamia al de la Muerte.
Víctima en Sacra Estancia reservada
es del Imperio el Rey si bien se advierte;
Guárdate ha tanto, porque hoy temples la Ira
del Genio adverso que al Imperio mira.

El Público Interés honesta Solo
que a un Mortal Numen sirvan los Mortales;
y solamente, en cuanto alumbra Apolo,
la utilidad del Reino hizo Reales.
No hay más Ley que del Solio exalte el Polo;
Y únicamente al Cetro, y sus fanales
tiene Derecho para poseerlo
Aquel Monarca que merece serlo.

Borra el baldón que al Cetro ha tanto inscribes;
y a lo menos en Obras hoy postreras
muere digno que lloren que no vives,
pues vives digno de llorar no mueras.
Así escuchaba: y con lo que describes
(oh interior grito) a sus Perezas fieras,
afectando Ardimientos desiguales

pronuncia a su Escuadrón Cláusulas tales:

Valientes Españoles, Nación dura,
a cuyo alto Valor que arde en la Fama
Cuna el Norte obstinó de escarcha pura
porque no se exhalase el Pecho en llama;
La negra Gente veis que a África apura
los patrios Fuegos en la piel que inflama,
y es siempre el Pecho tímido atezado
mortaja adusta al Corazón helado.

En la Región Sabea, que fragante
Flor blanda, y tiernos Bálsamos poblaron,
pudo animarlos el Astuto errante
que Abdala, y Ismia Infieles procrearon.
Fueron al Sur, domaron el Levante;
y aquí, fuera del Canero, le usurparon
en su obscuro Tropel Carbón Viviente
al gran Braserero de la Zona ardiente.

Mas ¿qué importa? Con tímidas Naciones
sólo han sido hasta ahora sus Batallas;
brutas Gentes que ignoran de Escuadrones
vestir Llanuras, entoldar Murallas.
Sienta hoy la Libia, rotos sus Pendones,
la Gloria Goda (oh Fama) que aún no Callas;
Y Enemiga conozca en su Castigo
la diferencia aquí del Enemigo.

No ignoro cuánto el Bárbaro esté ufano
porque a Sancho venció; mas la Divina
Piedad, en quien no Reina Odio tirano,
nuestro Castigo en aquel Mal termina.
Hoy Dios ha de auxiliarnos, que al Cristiano
corrige Padre, y no Contrario arruina:
ya en esa infausta Lid llenó sangriento
todo el enojo del Advertimiento.

La Sangre de los Nuestros derramada
a correr os enseñe estos Desiertos;
dureza a vuestro Brazo dicte airada
Hueso tanto que abulta en Montes yertos;
haced que tape la Enemiga Armada
(muriendo) nuestro Ultraje en esos Muertos,
que gustoso tendrá tanto Héroe Hispano
sólo así Superior el Mauritano.

Fuimos (vagando) Inundación Guerrera,
y ¿hay Quien (Reinando ya) nos acobarde?
Cierto es el Triunfo si en la Lid que espera
de lo que fuisteis siempre hacéis alarde.
Más os diría aquí, sino advirtiera
que no mudan las Voces al Cobarde;
al Noble sobra el ver que se convence

Dijo: Mas Abenzarca en la otra Parte
llenaba el Cargo de Íncrito Guerrero;
forma el Campo, las Órdenes reparte
al mirar que la Lid busque el Ibero.
Soberbio, acostumbrado en Ciego Marte
a vencer, ya en el Ánimo severo
concibe el Triunfo, y lleno de Osadía
a sus Tostados Árabes decía:

Albricias, del Profeta Soberano
oh Vos, feliz Generación bizarra;
del Gran Profeta, a quien, contra el Cristiano,
Alá entregó la ardiente Cimitarra.
Albricias, que Frenético, el Hispano
quiere hacerse en las Tropas que desgarran
(Con osar resistir nuestra Falange)
digno de que lo venza vuestro Alfanje.

Vasto el Mediterráneo acá se extiende;
del Oceano allá nos ciñe la ira;
la Tierra el fin de tanta Empresa atiende;
el Cielo si abrazáis su impulso admira;
Nuestras vidas un Golfo, y otro prende;
a nuestra Fama un Mundo, y Otro mira;
¿qué haréis si Teatros vuestros singulares
entrambos Orbes son, y entrambos Mares?

Domasteis Reinos mil, y hacer el Polo
de Catón la gran Marcha os vio terrible
allá en la ardiente Arena en quien Apolo
la Llanura introdujo a inaccesible.
No los Quelidros, y Cerastas solo,
no la Sierpe de Mario os cedió horrible;
Cartago hollasteis que morder promete
la Hidra Latina de Montañas Siete.

¿Cómo Éstos en Lascivia sumergidos

os podrán apartar de sus Terrenos?
¿Éstos, por sus Abuelos atrevidos
de Vanidad; por sí, de Temor llenos?
Sólo siento que estando ya vencidos
del Ocio antiguo, habrá que vencer menos;
y (¡oh Ambición de su Error!) tendrá siniestra
su Infamia parte en la victoria nuestra.

Domado el Clima de África arenoso
nos da el Cielo el Imperio ya de Europa
si hacéis al Labio Hispano jactancioso
del ultraje apurar la amarga Copa.
Ese que en Real Marfil tiembla medroso,
y indigno viste la Cesárea Ropa,
nos lo trae; Ese es hoy, torpe Guerrero,
del Don Augusto, Augusto Mensajero.

Cuantos anima la Española Trompa
Esclavos son de Carga al grande Intento;
sólo están, sin que Alguno en Odios rompa,
de su Rey a adornar el Rendimiento.
No pudo acompañarle menos pompa
que de mil veces Personajes Ciento:
tal Séquito convino, al que hoy la Parca
conduce a ser Esclavo de Abenzarca.

¿Qué hay pues, que vuestros Ánimos retarde
para que el gran Trofeo se concluya?
Arrebatadle el Cetro, haced que guarde
más Diestra el Don que se infamó en la suya.
¿Cuál Pecho habrá tan tímido, y cobarde,
de quien el Triunfo en una Mano se huya
que sólo violar pudo en torpe Llama
la honesta Resistencia de un Dama?

Ni contéis destos Llanos, y esas Cumbres
las Turbas que en su Ejército se enlazan;
que si Cobardes son las muchedumbres
no defienden el Campo, lo embarazan.
Ea, lidiad; Que contra nuestras Lumbres
número breve mis noticias trazan;
Uno cuento no más en sus Legiones:
Un Miedo en un Millón de Corazones.

Dijo: y siguióle Bárbara Algazara
en todos sus Ejércitos tremendos;

rasgan con Ciego Horror, y Inquietud rara
a herraduras el Prado, el Aire a estruendos.
Aquellos cuyo fin la Lid prepara
con Agüeros la Muerte tiñe horrendos;
pálidos, a pesar de cuanto osaron,
a morir en los Rostros empezaron:

Falta el Terreno, en cuya tez se exhala
un Campo, y Otro con ardor profundo;
dos Mundos van de Gente en que se iguala
hermosa Vista, Espanto furibundo.
Así vertiendo Horror a un tiempo, y Gala
mil grandes Orbes al morir el Mundo
rodarán a encontrarse con desvelo
por esas Ramblas diáfanas del Cielo.

En Huestes los dos Alpes corredores
al gran Golpe se esparcen desgajados;
ruedan Hombres, gimiendo los verdores
entre sangrientos riegos de Soldados;
rechinan a Estallidos crujidores
con desorden rompiéndose obstinados
rostro en rostro; en Escudos ya deshechos
los Escudos, los Pechos en los Pechos.

Al Aire humo de flechas se dilata,
Sierpes que al rapto empluma ardor Guerrero,
si ya no son Cometas que arrebatata
en la punta luciente Astro de Acero.
Anega el Día en nieblas que desata
el gran Tropel; todo es un Caos fiero;
baja en Truenos el Cielo al Campo; en nube
de polvo hinchado el Campo al Cielo sube.

¿Quién dirá el gran Desorden que se admira
dentro de aquel tejido Obscuro Infierno?
Fue el primero que ardiente emplea la Ira
Ramiro, fulminando a Tisaferno.
Vibra otra vez la Lanza; odios respira,
y Infieles tres en ella unió al Averno
con sólo un golpe: Al espirar se enlazan,
y unas a otras las Almas se embarazan.

Mas del sangriento Osmán la alta fiereza
por dar Muerte a Ramiro exhala enojos;

cortole por la Boca la Cabeza,
y las fauces pudieron ver los Ojos.
Raimundo el Corazón divide a Ardeza;
revuélcase rabiando, y Mares rojos
da el Moro a borbotones con la Vida
parte en la boca, y parte por la herida.

Sin brazos allí un Cuerpo se despeña;
y sin el Cuerpo un brazo acullá falta;
resbalan todos en al no pequeña
lluvia de Sangre que el Terreno esmalta.
Monstruosos ecos en distante Peña
aun la Sierra bramar hacen más alta
Golpes, Grietas, Marciales Instrumentos,
y de quien muere trágicos Lamentos.

A Teodoro que cerca militaba
miraba militando el Padre, anciano;
la vista del Plumaje no quitaba
del Hijo, en quien vivía; ¡ay cuánto en vano!
Lleva el Penacho amado, y se le clava
en los Ojos un Dardo Mauritano:
¿quién creyera que Muerte le traería
del Plumaje que amó la Cercanía?

Con Lorenzo en las Huestes perturbadas
se encontró Orcán; vuela uno, y otro ardiendo;
mas en los dos Caballos las caladas
Lanzas emplean sólo el golpe horrendo;
Saltan; y rotas luego las Espadas,
Luchan los dos, ya Insignias confundiendo
resplandecen con trémulos boscajes
en la arena Cimera los Plumajes.

Mas cuando más un Pecho, y Otro ondea
llegó un dardo que alado se abalanza;
los dos junta, y unida hizo se vea
con discordia, una y otra Cruel pujanza;
Mueren gustosos de que sea
uno el suceso en Lucha, Espada, y Lanza,
y la Rabia una, sin que ceda alguno,
una es la Muerte, y se la dan ninguno.

El Bárbaro Abenzarca furibundo
no sólo Órdenes da, vago se irrita;
mézclase en los Hispanos; del profundo

parece Incendio que la Tierra habita.
Su Yelmo es Selva de Plumaje inundo;
Corvo eslabón su Alfanje se acredita;
que hace faltar con ímpetus mortales
Chispas de Sangre en vivos Pedernales.

Desnudos brazos su furor Severo
oscuros cual la Faz muestra arrogante;
rígido Peto viste, bien que es fiero
más duro que as Armas el Semblante.
El pardo Borceguí, riza grosero
Olas de Crespas Piel fluctuante:
y a la espalda (su vista huyendo fea)
Golfo alado de Seda el Manto ondea.

De un Alazán la altivez ligera
da el acicate intrépidos reflejos;
Monte animado que a una Yegua Overa
hijo fue, allá del Luzco los Espejos;
Las voladoras Aves su carrera
dejadas, quedan admirando lejos;
Y sin gravarle huella al Campo roto
lo siguen, si lo emulan, Euro, y Noto.

Que una Alma sola con feroz Trofeo
hay en el Dueño, y Bruto juzgarías,
pues ardiente inflamar se ve un Deseo
al Bruto, y Dueño, Fiera en Osadías.
Creerías sobre el Osa errar Briareo;
O opuesto a la Ficción común, creerías
que en vez de sepultarlo el Monte, y Prado,
rige Encelado un Etna disparatado.

Desordena las Lanzas; Bruto atierra
Escuadrones vastísimos de España;
Suena al gran peso trémula la Tierra;
Arde el Aire a su Aliento en furia Extraña;
Huyendo del Volcán que el Pecho encierra
corre el sudor que el Negro Aspecto baña;
y al bronco Labio entre la niebla suma
enjuga el Polvo la rabiosa Espuma.

Con menos salto; y furia arrebatada
de las Cumbres del Othrix sacudido,
turbando la espesura enmarañada
vuela el Valle Centauro desmedido.

Fatal Peña del Alpe desplomada,
rápido ardor del Trueno desprendido
aún no es Sombra a vibrarse en la Falange
Peñasco su Alazán, Rayo su Alfanje.

Síguelo Irtafe, y por la Lid severa
corte en un Bruto aun del Contrario al Centro;
Hirió a Juan, con tal furia, que la fiera
Lanza rompe, y dejó media allá dentro;
Y, sin que nuevo impulso la moviera,
a Alejandro que audaz sale al encuentro
la Asta rota en la Boca entró al abrilla;
y en cada diente desgajó una astilla.

Tenía, guarneciendo una Colina,
pardo Alcázar en Ella bronco asiento;
Yedras lo enraman; Duda si es ruina
el Tiempo, y sin morderlo huye violento;
Zona frondosa de Álamos vecina
lo ciñe; Allí gran ruido hacia el Viento;
Como que aun Bóreas clame, en soplos que arma,
con murmúreos horrisonos, al Arma.

Corre a ocuparlo un Escuadrón Ibero;
Otro de África va a carrera abierta;
Mas la Española Hueste entró primero;
Los Balcones guarnece, y la ancha Puerta.
Brama furioso el Escuadrón postrero
viendo saliese su Osadía incierta;
Mas a Todos excede en furias sólo
el membrudo Caudillo Bronzacolo.

Etiope atezado el Bárbaro era;
Todo desnudo va; Hielo de tinta
parece; Sólo a la rodilla fiera
azul pende un mandil desde la Cinta;
Lanoso el pelo cofia le es grosera;
breves Ojos unió, frente sucinta,
gruesos Labios, Nariz de anchos deslices:
sólo era el Rostro Labios, y Narices.

¿Dónde huís? (le gritaba) el mayor Centro
para libraros de morir no basta.
Dice: Y contra la Puerta al duro encuentro
la Lanza arroja en que alto Impulso engasta.
Temerosos se apartan los de adentro;

Blandiéndose en la Tabla pende el Asta;
Suena el Vacío, y gran gemido internas
pronunciaron las Lóbregas Cavernas.

Vicente que la entrada defendía
un dardo tira a Bronzacolo bruto;
Errole; y por Él, lleva la asta impía
a Orbel su Compañero el Mortal luto.
Viendo que airado el Negro proseguía,
iba a cerrar la puerta; Mas astuto
lo estorbó Bronzacolo, echando fiero
en el umbral el Muerto Compañero.

Tal Gámbaro, en quien vemos que reside
de estratagemas pródigos el uso,
al Ostión porque en conchas que divide
no se cierre, pequeña guija puso;
Va a juntarse la Almeja, y se lo impide
la piedra que el Cangrejo le interpuso,
bala ríscosa que ofreció al nocivo
Brecha de Nácar en Baluarte Vivo.

Salen mil Lanzas luego a la defensa
Haciendo Espín el Pórtico erizado;
Los de arriba no sólo lluvia densa
de los Dardos, y Flechas dan al Prado;
Arrancan Tablas, Tejas; Ruina inmensa
las Vigas, y el Ladrillo hace arrojado:
al Campo cae en la Batalla incierta
la casa toda por guardar la Puerta.

Entre la Gente que oprimió de lo alto
la inundación de Hierro, y Materiales,
fue Bronzacolo; Téplase el asalto,
y cerrarse pudieron los Umbrales.
Violo de lejos el Feroz Corbalto;
Vuela dando a la Gente iras fatales;
Todo el muro circunda, y se enfurece
porque a su Ardor ninguna entrada ofrece.

No de otra fuerte (consultado el Viento)
después que al Techo que el Rebaño encierra
llegó eligiendo astuto el sotavento,
Lobo feroz Pirata de la Sierra;
Si halla cerrado el rústico aposento,
la tapia escarba airado, el quicio atierra,

y mordiendo rabioso ha Haya basta
en el rígido umbral los dientes gasta.

Vibra el Alfanje, y por saltarse Flechas
que al ventanaje impela, hiere el muro;
Adobes corta, y a las más estrechas
amarras penetró del barro imputo.
Vía sus trabazones ya deshechas,
cuando el filo rompió en un mármol duro;
Desgarra un Tronco, y con la rama airado
destronca el edificio fulminando.

A cada encuentro del gran Leño horrible
toda la Casa trémula se mueve,
y sobre el Ciego Bárbaro inflexible
desmoronado el Barro, y Polvo llueve.
Hasta que a un golpe que esforzó terrible
cae el Muro, y lo oprime Urna no leve;
El Cerebro le esparce, y ya deshecho
cruje en la espalda el cóncavo del Pecho.

Así el Cerro a quien bate, y se ve exhale
furias de Olas gran Río, al Fondo apunta,
despeñado sobre Él, luego que sale
de la Línea Central su excelsa punta;
trueno el Campo, el Raudal sin que se iguale
al grave horror de la Colina junta
gime feroz, del fulminante Prado
a ampollas de Cristal despedazado.

De la Casa los Suelos penden sueltos
faltando el muro que afianzó las Vigas;
De donde Muchos en el Polvo envueltos,
rodaron a las Huestes Enemigas;
Los de abajo recíbenlos resueltos
en las Lanzas; Mas venga sus fatigas
desmoronando Mármol que no incierto
fue Muerte al Matador, Sepulcro al Muerto.

Van Otros luego a la gran Brecha obscura
entre el reciente Polvo que la ciega;
Resisten los de adentro; A la más dura
batalla el Godo, y Árabe se entrega.
Dijeras que fabrica otra estructura
su rabioso Tropel, viendo que allega,
del Vulgo que hace la Ira se desangre,

tanto hueso amasado en tanta Sangre.

A este tiempo los Árboles, ludiendo
con el grande Aire que aja su Guirnalda,
cada uno en otro se encendió, prendiendo
Cintas de Llama en trenzas de Esmeralda.
Rojas hojas debió al Volcán horrendo
del Tronco allí la cortezuda falda;
Y en densas Copas dando al Sol desmayos
mil verdes Nubes se volvieron Rayos.

Crece la Llama, al respirar la exaltan
más las gargantas diáfanas del Viento;
Brama en las hojas que encendidas saltan
la humedad, repugnando a otro Elemento.
Montañas de Humo en Globos que resaltan
con gran ruido da al Cielo el verde asiento;
suena (al inmenso ardor crujiendo el tronco)
en las bóvedas de Humo el eco ronco.

Ábranse las Huestes, mas no cesa
de herir su rabia; Pareció que inflama
con furor nuevo en obstinada Empresa
Llamas a la Ira la Ira de la Llama.
Así en Osos que inunda espuma gruesa
nadie cede; Uno, y Otro muerde, brama;
y en Sangre, y Onda el brazo en que se libra
destrozando, y nadando a un tiempo vibra.

Arden Plumas, y Lanzas; Importuno
muere Este; Otro en las ascuas se desliza;
Clavado gran tizón del Pecho Alguno
fue a quitarse, y vio el Peto hecho Ceniza.
Cae el gran Bosque; Sepultado en Uno
Vencido, y Vencedor allí agoniza;
De su Tumba Obelisco vuelan sumo
las hinchadas Pirámides del Humo.

No percibía la Otra Gente aquella
grande Hoguera, oh vastísima Atalaya
con que afligido el Prado avisa en Ella
al contorno el Asombro a que desmaya.
Con más furia cada uno era Centella
más fiera; Al Fuego inmenso que lo raya
se ocultó el Campo, en Trueno y Nube hundido
de confusiones, y hórrido Alarido.

Audalla un Dardo con sangrienta punta
tira a Ildefonso; errolo, y se desmaya;
vuélvelo el Otro, y dice atroz: Pregunta
cuál tiene más vigor, a la Azagaya.
Ramón brioso para herir se junta
con la Hueste interior que el Moro explaya;
derriba en todas partes a sus plantas
Celebros, Piernas, Brazos, y Gargantas.

Dio muerte a Arcolbo, sin que hiriendo cese;
y a Orzafe, en quien sirvió, con mortal seña,
sólo ancho el Bulto de que él Cupiese
inmenso miedo que a temblar lo empeña.
Sobró la herida para que saliese
de Cuerpo tanto una Alma tan pequeña;
no más torpe, más fúnebre moría
aquel Montón de Grasa, y Cobardía.

Así en mucho Español allí encendido
se vía con impulsos Superiores
encender ardimiento repetido
de la heredada Sangre los Herbores.
No era el menor Enrique esclarecido;
a todas partes fulminaba horrores;
dio a muerte a Olife; y a Gerbet que huía
pone al encuentro la alta Espada impía.

Pásale el Pecho; y con soberbio alarde
no mueres (clama) aunque el No ser te oculta;
Una es la Muerte, y Vida del Cobarde,
que igual Silencio a entrambas las sepulta.
Dice: y siempre encendido en furias arde,
ninguno de sus Cóleras se indulta;
hiere igual a quien se huya, a quien se enoje;
y Bárbaros sembrando Triunfos coge.

Mas quien más Claro en el Marcial empeño
se vio, García fue, en quien descollando
casi Gigante el Cuerpo es desempeño
del Espíritu, opuesto al Ocio blando.
Todo lo asusta; en fin Noble Extremeño
blasón de aquel País por quien nadando
ya se hunde, y ya se eleva el Guadiana
Buso de Vidrio en Mar de Tierra llana.

Hijo del Viento un Andaluz alado
lo lleva contra el vasto Paganismo;
Vesubio a quien es Nieve el Espumado
Freno, y densa la Clin frondoso Abismo.
Con fuego de sí mismo en sí estrechado
se inquieta Terremoto de sí mismo,
y bufando ruidoso da Huracanes
por la abierta Nariz en dos Volcanes.

Siguiendo un gran Tropel de Fugitivos
llegó al Río con poca de su Gente;
al Río, que en Diluvios sucesivos
derramaba Crecida la Corriente.
Por la Lluvia en Arroyos excesivos
Ondas recibe, y Tierra juntamente;
cómprale el Barro el diáfano decoro,
y lo blanco del Agua enturbia de Oro.

No lo temió la Escuadra Corredora
que más teme al Varón que la oprimía;
al Golfo faltan aunque impuro ahora
del gran Fondo los Centros no exponía.
Teme el Río las Huestes que atesora.
y si al agua el temor no hace más fría
es porque arde encendido el río Ibero
con las Sombras lucientes del Acero.

Dio García al Caballo generoso
la Espuela, y Rienda toda; y invencible
cae al Agua; rasgose el Vidrio undoso,
y en la Orilla el gran Golpe sonó horrible.
Lleva en su aspecto al páramo Espumoso
más Confusión, y Nube más terrible
que las del Polvo en cuya Niebla bruta
un Margen, y otro lóbrego se enluta.

Desmayado el Tropel por el violento
Piélagos se esparció, del Susto herido;
Quien, en cuanto sufrir puede el aliento,
en lo hondo de la Espuma está escondido;
Quien de esguazar el Río tiene intento,
y lo impiden las Armas, y el Vestido;
Armas, que oprimen sólo en tal despecho,
por ser mayores que el medroso Pecho.

Así en el Mar en quien se ve que vuelen

Aves de Escama en Euros Espumosos,
los Peces argentados temer suelen
de Gran Delfín los Bultos espantosos.
Todos sin orden, rápidos se impelen
sus mudos Pueblos, giran presurosos,
corriendo ocultos (cuando, oh monstruo, subes)
del Alga a macizar las verdes Nubes.

Hierve al resuello el Río, y la Anca hundida
peina el Caballo el Agua con las Manos;
la Lanza, y Rienda a un tiempo rige unida
el Héroe con Impulsos más que Humanos;
Báñase la Escarcela humedecida;
las Botas se hacen ya Remos ufanos
que el Bruto agitan; encontrar procura
(en vano) el Fondo leve la Herradura.

Hiere Diego a Mahomad, dio Alfonso muerte
a Ardín, Carlos Ebud, Felis a Abdala;
corre Atarfe que el riesgo cerca advierte
y a Aceros de Fernando el alma exhala.
A Alí truncó la Diestra Antonio fuerte
que sin el Dueño al Piélago resbala;
tiembla el Bárbaro; y cuando en su desvelo
ve que es Agua la Mano, el Rostro es Hielo.

Nadan Lanzas, y Adargas que introducen
a Islas errantes las Corrientes sumas;
llevan Flechas; y al Ciego fondo inducen
mil Yelmos que al bajar tardan las Plumas.
También fríos Cadáveres conducen
de los que en ellas huyen, las Espumas;
piadosas y a sí en rápidos alardes
dan la fuga en la Muerte a los Cobardes.

Donde el fondo es menor lidiando algunos
las Armas rompen, los Cristales rizan;
al Combate los Pies allí importunos
en el Légamo, y Lama se deslizan.
De Sangre tiñen las Corrientes unos;
otros su aliento ahogados finalizan;
las Bocas cierra el Río, y con despecho
muere el Alma retrógrada en el Pecho.

Arrebatado del Cristal crecido,
a unas ramas que al Río se descuelgan

se asió Azambei, mas Pedro enfurecido
los Brazos le cortó que libres huelgan;
Cae el Otro, y del Piélagó impelido
mira sus hombros que en las Ramas cuelgan;
no pudiendo alargarlos sin sus Lazos
muerte alargando el Cuerpo hacia los Brazos.

A Illán nadando, las Espadas vuelas
penetró una asta en el Terreno frío;
miró, y a nadie ve; que en Lanzas sueltas
se hizo Guerrero el ímpetu del Río.
Un remolino a Luis en sus revueltas
(amenazando a Tarfan) prende impío;
húndese el Cuerpo, y la alta Espada al Día
muestra última el hervor que lo sorbía.

Probad (clama García) hiriendo a todos,
probad los Frutos de una injusta Guerra;
este Albergue hallaréis entre los Godos;
otras Fieras que Libia España encierra.
Si a Sancho hollasteis con soberbios modos,
le da Sepulcro al fin la Patria Tierra;
mas en Vos verá el Mar que se derrame
a los Monstruosos del Agua cebo infame.

Así clama: y no cesa Fulminante
de Herir; por las Costillas parte airado
a Arbén; mojose el Corazón nadante,
y sin beber la Boca queda ahogado.
Divide a Vlit la Frente; del Turbante
en dos partes el Círculo rasgado
cayendo a las Corrientes importunas
con la Garzota dio tres medias Lunas.

Muliberbey que fuera del Estrecho
surcó el vasto Oceano, y feliz vuelve,
allí en su misma Sangre, roto el Pecho,
(¡ay de cual Onda náufrago!) le envuelve.
Otros muchos, de herir no satisfecho,
el Campión de Cadáveres resuelve;
hasta que el que no pudo Escuadrón tanto
dio muerte, de un Morábito el Encanto.

Corría el Campo haciendo al Día agravios
un Muchacho Africano, un Sol viviente;
de las Ascuas preciosas de sus Labios

es Luz dorada el Bozo floreciente.
A sus Mejillas dan los Cielos Sabios
nacarados Esmaltes felizmente,
y en sus Ojos derrama el Niño Ciego
de su Tórrida Patria todo el Fuego.

Menos hermoso en la frondosa Cuesta
la Fábula fingió vivía errante
aquel Frigio Garzón que en poco honesta
pluma a sus Orbes elevó el Tonante.
Ni tanta Gloria fue de la Floresta
Narciso, de su Imagen tierno Amante;
oh el Bello Adonis, en desierto bronco
dulcísimo Sudor de amargo Tronco.

En un Bridón nevado el Campo huella,
cuajado de Listones Carmesíes.
El Alquicel de Grana Nube es bella,
Purpúrea Piel los Crespos Borceguíes.
El Turbante en Plumaje Azul descuella;
mueve el Brazo un Alfanje, a quien Rubíes
y Oro guarnecen; de Oro el híjar bate
al Blanco Bruto intrépido Acicate.

Bate el Híjar; y el Bruto en disparadas
huellas niega al verdor Estampas sumas;
la Clin se esparce ondeando en desgüeñadas
Tempestades de pelo albas Espumas;
Al Dueño, del Turbante derribadas
Remolino Celeste hacen las Plumas;
y del Manto en hinchadas Olas Ciento
la Púrpura se encrespa con el Viento.

A encontrar a García llega ufano;
Mas, ¡oh cuanto herir a su fortaleza
a Abenzoar, que aunque Mágico Africano
hechizos padeció de su Belleza!
Muere a las Iras del Sangriento Hispano
el Garzón bello; En la última tristeza
del Amante se acuerda; El Campo mira,
y llamando a Abenzoar, hermoso espira.

Corre aquel que la Voz amada siente
y (¡ay fiera Vista!) al Agua ensangrentando
la Insignia, conocida infaustamente,
y el Caballo sin Dueño vio nadando.

¿Quién dirá los Extremos con que ardiente
lloró? ¿Y quién el furor con que bramando
toda la Estigia al Orbe eleva impío
para aumentar contra García el Río?

Leves ya a Guadalete se encaminan
los Lagos todos; Rasga el fondo Averno;
No sólo Urnas en la Urna a que caminan
Betis vierte, y Gentil por eje interno;
Cuantas Venas riscoso el hueso minan
al gran bulto de España, unió el Infierno;
De mil Ríos un Río en quien se asombre
hace feroz, por deshacer un Hombre.

Sobre si el gran Torrente va en aladas
turbias Sierras; Al Euro se avecina;
Y con Golfos de lluvias arrolladas
borbolla en parte, en parte remolina.
Caer hace en la orilla las cavadas
Tierras que bate; Y donde en Él se empina
algún Escollo, salta roto hiriendo
y en Sí mismo al caer graniza horrendo.

Los más robustos Árboles desata
de los Montes que pueblan Vividores;
Van a náufragas las Reses, y arrebatada
con las chozas deshechas los Pastores.
No hay Puente que a sus Iras no se abata;
No hay Margen que reprima sus furores;
Y hinchado derramándose promete
que será toda España Guadalete.

De la horrenda Batalla inunda parte;
Lleva Caballos, Hombres, Armas, Tiendas;
Nada el Infante, y en más fiero Marte
son al Jinete dulce Arnés las riendas.
Crece el bramido con que el Río parte,
de la náufraga Escuadra en las contiendas;
Gimen los Medio muertos; Sin mirallos
claman los Vivos, bufan los Caballos.

García (a quien a pie ya un dardo Moro
dejó) se admira del Raudal supremo;
alta la Espada está cual vio el Peloro
tras el Griego en el Golfo a Polifemo.
Opone a la corriente con desdoro

el Escudo; Y las Ramas que el extremo
del Río lleva, abraza: horrenda se halla
entre un Hombre, y un Río una Batalla.

Mas del cercano Escollo tanta Flecha
el bárbaro Escuadrón le llueve impío
que en diluvios de Púrpura deshecha
el Alma al fin se exhala, falta el brío.
Muere; Y le viene toda el Agua estrecha;
Cual grande Encina, casi es Puente al Río;
Y apenas, al caer el Héroe fuerte,
pudo todo el gran Cuerpo andar la Muerte.

No sólo aquí esta pérdida notable,
mayor la tuvo luego el Campo Hispano;
Pues Opas el Traidor siempre execrable
a su Dios, y a su Rey faltó Inhumano.
Deja su Gente, y monstruo inexorable
a los de África pasa; ¡Oh horror tirano!
Y ¡oh infernal consecuencia fementida
de la Reputación del Rey perdida!

Desmayan los Iberos Escuadrones
viendo tantos no sólo dividirse,
mas hiriendo, con Bárbaras Legiones
para alto estrago de la Patria, unirse.
No de otra Suerte son las confusiones
en náufrago Bajel al sumergirse
cuando el gran Leño a quien fió la Vida
vuelto en Urna la Gente ve oprimida.

Huye Rodrigo: Corren luego horrendas
a los Reales Mauritanas greyes;
El Oro inquietan; las preciosas Tiendas
rompen donde dio el Vicio injustas Leyes.
Augustos Lechos huellan sin contiendas
bárbaros Vulgos, advertirlo, oh Reyes,
Así se logra el gran Caudal que impía
para el Lujo usurpó la Tiranía.

Los que la fuga no redime, al duro
filo espiran del Árabe que impera;
Infausto Día en quien al Lete obscuro
dio su gran Fama la Nación Guerrera.
Allí el Esfuerzo antiguo acabó impuro,
nació grande la Angustia venidera;

Y el Imperio en tres Siglos siempre altivo
cayó Ceniza de un Volcán Lascivo.

Mas mira cuando más, o España, enlutas
tu Emporio, amanecer Noé Divino
al bárbaro diluvio de olas brutas
Pelayo, a que otra Armenia se previno.
De Covadonga en las estrechas grutas
(si ya fauces no fueron del Destino)
con Pocos preso, a Glorias sale eternas
Noble Huracán que exhalan sus Cavernas.

Bien como del Clarín que en tortuosos
Laberintos de bronce enreda el Viento,
cuanto oprimido más, más armoniosos
rumores forma el estrechado Aliento;
Así de aquellos Cóncavos riscosos
suena espantos al Mundo el Ardimiento
del Montañés Augusto, que ya inflama
vivo Acento, altas Trompas de su Fama.

Nace León Feliz; Crece Navarra;
Aragón vencedor; Portugal fuerte;
Castilla luego en quien al fin Bizarra
mucha Corona en Una se convierte.
Del Ebro Excelso que Una y Otra Barra
venera atento en el blasón que advierte,
con Isabel Fernando a unirse llega;
el Corazón, y casi un Mundo entrega.

Éste es quien hoy los manda, Victorioso
siempre del atroz Bárbaro importuno.
Mas, ¡oh Cuánto después, vendrá Dichoso
sin que la alta Ascendencia eclipse Alguno!
Uno elijo entre Tantos Generoso
que Tantos Generosos ciñe en Uno;
El Gran QUINTO FILIPO en quien el Polo
da por Alma una Estirpe a un Pecho sólo.

Del Grande Abuelo, que la Francia guarda,
y en todo el Mundo la elevó triunfando,
Rayo a España será; La Angustia en que arda
termina, Excelsas Leyes promulgando.
Ya le parece a toda Edad que tarda
Éste que aguarda el Trono suspirando;
Cuando aún en flor sus Años se examinan

a sus dos Pies dos Mundos se destinan.

Su Comprensión Augusta será Asiento
del más Divino Intelectual Tesoro;
Infinito Valor muestra en su Aliento
de altas resoluciones el decoro.
Su Piedad es igual a su Ardimiento;
Y Liberal vertiendo lluvias de Oro,
a su gran Diestra llamará la Fama
Urna en que el Patrio Tajo se derrama.

Será larga su Edad, que el Paraíso
viendo ser toda breve a tantas Glorias,
halla que el dilatarlos es preciso
porque en sus Años quepan sus Victorias.
Mas ¿qué importa, si al Héroe que te aviso
ya debe en poco instante otras Memorias,
pues vive en su Grande Alma Esclarecida
más veloz el Acierto que la Vida?

Como oprime al Delito su Ardimiento
con justas Leyes siempre vencedoras,
así otra Esencia su Glorioso Intento
da (obrando) a las Edades voladoras.
Los Minutos son Años en su Aliento;
Son Siglos fecundísimos las Horas;
Eternidad los Meses son extraños;
y ya no hay Ser que puedan ser los Años.

¿De la docta Poesía quién apura
con más Premios dulcísimo el desvelo?
Las Letras en su Púrpura son pura
manchas de Luz a enrojecido Cielo.
Una Heroica Virtud siempre procura
juntar las Musas a su Heroico Vuelo;
Y Victorioso del Olvido indigno
Siempre ama el Verso quien del Verso es digno.

La Fe pública nace; Defendido
sale el Comercio del antiguo Luto;
Ocupo Astrea Solio esclarecido
de quien antes fue el Robo sustituto.
Cesan ya con el Público gemido
los continuos aumentos del tributo;
ya busca al Docto, al justo, y al Soldado
el Premio no inquirido, ni comprado.

El Objeto más lejos del Sentido
más cerca de Deidad se considera;
Numen FILIPO al Solio es aplaudido;
Todo ánima, está en Todo, en Todo impera.
Aquel ver por Efectos advertido
siempre a su Rey la más distante Esfera,
un No sé qué es Divino, afán robusto
que al Vulgo cela el Gabinete augusto.

Si tanto ha dilatado su Trofeo
Jove mentido en Fama portentosa
porque en Tesalia fulminó a Tifeo
cuando al gran peso se abollaba el Osa;
¿Cuánta más Gloria mereció el que veo
hacer su Monarquía venturosa,
deshaciendo con Real Llama propicia
el Desorden, la Infamia, y la Injusticia?

Venció en Acaya de un León furoros
el Héroe que dio Almena a la Luz pura,
y en Arcadia deshizo los horrores
de la Hidra que nada en Lerna impura;
Pasando del Menalio a los verdores
truncó en el Jabalí nueva espesura
de Cerda infiel, despedazando ardiente
la Atropos bruta del Lunado diente.

Por esto a Alcides aclamó triunfante
redimido el feliz Peloponeso;
Pan mismo concurrió mezclando amante
sus Albogues entre el Mortal Congreso;
Oyó el Egeo, y Jonio (que espumante
Linde es de la Península) su exceso;
y invidiosa el rumor sintió oportuno
la Estatura en que Corinto adoró a Juno.

Pues si por sólo dominar las Fieras
Hércules logra Nombres de Divino,
¿a quién vence las Pestes más severas
que da al Averno, cual Laurel convino?
No sólo contra el Vicio sus Guerreras
justas Leyes el Grande Rey previno,
mas con Doctas labró Solicitudes
Grande Alcázar que habiten las Virtudes.

A Aquel Iris feliz que el Hemisferio
de un Reino anuncia Paz, son brilladora
Base el Premio, y Castigo; que al Imperio
lo afirma la Justicia triunfadora;
Y como con Estrago, y Vituperio
caería un Arco sin estas Bases puras
Mentales diera al Suelo Arquitecturas.

Será estorbo de tanta quiebra indigna
Este, Deidad visible en Regio asiento.
Clamando por su Edad, de Siglos digna,
todo su Inmenso Imperio es un Acento.
¡Oh! dure Eterna; y aun de la maligna
Invidia triunfe en Sacro Lucimiento;
siendo en el Polo que su Pecho inflama
siempre al Tiempo Terror, Peso a la Fama.

Desta pues Generosa Nación Goda
a quien sólo en Rodrigo Ocios comprehenden,
es Esa errante Escuadra que incomoda
los Mares que en tu Playa aljófara tiende.
Fueron del Norte; y contra Europa toda
grande Reino hacen hoy al Sur se extienden:
su Cetro es de la Esfera Eje segundo;
midió los Polos, excedido el Mundo.

Rey fuerte, fuerte Gente nos asalta;
nuevas armas verás, nuevos ardidés;
la Gloria espera a tu Valor más alta
si de tanta Nación la furia impides.
Con grandes Triunfos al Osado exalta
la grande Contingencia en grandes Lides;
Ve, y Vence. Dijo: y del Furor que encierra
cayó Oprimido el Bárbaro en la Tierra.

ALEGORÍA DEL LIBRO SEXTO

Por Camilo se entiende aquella impaciencia con que los Espíritus Generosos dejan su Patria; y enamorados de la Memoria se proponen alguna Idea, o Retrato de una gloriosa Posteridad, que buscan después en todas partes; como Don Cristóbal Colón acreditó en sus admirables Navegaciones; con las cuales huyendo de un Mundo le salió Otro al encuentro, donde respiró de tantas fatigas en los Brazos de su grande Aplauso que durará constante a par de Aquel Mundo que lo creyó Deidad, y de Estotro que lo admiró más

que Hombre, para que al Domador de ambos Mares concurriesen a ser ambos Mundos las dos Bases del Mental Coloso de su Fama.

La Alegoría de los Sucesos de Carlos (que faltan hoy) saldrá, y también más diligentes las de todo el Poema, cuando las escriba el Autor, y haya concluido la Obra.

LIBRO SEXTO

Los Navíos en tanto se engolfaron
más allá de las Islas celebradas
a quien sus Vastos Canes devoraron
el Renombre feliz de Fortunadas.
En Ellas pocos Soles descansaron
hasta mirar las Olas sosegadas
de aquella Tempestad en cuyo espanto
a Jacinta nació suspiro tanto.

Viendo la última tierra, y que a inclementes
Golfos los precipitan sus Arrojados,
Nadie resiste al tierno Afecto; ardientes
se asomaban los Pechos a los Ojos.
Enredaban las Cumbres Florecientes
su vista; y aun a Amor dieron despojos
las Naves; desde el Mar dicen sus penas
rechinando, a los Bosques las Entenas.

Cayó la Noche, y de hórrida tristeza
a este Hemisferio dio faja precisa;
pisaba allá la Luz con la Cabeza
el Antípoda a quien nuestro Orbe pisa.
De Gasa impura que el Abismo ateza,
Luto errante difunto el Sol avisa;
siendo alto Horror para que el Aire estorbe
Turbante negro a estotra Sien del Orbe.

Todas las Cosas humos imperfectos
anegaron de tristes raridades;
pasó una Sombra a ser muchos Objetos,
Vista pasando a ser mil Ceguedades.
Las Estrellas, del Sueño altos efectos,
caer se ven; y siendo entre fealdades
nuestro Zenit Nadir del rubio Coche,
era ya el Mediodía de la Noche.

Dormían todos; menos los que daba

la Armada a Vigilancia Celadora;
Carlos sólo, y Camilo suspiraba;
ama Uno, y Otro, y Uno, y Otro llora.
Carlos que su Jacinta idolatraba
a quien no vio al partir por sólo una Hora,
contra las Horas sin que tregua acuerde
furores tales, tales Iras pierde.

Injustas Horas, que de acento Augusto
viendo morirme en la Obediencia vana,
me apartáis de mis Glorias; ¿Cuándo el justo
Castigo en ruina me daréis Tirana?
Pues no el Honor, el Tiempo me fue injusto
en aquella infeliz Noche inhumana:
Por sólo una Hora con fatal desvío
ni aún el último a Dios dije al Bien mío.

¡Oh! ¡mal haya el que en rápidos extremos
para el Tiempo partir tuvo Osadía!
Fiero introdujo que morir lloremos
de tantas veces nuestra Edad al Día.
Horas Cruelles, de lo Ingrato os vemos
ser fruto; el Hombre, no lo Eterno os cría:
la alta Piedad os aparcó no en vano
indignas de ser Obras de su Mano.

A un tiempo mismo porque Enigma os halle
Valientes, y Cobardes os comprehendo;
no hay Hora que con Otra no batalle,
y no hay Hora que de Otra no esté huyendo.
Mas Cobardes sois sólo, el Valor calle,
pues siempre en fuga la que es Una atiende,
y el último horror con Fieras luchas
nos dais la Muerte por juntaros muchas.

Exhalaciones trágicas del Año;
de una elección tan vil que siempre impuras
descansáis perezosas en el Daño,
y fugaces voláis en las Venturas.
¿Cuándo os vivimos? ¿Presuroso engaño?
¿Si en las Horas pasadas, y futuras
Muerte serán las que tener prevengo,
y infaustas no son Vida las que tengo?

Ponzoñosos Airones los desvelos
del Tiempo unís siendo sus alas sumas

Es el Vigor infiel de vuestros vuelos
el afán sucesivo de sus Plumas.
Contra el Hombre son Lid vuestros anhelos,
y el Día; mas en Túmulos de Espumas
(Lidiando siempre vuestra atroz porfía)
hace por una Noche tregua el Día.

Por darnos Muerte no sentís que imprima
Muerte en Vosotras Vuestra fuga impura;
truncáis Ser, que el impulso que lo anima
es el Rapto veloz que lo apresura.
Venganza el Punto rápido que os lima
nos da de Muerte que nos dais obscura;
los Minutos son Horas a Vuestro Hado,
Ceniza es Vuestra el Punto arrebatado.

De acero sois los obstinados dientes
con que (oh Tiempo tenaz) bronces devoras;
Más triunfáis cuanto Él muerde; Que a accidentes
cuanto Ededes lidiaron falta en Horas.
En la Vida, y la Angustia diferentes
Portento vuestras alas son traidoras;
Innumerables antes sois ninguna,
y después infinitas sois siendo Una.

La ambición que la astucia vuestra exhala
en Reloj os divulga repetido;
El Sol, la Arena os grita; el Hierro iguala
con Ruedas vuestro horror no detenido;
Mas con frase mortal todo os señala:
el Metal vanas os vertió en sonido;
Mide en polvo el Cristal vuestra agonía;
Y con Sombra os enluta, y mancha el Día.

Muertes sois, no Carrera voladora;
Guadañas sucesivas de Impiedades;
Pues siempre que veloz se acaba un Hora
para aquella Hora acaban las Edades.
Muertos nos halla la que nace ahora,
y aun nos hiere; Mas ¿quién podrá a Crueldades
negar Desgracias sois sólo, importunos
al ver que siempre os sucedéis tan Unas?

Mas entre cuanto estrago el Orbe gime
por vuestra Ira que Alientos mil destroza,
nadie donde el furor vuestro se imprime

a la que hoy siento Pena igual solloza.
Corred, Tiranas: Mas ¿quién ya reprime
vuestra Ira? ¿que este Espíritu que aún goza
mi Aliento no arruináis? ¡oh aleve calma!
¿dónde hubo Vida al apartarme el Alma?

En cuanto Carlos tal ardor respira
contra el Tiempo, Camilo en otra parte
contra la Suerte angustias mil suspira,
mil odios contra el Mar, y Amor reparte.
Pareció que con lástima lo mira
la ciega Noche, y muda está con arte;
En cuanto a la alta Sombra que lo advierte
se quejaba afligido, desta suerte:

¿Cuándo (Fortuna) cuando mis Edades
no serán de tu rabia infausto empeño?
Y en mi tormento ¿cuándo tus crueldades
calmarán las tormentas de tu ceño?
Tal vez en estas Ondas hay piedades;
mas nunca ejemplos que agradezca el Leño
en la mudanza deste Mar alcanza
furioso ha tanto el Mar de tu mudanza.

¿Soy Yo aquel que elevándose dichoso
a lo Mortal, creí pendiente dellos
Vivir Siglos de Gloria al misterioso
éxtasis dulce de unos Ojos bellos?
¿Soy yo quien en dos Cielos venturoso
respirar pude el Alma de atendellos?
¿Domo hiciste acabar (Suerte inconstante)
la Eternidad feliz de aquel instante?

Cielos injustos que influís mis males,
Auras que un Bien desvanecéis ligeras,
Espumas que Sepulcros de Cristales,
no ya piadosas, me negáis severas;
Decidme de mí mismo; Pues son tales
mis ansias, que aun de mí destierran fieras
(estremecido a su furor violento)
con mis Venturas mi Conocimiento.

Que soy Otro imagino en este engaño
de mis ruinas sin que alivios goce,
y en vez del Bien mi Vista hallando el Daño
los Sentidos que alumbraba desconoce.

Tibio el Vivir me anima como extraño,
tu horror sólo (Fortuna) me conoce:
sin duda es en mi Pecho (oh fermentida)
más propia mi Desgracia que mi Vida.

¿Quién dirá a mis Ojos cuando sabios
más Luz bebieron en más Claro Apolo
que ausentes mirarán si anuncia agravios
de tormentas en parda Nube el Polo?
¿Quién a mi Oído cuando en dulces Labios
Glorias oír creyó, que oiría hoy sólo
tristes Aves que en copia beben suma
con fauces roncadas la salada Espuma?

Por los dulces Cabellos que esparcía
a mi vista feliz, Deidad brillante
entre la Tempestad percibo impía
la Jarcia que en los Austros silva errante;
En vez del Cuello hermoso que algún Día
ceñir con Glorias esperaba Amante,
pálido abrazo entre los Euros roncados
ásperas Selvas de nadantes Troncos.

Ya Antípoda sin duda mi cuidado
contrario Cielo al de mi Patria adquiere;
Sino es (pues sus piedades he ignorado)
todo este Cielo Abismo que me hiere.
Abismo, Abismo, es este; Y quizá el Hado
porque también allá a mi Bien venere,
esta parte del Cielo, ahora inmundo,
a esotra parte trasladó del Mundo.

Tú, vagante Inquietud en mi tormento,
del Mar, del Aire, y Cielo, a tu bonanza
¿dónde irás por influjos, Pensamiento?
¿al Aire? aún es más vana tu esperanza.
Si al Mar; a tanto ardor breve elemento
toda opondrá su líquida mudanza;
¿Pues al Cielo? Bien pudo tu memoria;
Pero ¿cuándo una Angustia entró en la Gloria?

Pequeña enmienda ofrecen a mi espanto
el Cielo, el Aire, y Ondas mal seguras;
Veo en el Mar diseños de mi llanto,
en el Viento inconstantes mis Venturas.
Sólo mirar en el Olimpo Santo,

de mi Deidad pudiera copias puras,
mas ¡ay! que esconde en llamas sus Zafiros
el interpuesto ardor destes Suspiros.

Sagradas Olas, ¡oh si el proceloso
Noto inquietando vuestra undosa calma
al Cielo me acercase que Glorioso
de retratar mi Bien logra la Palma!
¡Oh si una Cumbre fueses, Mar furioso!
mas en vano a esta Dicha aspira el Alma;
Pues más que por sublime, de mi anhelo
por copia de mi Bien se aparta el Cielo.

¿Si me embaraza el Aire aún no turbado,
si me es naufragio el Piélago apacible,
como inquieto (buscando el Dueño amado)
a Entrambos lo piadoso en lo terrible?
¿Aumentando tormentos mi cuidado
de mi Estrella apurar podrá lo horrible?
¡Ay! Pensamiento mío, que al Averno
copió mi Suerte infiel también lo Eterno.

Ausente en fin entre esta undosa bruma
será su ahogo calma en mí Despecho;
Y al ir a articularlo, afable espuma
el nombre amado cerrará en mi Pecho.
Grande estudio es de Amor darme Urna suma
en estas Ondas, pues debieron lecho
a Incendios de otro ardor no competidos
los Mares de otro abeto nunca heridos.

Sellen, Sellen sus términos undosos
las Cenizas que informan mis pesares,
cortando estambres de mi Edad ansiosos
los rotos Vidrios destes yertos Mares.
A la Imagen que Solios amorosos
ocupa de mi Pecho en los altares
(Como al Dueño su bella Monarquía)
sus espumosas Tumbas ceda el Día.

Vosotras, Lumbres Santas, en quien vierte
de Luz difunto el Sol vivas porciones,
y sin duda lloráis la ausente Suerte
que del Sol vuestro os frustra las uniones;
Pues discurrís los Orbes con el fuerte
Giro que os prestan rápidas acciones,

decidla que excedí, si veis su Esfera,
como Ella vuestra Luz, Yo vuestra Hoguera.

Tú, Monstruo de Cristal, que en fauces sumas
devoras tanta Tierra, y tanta Quilla,
hasta que oprime atroces tus espumas
la arenosa mordaza de la Orilla;
Si en reflujos menguar viere tus brumas
mi Beldad Celestial, podrás decilla
que amor las roba, porque deben solas
sucederse en mis Lágrimas tus Olas.

Y tú, Viento a las Aves ofrecido,
dila: Mas Nada el Aire; o el temido
del Cielo; Nada el Aire; o el temido
instable humor que en los Escollos brama;
Que a tanto padecer breve gemido
toda la alta Región del Aire inflama;
Es lágrima pequeña a tal desvelo
un Mar, corta Esperanza todo un Cielo.

Aquí llegaba con su queja el Triste;
Cuando pasos sintió, del gemir desiste
quien los formaba, del gemir desiste
un Soldado hacia allí acercarse viendo.
Era Carlos; En quien tal pena asiste,
que admitir el Reposo no pudiendo,
vagan sin orden por sus tristes casos
como el fiel Corazón también los Pasos.

A su Oído llegó la Voz perpleja
de Camilo; Y lo invidia cual felice;
Vio que por Él de suspirar ya deja;
Y en Cortesanas Cláusulas le dice:
Amante venturoso, que en la queja
puedes verter sollozo lo Infelice,
prosigue; No interrumpen los Mortales
tan bien sentidos generosos Males.

No impedirte pretendo; Antes quisiera
saberla, y lloraré tu amante Historia;
No ignoro Yo de Amor la infausta hoguera;
Yugo altivo es también de mi Memoria.
Dijo: Y Camilo que en la misma esfera
lo ve de ardor, Oirás (dice) Victoria
tan cruel que aliviar podrá escuchada

el más quejoso deses Furia alada.

Una misma es felice mi Ascendencia
con la que así Ilustró los Españoles;
de Aquellos vengo que en Marcial violencia
los dio el Norte a Lucir bélicos Soles.
Cuna me fue Verona; en excelencia
a ninguna Segunda: Aun los Faroles
del Gótico Esplendor en su Ribera
allí el Athesis Noble reverbera.

Esto en cuanto a mi Origen, satisface
a tus Noticias; mas en mi Tormento
mayor dura Ocasión, más Orden nace
de Estragos, y de Angustias a mi acento.
Fue dellas el motivo que hoy deshace
mis Años, un ansioso Pensamiento
de vagar por Italia, Emporio Claro,
Centro de todo lo Precioso, y Rato.

Dejé en los Alpes las Hacinas fieras
de Nieve alta que Bóreas vemos siembre,
donde Parvas de informes Cordilleras
recogen los Agostos del Diciembre;
Anuda hórrido Viento sus hileras
porque agregados Hielos no desmiembre;
Blanca Arista los Copos, y es extraña
un haz a otra Región cada Montaña.

Vi Mantua, Fundación, que al Tiempo agravia,
de Bianor, en los Tuscos Soberano,
hijo de Tiberino, y de la Sabia
Estirpe del Aurúspice Tebano.
De su fiel Lago en la Espumante Arabia
perderse el Mincio vi, y salir ufano
hacia el Po, que en su Plata corredora
del Gran Virgilio la alta Cuna adora.

Ferrara vi; y inmensa Maravilla
en sus Estatuas mi admirar atiende;
porque no se huya de su hermosa Orilla
en suelo pantanoso el Po la prende.
De Heste aquí la Real Ave que acaudilla
Cisnes tantos, sublime al Polo asciende;
eterna el Águila hacen; son robusta
los picos ala de la Garra Augusta.

Allá en la Emilia Vía, a las raíces
del Apenino que hacia el Austro tiene,
Boloña me detuvo, en quien felices
de Grecia excesos Docto afán previene.
Sea su aplauso el dar contra Infelices
Monstruos, porque Tiara excelsa llene,
Cinco Cabezas de la Iglesia, que Atlas
grande en tus Cuellos Siete, oh Roma, exaltas.

Mi vista arrebató la Floreciente
Dama de las Ciudades, con que empeñas
el Pasma extraño, oh Italia, y dignamente
con tu Florencia el mismo Abril desdeñas.
Furioso, porque naces della ausente,
de Apenino, oh dulce Arno, te despeñas
sobre verdes Aceros que allí bañas
en mil trémulas Puntas de Espadañas.

Sena con la Real Loba, y sus Infantes
junto al Arbia admiré em espacio ameno;
Al Arbia que de Sierras no distantes
su hurtada Plata lleva al Mar Tirreno.
Mas ¿qué podré decir de las Triunfantes
Glorias que, oh Roma, ofrece tu gran Seno?
yertos allí mi Vista, y mis Afectos,
faltaron Pasmos al sobrar Objetos.

No me admiró la Poma peregrina
con que taladra al Viento las Mansiones;
no Antiguas señas que hunde, aun en la ruina
mayor que todas las Exaltaciones;
Cuanto el Orden y Amor con que Divina
Madre merece ser de las Naciones:
oh felizmente destinada al Sacro
del Muerto Cristo vivo Simulacro.

¡En el Grado no hallé todo eminente
Mérito aquí, y discretas excelencias!
¡Y cual premio no vi darle altamente
la República en pródidas Clemencias!
Nacieron, crecen verdaderamente
en esta Gran Provincia Artes, y Ciencias;
ha Dominado el Mundo, y su desvelo
quitar lo Inteligente aun quiere al Cielo.

No sólo el Curso, y Líneas Ideales
en que el Mundo se parte, allí diseñan;
como sean los Cuerpos Celestiales
el Centro, y Orbe, al Orbe todo enseñan;
Las Leyes, los Estudios inmortales
que al Criador investigan, desempeñan;
la Celeste a su Música, diversos
para compases ya debe Universos.

Respiran los Metales en no muda
Imagen; guardan piedras sensitivas;
ni acaban las Estatuas, porque duda
morderlas ya el Cincel viéndolas vivas.
Bulto son las Pinturas; la más ruda
labra al Pintor edades sucesivas:
cuerpo el Alma es visible en sus Pinceles;
y creí Fidias al que vía Apeles.

La Divina Poesía allí su Cuna
tuvo que el Mundo adore, y Docto imite.
Toda Palma en su Emporio está oportuna
sin que la Invidia algún Laurel marchite.
Vive inmortal pisando la Fortuna,
oh Latina feliz Religión, y admite
(no sólo de las Propias) aun difusas
aclamaciones de Extranjeras Musas.

A Capua pasé en fin, en quien Propicias
sus Galas todas Mayo ha difundido;
disculpas dan sus Gloriosas si noticias
del Africano aliento interrumpido.
Aparta, aparta allá de sus Delicias
Tú Aníbal impaciente, Heroica Dido,
que ya ríe Formión viendo al Tirano
jurar tus Manes, y tu Estatua en vano.

Vi Gaeta después que en el Estruendo
de la Trompa Latina a que desmayas,
oh Olvido, vive Eterna, si Muriendo
dio Memoria inmortal a nuestras Playas.
Cumás vi, donde el Orco fuiste horrendo,
oh Eneas, que la Italia a triunfos rayas;
hasta que hallé ya ansioso Peregrino
grande estorbo infelice al gran Camino.

En esa alta Provincia que destierra

fiel Silla del Imperio, el Ocio blando,
donde porque a Saturno un Tiempo encierra
se fue de Lacio el Nombre eternizando;
Donde la Bota que calzó la Tierra
pisa al Mediterráneo, y salpicando
a un lado derramó del verde Seno
el Adriático Mar, a otro el Tirreno.

Allí la mejor Parte, la más Pura
es Nápoles; no hay Tempe en que matice
así el Abril su pompa, o más segura
la Espuma tan Celeste el Cristal rice.
Quien rasga de Puzol la Gruta obscura,
y ve la alta Ciudad, juzga Felice
que el Mundo taladró, y halló preciso
más allá de Nuestro Orbe el Paraíso.

Celoso su Hermosura guarda Eterno
su Golfo, Espejo a mucha excelsa Torre,
y a esconderla del Golfo de Salerno
a Capri el Cabo de Minerva corre;
Para su Nombre, que inmortal discierno,
a su Fama anhelante la socorre
Mi seno en Trompas con vocal diluvio,
y en lenguas de Relámpago el Vesubio.

Volvía el Tiempo cuando se desnuda
de Nieve el Prado, y Flores viste ardiente;
cuando Sombras de Invierno en risas muda
la Mañana del Año floreciente.
La Rosa sus Carmines desanuda;
rompe el Arroyo el Hielo balbuciente,
y a los Soles del Mayo lisonjero
corre en las Selvas líquido el Enero.

De la Tierra a las Ondas se esparcía
la Gala que el Abril da al Universo.
Trémulo en blandas Auras se reía
sino en Matices su Vergel diverso.
Las Fragancias del Prado conducía
el Céfito apacible al Cristal terso;
y eran los Peces con inquietud grata
en Ramas de Ovas Pájaros de Plata.

Todas las Tardes se escondía dichoso
el Puerto de Parténope en iguales

Copias de Barcos, donde (¡ay Dios!) ansioso
la alta Ocasión encuentro de mis Males.
Mirando el Prado, y Mar, decía: ¿Qué hermoso
primor podrá exceder Bellezas tales?
Volví la Vista, y dando a Amor despojos
Ciego oí la respuesta con los Ojos.

En una feliz Góndola dorada
que en Toldos compitiendo el Mar profundo
leves Olas de Seda Nacarada
ondeaba por el Céfiro fecundo,
Una Hermosura vi, Luz desatada
de la Beldad primera, en quien dio al Mundo
cuanta Divina Esencia puede ufana
sino entender, sufrir la Vista Humana.

Divina Luz, Esfera esclarecida
Ciego, y absorto allí el Sentido adora;
si bien grande Crueldad frustra homicida
Celestes evidencias en su Aurora.
Mírase en el semblante desprendida
Centella de lo Eterno que lo dora;
mas ¡ay! que Estragos reverbera lejos
la apacible Impiedad de los Reflejos.

Como en Cóncavo Espejo, que honda taza
se llena al Sol en Piélagos de Ardores,
enfurece la Luz que blanda enlaza,
el reflejo en Pirámide de hervores;
Y a la Selva que en Llamas despedaza
Tósigos disparando de Esplendores
con una Lumbre misma Hermoso, y Bronco
Florece un Vidrio cuando estalla un Tronco;

Así la Ninfa, hiriendo luminosa,
de alta Luz vuelve atroces los arrojados.
Son sus Ojos azules, con que Hermosa
siempre huella ternísimos despojos.
Ufana Ojos color de ansia celosa
causa Amor: ¡oh Portento de sus Ojos!
¿Qué no hollaría, qué no haría, Cielos,
Beldad que amables pudo hacer los Celos?

Círculos de Oro el Pelo unió brillante
de su Frente a las planas, de arbor llenas;
de su Frente; al Jardín de su Semblante

Divino Hermoso erario de Azucenas.
Con más floridas pompas que arrogante
dio Babilonia al Aire en sus Almenas,
eran a este Pensil Bóvedas Reales
los Arcos de las Cejas Celestiales.

Mil Almas su Despejo Hermosamente
le prohijaba; Está el Amor ceñido
en su Talle, mostrando felizmente
lo Espiritual cuan poco bulto ha sido.
Lo más Precioso se juntó, y luciente
en sus Joyas, y Traje a ser vencido;
siendo el adorno que atendí en la Bella,
de la Gala lo más, lo menos d'Ella.

Yo miré; Yo morí; Yo enajenado
mi Vida, al dulce error me hallé sujeto;
de cada mirar Suyo fabricando
otra Deidad estaba mi concepto.
Su Voz, su Acción, su Risa idolatrando
quedé; Y tanto apreciaba en fin mi afecto,
que después de adorar la Luz que amaba
la misma Adoración Ciego adoraba.

En un instante (Rayo en fin) pudo
reducirme al Sentir más Inhumano;
Tal Ceniza hace el reciente ardor tirano;
de la Nube el reciente ardor tirano;
Y tal fuera el instante Polvo mudo
quien viese de repente el Sol cercano;
en más Rayo, en más Sol, con más influjo
la inmensa Luz a inmenso afán me indujo.

Moría, y me abrasaba; Mas tan ciego
era el Dolor, que de morir Vivía;
quizá la Muerte en fiel desasosiego;
como en mí no me hallaba, no me hería;
O igual estaba en mi amoroso Fuego
el que vivificaba, y el que ardía;
Y así mezcladas pude en dulce Suerte
la Vida padecer, Vivir la Muerte.

Moría; Mas al ver la victoriosa
Mano del Homicida, en pasmo atento,
con dulce admiración la herida hermosa
en vez de Sangre respiraba Aliento.

Ufana revivía, y obsequiosa
la Alma al morir, temiendo que a su intento
no sea Muerte la Vida en que ansias libe
por la Muerte Gloriosa a que no Vive.

De la Razón los ceños, por recurso,
en los Senos del Alma el Fuego huía;
Seguía al Dueño Hermoso en el concurso
mi ardor; Miraba, y a morir volvía.
Vía Ciego, sin ver que tal en Discurso
más mi Hechizo, y mi Estrago se añadía,
pues más se hallaba mi Sentido incierto
Ciego a más Luces, a más Vidas Muerto.

Quise hablarla; Y gran número interpuesto
de Barcos me estorbó en la espuma unido;
Siguiendo sólo, a padecer dispuesto,
la Góndola mi Vista, y mi Gemido.
Lloré: Mas esperando en aquel puesto
volver a hallar el Ídolo querido
engañé el suspirar de mi Deseo;
Y a la otra tarde repetí el Paseo.

Había concurrido mucha Gente
al Golfo a ver partir de su distancia
varios Leños que al Puerto da frecuente
vuestra España, Inglaterra, Italia, y Francia.
Cada Nave en el Lino hundió el Ambiente;
pisó el Mar todo altiva su arrogancia;
Siendo, Centauro nuevo en Buque y Velas,
Foca de Tablas, y Águila de Telas.

Miraban Todos, como se deslice
Monte de Leño en espumosa Tierra;
Parece más veloz volar felice
que en Sí el Aire, en el Lino que lo encierra.
Mas Yo en la confusión solo infelice
la Causa busco de mi extraña Guerra;
Miré los Barcos, y sus Copias sumas
surcó mi Amor, más que Ellos las Espumas.

En ninguno, sus buques discurriendo,
la Luz encuentro de mi hermoso Día,
y cuanto (¡ay Cielos!) Su Esplendor perdiendo
faltaba mi esperar, mi afán crecía.
Otra tarde volví, y otras, ardiendo;

Sin dejar parte que la angustia mía
no examinase con Dolor ansioso
en la Ciudad, la Playa, y Reino undoso.

Bien como el Pajarillo enternecido,
a quien robó el Villano, en cuanto tarda,
los dulces hijos, vuelve ansioso al nido
por ver las Prendas que en el Tronco guarda;
Y al no hallarlas, inquieto, y afligido
no hay Tronco que no busque, ansia en que no arda,
y aquí, y allí volando en tal Tormento
aún más su Corazón rasga que el Viento;

Así Yo al Mar, de la Ciudad salía;
y a la Ciudad, del Mar volvía luego;
En cada paso hacia la muerte mía
llevándome el no hallar mi dulce Fuego.
Díjome al fin rudo Barquero un día
que la Beldad por quien Vivía Ciego
era extranjera, y se ausentó en aquellas
Naves, mas no sabía en cual fue d'Ellas.

Español generoso, Yo te juro
(así aquella Deidad que me previno
tanto afán, vea) que a tal nueva un duro
Cruel Deseo de morir me vino.
El Tormento mayor, el más impuro
Veneno agradeciera a mi Destino
con tal que huya la Luz aborrecida:
tanto Odio concebí a mi triste Vida.

Entre mil pensamientos ya quería
poner fin con la Muerte a mis Congojas;
Ya lloraba; Ya la hora maldecía
que dejé de mi Patria Fuentes, y hojas;
Ya furioso culpando a Amor que hacía
las puntas de Oro con mi Sangre rojas,
quise arrancarme el Corazón del Pecho
porque huyese el Afecto a mi Despecho.

¿Amor (decía) quién tus importunas
primeras Leyes tanto amó? ¿Quién daba
tanta Alma al primer tiro? ¿Quién ningunas
Flechas tan luego te dejó en la Aljaba?
Ya hubiste menester quitarme algunas
por tener con que hieras; Yo te armaba;

Y aún más que de tus Hombros para ultrajes
pendieron de mi Pecho tus Carcajes.

¿Y este es el Premio que por tanto daño
no resistido, encuentro en tus furoros?
¿Y tú (Corazón mío) en ciego Engaño
aún a vista estarás de estos rigores?
¡Oh alumbra ya mi angustia el Desengaño!
Caiga el Templo que daba a mis errores
mi deslumbrado Pecho; en cuya rara
mansión, fue la Deidad ruina del Ara.

No mi Edad Viva entre tormentos mudos
padeciendo tan nuevas impiedades.
Aquí los lazos fatalmente crudos
miro, que fabriqué en mis ceguedades.
Ya del Alma que enlazan, y sus nudos
se han hecho las uniones unidades.
Ea, esfuerzo, o morir, o dividamos
la dorada prisión que idolatramos.

Falte esta vez el Ocio soñoliento
que halló en mis Ojos quien sus Lumbres ata.
Mas ¿qué escucho? (¡ay de mí!) ¿qué dulce acento
cuando toco los Grillos se dilata?
¡Ay infeliz! Que prenden mi ardimiento
las armonías que el Metal desata;
Forman estas prisiones sus cadenas
de eslabones (Amor) o de Sirenas?

¡Ay Beldad ignorada! Antes sin duda
mi Vida que mi Ardor veré deshecha.
Quizá quien formó el Grillo que me anuda
el Oro fue de la Divina Flecha.
Esta es la Cárcel que no encuentro muda;
Si ya no es su metal que así me estrecha
(para que sienta eternamente enojos)
condensado reflejo de tus Ojos.

¡Oh mal haya el Sentido, que en tan breve
instante abraza tantas impresiones!
Mal haya aquel Esfuerzo que tan leve
siguió el Descuido de las atenciones.
Y aquel Astro mal haya siempre aleve
que por ser tan Hermosas las prisiones
dispone que abrasándose le sea

al Corazón la Libertad tan Fea.

Así lloraba, pretendiendo en vano
deshacer mi tormento repetido,
como si al roto esfuerzo Soberano
del Alma, superior fuese el Sentido.
Suspiraba, creyendo o ya el tirano
ardor todo exhalar en el gemido,
o ya apagar con su Huracán ardiente
mis Vesubios: mas ¡ay! ¡qué inútilmente!

Como en Monte frondoso Lumbre impía
cuando contra Ella el Viento ve irritarse,
aquel moverse en trémula porfía
parece que es huir, y es dilatarse;
Así del pecho a todo Yo corría
la Llama en el gemido sin templarse,
volando el Corazón a abrasar ciego
más veloz que en sus alas en su Fuego.

Ya Nápoles no me era deliciosa;
aborrecía Italia, y todo Objeto
en prueba (¡ay Dios!) de que la Ausente hermosa
se huyó con todo mi Amoroso Afecto.
Con su Nave a este Tiempo entró gloriosa
Colón; yo despechado al Grande Abeto
me entregué, por si en Islas del Profundo
o ya en Puertos, mi Bien me enseña el Mundo.

Mas en ninguna Parte mi Cuidado
de tantos Golfos templa mi querella.
Quizá por ser breve Agua a lo abrasado
de mi Incendio, el Ardor crece con ella.
Si no es que unida al Ciego Dios Vendado
en su Patria me oprime Venus bella;
Venus, en quien dio el Mar, donde me arriesgo,
la Madre del Peligro hija del Riesgo.

Sólo un Retrato de la Ninfa bella
conmigo vive; tan vehemente, tanto
quedó en el Alma, que al copiarla della
feliz dije a un Pintor su rasgo Santo.
Esta Piedad debí sólo a mi Estrella;
así me alivia: ¡oh cuánto ignora, (¡oh cuánto!)
de la Luz el lenguaje Astro que asombra
siendo a su Auxilio cláusula una Sombra!

Mas tú que del Amor también respiras
la infausta Llama en ciega angustia, dime
por cual Objeto que te hirió suspiras;
si es que oyendo mi Mal, aún tu Ardor gime.
Dijo: y Carlos: Mayores tristes iras
en mi Congoja el ciego Dios imprime.
Varios mis Casos son; Lástimas justas
prevén atento, pues de oírlos gustas.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Cuanto Camilo, y Carlos razonaban
lo escuchaba Leonor. Leonor, aquella
de Fadrique hija ausente, a quien buscaban
sus odios. Prima de Jacinta bella.
Vestida de Varón la Numeraban
las Naves Militar: Tanto atropella
el amoroso Afecto, cuyo filo
le dio adorado Tósigo en Camilo.

Era Leonor Esmero el más Florido
de la Hermosura; y aun de Esfuerzos Dueño
un Varonil Espíritu aplaudido
de sus Luces Anima el dulce Empeño.
Estudio eterno en tan Esclarecido
de las Estrellas Noble desempeño
para tal Cuerpo un Ciclo hurtó a los Días;
para Alma tanta muchas Jerarquías.

Del Sexo entre el Ocioso Estudio blando
manejaba tal vez con Noble Aliento
Felice Overo que intentó volando
en fe del peso hollar el Firmamento;
Tal vez de su Escopeta deseando
corrió la Caza el Alquitrán violento:
¿qué mucho, si del Tiro os enojos
son ruina dirigida por sus Ojos?

Con su Padre Fadrique, el que en la recia
Tormenta, cual Guillermo, espiró hundido,
Gallarda a Italia fue, cuando Venecia
lo atendió Embajador esclarecido.
Desa Provincia que la Fama aprecia
más de un Puerto tocaron aplaudido:
lejos Amor la perdonó, y severo
en su Patria la hirió el Arpón más fiero.

Cuando allá en Iliberia vio a Camilo,
que a su Armada Colón logró se enlace;
cedió la Bella, de dorado filo
a alta Flecha a quien fue su Pecho engace.
Tanto ardió; que rompiendo el tierno Estilo,
en su Traje hunde el Sexo, y Marcial se hace;
corre a la Armada tras su Llama impía,
siendo en ella el Incendio otra Osadía.

Seguíalo allí siempre; y no el errante
Fuego osa declararle. Ahora (oyendo)
más, y más por Camilo cada instante
de los Celos bebía el Susto horrendo.
Desde el principio que atendió al Amante,
del fin (por si ya olvida) está pendiendo;
mas viendo su adorar, furiosa, y mustia
cayó en lo más Profundo de la Angustia.

Toda su Animación trastorna impía
la celosa Impaciencia, y sus Puñales;
más late el Corazón; la Sangre hervía
huyendo inquieta de Ponzañas tales.
El Semblante ya pálido se hacía,
ya rojo del Volcán daba señales,
variando sus Colores con despecho
el Obstinarsse más lo Azul del Pecho.

Deja el Sitio en que al Joven escuchaba,
y ausente su Dolor la enfurecía;
en sus Cabellos de Oro que truncaba
la vio la Noche ajar Luces del Día.
Rasga el Pecho; las Flores arrancaba
que en sus Mejillas Mayo eterno Cría;
y el Rostro a Líneas de Coral escrito
paga del Corazón, rojo, el Delito.

Al Viento mira, mira al Mar, ni deja

de culpar las Estrellas que percibe,
maldiciendo el Influjo que aconseja
un triste Amor, por quien difunta vive.
Fue rabioso Alarido el que su queja
formaba; y tanta Furia en fin concibe,
que ya fuera de sí con la Agonía
a la Gente Infernal, Ciega decía:

Infelices Escuadras, que incesante
muerte vivís en Rabias desmedidas;
Oíd, no ya la Voz ni el Arrogante
Conjuro Infiel de Ericos homicidas,
mas el Clamor de una Infeliz que Amante
es Centro de las Penas más crecidas;
Oíd, veréis en mi Dolor eterno
como pudo ser la Gloria vuestro Infierno.

Atorméntame atroz, túrbame ciego
Caos maligno, en cuyo espacio impuro
Monstruoso Hiel del Amor el fuego,
y abrasa del Temor el Hielo obscuro;
La Llama es Nieve, y es la Nieve luego
ardor; ya tiemblo, ya un Volcán apuro:
¡Oh confusión! ¿Habrá desorden tanto
en el Lóbrego Imperio del Espanto?

Ejecutando inmensas Impiedades
Comuneros del Ánimo deshecho,
mi Vida inquietan con Parcialidades
la Rabia, y el Afecto a mi despecho.
Lidian; y por dar Solio a sus Crueldades
cada uno rasga una porción del Pecho:
¿Allá en el fiero Horror desas Mansiones
despedázanse así los Corazones?

Porque no huyese de la Causa injusta
que a tan horribles Llantos me condena,
me estorba todo el Mar que infiel me asusta,
y esta Nave en sus Lindes me refrena.
Padezco el padecer, y el Hado ajusta
en no huir deste Ingrato otra cadena:
¿Acaso son tan Dignos de Odio eterno
esos Monstruos que al Alma une el Infierno?

Celosa en fin, ¡oh cuánto Abismo! ¡oh cuánto
sólo el nombre ya explica en mis Pasiones!

Celosa, en lo Infernal de mi quebranto
venzo (infeliz vencer) vuestras Prisiones.
Si juzgáis es Hipérbole este llanto
que pronuncio, cambiemos aflicciones;
y entre el Horror veréis desos Venenos
sentir Camilo que Yo sienta menos.

¡Mísera! ¿a cuál rigor a cuál Estado
me conduce el Pesar que me enajena?
Las Penas quizá apura, y quiere el Hado
aun de otras Glorias Fabricar mi Pena.
Transformada me ofrece atroz cuidado
en propio Estrago la ventura Ajena,
y me es (¡ay Cielos!) Bárbaro homicida
más que mi Muerte infiel la extraña Vida.

¡Ah inhumano Camilo! ¡más que ingrata
la Ingratitud, Tirano injustamente!
Si afirmas que tu Amor todo arrebató
la ilusión Vana de una Sombra ausente,
¿Por qué tu devaneo no retrata
su fuga? ¿Es por causar mi Angustia ardiente?
¡Ah Ingrato! Bien será todo el Mar Nilo
al Tósigo de tanto Cocodrilo.

De mi Patria por ti (Homicida fiero)
me desterré, porque un rigor me ultraje;
Y en disfraz que a mi Sexo es extranjero
aun de mi propia me destierra el traje.
La Flecha fue quien me ciñó el Acero;
la Venda quien me transformó el Ropaje;
Una Milicia a la otra me ha traído;
y de Marte Parcial me hizo Cupido.

¡Oh! vengan Enemigos porque lave
con mi Sangre en la lid mi necia idea;
Y me redima e Hierro, del suave
Arpón de Oro que en mí su herida emplea.
¡Oh! ¡libreme del Risco el Metal grave!
Y encuentre Yo el Olvido mas que sea
cuando el Cañón con ímpetu la exhala
en el Sangriento Plomo de la Bala.

Como ya contra mí el Amor tirano
Plumas batió en el Aura dividida,
libre Espíritu errante en vuelo ufano

me hospedaré Región no conocida.
Mas ¿qué comprendo? (¡ay de mí!) que el Inhumano
Mal del Alma no falta con la Vida:
¿O incauto, y siempre necio Pensamiento,
juzgas que hubo acabarse mi Tormento?

ALEGORÍA DEL LIBRO SÉPTIMO

Como la Poesía Épica es un Monstruo hermoso, compuesto de las dos Naturalezas Historia, y Alegoría, hay partes en el Poema meramente Historiales, partes meramente Alegóricas; Y Otras donde se mezcla lo uno, y lo otro; formando en deliciosa variedad este contexto (alternado de la Invención) el Cuerpo de la Obra.

El Libro Séptimo es Alegórico todo; Dase a entender con el que este Glorioso Capitán, rompiendo aquellos Mares que no osó examinar otra Gente, abrió paso a hallar, y admirar nuevas maravillas de la Naturaleza. Significa la Cortina de Cristal, el Mar; Y el vistoso Palacio que se encuentra detrás della insinúa todo lo portentoso que admira, y admirará la Filosofía en aquellos preciosos dilatados Erarios de la Tierra que su Avaricia por tantos Siglos tuvo enterrados en las espumas, y profundas extensiones con que nos amedrentaba el Océano.

El Árbol misterioso que era una Flor de Lis, siendo sus dos Volutas los Reyes Cristianísimos y los Católicos, unidos después en el GRANDE FILIPO QUINTO, muestra debieron concurrir tantos esclarecidos Monarcas de la Ascendencia de su Majestad para que hubiese Sangre digna de las Altas Prendas con que este Divino Augustísimo Joven es Gloria, y Felicidad España, Esplendor de Francia, Admiración de Europa, y Cifra de todas las Heroicidades que han venerado los Siglos más Gloriosos. Dícese que es Estatua Viva de su grande Abuelo, porque siendo la Majestad Cristianísima de LUIS DÉCIMO CUARTO el GRANDE la más perfecta Idea de lo Augusto, y Heroico la vemos descollar ya tanto en los tiernos Años del Rey Católico, como lo publican las acertadísimas direcciones con que va volviendo a su antiguo esplendor la más dilatada Monarquía del Mundo, que allá corrió ansiosa a buscar en París para el Mayor Solio el más esclarecido Merecimiento.

LIBRO SÉPTIMO

Así en la Noche gime la Hermosura
Infelice en quien logra Amor sus tiros;
pide que no amanezca el Alba pura;
a eterna sombra anhela con suspiros.
Culpando a un tiempo el Alba y Noche obscura
copiaron con despecho en sus retiros
toda la Noche el Pecho a horror y a enojos;

y toda el Alba a lágrimas los ojos.

Mas ya la Aurora sale, y la Urna hermosa
trastornando en raudal de perlas sumas
despierta a reflejar su Luz dichosa
las Hojas, los Cristales, y las Plumas.
Toda Estrella su ardor pierde medrosa;
que viendo renacer de las espumas
Golfos de Llamas, cierra con desvelo
todos sus Ojos deslumbrando el Cielo.

Arde el Mar; y el Farol que del maligno
Horror nocturno victorioso asciende,
flechas de luces trémulas benigno
siendo arco su gran Giro al Aire extiende.
La Noche al verlas con asombroso digno
desgreñada al Antípoda descende,
corriendo en vuelos de tropel inmundo
a esconderse del Sol detrás del Mundo.

Nuestros Héroes ya entonces esos Mares
que otros hombres no vieron, dividían;
y como hechos a objetos singulares
Portentos en el Aire percibían.
Hacia la Proa tantos luminares
como en el Sol, que queda a Popa, vían:
con dos planos de fuego esclarecido
juzgan en medio estar de un Sol partido.

Vieron un Muro de Esplendor pendiente
que todo el Horizonte les cerraba.
Empezaba en la Espuma, y dulcemente
en las Cumbres del Cielo terminaba.
Una Cortina de Cristal luciente
era esta que su pasmo ocasionaba;
tiñendo Luces en su tez Divina
muchas engastada Piedra peregrina.

Vidrio puro sus Telas son lucidas:
mas ligero en los vientos tiembla errantes.
Trémulo arde su Hielo en que encendidas
son presas hojarascas mil Diamantes.
Ondeando con el Céfito impelidas
sus tramas visos mil forman brillantes:
La Color, porque el Ver no la halle fija,
traviesa huyendo va de guija en guija.

Recamos de Topacio, y Inundaciones
bordaban de Zafir su Primavera;
Brocado de Cristal que en proporciones
dibujo de Luceros reverbera.
Parecí el Airón de mil Pavones;
o un pedazo del Manto de la Esfera
que por descuido de las Luces sumas
caído se mojaba en las Espumas.

Cuando acabó la Armada de acercarse
toda la gran Cortina esclarecida
en trozos empezó a despedazarse
encendiendo las Ondas dividida
toda vino en los Mares a anegarse
de sus profundos piélagos sorbida;
y detrás della descubrió el espacio
inconstante del Mar, firme un Palacio.

Calle Obeliscos Menfis, donde ufana
vistió de piedra muertos Ptolomeos;
ni ser cimiento diga Babel vana
las alas del Favonio a sus Hibleos.
Cese Jove; no aplauda su Diana
el Asia; o Caria fiel sus Mausoleos;
Rasgue este Alcázar cuando (oh Fama) corres
tu Bronce a aplausos, y tu Vuelo a Torres.

No para el grande muro allí deslices
de terso jaspe docta mano asierra;
sólo es su lienzo ramas y matices
en quien su mayor pompa el prado encierra.
Con pedazos del monte en las raíces
nadan los troncos lejos de la Tierra;
¡milagro hermoso! La floresta pura
siendo viviente, existe Arquitectura.

Los Ángulos sostienen felizmente
cuatro Estatuas de piedra, que en guirnalda
Imperial se engastara dignamente;
de un Diamante una, la otra de Esmeralda.
De un Zafiro otra; y otra es de un ardiente
Rubí Jayán que está corva la espada,
y aun la fuerza que al peso hace agobiado
copia el rostro el Crisólito abrasado.

Limpios de hojas descuellan desde el Lodo
grande espacio los Leños admirables,
fingiendo que el Palacio exista todo
puesto sobre columnas Vegetables.
Ceda el entalle que en más dulce modo
flores allá en Retablo enrosca estables;
es el Bocel Jardín; es indistinto
Mayo el Filete, y Primavera el Plinto.

Entorno a todo el Lienzo que enramado
florece hermosa la Campana al Viento
sobre un Friso de pámpanos trenzado
corre del Ventanaje el Basamento.
De cada gran Balcón en dos rasgado
el Arco en un Estipite haya asiento;
y es Vicha hermosa a pesos de acuerdos
cada Estipite allí viva Sirena.

¡Oh maravilla! Lo florido uniendo
con lo animado el Muro en dulce trama,
hay muchos Mirtos medio Ninfas, siendo
Centauro el Tronco de Amadria y Rama.
Faunos, Silenos, Sátiros pendiendo
miran las Nuevas con lasciva llama
rasgan las Copas pretendiendo ruda
mover su planta que otra Planta anuda.

Saltan las Aves, y en lo Etéreo errando
del pendiente Jardín vuelan los Brutos;
vagar las Flores en el Viento blando
quieren, cuando sentir miran los Frutos.
Todo Aves, Ninfas, y Hoja está mezclando:
De almas temas parecen, por tributos,
respiración que el frío Ambiente cuaje
los verdes Nubarrones del bosque.

Cada Frente en un arco Entrada grata
[más alto que un Navío] da al anhelo;
ocho Álamos los forman; y fiel ata
cada Arco un Semicírculo en su vuelo;
Río del verde Lago se desata
la menor Torre por el Aire al Cielo,
son de su Orilla en las arenas bellas
guijas allá lucientes las Estrellas.

Entró la Capitana; y ¡oh qué unidos

milagros ven sus ínclitos Varones!
De altas cadenas de Oro suspendidos
son Globos de Rubí los Artesones;
Peina en lo interno el Céfiro, teñidos,
con dulces llamas, del Abril los Dones:
del muro en los floridos Alabastros
Bucles son palpitantes selvas de Astros.

Lleno de Aves su Ambiente confundía
a armonía el Oír, la Vista a Plumas;
el Ruiseñor festivo conducía
de Música veloz traviesas sumas.
Con ojos de Zafir resplandecía
purpúreo el Fénix; bate el Cisne espumas;
y el Ave misteriosa sin pies, prende
ganchosa el ala y de las ramas pende.

Entre ellas Almas muchas con mil galas
cual Cupidillos vagan portentosas.
Unas al agua bajan, y las alas
batiendo vuelven a elevarse hermosas;
Otras dividen las etéreas salas
corriendo tras las Aves presurosas;
y otras entre las hojas mal vestidos
los hijos van a hurtarse de los nidos.

Maciza Alfombra sobre el Mar cuajada
en gramas lo solida allí constantes
de la yerba Sargazo que engañada
la Antigüedad juzgaba Islas errantes.
Varia turba de peces asomada
descuella en sus roturas fluctuantes:
dejando Monstruos mil hondas alcobas
son peñascos de Escama en valles de Ovas.

En medio, a gran Matrona (aun su estatura
muestra cuanto del Sexo Heroica dista),
grande un diáfano Globo de luz pura
le cuaja Solio en que Imperial asista.
Si son Luces o Rosas son no apura
las que ella propia da a su sien, la Vista;
porque la Mono misma triunfadora
que las tejes es el Rayo que las dora.

De Esplendor su Cabello ondas difusas
derrama al Aire en apacible abismo;

mil Estrellas lazadas son confusas,
o nudos que en sí enreda el Pelo mismo
Si en sus activos Ojos las infusas
llamas pudieses ver sin parasismo,
dirías que sus Crenchas arden bellos
los Ojos desgreñándose en Cabellos.

De Abril envuelve un Manto en que le anuda
Tela cual no halló el Tempe en sus comarcas;
Estadíos las Gracias tres sin duda
lo hilaron en la Rueda de las Parcas.
Vierte flores su trama; desnuda
las granas que del Campo son Monarcas;
hierbas, árboles muchos lo enverdecen,
y arroyos mil sus telas humedecen.

Cuando se aparta el Manto asombros bebe
la atención; y en el seno ve admirada
que es pechos toda: en mucha inclinada nieve
alimenta aun la Vista embelesada.
Augusto cetro empuña de no breve
roja piedra su Diestra venerada;
teme el Amor que de la mano el copo
se derrita a las ascuas del Piropo.

Diligente familia la circunda,
sudando con intrépida Osadía.
El Movimiento en todo; y la fecunda
robustez junto al solio se atendía.
Tiñe la Variedad, de la profunda
Tierra al Impíreo, cuanto ilustra el día;
y aviniéndose están contra el desorden
la Simetría, su Hermosura, el Orden.

Ea Operación, de nada satisfecha,
toda puerta al Vacío cierra aleve;
todos contra él incita: allá aprovecha
la Economía hasta el Vapor más leve.
En torno vuela Amor que sis sospecha;
tiene este alcázar en quietud no breve;
y al pie de Reina tanta en cualquier parte
[¿quién lo creyera?] gime hollada el Arte.

Enfrente está admirando su semblante
la alta Especulación felice al vello;
desta se agrada mucho, y incesante

con ella juega en el Alcázar bello.
Es una inquieta Ninfa que elegante
de sus Ojos vibrando el fiel Destello,
dulce acredita que Zahorí adivina
Centros penetra, Impíreos determina.

En un barco con Alas (¡gran portento!)
está en el Viento este Milagroso culto.
(¡portento raro!) ¿quién el leve aliento
del ala pudo unir al leño inculto?
Cuando los aires rompe admira el Viento
un floreciente Amanecer de bulto;
es ella el Alba a quien saludan roncós
los raptos de sus plumas en sus troncos.

El traje es el más raro (cual su hermoso
divino dueño) no de seda o lana;
mas de alas sobrepuestas que en dichoso
vario matiz la anegan soberana.
No tiñe la paloma al Sol vistoso
el cuello tanto; ni tal pompa ufana
se ve que el Mayo pinte, el Iris cuaje,
como las plumas deste alado traje.

Su Diestra un Microscopio sostenía
en quien riqueza celestial descuella;
y la Siniestra que dio luz al día
una Esfera estudiosa ostenta bella.
Cuantos círculos docta Astronomía
al Cielo imagino, son de Oro en ella,
Astros de hermosas piedras feliz prende,
a quien el Sol, que es un Carbunclo, unciendo.

A Colón que atendía embelesado
tan alta variedad, la Reina dijo:
de la Naturaleza has admirado
el sumo Alcázar que velando rijo.
Mas cara a cara a lo Mortal no es dado
ver la faz toda que gloriosa elige;
cuanto el Cielo concede en una parte
ya la Especulación queda a informarse.

Dijo: y como su voz destelló en viento
su Esencia y su Familia; quedó sola
la Beldad que ella dijo; y al momento
Colón llevó al Bajel que alas tremola.

Luego que el Héroe pisó el leño atento
(con rara luz) de la terrestre Bola
supo todos los Reinos, y aun los Nombres
que habían de darle en otra edad los hombres.

Ya fuese acción del cielo difundida
que a su espíritu unió Luces eternas;
ya virtud que en la Barca excelsa anida;
todo en Montes previó y Espumas tiernas.
Pendiendo desde el aura esclarecida
vieron gran Globo roto en mil cavernas.
Sin mar juzgarás es la Tierra umbría,
Viola la Ninfa, y a Colón decía:

Si en lo sublime deste gran Palacio
quisieses reducir lo errante a fijo
tanto emprendiendo ver vago Topacio;
te faltaría el Tiempo más prolijo.
Aun de la Tierra en el profundo espacio
cosas sabrás que apenas hoy colijo;
cosas que en vano inquires hasta este día
larga Experiencia, y gran Filosofía.

Procuren otros de la azul Techumbre
saber como los globos Dios conforma;
como en sus Grados doce la ancha Cumbre
apacienta de luz brutos que informas.
A otros sus giros tres del Sola la lumbré
les diga, con que se circunda el Claro abismo
y con que se circunda el Claro abismo
siempre a sí propio entorno de sí mismo;

Otros allá pregunten anhelantes
¿por qué ardan las Estrellas inquietas?
¿Y otros como en sus Círculos Ecuantes
su Epiciclo describan los Planetas?
¿Lo que influyan las Máquinas brillantes?
¿Dónde asistan perpetuos los Cometas?
¿Como al Dragón yendo la Luna corte
su cola al Austro, y su cabeza al Norte?

Que hartos en el orden Celestial se indicia
con lo que veis un Ser sumo admirable;
basta el ver como haciendo va propicia
cada Estrella constante lo mudable.
Desto daré tal vez cualquier noticia;

mas su examen total ceñir no es dable;
tratemos de la Tierra, vuestro asiento;
verás como está aquí todo Elemento.

Esta, mejor de todas las distintas
esferas, bien que base sea del Mundo,
es Prototipo en galas no sucintas
del Globo más luciente a lo fecundo.
El Dedo eterno que fue en raras tintas
del lienzo Universal pincel profundo
cuanto a otros orbes dio copió en primores
deste alto Original de ondas y flores.

Esos globos que ruedan sin sosiego,
y émulos de la Tierra el Cielo esmaltan,
tiene cada uno su Región de Fuego,
su Tierra, y Aire, su Oceano exaltan.
Más o menos porciones a creer llevo
los diferencian y en su tez resaltan;
así la Luna es Mar casi, y fecundo
casi en el Sol es sola un ascua un Mundo.

Como la Tierra fija en dos extremos
del Universo a los dos Polos mira,
así cuanto Orbe en esos Ciclos vemos
sobre dos puntos, que no invierte, gira.
De la Tierra a los Polos que atendemos
se proporcionan los que el Aire admita;
y aun todos tienta con lucientes robos
sus Zonas cinco innumerables Globos.

Sabe que erró quien firme considera
sobre un punto central la Tierra umbría
sólo hallará quietud cuando su esfera
del Universo Centro suyo haría.
Mas sobre un punto cualquier pie, cualquiera
guija arrojado desencajaría,
obediente a la tez que siempre yerra,
del centro Universal el de la Tierra.

Es su constitución fijarse estable
en medio al todo Universal fecundo.
¿Quién pues del Mundo hará lo más mudable
la ponderosa así base del Mundo?
Sobre el mismo Eje Universal, no inestable,
su peso afirma en polos dos, profundo;

esto ella al Universo, y toda bella
Celeste ascua voluble imita en ella.

Heterogéneo su gran búho encierra
vasta mezcla en acorde disonancia.
Verdadero Elemento de la Tierra
una es de Sal purísima sustancia.
Fijativo elemento en todo aferra
las sustancias distintas su constancia;
no es esa sal común que usáis fluxible;
Corpórea es, mas se interna imperceptible.

Todo este Globo hasta hoy no examinado
lo circundó sagrada como oculta
con vastas cordilleras de anudado
continuo Monte y alta Sierra inculta.
Porque el batir perpetuo del salado
Mar no la arruine, hueso tanto abulta:
triumfa entre el Agua el Mundo así riscoso,
crespo Baluarte a quien asalta el Foso.

Del Polo de Calisto se deduce
raudal de Escollos que la Tierra anega;
por Islandia y por Anglia se conduce
hasta Germania y a los Alpes llega.
Allí crespas Montañas introduce
el Apenino que las nubes ciega;
de la Pierna de Italia hueso altivo,
con muchas venas de Cristales vivo.

Por Sicilia con orden continuado
(atando allí tres nudos) pasa a que una
allá en Libia esta Cuerda el erizado
cáñamo o inmensos copos de la Luna.
Corre la Sierra luego, en mejorado
nombre, si ya Inconstancia fue importuna,
Esperanza a ser buena en el notorio
del Austro formidable Promontorio.

Por Regiones después vastas y ocultas
hinchazón de la Tierra Austral se ha hecho
en cuyas breñas lóbregas y incultas
de Magallanes corre el hondo Estrecho.
De allí en los vastos Andes que allá abultas
(oh América) a otro Mundo abrocha el pecho;
y al Norte vuelve al fin la que Orbes yerra

vagabunda Soberbia de la Tierra.

A ángulos rectos corta esta Cadena
otra Sierra que inmenso escollo aguza;
en broncos por la China, que atroz llena,
eslabones de mármol se espeluzna.
La Persia, Armenia, la Tesalia enfrena;
Germania y Galia, río inmóvil, cruza;
y allá en Pirene a su ríscoso hielo
es profundo hacia riba cauce el Cielo.

Las Fortunadas Islas hincha ufano;
las de Caribes luego; corta ensuma
los Andes, y del Sur al Oceano
con olas de peñasco olas abrumba.
Después al Archipiélago va Indiano,
donde al Mar, que hace viejo tanta espuma,
encrespan (a Islas que oh guarismo pierdes)
la tez más de once mil arrugas verdes.

Como es Divina del gran todo el arte
todo armonías es maravillosas;
del todo está la copia en cualquier parte;
todas las cosas son todas las cosas.
Tez del Mundo es su fin; cuantas reparte
vagas Esferas mixtos son, hermosas;
y el Sol que inflama tantos globos terso
en el fuego Central del Universo.

Al Alcázar que has visto y raya el día
ronda la puerta humana inteligencia;
sutil la hiere la Filosofía,
púlsala encanecida la Experiencia.
Mas ni aquella inquietud, ni esta porfía
solas Autoridad fueron o Ciencia,
hasta que opuesta al gran cerrojo grave
forjó el arto Analógica la llave.

Esta te avisará que esos hundidos
riscos que abrirse ves en tanta boca
conductos de la Tierra, fauce, oídos
son, si su hueso tanta excelsa roca
dejando Aire y Ardor que bebe unidos,
quiero hablarte de cuanto al Mar le toca,
porque luego halles lo que en su profundo
unido humor fomenta roto el Mundo.

Mucho abismo en el fondo halláis que en grutas,
del Mundo más allá, se huye a la Sonda;
devora y lleva un Mar y escamas brutas
al *** la Tierra honda.

Muchas quiebras que allí te enseñó enjutas
son donde inaccesible se hunde la onda;
sabraslas hoy que por la industria mía
se rasga de Cristal su Hipocresía.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Mas pues en él tus glorias inmortales
Láminas guardan de agua a tu renombre
corran ya por la tierra sus raudales
a tu vista, pues corren a tu Nombre.
Para que puedas vastos sus caudales
examinar sin que su horror te asombre.
Dijo la Ninfa; y se quedó mirando
como obedece el Mar su imperio blando.

Cual apartado por impulso activo
el Pelión de Osa (grande valle abriendo)
del lago que unía antes, fugitivo
y arrebatado el vidrio salió horrendo;
o como en el Diluvio el Golfo altivo
corrió a lavar las Tierras, pretendiendo
del Lienzo Universal por su torpeza
la humana desteñir naturaleza;

Así al punto la masa Cristalina
de toda el Agua hierve en gruta tanta;
llena los huecos, las arenas mina
del globo que en cavernas se quebranta.
Parte, abultando centros, remolina;
parte, en escollos choca; donde planta
(Rota allí salpicando cumbres solas)
hojarascas de vidrio, y selvas de olas.

Es Mar (dijo la Ninfa) la honda plata
de Agua que abraza el gran terrestre bulto;
comunicase toda, y se une grata
o por Estrechos o por taladro oculto.
Uno el Oceano es; mas como trata
con varias gentes, ilustrado y culto,
peregrinando fue su humor benigno
de grande fama y muchos Nombres digno.

Deucalidonio, Hibernico la bruma
del Bóreas lo apellida; ya es llamado
Etiópico, Árabe; y en suma
tantos nombres como olas casi ha aunado.
Entre América y África en su espuma
de la Atlántide un eco guarda el Hado;
vive en el Mar, y porque el Tiempo asombre
de la Isla ahogada está nadando el Nombre.

Carmenado este copo Cristalino
en varias Islas hacia los Triones
allí erizado al Aquilón vecino
lo miran de la Europa las Regiones
del Ocaso brindas galán previno
de tres partes del Mundo a las mansiones,
torneando en los peñascos su gran copa
que a África ofrece, a América, y a Europa.

En el Estrecho allá del Luciferino
Magallanes, ceñido se enfurece;
luego en el Mar del Sur se explaya ufano,
y en sus Vidrios pacíficos se mece.
Allí tanto se ensancha el Oceano,
y tanto Mundo usurpa, que parece
solicita esconder (Ladrón de hielo)
toda la Tierra ya de todo el Cielo.

Son de un lado a aquel sumo entre los mares
las Américas dos sola una orilla,
de otro la Tierra Austral cuyos lugares
no hallará en mucho tiempo alguna Quilla.
Lamiendo los carámbanos polares
que el Norte en sus Cristales acaudilla,
a estotro Mar por el Estrecho vuelve
que Tartaria y América disuelve.

Del Ocaso su furia Cristalina

se estrella en Islas mil que va inundando;
queda a pedazos cuando el paso mina
apartando Islas, rocas desgajando.
Registradas las Playas de la China,
las Indias dos, y Persia; al fin bañando
de África el cabo horrendo que el Austro huye
al Atlántico Mar se restituye.

Desde el Caos lo saben todo infusa
que solidez a todos Cuerpos presta,
Es la materia prima de la difusa
copia de mixtos Físicos compuesta.
Naturaleza deste bálsamo usa
a cuajar fijo cuanto fijo apresta.
De Sal vive, y disuelto en Sal percibo
lo Vegetable, lo Insensible, y Vivo.

De toda el Agua pues al elemento
unieron sal las leyes Celestiales;
menos aquí, alma mía, para alto intento,
hasta no conocerla los Mortales.
En arroyos y fuentes tiene asiento,
bien que a muchos la niegan sus raudales,
no al Químico, que al río hace publique
verdad de Sal en potros de Alambique.

Como una sola esfera forman clara
Tierra y Mar, en el Mar la sal se ha puesto;
puro elemento sin la sal quedara
el Agua, y disonara el gran Compuesto.
Culebra de cristal su humor no para,
mas se enrosca a los montes interpuesto,
la sal chupando que da a sus entrañas
del Mundo el seno en pechos de Montañas.

Para formar las fuentes y los Ríos,
a esta Sierpe espumante que los obra
la exprime allá en sus cóncavos umbríos
la Tierra, y cuanta sal le ha hurtado cobra.
La precisa a los miembros deja fríos
quitando la que a hacerlos fuentes sobra;
y colando de sal las ondas tiernas
son cedazo arenoso sus cavernas.

.....
.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....

Dijo: y surcando errante el aura vana
que en el salón se explaya floreciente,
cerca del pavimento a una ventana
Colón voló y su Luz inteligente.
Era un gruta, opuesta a la mañana,
o un grande obscuro callejón pendiente:
por su Caracol bronco el Barco en suma
gradas de Aire bajó con pies de pluma.

Salieron a un espacio que a lo Oscuro
lo Frío torpemente eslabonaba.
Que ya no es este el Callejón impuro
lo aterido tan solo le avisaba.
Dijeras que el Horror corpóreo y duro
mancha estos Centros, que la Luz no lava;
y está a su frío (huyendo el rubio coche)
congelada en Carámbano la Noche.

Ninfa inmortal (dijo Colón) que al ruego
mío te deja esotra Beldad pura,
para enseñarme en la Agua que navego,
tanto oculto primor que el alma apura;
¿Quieres retrocediendo al Caos ciego,
abultarlo? ¿son estas por ventura
las Tinieblas que haciendo el Caos mismo
sobre la faz estaban del Abismo?

Si es que lo son (como al discurso errante
muestra esta confusión) Con tal pretexto
una gran duda tu Deidad brillante
habrá de desatarme en su contexto.
¿Cuál fue [di] la gran Masa que elegante
llama Tierra Vacía el Sacro Texto?
Como hizo aquel principio; que hoy discierno,
quien del Principio es el Principio eterno?

Ese (respondió Aquella) ese Arquitecto
Inmenso, Incomparable, Sin segundo,

con la Inefable Luz de su Decreto
en la alta Eternidad concibió el Mundo.
Destinado Prodigio, aun sin efecto,
yacía Todo en su Criador fecundo;
y en Dios entonces, sin que el Aire estorbe,
no era otra cosa que Dios mismo el Orbe.

Llegó aquel Punto, que lo Eterno cierra,
de que a luz salga el Mundo que previno;
y trasladolo al Ser, que hermoso encierra,
la alta Eficacia del Querer divino.
Para Astros colocar, Sol, Luna, y Tierra,
formó atento un Espacio peregrino
profundo, ancho, y capaz, en que su Anheló
pusiese el Mundo; y este llaman Cielo.

La Tierra era Vacía; y las Tinieblas
nadaban sobre el rostro del Abismo;
bien como un Hemisferio (oh Noche) pueblas
faltando el sol, de ciego parasismo;
De cuanto había de ser, entre esas Nieblas
guardaba con discorde barbarismo
Elementos y Esencia en su mixtura
el Caos; seminal Máquina obscura.

Oprima el Sol, Tierra, Estrellas, Mares,
la Tierra, el Sol, los Mares, las Estrellas;
y ni Estrellas, ni Sol, ni Tierra, o Mares,
mostraban Mares, Sol, Tierra, ni Estrellas;
No había en Sol, Estrellas, Tierra, o Mares,
ser de Mares, de Tierra, Sol o Estrellas;
Sólo era en Mares, Sol, Estrellas, Tierra,
ni Sol, ni Estrellas ser, Mares, ni Tierra.

Mas ya fuera en aquel Desorden ciego
la Eterna Voz del labio Omnipotente:
La Luz se haga; y del Mundo la Luz luego
fue primigenia Forma felizmente;
la cual como precisa a alcanzar llevo
debió a las Cosas ser antecedente;
y fuerza fue, porque beldad tuviese
todo, que antes a luz la Luz saliese.

Era como materia luminosa
de que habían los Globos de formarse,
Cálido radical que en cualquier cosa

principio Activo ya vino a internarse;
a este lo Húmedo luego, en quien gloriosa
vagaba la Deidad, pudo agregarse;
Principio ambos a cuanto en su grandeza
muestra la Universal Naturaleza.

De las Aguas, las Aguas divididas,
dejó luego mirarse el Firmamento,
y mil Esferas que a anudar lucidas
difuso se mezcló todo Elemento.
Las que ves son las grutas escondidas
y entrañas de la Tierra; porque atento
las mires, ya su estancia aclaro umbría.
Cesó su voz, y sucediole el día.

¿Quién dirá el gran Teatro que desgajan
los Centros, con Diamantes y Metales?
Jamás del Arte los estudios cuajan
en portentosa escena objetos tales.
Ven mil Piedras preciosas, que el día ajan,
formar Babel de visos celestiales:
parece (tanto alternan sus primores)
que son más que las Cosas los Colores.

Bulle la viva Plata, y dividida
vuelve a unirse otra vez, y otra va huyendo;
la masa luego de Otra se solida
y el hueso nieva de gran risco horrendo.
El Cobre, el Plomo es vena difundida;
y congelado el Oro, esclareciendo
del seno de la Tierra las mansiones,
perdiendo está en la tez adoraciones.

Mira (prosiguió aquí la Ninfa bella)
el Jaspe, la Smaragdite robusta;
el Heliotropio allá durezas sella;
y el Mármol que el furor del tiempo asusta.
Mira allá el Alabastro, y cual descuella
la Acare a esclarecer fábrica augusta;
Vulgo está siendo allí de Reinos tales
la Obstinación villana en Pedernales.

Mira enfrente ablandarse el cortesano
Talco dócil, a breve acción flexible;
la Scífilis, limada nunca en vano;
la Pómez, y el Lythantrax apacible.

Vuelve luego la vista al soberano
de la Naturaleza, inaccesible
fecundo tocador, en cuyo empeño
piedra es y engace de su Joya el dueño.

Mira el Jacinto, el Prasio, el Rubicolo,
y el Granate que ardor vierten no escaso;
guinda es rojo el Rubí, que imita a Apolo,
pendiendo en verde unión del Crisopraso.
Eclíptica, Zenit, y Oriente el solo
de sí se hace el Carbunclo, sin ocaso;
del Crisólito allá en incendios rojos
se ríe el Tacto viendo arder los Ojos.

Mira allí la Esmeralda; y centelleante
del Sol la piedra, o ya riscosa llama;
allá tiñe la Astroite brillante
estrella mucha que en su tez se inflama.
Entre todas allí puro el Diamante,
cuando Rey suyo Imperio tal lo aclama,
en porfías de ser, que a la luz solida,
hace la Terquedad apetecida.

Esa alta variedad, que de la vista
miras como entreteje suspensiones,
debe todo el color que hermoso alista
a lo Sulfúreo; es el Color sus dones.
En el Mundo, arguyendo como exista,
aun discordes tiñó las opiniones;
No es menos ignorado cual felice
causa una piedra ablande, otra macice.

Dase un cierto admirable Magnetismo
en la Naturaleza de las Cosas
con que eslabonan lo que es uno mismo.
Y lo no semejante huyen ansiosas.
Si mirar todo el tenue vago abismo
de Exhalaciones y Vapores osas,
verás que inquietos por Calor fecundo
son causa de mudanza alta en el Mundo.

Donde encuentran Sustancia semejante
los une esta Virtud que allí despunta:
y a ordenar bien su unión el incesante
Coagulativo Espíritu se junta.
Con éste eslabonadas al instante

(según lo admite la materia adjunta),
todas las cosas ya que no difieren
la debida Figura, y Forma adquieren.

En este ingeniosísimo y no ocioso
Espíritu un Vigor, a quien da asiento
La Sal que desde el Caos tenebroso
purísima a mil bultos cuajó aliento.
La Tierra allá entre el Limo embarazoso
intrépido vio luego su ardimiento;
pues luego, degreñándole Horizontes,
con virtud de obstinar, la erizó en Montes.

De aquí la variedad de Mixtos tantos
viene; y de aquí también tantas figuras
de cuerpo Sensitivo, y rasgos cuantos
esculpidos se ven en piedras duras.
Hay quien los tenga por milagros santos;
mas se engaña; que en grutas aquí oscuras
(Como en molde) en mil huecos desiguales
blanda aún su masa adquiere formas tales.

Así a Venecia le ha enseñado culta
rara un Ágata copias nada infieles
de bulto Humano, en cuya Estampa oculta
se hizo el fecundo Acaso Praxiteles.
Así las Musas la de Pirro abulta;
y cada día así con rasgos fieles
nacen estatua en hondos Obeliscos
independentes del Cincel mil riscos.

Así también se agrega desmedida,
copiando huesos, masa diferente;
y Canillas los juzga inadvertida
de Gigantes altísimos la gente.
No son huesos, materia es parecida
que adquirió tal figura casualmente;
y al que apurar su unión quiera oportuna,
rotos no enseñarán medula alguna.

Volvió Colón la vista; y mucha clara
laguna vio, y en vidrio arrebatado
vio mucho río, cuya furia rara
taladraba aquel Orbe sepultado.
Vio Lluvia que a la nuestra se compara,
y algodón de las nubes desatado

bajar la Nieve, al ver su frío anhelo,
en copos blancos a abrigar el suelo.

Ni faltan Truenos, Rayos, ni el horrendo
Relámpago de inquietas llamas junto,
que amaneciendo ya, ya anocheciendo,
rápido sombra y luz mezcla en un punto.
Percíbese Huracán feroz, que hiriendo
las breñas, es de todo horror trasunto;
parece emprende atroz su barbarismo
en nuestra esfera trastornar su Abismo.

Suspendiose Colón: Y oh Aurora sabia
(dijo) ¿a quién tanto examen se previene,
creeré que el centro a quien la sombra agravia
los meteoros que allá vemos tiene?
¿Creeré que más que yermo explaya Arabia
vastas lagunas este horror contiene?
¿Creeré que este Orbe tantos Ríos sella?
Así pregunta: y respondiolo Aquella:

Esos Ríos, del Mar pedazos fríos
son, donde al centro, como oíste, vuelve;
y esos lagos en cóncavos umbríos
con sus montes aquí la Tierra envuelve.
Para regar los Campos allá en ríos
y fuentes, contra el Sol que los disuelve,
fue bien que (oh Mundo) en lo interior escondas
inmensas trojes de Agua y granos de ondas.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Mas porque veas en la Tierra a cuanto
sirva este entretejerse de elementos,
ya quiero a lo interior de Alcázar tanto
conducirte; al mayor de sus portentos.
A su grande Oficina y sacrosanto
Aliento que a cuanto hay difunde alientos:
al que obra siempre con vigor profundo

grande Elemento ViceDios del Mundo.

Dijo: y vieron de fuego sin reposo
un gran Mar tremolándose en montañas;
y ampollas negras de humo pavoroso
espumas de su hervor cuajarse extrañas.
Toldo el humo se explaya portentoso;
mas en mil partes, rebosando en sañas,
su niebla rasga, y crece al viento fiera
la rápida Insolencia de la hoguera.

Es en mil valles hondo el fuego undante
falda a grande ola de alquitrán crecido;
muere en los ruidos de su hervor constante
deslumbrado al murmureo hasta el Oído,
mayor que el Mundo amasa el humo errante
y agua de ascuas pantano enfurecido;
y aún no es margen a un mar de incendio sumo
en playas de aire tanta arena de humo.

Lo ignorado hasta aquí ves sin segundo
(dijo a Colón la Ninfa) en lumbres tales.
Cuestan observaciones, y profundo
riesgo al docto inquirir esos fanales.
El pecho cavernoso este es del Mundo;
y espíritus Precitos por Vitales
aquí, latiendo formidable, encierra
el Corazón profundo de la Tierra.

Puso aquí Dios la cárcel siempre dura
que eterna da al ingrato barbarismo
por ser la Cavernosa más y obscura
parte del Orbe este encerrado Abismo.
Y como el Agua a hacer el Alma pura
eleva soberano en el Bautismo,
el Fuego aquí en que el Alma penas beba
por el Poder Obediencial eleva.

El gran Legislador que aró a portentos
el libro inmenso en rayos, flor, y espumas,
la unión firme y hermosos lucimientos
buscó del Todo, en Vigilancia sumas.
Porción llevando de los Elementos
nacieron las Estrellas: batir plumas
de luz a aves recientes vio en su abismo
Fenices de sí propias, su ardor mismo.

Todas las cosas cada Esfera encierra;
Todo está em Todo; aunque accidentalmente
lo hace vario aquel sitio donde yerra
y está su Esfera; o baja, o ya eminente.
Cuanto se halla terreno acá en la Tierra,
Lunar en la Luna es; Solar y ardiente
en el Sol; y así en todo. Hay quien finge una
Región sola de Fuego hacia la Luna.

Si hubiese esta gran Cáscara de Fuego
para la vasta yema de onda y flores
luciría, ardería; nunca luego
Noche fuera, ni helara el Viento albores.
Jamás dejar podría el Mundo ciego
(cuajando nieve y derramando horrores)
Diciembre en lutos blancos floreciente,
y en ampos negros pródigo Occidente.

Filosofar Impuro y Inflexible
fue decir que por Puro no esté expreso
ni Sensible; Que el Fuego es perceptible
un cierto Hervor y de Calor extraño.
Si estar elemento es infalible
todo Elemento en ínclito congreso,
¿para qué fin el Fuego puro haría
esta Rancia y Vulgar Filosofía?

Trimegistro y Zoroastro consonancia
de Agua, Tierra, aire, y Fuego al Mundo hallaron
si bien de todo el Aire en la sustancia
un vivífico Fuego imaginaron.
Los indoctos después, con ignorancia,
Manto de Fuego aquella imaginaron
halituosa (que no luce o quema)
sustancia allá de la Región suprema.

De la Estagiria la altísima Excelencia
tal vez lo inscribe fuego en el sentido
que esotros Doctos; mas con más frecuencia
nombre de Exhalación le da advertido.
Llámalo aire atenuado a la violencia
de los celestes globos sacudido.
Si el Mundo dice, siendo Fuego ardiera
el Cielo, ¿cómo acercará otra esfera?

Región de fuego pues este Oceano
de la Tierra es en llamas infalibles;
mas puro no, pues tiene ardiendo ufano
mezcla de varias Cosas combustibles.
Para Origen lo puso Dios no en vano
[en las Cavernas de la Tierra horribles]
de mixtos mil, y auxilio y fortaleza
de toda sublunar Naturaleza.

Lo que en vosotros es la espirituosa
sangre, es el Fuego subterráneo al Mundo.
Ni el fuego sin el Agua, ni ella undosa
pudiera sin el Fuego ser profundo.
Fría el Agua la Tierra clara ociosa;
el Fuego la abrasara furibundo;
lidian siempre los dos, y acá en el Centro
el Bien del Mundo es parto de su encuentro.

Desta Hoguera monstruosa el voraz genio
esconde el Elemento en sí; y no es este;
dentro allá dese ardor lo halla el ingenio
de quien la luz se ve que indicios preste.
Aquel Cálido innato y primigenio,
que en lo Sublunar todo está y Celeste,
el Elemento verdadero ha sido;
y hoy deste humo luciente anda vestido.

Toma un Pastor dos Piedras; hiere luego
la una con la otra, y al estruendo que hace
despierta los espíritus del Fuego
que allí oprimido de hez terrena yace.
Únese lo sulfúreo, queda ciego
lo húmedo a un lado; en chispas la luz nace;
y por gala entreteje, a tellas bellas
del Pedernal rasgado, Oro en centellas.

Como su faz en todo esconde clara
también a todo sitio se encamina;
ni la ley de lo Grave, ni la rara
ley de lo Leve su altivez domina.
El rayo que a la Tierra se dispara,
la pólvora que al Viento se fulmina
bien muestran cuanto es libre, y copiar sabe
rápida indiferencia el Leve y Grave.

Del Mar, que ya en el Norte has visto pasa

del mundo a lo hondo, donde oculto yerra,
cuece ese fuego la porción no escasa
que alimenta este Globo que lo encierra.
Calor vital unido a la gran masa
de los vastos humores de la Tierra
la sazón sustentos; y en su abismo
pábulo eterno se labró a sí mismo.

Los Montes quema en hórridas cavernas
de la Tierra; humedécelos el Agua,
y combustibles mixtos sus internas
luchas crían, Carbón desta gran Fragua.
Riscos la Tierra da; da espumas tiernas
el Agua; el Fuego inmensas obras fragua;
sopla el Aire a animarlo, que es oculto
Pulmón monstruoso del tremendo bulto.

Aún son los Elementos una cosa
misma en acorde unida disonancia;
el Fuego Aire ardiente es; y halitosa
Onda el Aire en su diáfana inconstancia;
erizándose en agua portentosa,
del Mar, húmedo es Aire la sustancia;
la Tierra es agua densa, en crespos riscos
carámbano obstinado de obeliscos.

Quiere errar libre el Fuego centelleante,
y se enreda en el Aire cuando yerra;
el Aire vuela, y Ícaro nadante
sus plumas moja el Agua que lo atierra.
El Agua si correr quiere arrogante
tropieza en los estorbos de la Tierra;
esta la prende, aquella al Viento, el Viento
al encendido rápido elemento.

Aun el ser cambian con desasosiego;
la Tierra vuélvese Agua, el Agua undante
transfórmase Aire, el Aire asciende luego
a ser voraz Anhelito flamante.
Después retrocediendo, torpe el Fuego
vuelve a ser Aire, el Aire Onda espumante;
y el Agua precipítase y se encierra
en la profunda esencia de la Tierra.

Llama ha sido la que hoy Tierra se aclama;
la que es Llama hubo edad en que fue Espuma;

Aire fue que en tormenta un tiempo inflama
su bruma al Mar, la que hoy del mar es Bruma:
Ya se vio Tierra ser, Agua, Aire, y Llama
la Llama, el Agua, el Aire y Tierra en suma;
Y así errarán hasta que sea ciego
Fuego, Aire, Tierra, y Agua el postrer Fuego.

Todo en fin se fabrica de Contrarios,
y nada puede estar sin Movimiento:
Hierva esta alta Oficina; Abortos varios
da su inquietud y intrépido ardimiento.
Lo Eterno, hollando siglos adversarios,
un Círculo es de Esencia en sumo aliento;
y en Círculos de acción aquí y presteza
es visible Deidad Naturaleza.

Nada se pierde, nada, en Mundo tanto,
lo terreno a la Tierra vuelve y luego
lo húmedo al Agua, y con igual espanto,
lo etéreo al Aire va, lo ardiente al Fuego.
Generaciones mil deste afán santo
nacen; vuelve a ser, brillo fecundo,
y se deshace y vuelve a hacer el Mundo.

Admirado Colón, ¡oh Ninfa (exclama)
cuánta noticia altísima te debo!
Mas dime aquellos río de honda llama
que el lago explaya , ¿qué portento es nuevo?
Como los rayos que alta estrella inflama
rompe la Tierra a arroyos este Erebo;
y Espín taladra el cóncavo a Vesubios,
de alquitrán erizándose en Danubios.

Decía así Colón: y vía aunarse
canales de relámpagos torcidas;
unas en dos se parten, y a anudarse
con otra van, corriendo en una unidas.
Esta arder se ve inmensa, esta estrecharse,
mas todas altamente difundidas.
Viendo al Héroe la Ninfa en duda mucha
volvió a cobrar la voz, y dijo: Escucha.

Que el Fuego que algún Monte reverbera
de más lejos nació que en sus entrañas
entre el Etna y Vesubio ardiendo fiera
Tetis lo muestra en líquidas campañas.

Ha tanto tiempo y con tan vasta hoguera,
o el Fuego se acabara, o las Montañas;
ni al Mar sin tanto oculto Nilo horrendo
bullir lo vieras, como has visto, ardiendo.

Estas pues Fauces son de llama impura
que a ver salen las Lámparas Febeas,
y hacen mil sierras en gran boca obscura
peñascosas membrudas Chimeneas.
Aquellas que unen densa allí espesura
al Nuevo Mundo van que hallar deseas;
llaman tu Entena, a rojos obeliscos,
linternas de ascua en piélagos de riscos.

Todo aquel Mundo nuevo es de Vulcano
grande oficina que en penachos rubios
más que plantas Volcanes guarda ufano
selva ardiente a arboledas de Vesubios.
Aquí debió fingirse que el Dios vano
el hierro y bronce derramó a diluvios,
y que al grave martillo que ascuas trunque
fue el bronco estruendo suspirar del yunque.

De Chile en la difusa Cordillera
quince grutas con este ardor confinan,
faroles que esclarecen la Ribera
al Neptuno del Sur que altos dominan.
Júntanse a los espantos de su hoguera
cuantas bocas las llamas determinan
que a la Tierra del Fuego ve en Volcanes
la parte Austral del Mar de Magallanes.

En los Climas del Reino Peruano
con seis fauces, el Báratro respira;
tan elevadas que al Zafir cercano
queman los Velos que la Tierra admira.
De sus Andes el Cáucaso tirano
por fieras bocas tres [si ardiendo en ira
con espumas de llama el Sol taladra]
bronco Cerbero en terremotos ladra.

Tanta llama que allí Monte ahúma
de hollín eterno, en rocas va a mostrarse
que al Mar del Sur en su Campaña suma
logran olas de riscos elevarse.
Vense Volcanes mil allí en la espuma,

donde (en mar tanto hundida yendo a ahogarse)
con vago aliento de alquitrán que encierra
levanta el cuello a respirar la Tierra.

De Popayán exhala el fiero Monte
espantosas densísimas hogueras,
teme a otro Paraquipa, más que a Etonte
del Eridano un tiempo las Riberas.
El valle de Peruvia al horizonte
por mieses de encendidas cabelleras;
en quien los vientos peinan a huracanes
desmelenadas hebras de alquitranes.

En la Boreal América, allá donde
tendrá España, y Granada el nombre nuevo,
al aire en ruidos trágicos responde
cláusulas de centellas el Erebo.
El Reino Mexicano interno esconde
ardor que opone al claro ardor de Febos;
Y a las nubes regüelda ardiente sulco
la riscosa garganta de Acapulco.

Preñadas del azufre que hondo encierra
ve California tres horrendas grutas,
donde entre humos da al Céfiro la Tierra
aborto funeral de llamas brutas.
En todo ese Orbe en fin donde destierra
por Oro Europa gentes siempre astutas
a recibir (oh Abismo) inquieto sales
la Codicia en mil puertas infernales.

Allá por Sendas lóbregas derrama
tanto río de incendio, audaz su vuelo;
y esotro asombro ya menor inflama
de la Atlántide un tiempo (hoy golfo) el suelo.
Su espacio, reventando, mucha llama
perdió: Así con las Tierras juega el Cielo,
y así muda del Mundo en partes cuatro
con la altísima Escena el gran teatro.

Esotra Rama que en comercio blando
llena aquella Canal de tierra obscura,
a encender va en Italia respirando,
de los Campos Flegreos la llanura,
es nube de sí mismo (borbollando,
en globos elevado a suma altura)

allí un gran lago; y por el aire adentro
quemándose la espuma huye del gran centro.

Al Etna y al Vesubio se difunden
deste conducto altísimos ardores,
y a las Islas Hefestias porque inunden
el Tirreno de oscuros resplandores.
Esotras de menor caudal se infunden
a España y Francia, donde a sus verdores
es tibia el Agua (en baños mil vertida)
reciente sangre de la Tierra herida.

Mira correr ardientes Oceanos
con que Volcanes tantos (Persia) alumbres
esotro fuego sale en los Bactrianos
del gran Cofinto a enfurecer las cumbres.
En Media esotro enciende los tiranos
siete horrorosos montes cuyas lumbres
con furioso matiz de otro elemento
listan de llamas rápidas el viento.

Al Clima del Mogor, a las regiones
de Indostán, de Tíbet, y de Cambaya
van esotras de fuego inundaciones
por Canal tanta que estas nieblas raya.
Las otras frente el China en sus mansiones;
el China astuto, y que en la lid desmaya,
donde en vano a su enojo arde dispendios
la subterránea Cólera de incendios.

Esotro inquieto Azufre Averno moble
pasa la China, y al Japón se encumbra;
donde la Isla de sierras nave inmoble,
alto Escollo, Fanal rústico alumbra.
Monstruoso Crece, y el ardor más noble
de las Celestes lámparas deslumbra;
por el Estrecho de Anián huyendo
corre hacia el Polo el Mar su espanto horrendo.

Las Islas siete Hermanas lleno de humo
vierten (junto al Japón) ardiente alarde;
donde que esotra rama va presumo
a hacer que absorto el día se acobarde.
Todas las Islas luego de aquel sumo
Archipiélago ampollas son con que arde
entre incendios que el Centro no refrena

y la alta Zona tórrida la arena.

Esotro Fuego exhalase inhumano
en las gargantas bárbaras del Thola;
ese en Sumatra al Monte Balalvano,
en Ternate ese abismos enarbola,
llegan aquellos con furor tirano
a Abasia, a Guinea; a Congo, a Angola;
y este al Volcán de Java que urna fiera
a diez mil hombres fue su horrible hoguera.

El Norte, que en sus gentes se ve imprima
guerrero esfuerzo y ardimiento selle,
no fue bien que de incendios se redima,
como espacio en quien Marte más descuelle.
Son mil Etnas banderas a ese Clima
donde aún el Mar (templados al gran fuelle
de su patrio Aquilón embravecido)
viste arneses de hielo empedernido.

A Islandia el Hecta, hablando terremotos
lengua es de incendios, y boca de pizarra;
en la aterida Lapia exhalan rotos
sus montes el ardor que los desgarran.
Viendo abrasar al Céfiro los cotos
[del grande eje a pesar que los amarra]
huir quieren la hoguera furibunda
el séptimo Trión, la Osa segunda.

Por debajo de tierra mil canales
vencen de la Región el patrio hielo,
templando direcciones inmortales
del Cielo, el frío que la cuarta el Cielo.
Groenlandia con escamas de fanales
vierte otra hoguera, que en sulfúreo vuelo
Sierpe ardiente a sus Árticas mansiones
carámbanos mordió, sorbió Aquilones.

Todo es llamas en fin, la tez del suelo;
si todo anoheciera, en sus desmanes
viera el globo terraqueo (como el Cielo)
todo esmaltarse a estrellas de Volcanes.
Hasta hoy ningún estudio rompió el velo
a este prodigio; sólo tus afanes
con favor tanto que sus Lauros crece
Naturaleza pródiga agradece.

Mas ya que tanto enigma portentoso
te enseñé en el grande Orbe de la Tierra,
de sus Mixtos verás lo más glorioso
en gran portento que el gran bulto cierra.
De la Nación Hispana a quien brioso
te uniste, una futura gloria encierra;
grabola en un Diamante aquí el fecundo
inquieta Acaso del vigor profundo.

Dijo: y al punto ya desvanecido
el lago ardiente que el Abismo engasta,
en un campo se hallaron difundido
que pareció la tez del Mundo vasta.
Todas las gentes en concurso unido
el suelo esconden que al tropel no basta;
de un diamante allí un tronco, oh ardor, produces;
y está el Mundo la sombra de sus Luces.

Raíz de inaccesible ardor sagrado
las hojas de esplendor derrama al día;
Pártese en dos el Árbol, y enroscado
una Voluta cada parte hacía.
Continuándose luego crece aunado
al Cielo; allá en pirámide se unía;
era el Mundo un Vergel con dulce modo,
y una alta flor de Lis el Aire todo.

Más portento era el fruto, pues llevaba
Héroes su copa Cese el árbol culto
Borámetiz que así Tartaria alaba
porque es su pomo de un cordero el bulto.
Y cese la Aglaofitide que lava
con lumbres, de la Noche el ceño inculto;
es guijas aquí ardientes y floridas
la misma luz de mil Heroicas Vidas.

Como los Sabios ya que Ignacio alista
observaron en Roma al Sol fanales,
llevando al Cielo en un cañón la Vista
a quien méritos fueron dos cristales;
y absortos en la altísima conquista
de lucientes provincias inmortales,
pocos hallaron que dejaban rojos
a gritos de Esplendor sordos los Ojos;

Así Colón de tanta guija pura
absorto adora el vegetar luciente;
los Héroes lo deslumbran donde apura
más la alta Rama lo resplandeciente.
Admira como exista en la espesura
tanto entallado bulto floreciente;
y lo elevado que, oh gran tronco, subes
nube al Campo, y tu campo a hacer las Nubes.

Esta es (dijo la Ninfa) la Ascendencia
Cristianísima y de Austria de un Origen
en Suecia y Franconia alta influencia
Vertió sus glorias que dos mundos rigen.
Esa Rama fue a Francia; a la eminencia
de España esotra; luego se dirigen
a unirse en un agosto, con Real vuelo,
grande Monarca, más allá del Cielo.

En los unos las Lises, esplendores
florece a hojas que venera el día.
Las Lises que sus Héroes triunfadores,
de Cristo a la Urna en pompa dieron pía.
El Tusón en los otros crece ardores;
y de mucha Piedad, mucha Osadía,
el pecho agosto en imperial decoro
pendiente adorna una Inocencia de Oro.

Mira esta Hoguera o Fuego empedernido
que en llama se dilata allí sangrienta;
la Espada es del gran Carlos Atrevido
que aun arrancarse a arder única intenta.
De Rodulfo allá en ramo esclarecido
grabada la Encendida Fe se alienta:
revientan al copiarla sin desmayos
las venas todas del Diamante rayos.

Aquel glorioso rápido Cometa
a quien ángulo el Orbe fue sucinto
(¡oh cuánto el Hado tu esplendor respeta!)
fue de los Carlos el mayor y el Quinto.
La otra guija que Estrellas late inquieta
la Religión y Esfuerzo es indistinto
de los FILIPOS porque el Sol los nombre:
¡oh Sagrado! ¡oh inmortal! ¡oh Augusto Nombre!

El conquistar nos suena más parente

al sentido con más de aparatoso
mas quien conserva Real es dignamente.
En cansancio mayor más victorioso,
como en tanta inmortal faja luciente
se oculta el mayor Ser más majestuoso,
destos Monarcas grande así el cuidado
ascenderá a Divina en lo ignorado.

Vuelve los ojos luego a esotra parte
mira el gran Farramundo; y cuanto llena
después Rey grande el solio, en quien reparte
el Cielo gloria aun la Invidia enfrena.
Aquel, Carlos es Magno, excelso Marte
que la silla Imperial vinculó al Sena:
hizo para que, oh Francia, el Orbe pises
plumajes de las Águilas las Lises.

No podremos sumar gloriosos cuantos
graba esta rama en luminoso afeite.
Ese es el Santo LUIS que Rayos tantos
se vistió contra el vano infiel deleite.
Clodoveo es esotro: Angeles santos
santo Olio le trujeron; fue el Aceite
líquida llama, y de la ampolla al vuelo
aire fue congelado en vidrio el Cielo.

Mira el gran cuarto Enrico, como el bronco
Olvido oprime de las sombras parto;
revienta de la Fama el Clarín ronco
a Luz tanta en quien pasmos hoy reparto.
Mas mira cómo excede a todo el Tronco
las glorias el gran Luis Décimocuarto:
la mano allá se dan con alegría
las ramas donde Luis le da a María.

¡O Lumbre de alta Religión, gallarda!
¡Oh Oráculo de Estado! ¡oh Marte! Cuando
con tu Aspecto se alegra o se acobarda
rendido el Orbe a quien estás mandando.
¡Oh París! ¡Oh cuál dicha en él te aguarda!
París, que cuanto Príncipe adorando
el Cuidado mayor del Cielo encierras,
en el mayor Monarca de las Tierras.

Vuelva vuelva ya al Norte obscurecido
más que por sus distancias, por sus gentes,

la Herética ponzoña; que ha nacido
nuevo Alcides a hollar nuevas Serpientes.
Aprended ya, oh Rebaño enfurecido,
a no hacer guerra al Cielo inobedientes;
mirad como de LUIS ya os dice el Celo:
Sólo la Adoración triunfa del Cielo.

Que este será por toda edad arguyo
Numen del Solio en cuanto, oh Tiempo, abarcas;
Rey de Reyes el ceño hollará tuyo,
y Ejemplo de lo Real lo harán las Parcas.
La imitación de cualquier hecho suyo
instruir podrá un Mundo de Monarcas;
muchas podrá formar (¡tanto descuella!)
Frentes augustas de su pies una Huella.

El Cielo a Semidiós tanto obsequioso
le concedió que diese en afán santo
triumfos a Francia, miedo al Mundo ansioso,
Al Hado leyes, y a la Invidia espanto.
Mas el premio mayor que halló estudioso
fue viva y portentosa a Numen tanto
labrarle Estatua; El Nieto esta es, que viene
Zócalo a hacer las cumbres de Pirene.

Míralo allá del Alva de Baviera
como en Versalles Parto esclarecido
balbuciendo esplendores, lo venera
el Orbe, al balbucir, estremecido.
¡Oh a restaurar la Magnitud Ibera
gran Rayo de las Lises producido!
¡oh Esperanza! ¡oh ya fiel Lazo fecundo!
¡Oh Amor! ¡Oh Imperio! Oh dulce Unión del Mundo.

Mira cuanta al primer bostezo augusto
Majestad ya respira y Ardimiento.
Van las Gracias y estambre uniendo justo,
lo fajan en porción del Firmamento.
Las Virtudes lo arrullan y en robusto
vínculo ya se infunden por su aliento;
sola al ver cuánto peso en la alta Llama
le nace, congojada está la Fama.

Crece al cuidado del Gran LUIS; Crecía
con él la Ciencia y Ardimiento unidos,
de años doce a la Caza su Osadía

y a los Notos del Betis dio encendidos.
Tres años a los nueve solo unía
su Edad; por misteriosos y floridos
medían a sus Años no confusas
el número las Gracias y las Musas.

Mira Teatro haciendo de contentos
su vista el Prado en almas mil suaves
las Fuentes travesean, ondear los Vientos,
Cantar las Flores, y reír las Aves.
Silva el Mirto, el Laurel florece acentos;
verdad se admiran las ficciones graves
de Atenas; y debiendo un ser felice
todo al Joven, parece a Cintia dice:

Desciende al valle, o tú que al primer Cielo
donde tu escarcha ardiente se desata
ruedas varia Deidad con vario anhelo
Campos de Vidrio en Óvalo de Plata,
los blancos Ciervos que al veloz desvelo
de tu carro el imperio nocturno ata
nieguen la frente al yugo; fugitivo
de arboledas de hueso Césped vivo.

El más Augusto, el más Gallardo, el Fuerte
Mayor Joven la selva dora amable;
esclareciolo en lo Real la Suerte,
divinizolo el Cielo en lo Admirable.
Ven; y en el dulce resplandor que vierte
este del polo Esmero inimitable
serás más Diosa al fabricar tu empeño
mayor olvido del Desden el Sueño.

Ya el frondoso apacible firmamento
da del desprecio al lóbrego retiro
del Júpiter alado el bello intento,
y de la flor de Apolo el fiel suspiro;
que el Dios a quien es greña el lucimiento,
y el que bruto su Europa usurpó a Tito,
niegan memoria a las antiguas redes
sienta Jacinto; o llore Ganimedes.

Más gala el gran FILIPO a la espesura
en milagros conduce verdaderos.
¡Oh! y en cuantas Napeas llama impura
prenderán sus semblantes lisonjeros.

Celos dará a los Faunos su luz pura
si a las Ninfas ardor; no ya los fieros
brutos, mas morirá por su cuidado
vivo y Divino a su Beldad el prado.

Un rayo de Metal la Heroica mano
contra la testa vibra y contra el ala,
sin que haya irracional que al Soberano
furor no beba hidrópico la bala.
Cerdoso otra vez Marte intenta en vano
huir Vesubios que el Cañón exhala;
¿qué harán las Huestes cuando Augusto estorbe
tanto estallido la atención del Orbe?

Contra aquel Monstruo, volador nefando
que exhala de humos tristes copia larga,
mira allá cual se aplica, procurando
que del grave metal lo hunda la carga.
El Diestro pies retira, adelantando
el Otro; perfilando el cuerpo alarga;
y antes del Alquitrán (el Cañón junta)
dispara media Vista cuando apunta.

Muerde el Rastrillo el Can, rotos con ruido
dientes de Acero y Pedernal violento;
Al cóncavo metal entra impelido
en negra masa el rápido elemento;
De la Pólvora en hórrido estallido
sin noticia de Jove truena el Viento;
Vomita el hierro entre su ardiente asomo
despedazadas ráfagas de plomo.

Cayó el Olvido que era el ave inmunda
entre humos Infernales voladora;
mira la Invidia, y la Ira furibunda
muertas luego a otra bala triunfadora.
La Impiedad, la Avaricia, de que abunda
la Tierra, es la que al tiro cedió ahora:
Estos los Ocios dignos son en que ande
Nieto del Grande LUIS, FILIPO el Grande.

¡Oh Joven! ¡oh! elevándote Flegetonte
muerda tus frenos de Oro esclarecido
si hay fieras en la Luna, su Horizonte
las vierta de tu plomo al Sacro ruido.
Mas a mayor espacio es bien remonte

sus progresos tu acción; pues si aplaudido,
el Mundo ya excedió tu ardor profundo,
no en Planeta menor que el Mundo.

De aves y fieras con que felizmente
puebla el Zafir la docta Astronomía
a tus Ocios fabrique reverente
la Venatoria el Cielo, y Cetrería.
Que si a lo más que Humano es Reino ardiente
la azul Morada del eterno Día,
hurto existe de emporio Soberano
el venerado Impulso de tu mano.

Así ya de su edad daba divino
principio al cuarto Lustró honrando a Francia,
cuando el Cetro Español su peregrino
gran brazo implora con rendida instancia.
Mil Reinos es el don que allá el Destino
a llevarle corrió de alta distancia;
cayó en Versalles (tanto peso aún)
a sus pies fatigada la Fortuna.

Premio es de sí y riquísimos Laureles
la Virtud solo en sí siempre gloriosa;
en sagrados lucientes Capiteles
triunfa con sus riquezas animosa.
Desprecia premios de la Tierra infieles,
y es de la Suerte independencia hermosa;
que nunca aumentan en la etérea Corte
los cultos del Imán la Luz del Norte.

Mas ¿cómo el primer Mérito dejara
de ir (aunque él repugnase) el don primero?
A no obrarlo la Sangre, arrebatara
los ojos, tanta Luz, y el pasmo Ibero.
Por ambas causas ya la Hesperia clara
busca su auxilio contra el llanto fiero:
tiernos París dos Mundos vio en sus lares:
en su Orilla vio el Sena entrambos mares.

Arde en fiestas París; nuevos enciende
rayos su Cielo, o ya fuese alegría
o el ver que en galas exceder pretende
sus orbes la Francesa bizarría.
Mas en cuanto al trofeo el Reino atiende,
a la felicidad sólo atendía

de España y Francia el grande LUIS Discreto;
Mira como al partir dice al gran Nieto:

Si de otra Monarquía la Real suerte
[amado Joven] te llamara al Trono,
bastara a la mayor a la más fuerte
de tu gran Cuna el sublimado abono.
A lo más que en lo humano el Orbe advierte
te invió; a lo supremo te eslabono:
Por ti los Españoles, que elevados
todo lo mandan, han de ser mandados.

No acá triunfaron sólo en la suprema
felice Europa, donde venerado
tiñó el Tajo en sus ondas su diadema
de los Pactolos y Hermos Invidiado.
En no pensados Mundos y Onda extrema
para elevar su Imperio inimitado
truncan sin que otro impulso los emule
el Calpe inscripto y la cantada Tule.

Admirarás una Nación que alienta
más en el riesgo; a quien la Guerra es calma;
generosa Nación, siempre avarienta
Del Triunfo, siempre pródiga del Alma.
Aún su Plebe alto espíritu alimenta;
y aún entre sí los hace por la palma
discordes la Honra; en cada no sucinto
Vasallo, un Reino encontrarás distinto.

Si en el Mundo mayor sólo es Belleza
ser más luciente que él, quien lo ilumina,
en cuya fe al Favonio más pureza
lo viste cuando el Sol más lo domina;
Y si el Mundo menor más fortaleza
en sólo el corazón que en todo afina,
¿cuánto arder debe el Sol de Euro tan culto?
¿cuánto el Pecho imperial de tanto bulto?

Todo por ti lo manda; que al benigno
del gran Diadema círculo oportuno
(si es siempre el punto indivisible) indigno
fuera el punto central partirle alguno.
Es más que el Rey del Solio alguno digno;
mas de Dios más llevado allí ninguno:
Vasallo, Reino, oh Rey, no hay; todo yace

cuando el Rey Reino de del vasallo se hace.

Augusto Imán Cadena harás pendiente
los Ministros de ti siempre advertidos.
Tu Virtud sus Aceros una ardiente
cada uno al otro, y todos a ti asidos.
Al más conformo más vigor lo aliente;
todos estén con orden sostenidos,
y teman siempre el sacro Imán severo:
mire el Acero sobre sí el acero.

De los Nobles (columnas del que impera)
la Educación y Genios investiga;
las Letras este, aquel la lid Guerrera,
uno el Culto, el Gobierno otro consiga.
La Náutica experiencia alguno inquietara,
otro adornado Tribunales, siga
leyes que, oh cauteloso Error, desarmas:
Prémio todo el Rey, y ame las Armas.

¡Oh Ardimiento a que en vano el Arte aspira?
tú eres sólo el que mides la distancia
que hay del cayado al Cetro; tú la ira
oprimes de la Suerte y su inconstancia.
Es el Monarca un muro en quien respira
defendida la Pública Constancia;
y inexpugnable siempre ha de creerse:
Que es arruinarse, todo estremecerse.

La alta Reputación, del Majestuoso
Solio sólo afianzó las Magnitudes;
y es la Reputación premio dichoso
sólo a la Realidad de las Virtudes.
Continua operación, afán glorioso
te hará Reinar, y atentas inquietudes:
lleva el Insulto en otros Ocio inculto,
mas Ocio en el Monarca ya es Insulto.

Las Virtudes en ti logren su esfera,
la Prudencia el obrarlas de al Acierto;
¡Qué difícil la suerte del que impera!
Aun puede su Virtud ser desacierto.
Deja al Malo peor, al Bueno altera
la Piedad cuando se obra sin concierto;
El premio en él no digno hace maligno
el premiado insolente, ajeno el digno.

Jamás caudal como el que el Arte induce
dará Naturaleza a tierra alguna,
pues mil formas aquella le introduce
a cuanto estotra viste de sólo una.
Naturaleza allá en España luce;
Mas la Industria aún su Plebe huye importuna;
no hay a quien el paterno oficio cuadre;
desdeña el hijo no ser más que el Padre.

Su ardiente Orgullo y no vulgar decoro
apura cuantos al herir bizarra
por chispas vio su Espada montes de Oro,
relámpagos en nubes de pizarra.
A cada antojo vano da un Tesoro
el que hundido en sus Indias que desgarrar
(quitándole el metal que rubio afina)
pálido, aun el color de hurra a la mina.

¡Oh! ¡si en Erario rebalsar Ibero
ese Oro hicieses que del Golfo pende!
Es este el instrumento no postrero
en los que el Arte de Reinar comprende.
Da temple el Oro y silos al acero;
y más que el alquitrán activo enciende
el esplendor del Oro los fanales
de las horrendas Máquinas murales.

¿Qué leños Aragón de su erizada
cumbre en Pirene no ofrece graves
para Buques? ¿qué hierro la elevada
Vizcaya? ¿y Betis brutos que son aves?
Es precisa más de una grande Armada
en tan partido Imperio; Que en las Naves
se deslizan a unirse indiferentes
por el vidrio del Mar los Continentes.

La sangre de los Pueblos, los tributos
no injusto desperdicias vanamente;
ni al cobrarlos por manos mil sin frutos
pródigo de hombres, desperdicias gente.
Sus Ministros la Hacienda monstruos brutos
cuando no hay proporción verás que aliente;
hundese el Robo en tantos; Con torpezas
se introducen a manos las Cabezas.

Si en la Hacienda Ministros te escaseo
¿qué haré de los Honores en el polo?
No este Erario envilezcas en quien veo
precio mayor que en el metal de Apolo.
Regule en todo al fin Pena o Trofeo
Mérito y Culpa pues serás Rey, sólo
si haces Reinar el esplendor amigo
de la Justicia y Religión contigo.

Dejó de hablar el Semidiós Augusto;
y acompañando el Sol que, oh España, gozas
se explaya errarte Francia en tropel justo;
riscos son de Oro al campo las Carrozas.
Son Centellas las galas: humo adusto
el polvo que, oh París, vaga destrozadas;
reventando es tu emporio sin comallos.
Volcán de Coches, Gentes, y Caballos.

¡Oh Espectáculo inmenso! El Grande Abuelo
el Gran Padre que al Asia es ya desmayo
acompaña a Filipo; y con fiel celo
la Luz de Berri, y de Borgoña el Rayo.
Calle ya si Cibele el Gentil Cielo
fecunda en mucho Dios que aún no es ensayo
de este Acto; el Orbe ofusca, el Orco espanta
la unida ardiente Niebla de Luz tanta.

Albricias Noble España, España Augusta
donde el Cielo Esplendor sumo contiene;
por quien la Helada Zona ya y la Adusta
de la Tiara a las tres Zonas viene;
Tú, que en Tierras y Piélagos robusta,
ha tanto, sin que el riesgo se refrene,
timbres estás juntando triunfadora
para ser digna de Rey tanto ahora;

Albricias; que emulando allá las bellas
Provincias del Excelso Azul profundo
te inundará de glorias, lleno dellas,
Grande de acierto; Príncipe fecundo.
Rodarán obsequiosas las Estrellas
a su Aspecto; estará rendido el Mundo:
obedecer verás en su desvelo
Leyes la Tierra, Méritos el Cielo.

No silbará furiosa en los Triones

la Serpiente; no hará brumas la Osa;
No incendios el León; ni ya impresiones
nocivas será el Cancro en Luz rabiosa.
Blandas verterá Acuario Inundaciones;
constante el Aries Primavera Hermosa
no Escorpiones podrán, ni adultos Canes,
granizar Peñas, ni ladrar Volcanes.

El Engaño, las Iras; y extendida
toda: la infausta Plebe de los Males;
mugirá con las Furias reprimida
allá en los Calabozos infernales;
Reinará por las Tierras difundida
la suspirada Unión de los Mortales;
La Paz y la Justicia harán conforme
como ellas, uno el Quicio al Dios biforme.

Rizará Vientecillo lisonjero
las espumas que el Noto horrendas hace;
no admitirán sus olas ladrón fiero
al Africano infiel, o inculto Trace.
No vil Necesidad y afán severo
harán que inquiete cuanto en la agua nace,
con pausa astuta, y Osadía incauta,
sufriendo el Pescador, errando el Nauta.

Todo todas las Tierras a las leyes
darán del alto influjo, sin ultraje;
de las Virtudes a las sacras greyes
será ña Tierra Celestial boscaje.
Un Rey sólo serán todos los Reyes;
los Reinos todos sólo un Vasallaje;
y todos dirán siempre en clamor justo
Viva Viva Inmortal FILIPO Augusto.

ALEGORÍA DEL LIBRO OCTAVO

La Sala de los venenos entre los Réprobos, significa su vehemente Aprender, y infeliz Conocimiento donde fabrican a sí propios los tormentos, ponzoñas, en que beben las constantes rabias de su Eternidad. Con la Lluvia maligna se da a entender la Astucia Infernal, perturbando el Conocimiento, y Aprehensión de los Navegantes, los hizo pensar caminaban infaliblemente a su ruina. La constancia de Colón entre el universal Motín de su gente, muestra decretó Dios que este grande Capitán que obró mayor Acción que todos los que celebra la Fama, mereciese conducirla a perfección, venciendo la mayor Zozobra,

y contratiempo a que jamás se vio reducido Héroe alguno. Y el encontrar entonces el Nuevo Mundo es expresión de la Providencia, aunque parece tarda en traer el Premio, lo destina infalible a aquellos que proponiéndose por Objeto la Virtud, ningún estorbo los impide el buscarla; prosiguiendo siempre aun a pesar de la contraria Inclinação de las Estrellas, de la opuesta Rebeldía de los Elementos, y de la sucesiva obstinada Ingratitud de los Mortales.

Faltan a este Libro en el razonamiento de Colón los motivos, y razones con que incurrió en el pensamiento de que había otro Mundo; y la noticia de los Mares que en los ocho años antecedentes navegó; con los raros sucesos que se ha de introducir le acontecieron en ellos.

También en la prosecución del discurso de Carlos falta, y se ha de poner, una muy nueva filosofía de la piedra Imán.

Antes desto se han de contar, siguiendo la Historia, los Casos de la Armada, hasta que tumultuó la gente que acompañaba a Colón en este Viaje que se canta.

LIBRO OCTAVO

Cesó la Ninfa: Y toda la Espesura
deshecha, y hondos Centros Elegantes,
(Y aun desta Beldad misma la Hermosura)
Colón se halló en las Naves como de antes.
Ufanos con tan nueva Gloria pura
rodaban mucho al Mar los Navegantes
del Giro que allá, Alcides más difuso,
término al Orbe Ptolomeo impuso.

El Generoso, el Íncrito Deseo
de que Europa debiese a su Osadía
tanto Milagro oculto, al gran Trofeo
ansioso todo Espíritu encendía.
Mas la Invidia Infernal, en tanto, el feo
Centro a turbar llamada esta Alegría;
a Oídos siendo de Conocimientos
Intelectuales Actos los Acentos.

Y no sólo de Espíritus malignos
allí las Ondas, y los Austros llena,
mas en Vapores de su Aliento dignos
mágica lluvia fatalmente ordena.
Lluvia, que enfureciendo los benignos
Pechos que Amor del Ligurino enfrena,
cuanto han visto en Olvido obscuro invierte;

Y hace aun del Héroe procurar la Muerte.

Enseñole estas fieras confecciones
un Ministro Infernal, que allá en Escritos
de Llama (haciendo el Alquitrán renglones)
los brebajes decreta a los Precitos;
Y nacieron sus Rabias, o Infecciones
de la infausta mansión que a los Delitos
los Venenos sazona en el inmundo
más hondo, y triste espacio del Profundo.

Hay grande Sala en la Región Letea,
a quien no Litargirios dio furiosa
del Cáucaso la hondura, ni en Rifea
mata inquirió los Minios ponzoñosa;
No las hierbas de Circe, de Medea,
o de Ericto Infernal juntó Estudiosa;
Del Vaso atroz de Pandora en sucesos
el Vidrio más feliz rebosa excesos.

Unas Vasijas con su Espuma inflama
Can que todo hunde el Centro en el Ladrido;
En Otra ardientes vómitos derrama
el Portento de Lerna, repetido;
Megera en muchas la rabiosa escama
exprime del Cabello enfurecido;
dando, apretado el Áspid, broncos Truenos
de Silbos, entre lluvias de Venenos.

De hondas inaccesibles Cumbres vastas
Otro más triste Sísifo violento
cuantas Raíces cuanto Tronco gastas,
oh estudioso Furor, lleva Sangriento.
Medulas de Quelidros, y Cerastas
a míseros Heridos son Ungüento;
Y Colirio que, oh Centro, le destilas
de horrendos Basiliscos las Pupilas.

Las Semillas que uniendo estrago duro
al triste Grano, la Oficina vende,
Ovas de Cocodrilos son, que impura
la Esfinge en los Raudales de Ascuas prende;
Pasa Alecto por Bálsamo el obscuro
sudor del Pino que en la Estigia enciende;
son vivo alambique Ondas impías

Lágrimas negras de hórridas Harpías.

Caronte más feroz, más Vigilante
Tritura toda Tierra en que Odio arguye;
Del Remo herida, es Almirez sonante
la Urna en que el gran Juez asombro incluye.
Muerte ciernen las Bélides constante;
y el Giro, en que Ijón se busca, y se huye,
es el Tamiz que en sí, por tela, interna
el manto impuro de la Noche eterna.

Con bullicio menor (las fulminantes
Vallas queriendo profanar furiosos)
soñó Tesalia Montes de Gigantes
entre Gigantes Montes officiosos;
Ni a Vulcano el Error tan incesantes
dio Esteropes, y Brontes presurosos,
como allí en Monstruos mil que se destina
despueblo del Infierno es la Oficina.

Quien rabiosos Venenos permanentes
mezcla anhelando en tristes Letuarios;
Quien Estragos anuda indiferentes
en los Trociscos, del vivir Contrarios.
Este en membranas de Áspid las ardientes
masas extiende para Parches varios;
Ceba Aquel para cuanta Cocción trama
como Troncos de Cadáveres la Llama.

En digno Nicho a la Mansión injusta
preside siempre Libitina enorme;
es la Guadaña con que el Mundo asusta
Bastón corvó que empuña el Brazo informe.
Su estructura de Hueso, oh red, que ajusta,
manda, y Compite la Mansión disforme;
los Ojos hace que al mirarla aún mueran:
Otra Oficina sus facciones eran.

De aquí la Invidia un Infernal diluvio
cuaja en nube, que dio a la Faz del Día:
Retrocedió al Oriente el Fanal rubio;
gimió el Aire; tembló la Espuma fría.
La Armada esconde el volador Vesubio,
y el Mar, con la ala de su Noche umbría:
Rota la Vista que en sus Nieblas Casca
se estrelló en más temor que de Borrasca.

Mas como hacia lo interno era la horrible
Ponzoña de su Bárbara influencia,
en Onda allí a los Ojos apacible
empezó a Desatarse sin violencia;
Bien que en Todo se infunde imperceptible;
en todo hunde su Trágica inclemencia;
los Hombres moja, y porque triunfos corte
aún salpicó en la aguja Odios del Norte.

Enchárcanse las Velas; dan congoja
graves al Aura que a impelerlas vino;
pásmase el Viento, y aún Feroz se enoja
viendo lo quiere el Golfo echar del Lino.
Cuantos pisaban la Cubierta, moja;
y porque el Lastre mismo herir previno,
en todas Tablas ya con maravillas
eran todos los Poros Escotillas.

Dudan las Gentes de Consejo faltas
como las Lluvias todo penetraron;
sutil Niebla el raudal que (oh Abismo) exaltas
del Aire introducida imaginaron.
Habían roto ya las Proas altas
más Golfo que Otros Hombres nunca hollaron;
mil Días ha que es solo en vago Hielo
variedad de su Vista el Mar, y el Cielo.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Golfo, y Aire ven sólo, inmensamente
dilatarse a la Tarde Azul, y Hinchado;
ven Aire, y Agua cuando al dulce Oriente
con el Rocío Cristalea el Prado;
Agua, y Aire a cer vuelven cuando ardiente
pisa Espumas el Sol precipitado,
y Cintia de la Noche en el desdoro,
Vaga es Huella de Plata de un Pie de Oro.

Vuelve a nacer la Aurora, y a ser vuelve
inmenso el Oceano en Golfo nuevo;
viene la Tarde, y nunca se resuelve
el Mar en Playas, como en Sombras Febo;
En Tinieblas la Noche el Mundo envuelve,
y el Mar de inmensidades es renuevo:
No queda, más adelante en Tumbos graves
huyendo siempre un Mar va de unas Naves.

Dijeras se arrebatan con Empeños
tras el Mar los Abetos que alto encierra;
o corren con Apuesta Golfo, y Leños,
obstinados entorno de la Tierra;
Sino es que Caen del Mundo, y llevan Dueños
las Naves en si el Viento, y Mar que yerra;
y en Abismos allá del Firmamento
Rodante Esfera son al Mar, y al Viento.

No hay Tormenta; no hay Nubes; y quebranta
así siempre uno el Mar con más enojos;
muestra que él solo en Faz inmensa espanta,
y es Tormenta, del Aire sin arrojios.
De correr, de mirar Espuma tanta
van rendidos los Vientos, y los Ojos;
porfía el Mar en no acabarse horrendo;
y es más Batalla que Lidiando, siendo.

Añadiose fatal Suceso triste
a este estarse, y estarse navegando;
la Aguja, en que la fe del Mar consiste
dejó de herir el Norte, vacilando.
Por todo luego en declararse insiste
la Operación del Tósigo nefando;
poco a poco al Principio Rumor crece;
hasta que ya Alarido se enfurece.

Como Aquel que a la Víbora que huella
infausto enjugó el Diente con la Planta,
siente el Veneno que corrió por ella,
siente el Veneno que corrió por ella,
y en Latir ponzoñoso lo quebranta;
Mas cuando Antipatía que descuella
contra el Pecho, en la Peste a él se adelanta,
Congoja, y Rabia que estalló se escucha
del Alma, y de la Víbora la Lucha;

Así el humor en que la horrenda Curia
rabias esconde cuando astuta alaga
lentamente imprimiendo iba tu injuria,
hasta que ya es furor la oculta Llaga.
Uno, en quien más porción de horrenda furia
más la alta Luz de la Constancia apaga,
en media de Gran Turba que inducía
a Acción rebelde, Pérfido decía:

¿Hasta cuándo del Mundo están huyendo
nuestras Credulidades peregrinas,
un Exceso Fantástico emprendiendo
del inmenso Oceano, o nuestras ruinas?
¿Hasta cuándo ignoráis (de Eolo horrendo
provocando las Vagas Libitinas)
que es mofa a nuestro Error, y infiel desaire,
en Nuestras Jarcias el Silvar del Aire?

Treinta y tres veces en la Empresa vana
Risa al alba ya se fue nuestra insistencia,
viendo inquirimos Tierra que Lejana
sólo en Nuestro Fingir tiene existencia.
Nuestras Estrellas visteis, y Onda cana;
nuevos Monstruos a quien dio el Mar violencia;
mas en remoto Piélago profundo
veréis nuevo Panteón, no Nuevo Mundo.

¿Si lo hubiera, volando ha tantos Días
Viento en Popa tanta Águila Velera,
no fuera a sus Nadantes Osadías
Alcándara ya verde otra Ribera?
Pues ¿qué emprendemos? Por las Ondas frías
sucesivos rodear toda la Esfera,
grabando, en principios deslumbrados,
del Círculo Mayor émulo Grados?

Altos Secretos que el Criador dispuso
debajo de la Tierra acá inquirimos;
mal a ocultarlos Próvido interpuso
tanto horrible Universo de Onda, y Limos.
Si nuestra Obstinación y errar difuso
lo ofende, ya en la Aguja lo advertimos,
cuando en el Norte el Rostro con desvelo
por no mirarnos ha apartado el Cielo.

Si intentas, oh Colón, la gran Guirnalda

de hollar Astros, asalta sus extremos;
que Nosotros, del Piélago en la falda
ya bastante insistir mostrando habemos;
Todo el Mundo dejamos a la Espalda,
y hoy el Nadir de Europa trascendemos:
Si tu Ambición no buscas tan sin modo,
¿qué es lo que buscas más allá del Todo?

Sin ese hilo de Luz que desprendido
deja que un Laberinto Undante os sorba,
si más al Golfo entramos difundido
¿qué Playas morderá la Áncora Corva?
Si Europa; el Viento que por Popa ha sido
(ya veis cuán obstinado) nos lo estorba:
¿Qué edad a desandar bastará suma
por punta de Bolina tanta Espuma?

¿Los Víveres, viciados del Gran Lago
al Vapor que Extranjero le introduce,
o su mismo acabarse, a cuál Estrago
en tanto navegar no nos induce?
Pues si Colón sus Fieles Huestes vago
más a un sin cierto, y más, siempre conduce,
Muera, muera Colón; que en cualquier suerte
la Muerte debe darse a quien da Muerte.

Arrojémosle al Mar que vano emprende
agotar navegando: el Cristal corte
su Osar; y siendo Ofrenda a Luz que ofende
con él compremos la Amistad del Norte.
Aun su misma Ambición miro que atiende
gustosa al Sumergirlo, y se conforte;
No hay más Tierra hacia aquí; triunfe allá dentro,
pues la que hay sola encontrará en el Centro.

Estas, y otras ponzoñas derramaba
introducido a Cláusula el Averno;
todos Labios en Voz rabioso lava
el Tósigo que en Lluvias dio el Infierno.
El Héroe lo entendió (y aún lo avisaba
Jaime que, Santo, holló el Veneno eterno)
¡Oh cuánto suda congojado! ¡Oh cuánto!
Al peso horrible de Suceso tanto.

Cual en el Seno de hórrida Montaña
halituoso Espíritu que oculta

por Librarse del Peso en veloz Saña
todo Risco, y Caverna bate oculta;
Así el Gran Pensamiento en tan extraña
fatiga todo inquieta, aunque sepulta
Congojas donde el Triunfo halla deshecho,
en los Augustos Cóncavos del Pecho.

Discurrió al fin, mostrando que ignoraba
del furioso Escuadrón las sediciones,
decirle para el Mundo que buscaba
cuanto Indicio encontró, y altas Razones;
Por ver si los Furores hoy frustraba,
infalibles probando otras Regiones;
o en tanta Empresa al Triunfo los movía
cuanto obró, refiriendo; y les decía:

Compañeros Heroicos, cuyo anhelo
constante, aún pasma al Piélagos profundo;
Y hoy merecéis que allá del Mundo el Cielo
para darle os buscase al Cielo un Mundo;
Cerca os guarda el fin del gran Desvelo;
Y si es lejos de Humano el sin Segundo
Ser sumo, ya más que hombres os admiro
cuanto más lejos de nuestro Orbe os miro.

¿Con qué triunfales Arcos peregrinos
la Sucesiva Edad más de un Lucero
rozará, debiendo ejes Cristalinos
del postrer Golfo a vuestro Ardor primero?
Si halló todo Inventor Nombres Divinos,
¿qué Esencia cuajará en lo Venidero,
a gritos con que, oh Fama, el Euro estorbes,
Nuevo Cielo? ¿Astros Nuevos? ¿Nuevos Orbes?

Sea al Persa, y al Otro, a cuya rienda
las Frentes dieron cuatro Soberanos,
alto Triunfo el buscar con Real contienda
del Sol de Egipto undoso Orientes vanos;
Sealo a César el que altivo emprenda
separados del Mundo los Britanos;
Hanon vague; Alejandro Orbes suspire;
Sueñe Platón; y el Trágico delire;

Que a Vosotros dará en más singulares
Premios, con un Renombre más que Humano,
minas que emulen nuevos luminaires

sólo el creer no inmenso el Oceano.
Mas porque antes que rico en sus lugares,
cierto en mis Voces lo miréis no en vano,
ya os quiero referir, como el plausible
juicio formé, que luego hallé infalible.

Entre cuantos Estudios fiel conquista
mi Razón (descollando aún tierna) se hace
más lugar cuanta línea el Cielo alista,
cuanta Región, y Mar la Tierra enlace.
Ofreciéronse hermosos a mi Vista
Cielo, y Tierra, que a ver el Hombre nace:
Mirelos; Y a su examen con arrojos
corrió ansioso mi Genio tras mis Ojos.

Indigno de poder mirar sublime
las Estrellas, juzgué, con Ojos fieles,
Hombre en quien ansias de saber no imprime
la honda Base, y Azules Capitales.
Bajé el Rostro (cual bruto se reprime)
Quien no sabe que entre Astros, y Vergeles
se le dio el Alma porque inquiera atento
Esas Techumbres, y Este Pavimento.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Así hablaba Colón: Cuando ilustrado
Carlos (el cual también negó a violencias,
o ya la Rama del Laurel Sagrado,
o el Pecho que hacen Celestial las Ciencias)
Si lo permites (dice) oh Sublimado
Caudillo, mostraré ñas congruencias
que recíproco el Hierro, y Imán sigue.
Dijo: y con la alta permisión, prosigue:

Aunque a la Luz Mortal (que arde perpleja)
Naturaleza portentosa, y Culta
detrás de Asombros que apurar no deja
ya se nos muestra, y ya se nos oculta;

En nada tantos pasmos aconseja
como en esta Silvestre Piedra inculta;
No Diamantes, la exceden Alabastros;
Diademas la huyen; mas la sirven Astros.

Asomo de Deidad empedernido,
es todas Cosas un Escollo breve;
Sin Vida, y nada tan vivaz ha sido;
Sin Movimiento, y nada así se mueve.
Tal vez es Nauta; Es Geómetra advertido;
Filósofo, y Astrónomo ya es leve;
Ya es Teólogo; Es Mago: Un Risco feo
Todo, sin brazos, lo abrazo Briareo.

Un mismo Objeto a un tiempo ama, y ultraja;
Es ciega; Y fanal, guía su Obelisco;
Mira a un tiempo, y no mira, en la Azul faja
las rubias Greyes del Celeste Aprisco.
Rompe Impíreos, Abismos descerraja
cuando aún hermana la desdeña un Risco;
Tierra es Parda; y se hinchó una vil Esencia
menos que piedra, a más que Inteligencia.

De toda docta Edad admiraciones
(Más que al Hierro) ha arrastrado triunfadora;
todo Ingenio hasta aquí sutiles dones
estrelló en sus Peñascos como ahora.
Risa del Saber nuestro en sus terrones
cuaja Naturaleza; Y jugadora
introdujo en sus venas no prolijas
el tropezar los Juicios en las guijas.

Hay quien Solio la juzga a Genio impuro;
Quien dice que voraz Hierro amontona;
Otro (no en su substancia) más seguro
en su Temperamento el pasmo abona;
Apeló confundiéndola Epicuro
a Átomos impartibles que eslabona;
Llama Platón Divina su acción ruda;
si es viva el Rayo de Estagiria duda.

Uno de Hierro y piedra la hace masa
discorde; Y siendo aquel menos, convoca
en su favor más Hierro, que allá pasa
a auxiliar su porción contra al roca;
Otros que al Virtud misma los casa

que a la Rémora, y Nave; Otro allí tica
la fuerza con que Ungüentos de acción llenos
chupan del bulto vivo los Venenos.

Todos deliran; y en quimera injusta
vuelan con licencioso osar bizarro.
Yo otra senda encontré con que se ajusta
todo obrar del rarísimo guijarro.
Mas no por eso digo es cierta, y justa;
Que esto no se concede al Mortal Barro:
Una Verdad hay sola, un Dogma fijo,
Dios, y cuanto Él con alto hablar nos dijo.

Mas del modo que a un Blanco cuando emprende
aplastarlo, y morderlo, o Flecha, o Bala,
aquel de Diestro al blasón noble asciende
que aunque yerre, más cerca el tiro exhala;
Así aquella Razón donde comprehende
más fuerza el Juicio, aunque la Luz no iguala,
gustoso la festeja como Aurora
del Rayo de Verdad que oculto adora.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Dijo: Mas ni el mirar que los esquivos
retiros del Imán son Naturales;
Ni la Empresa infalible en los Motivos
del Caudillo, deshace furias tales;
Bien que freno a sus Odios excesivos
las Heroicas presencias son triunfales;
Insisten Ellos en trazar su Muerte;
Y en proseguir la Hazaña el Héroe suerte.

Vengan ahora las antiguas Musas
(si fe el exceso de su Voz merece)
pondérenme un Ulises que en difusas
Heroicas marchas a Itaca ennoblece;
Un Aquiles; O Eneas que en confusas
Tropas Rayo de Marte se esclarece;

Un Julio Altivo; Un Magno, en quien Farsalia
ahogó en Egipto el respirar de Italia;

Los Emilios, los Marios, Aurelianos,
los Fabios, los Camilos Triunfadores;
Explendores de Iberia los Trajanos,
los Alejandro de la Aurora horrores;
Que a pesar de los Cisnes Soberanos
que tanto, y tanto gritan sus ardores,
en ningún Héroe tuvo así violento
difícil ejercicio el Ardimiento:

Sobre una tabla a quien el Oceano
con Golfos no entendidos amenaza;
De cuya Aguja el Norte huye Tirano,
Cuyo Escuadrón su muerte unido traza;
Contra Estrellas, Espumas, y Odio Humano
obstinado el gran Pecho despedaza
tanto estorbo, arrastrando hacia sus huellas
Ondas, Naves, Ejércitos, y Estrellas.

Mucha produjo a César grande Gloria
del Rubicón allá el difícil paso;
Ya en aquel gran romper, mucha Victoria
llevó a la Lid, y hollar debió el Acaso.
Mas no lo desvanezca su Memoria,
cuando medio Orbe lo siguió no escasos:
Puente le fue contra Armas aun Celestes
bárbaro el juramento de sus Huestes.

Fama alta a los Helvecios, Palma extraña
dio al partir de su Tierra el ver que graves
porque nada los mueva en la Campaña,
de sus Casas el Fuego hicieron llaves.
Otra obró semejante inmensa Hazaña
el gran Cortés al sumergir sus Naves;
Mas Gente hubo por más que el riesgo pesen
con Todos a morir cuando muriesen.

Si en Rebelde Tropel muestra constante
a su Godofredo el dulce Homero Ausonio,
Fieles le deja; A Eneas bien Palante
de sí hay quien se le junte es testimonio.
Lidió Aquiles; ¿Qué mucho, al ver lo cante
imposible de herir el Ciego Aonio?
Cobarde fue, escondiendo sin Guirnalda

Pie que es Rostro, un Varón que es todo Espalda.

Y que un cierto Morir no haga temerse
Hazaña es que en menor Acción se indicia;
Mas ¿quién pudo en lo Heroico ver perderse
la Empresa, y del Cansancio aún la Noticia?
En proseguir, del mismo resolverse
(De cuanto obró) el Renombre desperdicia:
Mas ¿cómo todo no Hollará si arguyo
que el Gran Colón era Teatro suyo?

El de sí mismo a sí fue Mundo tanto,
que por sí Vida empresa desatiende.
Media Alma suya atropelló el Espanto
al ver que la otra media es quien la atiende.
Ningún Suceso le es Congoja en cuanto
de su gran Corazón al Premio asciende.
Prosigue; y vencen dos (con nueva Palma)
Mundos enteros dos miradas de Alma.

Bien premió la alta Esencia Veladora
intento en que, oh Grande Héroe, no desmayas;
Pues cuando más ardía la Traidora
Ponzoña, ves la Tierra que a Luz rayas.
Lo que ha plateado el Alba ya el Sol dora
cuando de Haití llegaron a las Playas.
Cambia toda la Gente sus Crueldades
en Rendimientos, Gozos, y Lealtades.

Crece Cavado en aquella Isla un Monte
de cuya informe Vista (oh Mar) te asombras;
y a cuyo Pie (al mirar que se remonte
inmenso) ofreces líquidas alfombras.
Media Bóveda haciendo, al Horizonte
undoso pende, y con las densas Sombras
de un gran Bosque que en la Alta Cumbre mece
la Tabla Azul del Piélago ennegrece.

De allí gran Tropa de Indios a lo lejos
miraban acercarse el Ligurino.
Ven dividir los Húmedos Espejos
vagas Selvas que en lo Alto nieva el Lino.
Convocan Gente faltos de Consejos;
dudan si más de un Monstruo sea Marino
que temen por Escama erice inculto
Islas de Concha en Piélagos de Bulto.

Cuanto más los ven cerca, más se admiran,
que más descuellan en las Ondas rotas.
Pásmanse los Osados; se retiran
los Otros de las Fábricas remotas.
Alpes aparecen ya donde se miran
las Nieblas de las Telas ser Carzotas.
¿Quién (dicen) solidó cuanto alto yerra
Maridaje feroz de Nube, y Sierra?

Los Tejidos matices miran luego
de Banderas que intrépida enarbola
la Armada, y las discurre su Error ciego
Iris con Bultos que algún Dios tremola.
La Grita oyen después; después el fuego
que truena la Alegría allí Española:
Caos de Azufre horrendo se reparte
de los Infiernos Cóncavos de Marte.

Rimbomba el Mar; El Eco en la alta Sierra
que terremoto al Risco fue presumo;
en los Campos del Aire que hace Tierra
macizo a Peña se introduce el Humo.
A todo Isleño el Grande asombro atierra
no sólo por no oído, mas por sumo.
Corren; y cae alguno frío, y quedo:
con desmayo el no huir lo debió al Miedo.

Desembarcan los Héroes, y a hallar vienen
los que prendió del Pasma la Ansia impura:
corto el Cabello en leve Airón contienen,
anchos los rostros, breve la Estatura.
Del Occidente en que nacieron tienen
casi Negra en la Faz la tarde obscura:
Lindan, como en su Clima el Rubio Coche,
en su pardo Color l'Alba, y la Noche.

Viendo luego que a todos los recibe
piadoso el que las Naves acaudilla,
en todos grande Espíritu revive:
cada Uno alegre ya a sus Pies se humilla.
De traición se acuerdan que allí vive,
y afirma que Celeste a aquella Orilla
Gran Gente llegará, que Triunfadora
Hija del Sol habita hacia la Aurora.

Dioles Dones Colón, que su error ciego
juzgaba abortos de Región Divina.
A los otros llamaron estos luego,
y se llenó de Gente la Marina.
Frutas llevaban que Felice riego
produce en aquella Isla Peregrina
Ají, Cazabi, Flores, y Aves ciento,
al Creído Escuadrón del Firmamento.

Uno con suspensión mira inoportuna
ni osa tocar la Gente vencedora;
otros las Ropas besan; fue más de una
Mujer, y atenta la alta Escuadra adora.
Tierno Infante en los Brazos lleva alguna,
que al ver la extraña Gente tierno llora,
el Rostro aparta que el Temor confunde,
y entre los Pechos de la Madre se hunde.

Manda Colón que a todos se agasaje;
Con que más siempre, y más la amistad crece:
Cercano se despeña el fiel Villaje;
La Planta al Pasma crédula obedece.
Ni unos, ni otros entienden el Lenguaje;
Habla Amor, y la Voz allí enmudece;
Sencilla risa hace a la Astucia Agravios;
Y eran festivas todas Almas Labios.

En esta alegre venturosa parte
Reinaba Guanagari Rey piadoso;
Cuya Corte alta Luz para hospedarte
destinaba, oh grande Héroe victorioso.
Más de un Aviso al fiel Cacique parte
el Suceso gritando Portentoso;
Corre Él, ardiente; Y deja con indulto
la Majestad arrebatarse del Culto.

Era la Desnudez su Augusta Gala;
Sólo desde la Cinta a la Rodilla
lo vestía Algodón; Respeto exhala
el gran Semblante, y Majestades brilla.
Corona de Oro lo ciñó que iguala
la Luz del Sol; Gran Tropa se le humilla;
Soberbio uniendo entre el vulgar Ropaje
un tratamiento Antípoda del Traje.

Ya fuesen las cantadas profecías

que el Destino esparció entre Aquellas Gentes,
ya bizarras Augustas cortesías
que el Cacique ejercía reverente;
O ya que el Cielo así las Osadías
de Colón coronaba Augustamente,
de sí el Rey a la Sien del Victorioso
Héroe tradujo el Círculo precioso.

Entre cuantos de pasmo estaban llenos
al mirar los Clarísimos Varones,
más templado el gran Rey, no absorto menos
dejaba deslizarse a Admiraciones.
Que ilustren venturosos sus Terrenos
pide a los Celestiales Escuadrones;
Van a su Corte; La Isla en todo espacio
vuela de Guanagari al Real Palacio.

ALEGORÍA DEL LIBRO NONO

Como este Libro es donde faltan más Octavas, no nos dilataremos en su Alegoría; Como tampoco en aquel donde falta la Relación de Carlos. En lo que deste está escrito se alude a la ferocidad de los Indios, que no sé cómo hay quien lo niegue, cuando discurriendo Peleaban por los Extranjeros los Elementos, y las Fieras, osaron tan obstinadamente resistirlos.

En los Portentos que favorecen el Héroe se da bulto a aquella imaginación, que siendo en fe de mil formidables Estragos, no pudo estorbar agregasen aquellos Bárbaros tan innumerables muchedumbres para tantas pertinacísimas oposiciones.

Faltan aquí las demostraciones de Agasajo que obró Guanagari con los Extranjeros; Y como se hizo Súbdito de Colón; También falta el Sacrificio Soberano que acción de Gracias celebró Jaime; Un grande Razonamiento que hace el Héroe a su Gente, advirtiéndole como habían de obrar para conservar la Reputación de Divinos entre los Indios; También se ha de introducir que la escuadronó, y allí le hizo manejar las Armas a vista de Guanagari, y su Corte, ofreciendo defenderlos de los Caribes, y demás Enemigos suyos. Luego quiere describir el Autor una Fiesta de Fuegos, que en demostración de la Amistad con Guanagari manda hacer una Noche Colón; Disponiendo sus varios, y vistosísimos Artificios el Ingeniero Diego; a cuya función concurren absortos todos los Pueblos Comarcanos; Y después desto falta también una grande junta que introduce tuvieron todos los Caciques, con la noticia de tan gran novedad.

LIBRO NONO

Al primer ruido de Suceso tanto,
furor a Naobacán bañó prolijo;
la Ausencia sin Amor lo dejó; y cuanto
desta Gente Corbágol le predijo.
Mas las Rabias que al Reino del Espanto
causó ver ya la Armada en Orbe fijo,
decidlo, oh Musas, refiriendo el duro
Combate que encendió el Abismo impuro.

A aparecer volvió, y el Viento estrecha
con Fuego aquel León de Llama sola
que dio el Volcán cuando se hundió deshecha
la breve Isla cercana a la Española.
Cual Cometa feroz cuando es estrecha
Cama espumante al Día cada Ola
las Noches encendía el Monstruo fiero,
Presagio aún tiempo, y ruina de su Agüero.

Por la Transmigración luego admirable
con que Uno pasa a ser Otro Elemento
su averno derramando inexorable
imperceptible se internó en el Viento.
Desleyéndose el Tósigo execrable
hizo el gran Bulto halituoso aliento;
y aguaron tristes para Infiel desaire
Gotas de Llama la Poción del Aire.

Bébela el Campo, y Bebe el Campo horribles
Muertes, y rabias, sólo horror chupando
las Válvulas del Árbol que insensibles
lo sorben, y lo escupen respirando.
Del risco está en los Mármoles terribles
pálida hierba Hogueras retratando:
Tostados al ardor que infiel madruga
sus Cabellos de Arista el fuego arruga.

Desfallecen las Selvas las Selvas, falta el Prado,
mueren los Ríos al calor violento,
afligido corriendo allí el Ganado
donde alegre nadó muge sediento.
Pequeño hilo de Humor, del disipado
Cadáver de agua postrer vena es lento;
y entre adustos Escollos por donde entra
gime buscando el Río que no encuentra.

Yertas las Fauces muda ya padece

cualquier Ave a quien no es la Selva arrimo;
Ceniza es la Campaña; desaparece
aun el interno humor del Monte opimo.
Voz, y bulto a las Fuentes desvanece
el Alga seca, endurecido el Limo,
y entre Langostas tristes del contorno
los Manes del raudal vuelan entorno.

No llora el Alba, que su Llanto atierra
la Mañana en Vesubios no dormidos.
Seco no habla el Viviente; adusta Guerra
aún enjuga en la queja los sonidos.
Vierte al Aire rasgándose la Tierra
Vapores de Bochornos encendidos,
y son sus Nieblas porque el Sol se infeste
Espumas del Rabioso Can Celeste.

En los Hombres no sólo Ardores fieros
infunden los Abismos respirados,
mas Odio contra Cuantos Extranjeros
en su Patria atendían venerados.
El feroz Naobacán los más severos
más venenosos soplos bebe airados;
furioso sus Provincias discurría,
y aún a esotros Dominios le decía:

Infame Turba que ofrecéis Altares
a unos Extraños Hombres fementidos,
ya la Torpeza huiré destos Lugares
sacrílega infielmente envilecidos.
La Isla a quien respetaban aún los Mares,
por las Astucias de unos desprendidos
viles abortos de su Espuma, hoy se halla
Sierva infame: Dormid, dormid, Canalla.

Los Ojos que hoy no velan, ya arrancados
Gemirán la execrable Tiranía;
serán los Brazos del Cordel Ligados
que hoy no vibraron la Macana impía.
Connmigo irán los Dioses desterrados,
y si no hay Gente que los sirva Pía,
ya es gran Culto apartarlos con alardes,
de unos Pueblos tan Viles, y Cobardes.

A estas Voces del Bárbaro Cacique
añadía Vigores más ardientes

ver a Corbágol que feroz dedique
al Poblado sus Huellas impacientes.
Deja los Montes porque esfuerzo aplique
lleno de impuro Espíritu a las Gentes;
hiere rabioso, yertos sus Cabellos,
el Viento con la Faz, la Faz con Ellos.

Rebeldes (clama) a todo el Firmamento,
y a cuantos Dioses, oh Gran Mundo, encierras;
auxilidad alomenos vuestro Aliento;
tomad las Armas; defended las Tierras.
Hombres son, no Deidades los que el Viento
conduce por el Mar a haceros Guerras:
Más quieren (Odio tal los mueve altivos)
veros Difuntos, que mirarse Vivos.

¿Qué Error hurtadas a Deidad precisa
tributa al Odio ofrendas no pequeñas?
¿Y aún el Cielo de Riesgo aquí os avisa
antes que Ostente vengadoras señas?
Yo vi, con Alma absorta, y indecisa,
los Dioses Circundarme allá en las Breñas;
Yo vi, difunto, en el Divino Labio
Cólera Celestial de Humano Agravio.

Busquemos ya la Lid; todo conmigo
el Cielo hoy corre, y auxiliaros quiere;
Este es, este es el tiempo; que el Amigo
Cielo aún todo el error Nuestro no inquiere.
Y aún mal fortificado el Enemigo,
aleve sólo con astucias hiere;
trunquen ya nuestras Huestes encendidas
el propio Engaño, y las ajenas Vidas.

Esos Extraños Escuadrones brutos
extraña Tierra huellan sin acierto;
¿qué harán cuando a advertir lleguen astutos
cierto el Contrario, y el Albergue incierto?
Y cuando venzan, arruinad los frutos;
queden los surcos de la mies desiertos;
y sirvamos, huyendo las Campañas,
más vecinos el Cielo en las Montañas.

Semejantes furoros añadían
el Cacique, y Ministro al Ardor fuerte;
desatados en Tropas los seguían

los Pueblos donde allí su Voz se advierte.
Ya claman todos; ya la Lid pedían
buscando horribles una misma Muerte:
Un Orbe se agregó, y unió un Tumulto
de mil millares a una herida un Bulto.

Cesen de Jerjes en el Campo horrendo
cuantas condujo con Marciales brios
innumerables Huestes que bebiendo
apartaban del Piélago los Ríos;
Ni la Fábula cante encareciendo
sus Vagos Mirmidones desvaríos,
que infinito vía antes sin pereza
átomo bullir Negro la Corteza.

Van Gentes de la Tierra peñascosa
(a quien aún la Voz Ciba erizó el nombre)
con Lanzas, donde unió mano Estudiosa
punta de Pedernal que el Pecho asombre.
No había allí del Hierro la furiosa
Noticia, ya daban con igual renombre
ya mecánicos Filos, ya Marciales
al Leño en Betún fuerte, y Pedernales.

Sus Moradores hórridos Maguana
con Cotas de Algodón fió a las lides;
el Membrudo Bonao llevó inhumana
más hueste, Anteo a quien temiera Alcides.
La Plata de tus dulces Ondas Cana
con que, oh grande Hayna, Valles de Oro mides,
dejan tus Gentes; y a emularte impías
corren del Campo al Mar, Mar de Osadías.

Fiero Manicátotex inmensas Huestes
con Odios lleva a los de Averno iguales;
no pudieron templarle ardientes Pestes,
del Patrio Yangui inmensos los Cristales.
Y tú, Guatiguana, también que aprestes
Llama aleve hacen Llamas Infernales;
Van los de Higuey por cuya Flecha hundida
Muertes vil Zumo amontonó en la Herida.

De la parte Boreal mueve con ira
ya los Samanos Pueblos furia errante;
No perezoso su Tropel retira

de Ocaso el Tiburón Cabo arrogante;
Ni estotra Parte donde a Oriente mira
la Isla el Alba salir; y el Mar de Atlante
teje en Peines de Risco, y Fajas hace
de espumante Algodón al Sol que nace.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Supo Colón que la Infernal Caterva
que ardiendo va contra él Marciales Lumbres,
una extendida Vega atroz reserva
para ordenar allí sus muchedumbres.
Corre, y a un Cerro que vistió de hierba
el Campo en medio, ocupa ya las cumbres:
Con Fiel marcha Nocturna eleva ufano
Bronces, y Gente a dominar el Llanto.

Salió del Día Autumedón luciente
en su gran Carro el Sol, y presuroso
Polvo la rueda levantó en Oriente
nieblas de grana en vapor mucho hermoso.
Vibra de Luces el Azote ardiente;
Y al chasquido del Cãñamo precioso,
Humo es blanco el Lucero, y son suaves
estallidos dulcísimos las Aves.

Por entre el ramo su Beldad canoro
baja a adorar las Flores en las gramas;
formando fetos de Esmeralda, y Oro
se entretejen los Rayos, y las Ramas.
Herido de la Luz pasa a tesoro
el Hierro centelleante en rubias llamas;
hecho ascua cada peto que se enciende
en alas del reflejo a Joya asciende.

Al primer Rayo del brillar extenso
se vio en al parte opuesta un Furibundo
nuevo Orbe de Hombres, oh diluvio inmenso;
jamás tal Hueste unió Marte iracundo.

Escondió la Montaña el Tropel denso;
y al gran Llano obscurece el verde Mundo
viviente Niebla, o con ruidosa Salva
otra Noche de Gente, opuesta al Alba.

Bajan rabiando, y mezclan confundidos
a las bocinas gritos mil feroces;
Con desorden horrendo enfurecidos
disparaban las Flechas, y las Voces.
Llenan los Cielos Dardos, y Alaridos;
Sin ver el Aire a cuales cede atroces;
Pues era en furias de Venenos hechas
tanto bulto la Voz como las Flechas.

Derramarse en el Valle; Y la Colina
circundan que a Colón tiene, y su Gente;
No a su bárbara inculta disciplina
lugar dio el Odio que los rige ardiente.
Vago un Caos de muertes se fulmina,
Rayos del Campo en rueda allí inclemente;
Y es la Colina Centro a cuantas rectas
líneas da el vivo Círculo en Saetas.

Oh Compañeros (clama el Ligurino)
que hollasteis mayor riesgo en Orbe undoso,
a esta Empresa también favor Divino
dará este Día término dichoso.
Nadie dispare, pues feliz Destino
nos ofrece el Laurel menos dudoso;
dejadlos acercar, porque en tanta ala
ruede muchas Victorias cada Bala.

No dudéis que la Palma estreche abrazos
a nuestra Sien; Si vuestro ardor Guerrero
bastaría a poner tímidos lazos
de las Armas lo extraño al Indio fiero.
¿Cómo podrán sufrir en vuestro brazos
los durísimos Rayos del Acero?
¿Y cómo (cuando el bronce aún mal los sufre)
los Relámpagos negros del Azufre?

Dice: Y todo lo ordena, a todo atiende,
con detenida Cólera advertido;
Al Osado anunciando el triunfo, enciende;
Y a todos muestra estar de Indios ceñido.
Ya entonces el Tropel que hollar emprende

al Hispano, en gran turba se había unido;
Cuando el Héroe diseños Infernales
mandó vibrar los cóncavos Metales.

Como en alegre máquina de Fuego
con que enciende la Noche horror festivo,
llegando al Globo extremo su ardor ciego
donde Alquitranses más guarda excesivo;
Vuelan a todas partes sin sosiego
Flechas de llama, y arde el Aire hundido
en tanto inquieto a que es el Cielo Alfombra
Lucidísimo Surco de la Sombra.

Así al precepto de Colón exhala
de Mosquetes gran Nube ardiente ruina;
Tifeos los Cañones son; Se iguala
a Etna interior la faz de la Colina.
Una Tierra volante la gran bala
Filas enteras al rodar fulmina;
Barría, porque, oh bárbaro, te asombres
cada Mundo de Hierro un Reino de Hombres.

Las Cajas luego horrisonas bramaban,
gime el Clarín; Y al Viento (al encenderse)
Tumbas las confusiones que volaban
de Armas, Cajas, y Voz, vienen a hacerse.
Las Flechas, y las Balas se quebraban,
otra muerte aumentando en el romperse;
Encuéntrense los Ruidos: de otro herido
estallaba otra vez el Estallido.

Mucho entibiará al Indio tanto estrago,
y el ver que al Héroe sirva el Fuego mismo,
a no ser Naobacán Aliento vago
del Campo, y no irritarlo allí el Abismo.
Furia atroz los llevó de Sangre a un Lago;
Naobacán le infundió más barbarismo;
Y Corbágol los rige con la aleve
Superstición que tanto el Vulgo mueve.

Cual en grande avenida va el Villano,
y echar por otra parte el Río fragua,
Lodo arrima que rompe el Vidrio ufano;
mas pone más cuanto más rompe el Agua;
Así un Fila corre donde en vano
otra el Globo llevó de infernal fragua;

contra un diluvio porfiando ardiente
sucesivo aquel Légamo de Gente.

El Altivo Bonaio feroz se arroja
contra la llama: Al Campo Ibero asciende,
dando su Espada la víctima congoja
a más de uno que el paso le defiende.
Es su Macana llamarada roja
teñida en Carmín vivo que desprende;
Cuanto respira el Bárbaro Sangriento
es Huracán, es Tósigo, no Aliento.

A Andrés cortó los brazos; La Cabeza
al triste Eustaquio de un revés derriba;
Y el Corazón divide con fiereza
a Luis, patente ya su Fuente viva.
De las piernas truncó la ligereza
a Baltasar donde el gran bulto estriba:
Pudo el Feroz, vencidos tantos brazos,
otro Enemigo unir de los pedazos.

Gira más fiero la Macana brava,
y rasga el Vientre a Juan; Al Suelo rueda
todo intestino; En ellos se anudaba
corriendo el pie sin que vengarse pueda;
Cayó del Risco en cuya Punta estaba;
mas las Tripas un Árbol allí enreda,
y Ellas su Cuello: Sin caer en el Prado
de un Dogal de sus Tripas pende ahogado.

Espigas que el Villano en haces trueca
siendo arboledas de Oro antes su brío,
cuando en Agosto aún la saliva seca
es Carámbano adusto del Estío,
No igualan cuanto él corta; Horrible rueca
de Cloto el brazo airado finge impío:
Cuelgan del (al mirar cuanto desangre)
hebras de venes mil, copos de Sangre.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Calle el Toscano Anfión que a Orlando exalta
sus arrojadas Ramas sucesivas,
que a defender la Fe, de Huestes salta,
se volvieron Armadas excesivas.
No la fábula cante cual resalta
su Cadmo Agricultor de pestes vivas;
Solo tanto se junte fiel Trofeo
a la alta Vara del Glorioso Hebreo.

De Fareas, de Dipsas, y del vago
Jáculo atroz el Céfiro se llena;
enróscase el Quelidro; horrendo Estrago
amenaza en dos frentes la Anfisbena.
Harpías, Buitres, Grifos, triste amago
Visten al Sol contra la Faz Terrena;
son Trueno en Silbos de sus Llamas vastas
Dragones, Basiliscos, y Cerastas.

Víbranse los manchados Torbellinos
de Hircania; ondea el León Greñas, y Cola;
asila el Oso garfios Diamantinos;
Erimanto altas Cerdas enarbola.
Canes, Monstruos; Y en Orbes Peregrinos
para elevar la Cólera Española
(quizá en alas del Padre) voló atento
el Overo Andaluz, hijo del Viento.

Reconoce Colón los declarados
Cielos; y Oh Compañeros fuertes (dice)
Vencimos; nuestros son los suspirados
Triunfos, nuestro el Auxilio más felice.
Ocupad los Caballos; y esforzados
coged la Palma que alta Luz predice;
Sienta el Dragón que tanto su desvelo
lejos del Triunfo está como El del Cielo.

Dijo: y fue toda un Escuadrón volante
su Hueste, el Betis domeñando amigo.
No sé si de Aire el Cielo, o Centelleante
rayo los Brutos condensó que digo.
Todo lo acreditó el Volar tonante
de la Herradura contra el Enemigo:
Parecen los Bucéfalos atroces
Flechas que retroceden más Veloces.

Al mismo tiempo como que entendían
el Noble alto rugir de las Trompetas,
se fulminaban más que se impelían
Fieras, Dragones, y Aves, más inquietas.
Disparar las Serpientes parecían
de sus Lenguas las hórridas saetas;
y erizaban los Monstruos importunas
en los Dientes las Sierras de sus Cunas.

Ya el Bárbaro Escuadrón que el Valor pierde
la horrenda Nube con furor desgarrar;
abulta, haciendo Monte el Campo verde,
de Cuerpos que destroza atroz pizarra.
Despedaza la Escama; horrible muerde
Frentes, y Pechos la furiosa Garra:
Todas las Aves eran Buitres feos,
y eran todos los Indios Prometeos.

Contra Toctelt brioso se dispara
Rinoceronte airado horriblemente;
iba a huir; más las Corvas en Lid rara
le truncó un jabalí con feroz diente.
Una Onza a Manambá flechó en la Cara
torcidos rayos diez de Uña inclemente;
fue a morderlo, y los labios no cupieron:
de los Dientes las Garras lo escondieron.

Picó un Prester a Aitalt; feroz Culebra
que hunde el herido en su tez misma hinchado;
picolo, y vasta en roscas mil se quiebra,
y con mil vueltas lo estrechó anudado.
Hinchábalo el Veneno; la viva Hebra
de Escama lo ceñía: Hunde apretado
en sí la Sierpe, y por entre ella inculto
revienta en vil Ponzofia todo el Bulto.

Corrió contra Clolvembo una Pantera
que con Infiernos dos por Ojos mira,
cuando una Seps lo hirió; Sierpe ligera,
mas la que activa más imprime la ira.
Liquídase a la Vista de la Fiera
el hombre que buscaba; ella se admira,
viendo el Cuerpo, de podre con vil calma,
ser Charco hediendo en que se anega el Alma.

Abrazado un grande Oso con despecho

el infelice Ardamo oprimió airado.
Salta entonces un Jáculo, y bala hecho
pasa Hombre, y Bruto desde sí vibrado.
A Maccelbol un León desgarró el Pecho,
y un Dragón la Cabeza arrancó alado:
Distantes llueven desde el Aire inculto
rotos Nervios del Cuello Sangre al Bulto.

Parda Nube de Harpías graznadora
a Taxtim circundó trágicamente;
y en venenosos Vómitos traidora
Noche de Pluma infiel le dio Occidente.
Más de una Strix volaba, siendo ahora
mayor por sangre su anhelar ardiente.
¿Quién creyera que número, y injurias
pudiese hacer la Abeja entre estas Furias?

Rodearon a Totalque (en más Tirano
Furor bañadas, y hórridos Enojos)
por Boca, Oídos, y Nariz no en vano
se le entran con Mortíferos arrojos.
Si las aparta, cuájanle la Mano;
mirarlas quiere, y críbanle los Ojos;
lo esconden para hincharlo: es a su Estambre
Guadaña el Aguijón, tumba el Enjambre.

En otra parte los Soldados Fieros
eran más Monstruos de que el Sol se admira.
Rabias los Ojos, Garras los Aceros,
y son ardientes Tósigos la ira.
Dispáranse en los Céfiros ligeros
del Betis que el Infiel confuso mira,
llevan lejos la Muerte; el hijar bate,
y es parte de la Lanza el Acicate.

De Colón sólo busca el fiel Coraje
al feroz Naobacán; rojas Centellas
de sangre allí su Espada da al Boscaje,
que la Fama introduce ya en las Estrellas.
Volar parece con su Real Plumaje;
no imprime su Caballo al Monte huellas:
De la Herradura el diente en veloz modo
devora, sin morderlo, el Campo todo.

Mucho obraba su Diestra; mucho hería
su vigilante juicio en Direcciones;

como siempre alto ejemplo fue aquel Día
de inmensa Heroicidad a ambas acciones.
Infelice el que al Brazo se oponía;
feliz quien huye, o rinde adoraciones;
muestra a todos gran Muerte fulminante
escrita el Noble Horror del Real Semblante.

Dio Muerte a Ontaldo; a Chirucá oprimía;
luto a Dobayba le imprimió funesto;
muere Iocaymo; y nuevo tramo unía
Cotubam de sus Triunfos al Contexto.
La diestra de la Lanza, en que tenía
contra Alfonso ya Poncra impulso puesto,
le corta: Vuela en la Hasta, y sin el Lazo
lejos la mano vengar pudo el Brazo.

Venía Abrayba respirando Infiernos
contra el Héroe que el Campo de horror lista;
Colón, Laureles adquiriendo eternos,
le hizo dos la Cabeza en la Conquista.
Discordes deja el Golpe los internos
Ópticos parentescos de la vista;
dos medios Rostros caes; y con asombros
se estrellaron los Ojos en los Hombros.

Tucamol a quien rápida deslumbra
la Espada excelsa, verla allí no puede;
iba a huir, mas en vano; dentro alumbra
su Pecho el filo a que el Pulmón ya cede.
La Sangre en ansia tal como acostumbra
corría el Corazón; mas retrocede
con miedo al ver la punta: en mortal calma
enfrió el Hierro, sin la Sangre, el Alma.

El Blasfemo Toaochán con repetida
afrenta contra el Campo el Aire azota;
rompióle el Gran Colón la enfurecida
garganta, de un revés que ansias denota:
Injusto iba a llamarlo: Entre la herida,
y boca estaba ya la Voz; mas, rota,
salió en la fauce el In, y a su disgusto
la Boca espira, y llama al Héroe justo.

A Queyba pasó el Cuello; aún no resiste
a la punta la Nuca; es su Faz gualda;
y arroyos dos de Sangre brolla el Triste

uno hacia el Rostro, y otro hacia la Espalda.
Por Estocadas dos del Pecho insiste
Guaymex tiñendo en Sangre la Esmeralda:
Así Ninfa de Mármol sucesivas
da a gran Pila en dos Pellas dos Salivas.

No es a la Humana Inteligencia dado
referir cuanto hirió Grande aquel Día;
Cante, o no el Griego al Héctor que ha inflamado
en continua Batalla su armonía.
Por estotra alta Diestra desatado
la Isla el Gran Mar de Sangre inundaría
a no estancarlo en vastos Horizontes
de los yertos Cadáveres los Montes.

Estaba Naobacán, bien que admirado
del esfuerzo, y portentos que percibe,
castigando su Gente que en helado
grande Asombro a la Fuga se apercibe.
Furia, Caudillo aún tiempo es, y Soldado;
de Bulto el Odio en sus Furores vive;
da Muerte a quien no lidia; hace en fiel Palma
del que sin Alma huyó que se huya el Alma.

La Macana Infernal, y el Brazo aún lava
en Sangre India, y Ibero su ardimiento.
Filos tienen sus Ojos; en tan brava
rabiosa Lumbre los tiñó sangriento.
Media cabeza de un Caimán llevaba
por Yelmo, empenachada en Crestas ciento;
su Cimera lo muerde: Es con fiereza
Lengua a una media Boca otra Cabeza.

A ti (dijo Colón) Bárbaro injusto
busca en mi Diestra el Celestial coraje.
¿Es esta la Piedad, que da sin susto
vuestra Infiel Patria al ínclito Hospedaje?
¿Así admitís de Dios el clamor justo?
¿Así atendéis? Probad Guerra, y Ultraje
ya que es preciso (oh Brutos más crueles)
haceros Hombres para haceros Fieles.

Mas tú, que en todos Pechos la violencia
Infernal viertes, y a la Luz te opones,
como indigno de vida la inclemencia

en mi Brazo verás de altos Arpones.
Los portentos que admiras, no influencia
de ruina sólo son a tus Legiones,
mas en la Isla Alma tanta se atesora
a ser Teatro de tu Muerte ahora.

Decía así; Mas Naobacán negado
a cuanto no era rabia fulminante,
ni a Ti, ni al Cielo temo (grita airado)
de Ti, y del Cielo hoy quedaré triunfante.
Dijo: y de la Macana el erizado
Rayo de pedernal vibra arrogante;
cortó el cuello al Caballo; cayó al Llano
Colón, y medias riendas vio en la Mano.

No el Rayo tan veloz deshace abrazos
con que impiden las Nubes su carrera,
ni Tigre así rompió los embarazos
de fácil red dispuesta a menor fiera;
Ni de Arboleda que a la Cumbre es lazos
sale en alto Volcán rápida hoguera,
cual Colón falta, y vibra ña Cuchilla,
de los estorbos del Estribo, y Silla.

Humo es el Viento en aura abrasadora
que respiran los dos con ciego ultraje;
Lidian los Ojos con los Ojos; Mora
contra una frente en la otra atroz coraje.
De Caimán la Cimera, cica ahora,
al Dragón amenaza del plumaje
de Colón; y Serpientes disparadas
mellándose se muerden las Espadas.

Entre Ellas roto el Aire, o silba, o gime
al impulso que altivo lo arrebató;
Crujen los yelmos en que el brazo imprime
Trueno que atroz Relámpago desata.
Luces con que a Colón el Cielo anime
a su parte se ven; y Horrendas ata
mil Nieblas en que anuda asombro eterno
a Naobacán anticipado Averno.

Hiriolo el Héroe, cuya Espada choca,
y la Frente del Indio se ve ofenda;
Mezcla en el Rostro que a alto horror provoca
Sangre al Polvo y sudor, al atroz Contienda.

Ciega el humor los Ojos; Va a la Boca;
Bébelo el Indio, y brama furia horrenda;
Ruge, y no habla; Que Voces le retira
amasada en las fauces Sangre, y Ira.

Impélese en mil rabias disparado
contra Colón; Y todo el Odio uniendo,
en la Cimera golpe tal dio airado
que un Monte pareció abollarla horrendo.
Del plumaje voló el honor rizado;
o estremecido a tanto herir, o huyendo
de chispas con que el Yelmo se hizo Abismo
y otra vez se forjó en su Fuego mismo.

Recobrose Colón; de ira le muerde
el Pecho Áspid feroz; Exhala horrores;
y del Indio el siniestro brazo al verde
Campo arrojan truncado sus ardores.
Crece el Despecho en Naobacán; No pierde
perdiendo tanta Sangre, los furores;
Creyeras que Alma horrenda en Él se anida
el odio independiente de la Vida.

Ya la punta fatal impele al Pecho,
ya el corte a la alta Sien del Ligurino;
Aquel lo aparta, y en Coral deshecho
más; y más al morir lo hace vecino.
Errándose mil veces con despecho,
a estrellarse en el otro un Rostro vino;
sacó la guarnición de Sangre asomos,
en puntas transformándose los Pomos.

Hizo Colón la Espada al fin más roja
rasgando el Pecho infiel con fiel castigo;
Desesperado el Bárbaro se arroja
por la Espada a morder el Enemigo.
Mas diole el filo la postrer congoja
de lo vital hiriendo el Centro amigo:
Cae a los pies del Vencedor, y inmundo
baja el rabioso Espíritu al profundo.

Desciende (Alma feroz) descende al digno
Centro Infernal que a tu Crueldad se debe;
No contamines más, de Vida indigno,
nuestra Aura que en tu aliento Infiernos bebe.
Ahora en Orbe atenderás maligno

si es el Alma inmortal; Ahora aleve
sabrás si es justo el Ser que antes dudabas:
¡Ah Necio! ¿en no negarlo que arriesgabas?

De ti de ti, con pasmos, furias nuevas
el Genio más atroz copiará inmundo;
Aún serás (¡tanto horror al Centro llevas!)
Infierno del Infierno más profundo.
Siempre blasfemo porque a Insultos nuevas
todo el Orco, lo excedes furibundo;
Siempre te arroja impulso Omnipotente
a eterno Estrago, eterno Delincuente.

Arde el Monte; Arde el Aire sin que tarden
en morir aún sus Nubes abrasadas;
Arde el Campo intentando se acobarden
las Huestes; el Brazo arde, y las Espadas;
Arde la Isla; Las mismas Ondas arden,
y en rabiosas pavesas desatadas
es Ceniza el Peñasco; Es de horror llena
Carbón l'Alga, el Mar Polvo, Humo la Arena.

Más, y más el Raudal se exhala horrendo
de los sulfúreos Lagos del Abismo;
Llena Vientos; y Tierras, deshaciendo
cuanto vuelo encontró sus Barbarismo.
Saltan las Peñas; se Consumen; Siendo
la Lengua de la Llama a un tiempo mismo
Lengua que lame errando abrasadora,
Diente que rasga, y fauce que devora.

Los Vivos, y Esqueletos sorbe el roto
Campo atroz, y espesuras de ardor llenas;
A más Gentes que mueve hojas el Noto
fueron Urna aquel día las arenas.
Cansado de tragar el Terremoto
quedó; Y pudieron de la Tierra apenas
a tan muchas bastar Huestes extrañas
antes su Tez, y luego sus Entrañas.

Conocía los Hombres la honda hoguera,
y Tierra, que tembló en mil Grutas vaga;
Al Indio arruina, al Español venera;
Apaga Aquél, y deste al pie se apaga;
Pocos Hispanos en la ruina fiera
murieron, que de Sangre el Campo alaga;

mas muchos son los que se ven con vida
impacientes sentir bárbara herida.

Camilo a quien su altísima Osadía
puso de mucho riesgo en el empeño,
por mucha Sangre que perdido había
se rindió desmayado a un mortal Sueño.
Volvió después en sí, y mirando el Día
se halló en lo brazos de su Hermoso Dueño;
de aquella que una vez más dulce Aurora
vio en Nápoles, siempre ausente adora.

Rara es la Caso: cuanto el aliento acaba
se advierte en él una Sospecha necia;
Era Leonor la Dama que adoraba
Camilo; Viola cuando fue a Venecia.
De Sí misma con Celos Ella estaba
por lo que oyó al Galán; Mas hoy desprecia
su queja, y con piedad triunfó el cuidado
viendo el mísero Aniante desangrado.

Desabróchale el Pecho, y el Retrato
suyo mira, y su engaño claramente;
¿Con qué ansia no acusó el Destino ingrato
al ver que es Ella la adorada Ausente?
Declarola el Dolor; ya un velo grato
le daba femenil traje decente;
pagaba al yerto Amante en mil despojos
Ondas de ardor; Cuando Él abrió los Ojos.

Abrió los Ojos; mas del Rayo heridos
cerró los del Discurso inmenso espanto;
Duda Ventura tal, que los Sentido,
¡oh cuánto engañan en Amor! ¡oh cuánto!
Ni negados sus Bienes, ni creídos
en su alborozo, mal bastarle en tanto
con heridas, y pasmos pudo atento
a formar estas Voces el Aliento:

Dulce Sombra de un Bien que alto reparte
cuanto respiro incendio sucesivo;
Si había de ser precio de mirarte
el Morir, ¿por qué ha tanto inútil Vivo?
¿Qué impulso a mi congoja en esta parte
hoy tu Rayo amanece fugitivo?
¿cuál Pecho Humano a que el desmayo invierte

miró el Cielo primero que la Muerte?

¿Quién eres Ilusión apetecida?
¿Eres Piedad de las Esferas Bellas
que ensayas mi Atención porque hoy mi Vida
pueda juntas sufrir todas Estrellas?
Mas muerto estoy sin duda: Tan lucida
que ha tanto adoro copia de Centellas
l'Alma es mía, en quien vuela misteriosa
la viva Imagen de mi Angustia hermosa.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Colón en tanto, de la gran Victoria
cobraba en la Compañía heroicos frutos;
todos los Pueblos a admirar su gloria
corren, dándole el alma por tributos.
Graba al Indio alto yugo en la memoria
ver pocos riscos de su sangre enjutos;
todos se rinden; mueve a obsequio tanto
a algunos su lealtad, a otros su espanto.

Siente el Héroe que estorbe allí el lenguaje
reducir a Civiles tantas greyes
de rústicos Isleños, y que ataje
el darle luz de las sagradas Leyes.
Con esta pena estaba en el bosque
donde triunfo de los injustos Reyes,
a tiempo que alta dicha, y gloria rara
en Sacro aviso le explayó Origuara.

Origuara feliz, que desde el día
que el Cielo por el Aire lo arrebató,
corriendo aquel grande Orbe en él tenía
gran multitud al nuevo Culto grata.
Llegó a Colón, pisando cuanta unía
humana el Campo aún cálida escarlata,
y habló con suspensión de quien lo advierte
en la Lengua Española, desta suerte:

Admiraréis (oh vos de esotro Mundo
gran Timbre) oír en mí el Idioma Ibero:
Preceptos son de aquel Saber profundo
que raya, al oprimir, tanto lucero.
Ministro he sido yo del rito inmundo;
(¡oh cuánto hoy gimo aquel error primero!)
y el Cielo con portentos mil que inflama
a grande acción sin méritos me llama.

Prolija narración fuera contaros
con cual Lumbre eficaz Dios me retira
del Insulto; arrollando Soles claros
que la Vista adoró, y el Alma hoy mira.
A otro tiempo también dejo el mostraros
cuanta Nación por la alta Luz suspira;
la Luz, de quien nos era antes, sufriendo,
lento el Permiso el Odio más horrendo.

Tú, Excelso Capitán, fuiste eligido
para Legislador de un Orbe nuevo;
y en los Pueblos de Europa no has podido
ver justas Leyes que mostrarte hoy debo.
A llevarte a Región en que lo han sido
todas, por Sacra Ley los pasos nuevo:
detrás desa alta Sierra está que eriza
un lado al Campo, en que aún el Ver desliza.

Murada de peñasco este Hemisferio
tiene grande ignorada tierra extraña.
Nunca otra Gente penetró el Misterio
que entorno abarca la áspera montaña.
Como allá en sus Batuecas raro Imperio
el Alba de los Duques vio de España,
así han celado estas felices Greyes
no manchado el Altar, puras las Leyes.

Aquí ilustrarte el Cielo porque formes
después grande República, previene.
Y esta hierba me dio con que te informes
de todo Idioma: tal Virtud contiene.
En su lengua Nativa oye conformes
todas las demás Gentes, quien la tiene;
y cuanto habla a los Otros nada impropio
lo escuchan Ellos en su Idioma propio.

Fiado desta en el verdor amigo,
me escucháis, y me ha oído el Occidente.
Tendrás por ella la instrucción que digo;
y el Cielo en tanto asistirá a tu Gente.
Que lleves della ordena Dios contigo
Carlos, y Jaime: Iremos cuando a Oriente
vuelva el Sol que ya entra al Mar profundo:
Dijo; y cayó la Noche sobre el Mundo.

ALEGORÍA DEL LIBRO DÉCIMO

Este Libro es todo Alegórico; Y se insinúa en él que el Héroe después de haber vencido, y sosegado aquellas Gentes, pensó que Leyes le daría, y como formaría la nueva Ciudad. En Origuara que lo lleva a ver la República Dichosa, se explica es tan difícil Acción fundar, y hacer feliz un Reino, que es menester para acertarlo la concurrencia de especial Auxilio Divino (depositado en Origuara).

Carlos que lo acompaña, significa lo Benigno, y piadoso de Colón; Calidad sin la cual serían tiranas las Leyes; y quizá aludiendo a esto dice el Poeta en otra parte hablando de Carlos.

El Pecho que hacen Celestial las Ciencias.

Jaime es Emblema de la Religión; Y así al hacer Colón este Acto de Entendimiento, lo ilustra, y fortalece el Auxilio Divino; Y lo acompaña la Benignidad, y la Religión. El Rey luego del País oculto, que le muestra, mas no explica las Selvas portentosas, es el Entendimiento Agente, que de la Fantasía recibe los fantasmas, y los desnuda de la materialidad, para que con ellos se fecunde el Entendimiento Cognoscitivo. La justicia que le enseña lo admirable de Leyes, Estilos, y visible lo Espiritual, es este segundo, y mejor Entendimiento, donde se halla el Objeto proporcionado a la Potencia; Esto es Espiritualizado; Para que pueda conducirse a perfección el Acto Intelectual, que en la Reflexión, y Exclamación con que después Héroe prorrumpe, se muestra perfecto discretísimamente. Los muchos, y admirables misterios restantes, por no poder decirlos todos, los fío a la investigación de los Estudiosos; como también el aplaudir los aciertos de coronar el fin a la Obra, pues la concluye el Poeta hablando con la Majestad Cristianísima de Luis Décimo Cuarto El Grande.

LIBRO DÉCIMO

Era al tiempo que nace en cuna fría
la niñez de las llamas que el Sol dora,
y se espereza tierno infante el Día
en el florido seno de la Aurora.

Por arrullos sutil murmureo hacía
al Rayo nuevo el aura voladora;
rasgando por mantillas felizmente
sus Arreboles el purpúreo Oriente.

Al pestañear Celeste que ilumina
la Esfera a balbucientes esplendores,
en la tierra, en el viento, y la marina,
se trasladan bultos a colores;
herida de su vista en grana fina
la Emperatriz se enciende en las flores;
y el ave y fiera, que su ardor regala,
estremece la piel, sacude el ala.

A este tiempo Colón: Mas oh inmortales
divinas Musas, ¿dónde mi ardimiento
sin vos huella caminos Celestiales
nunca emprendidos de otro Humano Aliento?
En mi gran tela, en quien a los Mortales
enseña lo Feliz profundo acento,
ya ha llegado la diestra, mal segura,
del mayor tramo a la alta contextura.

Si a vos (sumas Virtudes) cometido
fue un tiempo en Alas conducirme alternas
a Esfera em que aprender pude el sonido
de las volubles Cítaras eternas;
Si por vos, elevando el fiel gemido
en que Amor me dictó lágrimas tiernas,
inspiré de la Trompa la armonía;
Dad todas hoy vigor a mi Osadía.

La Tierra, Madre de ignorancias sólo,
donde Escipiones ya no hallan los Enios,
por linaje dulcísimo del Polo
hiere (Madrastra en fin) los sacros Genios.
Sin sombra o fuente que del fiero Apolo
o de la sed defienda los ingenios
miseros buscan por sendero horrible
de la Virtud la Cumbre inaccesible.

Reina la Adulación, Deidad se aclama
la Riqueza, de insultos ciega amante;
yo lo vi, cuando el Error que infama
los Palacios, me hurté al infiel semblante;
Cuando huí de la Corte en quien derrama

tantos monstruos Plutón, que cada instante
al negro Umbral para verterle enojos
rechina el Quicio, estallan los Cerrojos.

Ya la Corte habitó; ya en Obeliscos
vi esa Sierra de torres erizada
en cuyos Capiteles o altos riscos
por selva crece tanta Cruz dorada.
Mas a mucha impiedad formaba apriscos
la Pompa de sus Coches dilatada,
donde tronando ruidos vanamente
aún se afecta el Poder, Omnipotente.

Hoy pues (Celestes Ninfas) que dichoso
rompí del Laberinto el ciego lazo,
y que he podido conseguir ansioso
(Amiga Libertad) tu dulce abrazo;
En este mayor Vuelo misterioso
esfuerce mis Cadencias vuestro brazo,
porque a pesar de Invidia iguale atento
al raro Asunto el portentoso Acento.

Ya los Cuatro gloriosos en la incierta
sombra vían la luz confusamente,
en fe de fenecer la Gruta yerta
cuando empezaba el Sol resplandeciente.
Rompen Jazmines que a la bronca puerta
del risco eran cortina floreciente;
y a un Prado salen, donde suspendidos
el Deleite no cupo en los Sentidos.

A un Prado, donde para que eternices,
oh Abril, tus hermosísimos ensayos,
era el Alba, la Rama, y los Matices,
más que Flor, más que Selva, y más que Rayos.
Mostrando que sus ámbitos felices
la Delicia esmaltó, vestida Mayos,
formaba el Aura, el Sol, y el verde Suelo
más que Luz, más que Tierra, y más que Cielo.

Divino Alcázar de la Primavera
es todo el Valle entre Favonios roncós;
densa Bóveda de hojas lisonjera
que en las Columnas crece en los troncos.
Sino es que las Rosas en la hoguera
arde la Selva sin estruendos broncos,

y en cúpulas frondosas da su aliento
humos de Ramas a anegar el Viento.

Cuando difunde espíritu apacible
en Tempes vistosísimos Pancaya,
cuanto al Hidaspes en verdor plausible
florido exceso del Elisio ensaya,
Y cuanto aroma el Ave indefectible
junta en su hoguera, todo aquí se explaya;
son Babel de deleite, y de bellezas
Frutos, Bálsamos, Flores, y Cortezas.

Dulces arroyos mil rasgan el prado
traveseando en inquietudes sumas;
salpican allí un Lirio enamorado,
acá un Jacinto anegan sus espumas;
las Violetas impele aire templado
como que a huir del Agua busquen plumas;
y del Cristal temiendo los confines
se enredan por los troncos los Jazmines.

Desarrollan los Mayos florecientes
aquí sus lienzos; rompe Abril sus llaves,
y el Alba en tintas de hojas diferentes,
todos sus coloridos da suaves.
Llenan fragrantas ondas los Ambientes
donde Sirenas las traviesas Aves
baten cantando en Ovas de Esmeralda
leve escama de azul, púrpura, y gualda.

En competencia suya hermosas pieles
dan a la grama ejércitos sencillos;
vagando en la beldad de sus Vergeles
doradas Liebres, blancos Cervatillos;
Si la Corza fugaz con plantas fieles
sin inclinarlos corre en los Tomillos,
saltando el Conejuelo aja en las bellas
Flores el tierno humor de las Estrellas.

Compite con la Rosa la Granada,
de flor, y frutas Reinas superiores;
en cuya fe más triunfos de encarnada
a una las Frutas dan, a otra las Flores;
del Botón, y la Cáscara elevada
hojas vierten, y granos sus colores,
haciendo la ansia de ostentan tu Pompa

que una se desabroche, otra se rompa.

Apacible Niñez de la Arboleda
son los Guindos que ascienden poco al Pelo;
y sus frutas, a quien el Nácar ceda,
pendientes dijese que le feria Apolo.
En los densos Naranjos ver se veda
las Ninfas transformadas; quedan sólo
vivas Limas, palpitando en ellas
dorados pechos de Amadrías bellas.

Porque las peinen airecillos roncós
las Parras: vierten pompa dilatada;
las Parras, de la testa de los troncos
bulliciosa peluca enmarañada.
No las admiten sólo Álamos broncos,
mas de cualquiera Planta allí elevada
cuelgan a haces los Pámpanos opimos,
y penden los Racimos a racimos.

Poblaban verdes Chozas esparcidas
aquel Terreno bienaventurado,
ocupando sus márgenes floridas
tendido un carro aquí, y allá un arado.
Los Bueyes con las frentes mal erguidas
descansaban ociosos en el Prado,
y su aliento humear a luz temprana
con el fresco se ve de la mañana.

Allí cándidos Cisnes conducía
dulce Serrana que a la luz se atreve;
Acullá baladoras con el día
tierno Zagal las ovejuelas mueve;
Despierta el Labrador al Sol que vía
por la rendija entrar del seto leve,
y alegre sale de su choza yerta
haciéndolo agobiar la angosta puerta.

Todo el Valle es pacíficos objetos
y de halagüeño Amor imperio blando;
los rudos troncos aman, y entre afectos
están las varias hojas anudando.
Ríen las selvas; a su acción sujetos
los Riscos su beldad viven amando;
y toca ardiendo el Aura licenciosa
los rojos labios de la honesta Rosa.

Suspiran por el Céfito, encendidos,
los matices espíritu de aromas;
las Tórtolas se besan en los nidos;
arrúllanse lascivas las Palomas;
mugén las Vacas; a su voz movidos
los Toros, a quien tú, Ciego Amor, domas,
se ven venir; y en ímpetu sencillo
vuela a la fiel consorte el jilguerillo.

A un lado del camino un monte estaba,
a quien Flora, esmerando sus pinceles,
dio siempre, por sí al valle lo igualaba,
peso feliz de Mirtis, y Laureles;
al pie dél una gruta se rasgaba;
donde, cargado el risco de vergeles,
entre pintadas conchas y corales
oprimido sudó blandos Cristales.

Al Arco de la gruta fiel Boscaje
dulces Yedras y Pámpanos tejían,
que en lazos bellos, sierpes de follaje,
se enroscaban tal vez, tal se mordían;
algunas roto el alto maridaje
casi el Cristal tocando, allí pendían,
donde a abrazarlas, como Amor lo fragua,
falta la arena al borbollar del Agua.

Por una calle de Álamos, torcida
al vago arbitrio de la fiel Ribera,
va su espuma a ser plata entretejida
en los brocados de la Primavera.
Celosas aun del Sol, formas tupida
nube las ramas de su alegre esfera,
oponiendo en densísimo desdoro
escudos de Esmeralda a asaltos de Oro.

A pocos pasos bulliciosamente
ruedan varios molinos a su abrigo,
cuyos humildes techos felizmente
de lejos hace blanquear el trigo.
Quiébrase en los Rodeznos la corriente,
sí en la piedra se riza el grano amigo;
y al Viento en blanca nube peregrina
polvos de agua exhaló, y ondas de harina.

Vueltas luego las Selvas portentosas
en Joyeles, se ilustran más triunfantes:
transformaron su pompa las hermosas
Flores en resplandor de Astros brillantes.
Muestran todos los troncos luminosas
de plata hojas, y frutos de Diamantes,
quedando el Sol que mira el dulce Prado
al súbito reflejo deslumbrado.

Los riscos coronados de Alelís
son Crisólito y perlas de Luz llenas;
visten los brutos pieles Carmesís;
Y lanas de Oro (oh fiel rebaño) estrenas.
Vierte el arroyo en guijas de Rubís
preciosa tempestad a las arenas;
manan las peñas leche; y corredores
Nilos de Miel endulzan los verdores.

Todo era el valle Luces y hermosura,
a cuya vista con tropel urbano
aplaudiendo divina la espesura
toda la gente se agregó del Llano.
Tal, cuando enciende el Viento la Alba pura,
los que rinden al Sol incienso vano
velan devotos a adorar leales
las repetidas Llamas Orientales.

Suspendido Colón gustosamente
las transformadas selvas atendía,
y los concursos de la agreste gente
que el seno de las Chozas despedía;
Cuando del Montecillo floreciente
salir mayor escuadrón se advertía
a cuya novedad con yerto modo
fue calma la inquietud del Valle todo.

Era este el Rey, a quien los Magistrados,
y el Pueblo, acompañaba en facción tanta;
y a quien de la venida y los cuidados
de Colón dio noticia Visión Santa.
Del lecho, antes que el Alba los dorados
Luceros desvanezca, se levanta;
y compitiendo pompas con el día
el Huésped grande a recibir venía.

Vertió golfos de Gentes el camino

al dulce Valle con festivo alago,
rebalsando el viviente remolino
de la ancha Selva en el florido lago.
Ondeando en tanto Pueblo peregrino,
a ser de Hombres pasó Danubio vago,
Mar que antes era inmoble en mil colores
perezoso carámbano de Flores.

El príncipe a las selvas luego amenas
salió con las Togadas Jerarquías;
sus Carrozas, de varias Flores llenas,
agrestes Carros son, bueyes las Pías.
Corónanse los bueyes de azucenas;
y cada Carro es tal, que juzgarías
mirabas con prodigios halagüeños
lejos del tronco florecer los leños.

Penden haces de Rosas que lo abrazan
del cuello al tardo buey, que Elisios brilla;
y rojos tramos de Clavel se enlazan
por Ejes, Ruedas, Pértigo, y Toldilla.
El movimiento que los tumbos trazan
tal vez deshoja su beldad sencilla,
y volviendo a la selva sus pensiles
se anegan los Abriles con Abriles.

Mas ceda toda pompa a los doseles
del Rey, cuya Carreta unció vistosa
blancos toros; a quien vistió las pieles
labrada red de mucha flor hermosa;
parece que allí el Alba sus pinceles
probó; o teñir queriendo alguna Rosa
caer dejó en las pieles sin destreza
borrones de carmín Naturaleza.

Jamás Creta escondió en tales colores
algún toro que ofrenda a Jove sea;
Creta, halagüeña patria de las flores,
alabe o no su Idalio Cítarea.
Ni al mugidor Osiris con primores
florecientes el Nilo así hermosea,
cuando en sus reses que adoró el Egipcio
transformaba en Deidad el Sacrificio.

Por Dosel iba una Águila de Rosas
haciendo blanda sombra al Rey sublime.

Abre las alas, y en las generosas
garras una enroscada Sierpe oprime.
Son flor la Sierpe y Plumas espaciosas;
y porque todo a un tiempo el Aura anime
finge en murmuréos, en temblores miente,
vuelo al Águila, y silbo a la Serpiente.

Los Costados del Carro en lisonjeras
pompas cada uno inmenso abril florece;
nieva el Jasmín tejido en sus esferas
dulce pared que en Rosas se enrojece.
Un Cielo de vagantes Primaveras
no ya Carro, se ostenta; en quien parece
que un Pensil cada tabla, un signo sea
cada buey, cada cuerno el de Amaltea.

Era el Rey vuelto, a quien daría
Chipre sus Solios entre los más bellos.
Pardo gabán fue el traje que vestía;
amos el Rostro, y Oro los Cabellos.
De sus facciones dulce la armonía
los dulces prados enamora al vellos;
y atraídas quizá de sus primores
(Orfeo mudo) lo coronan Flores.

En llegando a Colón, del Carro agosto
a abrazarlo se antoja diligente.
Oh tú (le dice) Capitán robusto
ya esclarecida Luz del Occidente,
Dichoso llegue a nuestro Imperio el justo
blasón de tu Osadía; y felizmente
esta Aurora amanezcan sus Deidades
a esclarecer Horror de mil edades.

A mucha Profecía ha sido objeto
entre nuestros Mayores tu grande Alma
anunciando alto bien cuando el efecto
rompa a nuestro esperar la ansiosa calma;
Mas ya ¿quién no percibe de tu aspecto
esperanza mayor, de mayor palma?
Feliz quien llega a ver con Luz brillante
reiterada Edad tanta en su semblante.

Ya, queridos Vasallos, nuestro espanto
atiende la admirable fiel Victoria
que ha sido en la esperanza tiempo tanto

noble peso al afán de la Memoria.
¿No veis, en fe de que el Impíreo santo
vierte a estas selvas soberana Gloria,
como en su claro espacio reverbera
resplandeciente extraña Primavera?

Corred todos, llegad al peregrino
Celeste. Embajador del Orbe amante;
este es, dichosa Patria, este es el digno
felice Nuncio del Zafir brillante.
Así, aplaudiendo el Héroe Ligurino,
el Monarca a su pueblo hablaba errante;
admirando en Laurel de Estrellas dueño
ser más gloria al Presagio el Desempeño.

Deshecho luego el lazo en que ceñía
al gran Caudillo el Príncipe dichoso,
el Joven Carlos (lleno de alegría)
a Jaime, y Origuara abraza ansioso.
Llegan los Magistrados a porfía
rendidos con obsequio generoso;
y en todo el Valle suenan lisonjeros
aplausos de los grandes Extranjeros.

Corresponden Colón, Jaime, Origuara,
y Carlos a la Noble Cortesía;
admirándose todos de la rara
modesta no esperada Monarquía.
También del Indio en toda faz se aclara
cuanto asombro la Europa allí infundía;
viven absortos en el verde Polo
millares de Hombres con un rostro sólo.

Vuelven luego a los Solios, pretendiendo
que a ser de flores Mar vuelva el camino.
En el Real Carro, a todos precediendo,
con su Gente y el Rey, va el Ligurino.
Toman vuelta las ruedas, describiendo
largos giros al Valle peregrino;
y el Monarca a sus Pueblos imperioso
que guíen manda al bosque Misterioso.

Has de saber (dijo a Colón) que en esta
dichosa Patria de lo Floreciente
una Espesura está, cuya floresta
la antigua Religión guarda altamente.

Todo mi Imperio víctimas la presta
en el no osar tocarla; y reverente
lejos la adora; que en su Templo oculto
es la Distancia quien acerca al Culto.

Ni penetrar pudiera allá a los rancos
interiores murmúreos de sus ramos
nuestra Curiosidad, según sus broncos
vastos lindes tejidos admiramos.
Son muralla densísima sus Troncos;
o congelada peña en verdes tramos;
si no es que sola enlaza en su extrañeza
a toda una Espesura, una Corteza.

No sabrá ponderar, docta elegancia
los portentos que exhala augustamente
este Centro feliz, esta Abundancia
de eterna magnitud resplandeciente.
Hierva quizá en Deidad su sacra estancia,
y impidiendo las Plantas su Torrente
rebosa en Luz causando al Sol desaire
a ser glorioso escándalo del Aire.

Tal vez un dulce rayo que desata
apacible Volcán su verde Asiento
sobre la Corte nuestra se dilata,
penacho hermoso que engalana el Viento.
Tal vez un Iris baña de Escarlata
Blanco, Verde, y Azul, su Firmamento,
pintando en coloridos mil su anhelo
Cóncavo más Celeste que el del Cielo.

Hoy junto al triunfo de la blanca Aurora,
sin que el sueño mis ojos libertase,
una tropa de Ninfas voladora
me avisó cuanta dicha al Reino entrase;
y me ordenó que a su Floresta ahora
antes que a nuestro Pueblo te llevase:
Aquella es ya; mira su Rama atento
si es densa en su verdor más que en mi acento.

Hablando así; la Selva percibieron
venerada de tiempo en tanto curso;
Cuando a un raro suceso suspendieron
admirada la acción, yerto el discurso.
Portentos contaré; Rasgarse vieron

la Selva en dos mitades, y al concurso
Campos llenos dejar de flores rojas,
amontonada en dos Olimpos de hojas.

Por Segur invisible y mano oculta
caen los Fresnos, el Roble, y las Encinas;
ve el Sol las hierbas que la rama indulta
siglos ha, de sus Lámparas Divinas.
Yacen cortadas en la selva inculta
Plantas de tanta edad, que peregrinas
sobreviviendo a Dioses que hospedaron
Faunos (tomo cortezas) renovaron.

Sucede el Aire en el vacío asiento
que hereda de las copas la Aura pura,
porque densa hasta allí gran parte al Viento
macizaba de ramas la espesura;
Vuelan las aves viendo al pavimento
caer el nido y selva mal segura;
la gente a un lado y otro admiraba esta
monstruosa división de la floresta.

Así por el Destierro antiguamente
al acercarse al piélago Eritreo
todo el Golfo en dos ondas solamente
arrollado notó el Concurso Hebreo;
huyen los peces; pásmase la Gente,
cuanto del fondo (enjuto a su deseo)
vio ser Orilla por frustrar su pena
dos Montes de Cristal a un Mar de Arena.

A pocos pasos de rasgado el fuerte
denso estorbo de Troncos anudados,
llegó el vago Escuadrón con fausta suerte
a extraños bosques de Oro iluminados.
Tanta aquí mineral Virtud se advierte,
que el Sol divulga en Troncos a los Prados
los preciosos secretos que allá dentro
fió el silencio lóbrega del Centro.

Luego que nació el Mundo y se destierra
el Caos, tuvo esta Espesura Oriente;
y en ella el gran Vigor que el Todo encierra
lo florido elevó a resplandeciente.
El Verdor yerto se apartó; y la Tierra
que tanto concibió Monstruo Luciente,

al Día en Plantas con que (oh Sol) te agravias;
Potosíes produjo, abortó arabias.

Con pasmos se ve aquí desempeñado
cuanto fingen Poéticos Acentos;
Corre el Oro en Pactolos por el Prado;
los Riscos visten de Oro lucimientos;
parece mana el Monte liquidado
en las fuentes que exhala; y con portentos
hierve frío el Metal que el Campo llena
en el Crisol dorado de la arena.

Aquí la Hija de Glauco misteriosa,
mejor que en las Euboicas regiones,
la ofrenda a Eneas enseñara hermosa
que abrió paso a las lóbregas mansiones.
Cualquier Árbol en copia da preciosa
los Pemos que a Atalanta eran prisiones;
Oro las Flores son, Oro las Gramas,
Oro el Tronco, Oro el Fruto, Oro las Ramas.

El Reflejo que el Prado al Cielo invía
compite con las Lumbres que él le arroja;
espesas de Llama al Bosque el Día,
y al Día el Bosque exhala incendios de Hoja.
Quiébranse al encontrarse, con porfía
rayos en rayos; su esplendor se enoja,
y haciendo el Aura de Zenithdes centro
son ellos mismos chispas de su encuentro.

No es menos raro el ruido en sus Abriles
que al moverse el Metal logra el ambiente;
cada hoja suena a Cítara; y sutiles
sus fibras, cuerdas son de Oro luciente.
Quizá, por desagravio, si pensiles
movió un Mortal en Tracia dulcemente,
esta Selva nació que en sus Hibleos
pueda armoniosa embelesar Orfeos.

Un esférico Valle se mostraba
sin Troncos, de tal Campo en la alegría;
cuyo redondo espacio retrataba
la plancha de Oro que nos muestra el Día.
Elevarse en su centro se miraba
un Templo de Oro a la Región vacía;

Esférico también; cual aún la suerte
Gloriosa Roma su Rotunda advierte.

Parece que del Solio Omnipotente
robó la pompa esta Mansión dichosa;
tanta Preciosa Piedra felizmente
brilla esparcida en su pared gloriosa.
No Templo, Joya si resplandeciente,
su riqueza la ostenta; y misteriosa
porque el pecho a la Selva ha de adornalle
la guarda avaro el Corazón del Valle.

Junto al Rubí, el Berilo en sus colores
la Aurora renaciendo allí retrata;
el Ametisto, y el Diamante, ardores
entre Topacios y Ópalos desata;
brilla el Sardo, de quien los esplendores
el Éufrates en mármoles recata;
y congelado Cielo en pompas bellas
es manchada la Astroites de Estrellas.

Remata en medio globo la estructura
deste Monte de Luces venerado,
dominando glorioso la llanura
a los Reinos del Céfiro elevado.
Con divinos relieves la escultura
de su Techo adornó Cíncel sagrado;
y corona la Cumbre de su Estancia
una estatua feliz de la Abundancia.

De Oro es la Estatua; cuyo bulto ufano
ciñe de Flores apacible copia;
un haz de espigas muestra la una mano;
la otra de Abriles lleno un Cornucopia.
Como caldo al Techo soberano,
de espigas rubio enjambre en él se copia;
donde, en sus visos pálidos grabadas,
las mieses finge el Oro sazonadas.

Por toda la inferior circunferencia
con preciosas Columnas divididas
en mil Nichos la Vista reverencia
las Virtudes, en bultos esculpidas.
Creyeras ver de alguna eterna Esencia
patentes las Deidades aplaudidas,
pues de Luceros y Virtudes pura

respiraba esplendor la Arquitectura.

Eran las puertas de Coral luciente;
y amaneciendo en él los tornasoles
se fingen de un Sol de Oro, a cuyo Oriente
parecía el Coral los Arreboles;
lisa plana de púrpura su ardiente
tabla se ofrece a rasgos de faroles,
resbalara la Vista en su tesoro
a no tenerse en los follajes de Oro.

Luego que se acercó la Compañía
feliz, se abrieron las sagradas Puertas;
y mil vivos Luceros que tenía
dentro del Templo al Vergel dieron abiertas.
¿Quién dirá el esplendor que opuso al día
su tropa Celestial? ¿y quién las yertas
calmas que en Colón y el Reino aunado
se agradeció el Sentido deslumbrado?

Tú, gran Platón, la Escuadra y sus felices
Ninfas copia; de ti, de ti fue vista;
pues si se viera el no adorarla dices
fuera imposible al ver la Luz que alista.
Sólo diré en su Traje los matices
de quien nunca pensó la Humana Vista
que junto Iris, Estrellas, Aves, Flores
pudiesen colorir tantos colores.

¿Qué Rueca hizo el Diamante hilo? ¿o lucidos
estambres de Crisólito en fanales?
Sólidas Telas arden, reducidos
a copos el Rubí, Perla, y Corales.
Con Topacios florecen los tejidos
Claveles del dibujo, en sus cendales;
y encendida corteza el verde ramo
obstina de Esmeralda áspero el tramo.

A unas cuajado de lucientes Flores
Celeste un dulce Mayo las cautela;
Otras hacen constantes los ardores
de tejido Relámpago en gran tela.
Seda es roto en Azules esplendores
el Polo; a otras cendal cándido cela,
y porque el Rostro en sacro ardor no lo aje
en tramas de ampos se congela el traje.

Quien un cruzado leño ansiosa abraza;
Quien Columna inmortal; Una a despecho
de la Traición, el velo despedaza
y de nieve un Fe muestra en el Pecho;
Cual un Cordero lleva; a cual enlaza
Abril la frente en mucha flor deshecho;
Y a cual contra el Abismo aun del coraje
copió llamas purpúreas el Plumaje.

Como cuando el Rocío ha hecho erarios
del Alba con las lágrimas, las Flores;
al herirlas el Sol, con visos varios,
apuestan a sus átomos colores;
Y cada Flor matices mil contrarios
Verde, Azul, Carmesí tiñe en ardores,
dudando el Aura misma que los mece
si se abrasa el Jardín o el Sol florece;

Así en la Selva de Metales bella,
y en el Palacio así resplandeciente,
de cada Ninfa el Traje en luz descuella,
floreciendo al teñir vario lo ardiente.
Vio Colón que una destas era aquella
Beldad que en Nave ya le habló luciente;
Y en ella en fin, respirando el Cielo todo,
dijo al mortal Concurso deste Modo:

Triunfantes Héroes, luz de otras Regiones;
y vos que hacéis un Reino de quietudes;
De la Edad veis del Oro las mansiones
donde todas moramos las Virtudes.
Díganlo de esa Selva los blasones,
que vegetando hermosas Magnitudes
de hojas todas Estrellas, lucimiento
apuestan con el alto Firmamento.

A ti, Excelso Colón, debe esta Gente
los permisos de entrar a esta Espesura,
destinado por Brazo Omnipotente
felice colmo a su inmortal Ventura.
Más también en su Imperio floreciente
grande aviso hallará tu Atención pura;
admirando en sus Leyes que profundo
te enseña un nuevo Cielo el nuevo Mundo.

A estos Pueblos dulcísima se presta
cuanta Felicidad acá es posible;
reside el Bien, no interrumpido, en esta
gloriosa habitación de los Apacible.
No altera mando injusto la Floresta;
ni los Hombres Invidia enciende horrible;
que en estas Selvas dulcemente hermosas
son siempre unos los Ojos y las Cosas.

Sólo en ardiente y cándida porfía
miente nieve el Jazmín, ascuas la Rosa;
mentira en fin, que con afán de un Día
la Luz del Sol deshace poderosa.
Roba el Favonio sólo cuantas cría
fragrancias la Espesura deliciosa;
sólo impelen los Céfiros suaves
no el Hombre a Lides, sino a Amor las Aves.

No impera aquí el Insulto; no es espanto
admira que, abrazado a Error monstruoso,
en ningún Tribunal, aún sacrosanto,
le falte absolución al Poderoso.
No se aprecia el que inventa al Reino el llanto
de nueva Carga; y firma escandaloso
que sobre el Pueblo, que oprimido cede,
todo se puede bien cuanto se puede.

No hay en su Corte Monstruos de Fortuna
que sin Mérito Cultos interesan;
no la Traición, el Odio, o la importuna
Hipocresía en ella se profesan.
No de altiva impiedad hay seña alguna;
ni hacen en los Oráculos que cesan
(Cual ya fingió el Gentil) con duras Leyes
mudos los Dioses los injustos Reyes.

Su Gobierno es Monárquico, oportuno
más que esotros que el Pueblo a muchos fía;
y más perfecto, pues no hay otro alguno
que no venga a acabar en Monarquía.
Depositaron el Poder en uno
por ver que sólo un Sol informa el Día;
un Dios el Mundo sin vigor diverso;
y un Alma el racional breve Universo.

Mas como debe ser Alma a su Gente,

Sol, y casi Deidad de alta pureza,
no penden de que inútil fatalmente
se lo produzca la Naturaleza.
Es Electivo el Dueño aquí eminentes;
y es dignidad perpetua tu Grandeza,
si tal vez bastardeando el soberano
Carácter, no declina hacia el Tirano.

Los Magistrados Grandes y Menores
cifran en clases dos de sus potestades;
Uno de los Segundos y inferiores
preside a cada treinta Vecindades.
Cada diez destos a uno en los Mayores
le reconocen superioridades;
y de unos y otros dura el Poder sólo
cuanto a los Signos da una vuelta Apolo.

Aquellos que presiden nunca indignos
a treinta Casas, hacen juramento
que un Hombre elegirán de cuatro dignos
que diga el Pueblo para el Real Asiento;
el que fuere de impulsos más benignos;
de mayor Religión, más justo aliento.
Y cada cuarto espacio señalado,
de la Ciudad, propone uno al Senado.

Cada Tercero día con frecuencias
el Consejo supremo y Rey consultan,
componiendo las pocas diferencias
que entre la Gente rara vez resultan.
Mas estas Juntas siempre en las presencias
de Dos de Esotros se hacen, ni se consultan,
porque ausente en tratados que repriman
al Pueblo el gran Consejo y Rey no opriman.

De todo dan a sus Familias parte
estos Dos cuanto allí se ha conferido;
con ellas se consulta, y se reparte
la Respuesta al Consejo esclarecido.
Delito es Capital tratar a parte,
o fuera del Senado preferido,
cosa alguna que pueda al ministerio
de las Leyes tocar y del Imperio.

Todo Juicio es verbal, en que se apura
de los Civil, y Criminal, la vista;

y la Verdad se encuentra más segura
sin las Cautelas del venal Jurista;
pues cual partido en hilos de Onda pura
un Río el fin de su Cristal conquista,
muere del todo exhausta entre otros Reyes
la Razón dividida en muchas Leyes.

Su Traje ya lo ves, mi otros mayores
en su Corte verás que esta llaneza;
basta Lana que observa en sus colores
el tinte que le dio Naturaleza.
Son de Lino sus ropas interiores;
y sirviendo, no el fausto, a la pureza,
lo limpio sólo su atención previno
en la Lana, lo cándido en el Lino.

La Seda ignoran; y castigo horrendo
está por ley precisa destinado
para el que otro Uso fuere introduciendo,
o labre el paño sutilmente hilado.
Ríense de todo esto, conociendo
que en fin la Lana y Lino más delgado
no alegará mayor, mejor no deja
progenitor, que el Césped, y la Oveja.

Mas la gran fuente donde más deriva
su gran Felicidad a estos Mortales,
es que no los distingue aquí, o la altiva
Nobleza, o diferencia de Caudales.
El Blason más dichoso suyo, estriba
en no tener Blasones desiguales;
y lo que ajenos hace, sin vaivenes,
los Males, es no ser propios los Bienes.

Crece las Plantas para todos; nace
para todos la Mies; cae el Rocío
para todos; y a todos satisface
en riesgos del Frutal pródigo el Río.
Así logran que Amor su unión enlace;
y ignorando la Astucia y el Desvío
no tan sólo comunes en sus calmas
verás los Bienes, mas también las Almas.

Y en fin porque mejor de cerca adviertas
otros Estilos, y otras Leyes tales,
la Abundancia, las Dichas nunca inciertas

que en la Tierra hacen Reinos celestiales;
Y porque aplausos en su Corte viertas
a Objetos no Ambiciosos, Naturales,
a ella ven, donde en ínclita conquista
más rapto el Alma deberá a la Vista.

Dijo: y dorando Floreciente Zona
surca su Escuadra el Celestial camino;
mas como altos avisos no perdona
de su Oráculo hermoso, el Ligurino,
Divina Astrea (dice) si es Corona
de una Corona augusta lo Divino,
¿dime cuál Religión descuella cedro
acá tan lejos del Galeón de Pedro?

En estos (Respondió) Reinos de Flores
todo está en todo con perfecto modo;
y de alta Religión los Esplendores
están mejor por lo mejor de todo.
Mas no sus Monarquías Superiores
con muchos Sacerdotes incomodo;
Cada Pueblo tiene uno solamente;
y uno la Corte, a todos eminente.

Está en el Templo, y este en erigidas
florestas que a este fin el Arte enreda;
y hacen más sus Presencia aplaudidas
respetosos mil velos de Arboleda.
Luego en Chozas, a número ceñidas,
viven (al que el Senado le conceda)
Monjes santos; el Sitio más tejido
el del supremo Sacerdote ha sido.

Preñez secunda de la Primavera
se hincha el Valle en un Ródope florido,
y no mezcla sus cumbres en la Esfera
porque a emularla asciende esclarecido.
Fanales de matices reverbera
en las Campanas diáfanas y, erguido,
del Arco de sí mismo a la lid clara
todo en Penachos de hojas se dispara.

Cárcel dulce al Oído es el ambiente
que hermoso la Floresta en quiebros hace;
Líquido aborto en risco floreciente
mucho Delicia allí se aljófar, nace.

A la Vista la Luz más felizmente
ríe el Alba; no hay Flor que Ámbar no enlace,
y en la alta suavidad que el Aura le entra
también sus luces el Olfato encuentra.

Sólo abrigan sus árboles blandura,
la Liebre de Oro, o pardo el Conejuelo
no la corre (tan densa es la Espesura)
la taladra oficioso, como el Suelo.
En fe de que otros Soles se asegura
ni aun de Luz le introduce sombra el Cielo;
y entran mal (cuando el Viento hojas desvía)
desgreñadas las Lámparas del Día.

El Dragón que mil Áspides tremola,
y por traerlas de las Hazas bellas
ató escamoso bálago su Cola
en la mies Celestial haces de Estrellas;
Ese, aunque ardientes furias enarbola,
pisado destas Ramas gime al vellas;
y sin tocarlas postra infaustamente
del Monte al pie la Cumbre de su Frente.

Con razón; pues la Gracia a la Espesura
en lo más alto siendo está guirnalda,
para que entre ella esté y la Sierpe impura
la hermosura del Monte y verde falda,
¿Quién negará que inmensa es la Hermosura
deste excelso Gigante de Esmeralda,
si mide su hermosura y fértil vista
cuanto la Gracia de la Culpa dista?

De Monjes santos luego Chozas ciento
pueblan el gran Desierto inaccesible,
y penitente el áspero Escarmiento
dulce en brazos se ve de los Apacible.
Así decía: cuando el Firmamento
florido, fue a sus Ojos perceptible.
Arrodillose el Rey; y a vista tanta
dice; y el Alma con la Voz levanta:

Salve Erario de Estrellas florecientes.
Jardín del Cielo en Cuadros de esplendores;
En ti son Flores líquidas, las Fuentes;
que riega otra Virtud Fuentes y Flores.
No al Céfito de plumas diferentes

matices bate; anima tus verdores
(Mar que hunde Olas de Siglos sin medida)
la alta sin margen Fuente de la Vida.

Chupa, en vez de la Abeja artificiosa,
volador Escuadrón de Inteligencias
la escarchada Azucena, de la Rosa
las ascuas; del Jasmín las inocencias.
¡O nunca ardiente el Can tu pompa hermosa
muerda, o turben tu Abril frías violencias!
Logre una vez Hermoso eternizarse;
y sea Siempre un Nunca marchitarse.

Examina sutil Filosofía
Selvas donde son ramas los Metales;
y otras en que grabaron Simetría
de Hombre, o Bruto cinceles naturales;
Mas en tus Grutas penitente invía
vivo Esqueleto otra Alma a los Mortales;
da el pálido Semblante ejemplo activo,
y en el vivo Cadáver, nace el Vivo.

Cesen contigo cuantas selvas bellas
sudó Naturaleza o soñó el Arte;
manan tus peñas Miel, pues corre en ellas
dulce el Afán que la Virtud reparte.
Tus Héroes sacros con que el Mundo huellas
te hacen ser Paraíso en cada parte;
Floreces Gloria; y sólo juntan finas
sus penitentes rostros las Espinas.

Con tal Clamor el ínclito Horizonte
saludó el Pueblo Bienaventurado:
Y luego, porque a Glorias se remonte.
Cambian por la Montaña el verde Prado.
La senda que enroscándose va al Monte
pisa; Yedra de polvo, o filo hollado
conque barrena el Aura peregrino
el Caracol ríscoso del Camino.

Canceles de Jazmines trepadores;
Entre Esmeralda inquietas Fuentecillas;
Céfiros, y Favonios voladores;
Variando el cuello amantes Palomillas;
Deliciosas techumbres de verdores;
Dulces enamoradas Tortolillas;

Cristales que entre piedras armoniosos
huyen de sí, y se buscan bulliciosos;

Cortezas que en aromas se liquidan;
Halagüeños murmúreos Celestiales;
Auras en que fragancias siempre anidan;
Enjambres que unen Néctar en panales;
Grutas que entre las quiebras se solidan;
Claveles que ultrajando están corales;
Céspedes donde el Pardo la Alba mece;
son los Objetos que el camino ofrece.

En una parte el Eco en los ribazos
duplica el canto que el Jilguero informa;
gime en otra ausencia, y tiernos lazos
el solitario, de un peñasco forma;
El arroyo a las peñas dando abrazos
duerme en la taza que una quiebra forma,
y en el ondear del piélago que habita
cansado el pecho diáfano palpita.

Vuela el Deleite entre el Favonio blando;
mal despierto el Placer yace en su asiento;
son las Flores, su ambiente embelesando,
embriagueces dulcísimas del Viento.
Mas ya llegaban (mejor grama hollando)
a la cumbre del verde Firmamento,
cuando alta Claridad a ser desaire
del Sol, llenó los cóncavos del Aire.

Cual Relámpago el negro parasismo
baña a la Noche en llamas presurosas,
listó venciendo aquel luciente abismo
las Tinieblas del Día Luminosas.
Todo el Cielo un boca de sí mismo
fue rasgando sus vallas armoniosas,
por donde todo (ningún Sol limita)
en hermosos fanales se vomita.

Torbellinos de luz miran canoras
las Aves en ejércitos ligeros;
son espumas mil Rosas voladoras
en golfos de Esplendores lisonjeros.
Bellos entre Zenithdes, y entre Auroras
se descuelgan racimos de Luceros,
llegando a conocer en tropas bellas

de su Sol la presencia estas Estrellas.

Terremotos al Cielo misterioso
le prohija el temblor resplandeciente;
con alas de Carmín, y Gualda, hermoso
vaga mucho Escuadrón Inteligente.
Los airones del Ombro luminoso
baten rizados bulliciosamente,
y introducen sus rápidos celajes
a Banderas los trémulos Plumajes.

Corrían estos montes arrollados
de Cielos, Luces, Ángeles, y Flores
hacia el Templo que ocupa los collados
del misterioso Monte, superiores.
Colón, el Rey, la Turba, y Magistrados
Norte hacen de su pasmo los ardores;
síguelos; y a los Ojos que alta inflama
es fija Luz la arrebatada Llama.

Ver del Templo a la puerta en el bosqueje
el Ministro, y no ver Astros lucientes,
fue todo uno. Al varón blanco ropaje
viste, y coronan plumas diferentes.
Misterio mucho en la Corona, y Traje
veneraban tejido aquellas Gentes
Todos se humillan; busca el Rey, postrado,
lo alto del Culto en lo ínfimo del Prado.

Propuso la Justicia el anhelante
Deseo de Colón, y alto Consejo
para saber cuál Religión constante
sigue esta Patria, de la Gloria espejo.
A instancias tales ordenó el semblante
compuesto más el Sacrosanto Viejo:
Gran cosa (dijo) si lo Humano mides,
difícil raro asunto (oh Huésped) pides.

Nuestros Mayores, como el Cielo fijo
se eleva a nuestro Ser, todo misterio,
cuanto no es venerar, vano y prolijo
condenaron en tanto Ministerio.
Mas pues, como ya el Numen nos predijo,
vienes Embajador suyo a este Imperio,
la Religión que adora nuestra Gente
diré; y la Razón della justamente.

En la Fábrica inmensa introducido
la vivifica Espíritu Constante;
siendo, a un Todo armonioso reducido,
todo Ente alta República elegante.
Por los acordes miembros infundido
Eterno Entendimiento vigilante
la gran Máquina agita, con un extremo;
de hermosas Obras; Este conocemos.

No pudo a Todo preceder la Nada,
porque de sí el Efecto Causa fuera;
para ser del No ser al Ser, llevada,
siendo Eterna la Nada, Nada hubiera.
Nada el Ser que no tiene le traslada
al Nada que ha de ser; fuerza es se infiera
Causa Universalísima, que en tramos
de Esencia todo anude; Esta admiramos.

Toda Criatura entre el No ser se exalta,
y entre el Ser; y en su espacio poco extenso
que en parte exista Rica en parte Falta
este extremo, y aquél le influye intenso.
Son imperfectas porque un Bien les falta
mas el Bien que les falta es Bien Inmenso,
pues el que tienen si, mas no pudimos
cual no tienen decir; Este aplaudimos.

Cualquiera Operación obra ordenada
a una Ley, declarando pende Amante
toda Naturaleza Naturada
de otra Naturaleza Naturante;
Sin esta hubiera entendimiento en nada;
pues entre lo visible aún más brillante,
Sujeto Intelectual a quien debemos
lo Intelectual, no se halla; Esta abrazamos.

Posible es todo aquello que si al Acto
se reduce, no tiene inconveniente;
no le tiene un Inmenso Ser que intacto
Soberano existiese Inmortalmente.
Viniendo todo deste Rayo abstracto,
si es Posible, es en Acto juntamente;
que nada estorbará, sin bien miramos,
que sea lo que es más; Este ensalzamos.

La Natural Gran Madre con pureza
siempre nos grita dogmas soberanos;
Lenguas de hoja, acción de Astros su Belleza
fiel desvela instruyendo los Humanos.
Nunca puede engañar Naturaleza;
y en los súbitos riesgos inhumanos
naturalmente es cierto que imploremos
Mayor Ser; luego existe: Ese queremos.

Quien es Eterno es por sí mismo; y nada
eficiente, final Causa a sus dones;
que hollando del No ser la mayor Nada,
en la del No ser bien no halla objeciones.
La Esencia que de alguna no es causada
sola se limitara Perfecciones;
que el Ente es por si el todo, percibimos,
sin límites sufrir; a Este servimos.

El Máximo Existente no el Ser diera
a todas Perfecciones oportuno
si la perfección toda no tuviera,
y incomparable a todo no fuera Uno.
Si hubiese otro, fuerza es los distinguiera
una Virtud, o un Vicio, el importuno
Vicio desdice; y de aquel Ser no hallamos
fuera alguna Virtud; Uno adoramos.

Creemos luego que es Eterna el Alma
que en nosotros al Cielo corresponde,
Superior a los Brutos en quien Calma
la Esencia, y en la Nada al fin se esconde.
Horizontes llamamos con fiel palma
toda Criatura Racional, adonde
los Hemisferios dos que al linde apuntan
del Tiempo y de la Eternidad, se juntan.

El Ser Corpóreo acerca del que es Sólo
objeto Espiritual, Obrar no puede;
pues se viera que así la Causa el Polo
de su Naturaleza propia excede.
Todo Objeto nuestro Ánimo entendiolo
aún siendo Espiritual, pues se concede
a su elevado Vuelo que un abismo
dividiendo de Luz, llegue a Dios mismo.

Lo Espiritual no se divide; luego

¿quién que Eterno ha de ser podrá negarle?
Si muere el Cuerpo es por que abriga ciego
Contrarios mil que llegan a arruinarle.
Sus Contrarios posibles con sosiego
Ve el Alma, sin que logren minorarle:
Timbres cuanto Obra más la ilustran varios;
la aumentan si es posible sus Contrarios.

Si Mortal fuera el Alma, sólo fuera
su Fin durar; mas vemos que a Dolores
como súbdito suyo en quien impera
el Cuerpo obliga y lazos exteriores;
Tal vez (como Inmortal se considera)
Briosa los Sentidos Inferiores
lleva a la Muerte misma y Fin, que horrible
es el Terrible más de lo Terrible.

En todo Objeto nunca la Rudeza
de los Brutos, se abstiene hasta saciarse;
ni se dio de lo Eterno a su Torpeza
el Deseo que no hubo de lograrse.
Fuera Necia y Cruel Naturaleza,
si viera este Apetito dilatarse
en más que el Hombre en quien se enciende activo
lo Eterno a esclarecer lo Sensitivo:

De todo el Universo en la alta Esfera
nada hay que ilustre el Sol, y (oh Abismo) escondas
que del Alma del Inmortal que nos modera
no sea Objeto en Cielo y Grutas hondas.
¿Quién no la ve que inmensa casi, impera
conociendo Aires, Riscos, Llamas, Ondas?
Aún Laureles en sí consigue atentos;
pues aún conoce sus Conocimientos.

Este es el Don Mayor que a esotro justo
Incomparable Ser agradecemos;
Por el cual para el Bueno y el Injusto
destinadas Mansiones dos Creemos.
Sin fin en la Una ante el Criador Augusto
el no haber que Esperar, de un Siempre, vemos;
y hay con rabias, de la Otra en la espelunca,
el Infeliz Desesperar de un Nunca.

.....
.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....

Dijo: y toda la Gente y las Virtudes
dejando el Prado que Astros vegetaba
se encaminan con lentas inquietudes
a la Corte que junto al Bosque estaba.
Llevó el camino Heroicas Magnitudes
a una Colina que alta registraba
la Corte excelsa; un Río que la baña;
y hermosa en variedades la Campaña.

La Vista arrebatada felizmente
la Población hermosa, que en bien hechos
Edificios, si bien poco eminente,
campeaba de las Plantas a despechos.
De un cándido betún resplandeciente,
que hay en aquella tierra, eran los techos;
pareciendo a reflejos que dilata
en Piélagos de Hierba Isla de Plata.

Estaban por el Campo derramadas
varias Ninfas en varios ejercicios;
Unas se ven a Bailes entregadas,
Otras cogen floridos desperdicios.
De Jóvenes también tropas aunadas;
se advierten por sus gramas; propicias
la hermosa Variedad del Prado exaltan;
Luchan aquí, allá Corren, allí salvan.

Algunos, de los Libros meditando
los Metales están ricos Tesoros;
Otros por el Florido Imperio blando
la Beldad siguen que causó sus Lloros.
Y Otros a Orfeo vencen, suspirando
al son de un Instrumento; tan Sonoros,
que ver esperarías en sus Tierras
aves Monstruosas mil volantes Sierras.

Quien examina con cuidado atento
las hierbas que la Selva da Florida;
y quien Versos compone que su acento

después con alma exalte esclarecida.
A tanta vista en su espesura el Viento
bien hallado, de ser fugaz se olvida;
y en suaves remansos sin desvío
se miraba que huyó de huir el Río.

Colón, que iluminar quiere su Idea,
preguntó en copia tal de ocupaciones
por cual causa, dejada su tarea,
busque la Gente agreste diversiones.
A cuya instancia la Divina Astrea
(en cuanto de las ásperas mansiones
del Monte, van al Prado descendiendo)
satisfizo Dulcísima, diciendo:

Aquí (donde los Dogmas ves perfectos)
la Agricultura y fértil desperdicio
es Empleo común, que a sus efectos
Varones y Hembras destino propicio.
Enseñase en la Escuela por preceptos;
y después con el útil Ejercicio
en el fecundo Prado cuya estancia
tiene de la Ciudad menos distancia.

Demás desto que a Todos los comprende
y el Campo inclina a Cultivar divino,
distinta ocupación cada uno aprende
como las Lanas fabricar o el Lino;
La Cantería que los Riscos hiende;
La Herrería a que el fuego le es benigno;
o la Carpintería, en Selva instable
Peste de acero a Vulgo vegetable.

Bien es verdad que siempre estos Oficios
según su agrado el Profesor elige;
Lo común es que el Hijo en ejercicios
en que su Padre estudia, se prohije.
Mas cuando a otro diverso con propicios
dictámenes el Genio lo dirige,
pasa adoptado a hallar aquella Ciencia;
y en su Elección le nace otra Ascendencia.

Las Telas, Carnes, Frutos, y en fin cuanto
ha menester un Pueblo, en dilatadas
Lonjas ya Trojes, el Senado Santo
hace junten sus Gentes desveladas.

De allí cada Vecino lleva tanto
Como quiere de todo a sus Moradas;
y Nadie pide ni usurpó sin modo,
pues Nadie compra y todos tienen todo.

Después que Mieses ya logran bastantes
dan en Barcas el otro Trigo al Río,
por si hay más Gentes. A quien aun distantes
y ignoradas los junta Afecto pío:
Sus Piedades en Piélagos undantes
nadan allá encendiendo el Cristal frío;
y al Grano que de Surcos cárcel lo ata
vaga es la Espuma Libertad de Plata.

Hay Instrumentos para cualquier Arte
públicos sin que alguno los posea;
y en providencias ínclitas se parte
el Medio como el Fin de la tarea.
Si envejece una Casa, se reparte
Gente por quien compuesta al punto sea;
de todos es cada una; y sin engaño
suelen cambiar entre sí cada año.

Aquellos sólo que el Afán no obliga
los Estudiosos son, el Magistrado,
y Sacerdotes; que en mayor fatiga
lo Docto los detiene y lo Sagrado.
Aquí verás que Gran Laurel consiga
el Don de la Poesía sublimado;
mas Nombre tanto sólo da su Fama
al que lo Heroico y lo Divino aclama.

Procésanla Mujeres, y Varones;
y encendidos con Ímpetus propicios
mil Especies allá de otras Regiones
verter los hace el Rapto en desperdicios.
Describir para ejemplo las Acciones
grandes del Reino, y detestar los Vicios
es lo más a que sirve esta elevada
Ciencia de todas Ciencias agregada.

En fin por ser los que el Afán contrastan
casi todos en esta Monarquía,
tres horas de Mañana, otras tres bastan
que trabajen de Tarde cada día.
Y así del Tiempo lo restante gastan

(como ves) a su antojo en alegría;
bien que el que sea honesta, desvelado
lo ordena y lo examina el Magistrado.

Dijo; y a la Ciudad dio el Tropel puro
más Luces que transportan los Etontes;
Las Paredes con ramas en no obscura
verdor se ven tejer sus Horizontes.
Joven Tropa por dar tal Selva al Muro
a las Lomas vellosas de los Montes
con mil Tijeras de Segur activas
las Lanas esquiló vegetativas.

Las Ventanas, las Calles, parecían
más que llenas formadas ser de Gente;
hablando Unos con Otros discurrían
del Monstruo suceso, absortamente.
Aquel que Metal viste (Unos decían)
es din duda el Caudillo del Oriente;
Aquel que en largo Traje viene oculto
será Sagrado el que Ministra el Culto.

Pregunta al Alma anciana, con cuidado,
tierna Virgen: ¿Cuál Tierra hay peregrina
donde nacen de Hierro congelado
los Hombres? ¿Quién así el Metal afina?
Aquel Dragón de Plumas enroscado
que en su Cabeza al Aire remolina,
es vivo acaso, y con horror no amigo
silva por devorar el Enemigo.

El más Anciano inquieto le agradece
a su Edad que durase hasta aquel día;
las Damas cuanta Rosa Abril florece
de los balcones vierten a porfía;
a Azucenas caer allí parece
roto el Sol blanco de la Láctea vía;
y a Claveles venirse (ardiendo el suelo)
en Estrellas de grana abajo el Cielo.

Por la espaciosa Calle luego a una
de dos Plazas que aquella Corte tiene
el Pueblo los guió donde oportuna
gustosa salva la Atención proviene.
Dio lugar la Plebeya la importuna
muchedumbre al mirar que el Triunfo viene;

y encontraron los Ojos mil hermosas
Ninfas que animan, al pisar, las Rosas.

Danzando en dulces instabilidades
al extraño Concurso hacen cortejo;
parecía que el aire y las Deidades
dan las alas de Amor a su despejo.
¡Oh cuánto! ¡oh cuánto alienta sus Beldades!
con razón; pues triunfando en su festejo,
de Esferas tales al girar florido
debió la Inteligencia ser Cupido.

A la Música así vaga la planta
con bulliciosos pasos se ceñía,
que una sola cadencia en gloria tanta
lo errante y lo sonoro parecía.
Corre instable la Cítara, el Pie canta
em confusiones suaves y armonía
añadiendo la Huella al Instrumento,
cada Lazo que teje otro Acento.

Al Compás de los dos latía hurraño
cualquiera Corazón blandas centellas,
copiando en palpitar que adula el Daño
el Vuelo deste la Inquietud de aquellas.
De sus Descuidos fue milagro extraño
saltar tropiezo a sus hermosas huellas;
que en cada Flor que el Blanco Pie nevaba
mil tiernos Vasallajes encontraba.

Más que el Respeto el Pasma aquel recinto
de Gente suspendió; y en sus acciones
con las Plantas allí por tierno instinto
saltan unidas las Adoraciones.
Enrédanse en su instable Laberinto
Vidas; mas a pesar de las Prisiones
sigue al Ligerito Alcaide y dulce Objeto
cargado con los Grillos el Afecto.

Es la Inquietud de su Belleza errante
Cansancio ajeno que el que vio padece;
y a la astuta fatal Cadena amante
un eslabón cada Mudanza crece;
apacible Dogal era triunfante
el Hilo que en sus Lazos no fallece;
y apretando Albedríos que atar pudo

cada Vuelta que estrecha fue otro Nudo.

Un Viento y otro vieron agregarse
luchando todos con ardor crecido,
y anhelando ambiciosos por rasgarse
de aquel Primor al Rapto esclarecido.
Si ya pudiera al Éxtasis hurtarse
destas Mudanzas el Mortal Sentido,
aprender dellas Movimiento viera
los Celestiales tumbos de la Esfera.

Desde aquí en la gran Calle, la Imperiosa
Astrea el Triunfo prosiguió aplaudido,
siempre explicando cuanta Misteriosa
Acción vía, al Varón della instruido.
Muchos Carros y Pueblo a la dichosa
función llegar miraron; y Escupido
por mucha Boca calle (oh Tropel) corres
de entre los gruesos Labios de sus Torres.

Aquella (Dijo Astrea) Tropa unida
a verte es de otros Pueblos concurrente;
gran gloria da a tu Gloria difundida
permitirse el viaje a tanta Gente.
Nadie aquí vaga; Angustia desmedida
dicen que es de su Patria estar ausente;
mezclan en esto Religión que observan;
y de Egipto la antigua Ley conservan.

Egipto indignos cuantos no formaban
su Reino, del juzgó con fiel justicia;
Res de Egipto en sus hostias y apuraban
en sus Caracterismo hierba Egipcia.
Menfis en piedras que las Nubes lavan,
de alumno Mármol ostentó propicia
duros, si antes divinos en su estilo,
los sacrosantos légamos del Nilo.

Aquí, bien como allá con vaga ausencia
peregrinar vedaron leyes pías;
Ninguno lo ejecuta sin licencia
del Magistrado, y con precisos días.
Muestra ésta donde a hacer va residencia,
y trabaja o ya en Pueblos o Alquerías:
sólo es Juez blando fija, en este suelo,
la intermisión del público Desvelo.

Un Carro con dos Bueyes aprestado
y Esclavos dos le dan a quien impera;
estos (cesando el Tiempo examinado)
vuelve a la Patria que feliz lo espera.
Vive a vista de todos y ocupado
en todo el Reino; en cuya acorde Esfera
son una Casa mil Comunidades,
y una Familia son muchas Ciudades.

Dejó de hablar: y de Alabastro puro
ven gran Palacio, en cuya simetría,
mordido el mármol de cincel no obscuro,
cincel monstruoso el Céfiro mordía.
Más a las Casas enramando el muro
festiva mano aquí reverdecía;
y en la flor que inmensa amontonó a la Calle
para el Pueblo vestir defundó el Valle.

Aquí (prosiguió Astrea) de las Ciencias
se enseña el preciosísimo tesoro,
parte deste alto Alcázar a excelencias
sirviendo del feliz sabio decoro;
guárdanse en otra parte con decencias
sus Leyes que fiel culto escribió en Oro;
y en medio está del todo que la abarca
la Real Mansión del ínclito Monarca.

En otras grandes Salas cuanto apresta
verás Marcial el Reino acero horrible;
con Causa justa no hay Nación como Esta
tan Fiera; aun Odio imprimir en lo Insensible.
Parece hacen sacuda la Floresta
la Baqueta del Austro imperceptible,
y le formen bramando Parches ronc
las verdes Pieles de los altos Troncos.

No dan lugar a las Civiles Guerras
sus Leyes que se abrazan felizmente,
y también el no haber en estas tierras
división de Caudal que Odio alimente.
Forman otras acá menores Sierras
linde entre esta Nación, y una infiel Gente;
lidian allí; y cesando la Pelea
también sabrás como el Comentario sea.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Desde aquí la gran Calle a la otra Plaza
los Concursos llevó, en cuyas mansiones
el Docto Gremio de estudiosos traza
Festejos a Colón y aclamaciones.
Con Arcos de Jazmín toda se enlaza;
y en ellos, llenos de altas Inscripciones
por más Floridos Genios Celestiales,
mil Epígrafes son Rosas Mentales.

Había un gran Teatro en que Gloriosa
recitar suelen contra el Tiempo y Parca
la alta Poesía; y en fe desto, hermosa
sombra le hace un Laurel que el Viento abarca.
Aquí (apenas la Plaza honró espaciosa
Colón, con las Virtudes, y el Monarca)
de Flores Coronada una Doncella
se ostentó; más que su Diadema Bella.

Todos pendían de la Ninfa atentos;
Cuando añadiendo nueva Gloria al Día
se oyó apacible en varios Instrumentos
ordenado Desorden de Armonía.
A su Compás la Ninfa en los Acentos
que enseñaron al Cielo melodía,
dando a Colón aplausos Inmortales
vertió al Aura feliz Cláusulas tales:

Triunfa; Oh excelso Caudillo, oh más que humano
Legislador, en quien vivió lo Justo;
sea eterna en tu Frente y en tu Mano
Divina la Balanza, el Yelmo Augusto.
Rendidas las Escuadras y Error vano
adoren ya tu Espíritu robusto,
por quien se ve en aciertos que eslabona
Ser Fiel de Astrea la Hasta de Belona.

Triunfa; oh Tú, a cuyo Nombre al atenderse

los Caudales del Reno Corredores
rinden Cultos, llegando a conocerte
Descendencia de sus Emperadores.
Bebieron Luces para esclarecerse
las Águilas augustas, y Colores
de Esmaltes rojos a tu Sangre ufana
dio la Cesárea Púrpura Alemana.

Triunfa; Pues porque el Erebo se asombre
Rayos la Religión te da Invencibles,
y tu Constancia te adquirió el renombre
de que aún Suceso harás los Imposibles.
Mandas; y es tu Prudencia más que de Hombre;
Lidias; y haces tus Palmas infalibles;
siendo en Saber y Impulso peregrino
tu dictamen Deidad, tu acción Destino.

Triunfa; Pues ya dio Aplauso a tu decoro
más Mundo que ese adonde celebrado
es el Tajo feliz tempestad de Oro,
es el Tíber de Luz raudal Sagrado.
A admirarte clarísimo Desdoro
de cuanto Semidiós vive exaltado
Tierras te aguardan, de riquezas llenas,
que anhelante el Leucadio abraza apenas.

Triunfa; Que emula al Sol tu Heroica Llama
otra Eclíptica forma en las Riberas;
y a señalarle término a tu Fama
no hallan Trópico alguno las Esferas.
Ya, en común beneficio que te aclama,
excede tu Esplendor esas Hogueras
con que es en blando Espíritu fecundo
la Pupila del Cielo Alma del Mundo.

Triunfa; Pues a tus Hechos excelentes
logras que el Manto azul papel se exalte;
las Luces tinta; y plumas las ardientes
del Cisne, o Fénix que es al Polo esmalte;
Carro es la Eternidad, y concurrentes
vulgos los Siglos sin que alguno falte;
y a ceñirse se tejen de faroles
una Zona Laurel y hojas mil Soles.

Cantó así: Y en airosas claridades
el Concurso obsequiando reverente

dejó el Teatro, oyendo inmensidades
de vítores que da a su Voz la Gente.
Mas en Carlos feliz que sus Beldades
y Acentos percibía absortamente
pasaron con dulcísimas prisiones
de admiraciones las Admiraciones.

(¡Suceso extraño!) Su Jacinta bella
en la Hermosura misteriosa vía;
aun sin su rostro gritan hoy que es Ella,
la Música, el Lenguaje, y la Poesía,
Grande en el Joven suspensión descuella;
a la Vista el Vivir todo corría;
y tuvo hartos que hay en fin más arrojados
en tener Alma allí para los Ojos.

Cuando libraba que alto el Oceano
sus Luces le apartaba furibundo,
y era envidia su Rayo soberano
a estotro Cielo, honrando estotro Mundo
en dos Soles sus Ciclos mira ufano;
y ve escrito en un rostro sin segundo
(¡ay cuánto deletrea su Memoria!)
con rasgos de Carmín Esta es tu Gloria.

Albricias (oh Jacinta) ya el Tormento
no hará sus ansias de tu Albor lunares;
Ya aquel Carlos, aquel tu amado Aliento
pidiéndote perdón, te dan los Mares.
Si te miró con Ceño hasta hoy violento
la Suerte injusta pródiga a pesares,
de tu Amante en el rostro ya oportuna
la Risa viendo estas de la Fortuna.

Corre (oh Carlos) del Héroe Victorioso
turba el Triunfo, que a Amor haces agravios;
Corre, y frustra a la Ninfa Amante ansioso
sus Compases tu Unión, su Voz tus Labios.
Artes del Grande Autor son portentoso
Fuegos de Amor que todo encienden sabios;
y acaso es más, si este gran Triunfo calma,
nacer un Reino que hallar Vida en Almas.

¡Mas ay! Que juzga el Joven admirado
que no es Jacinta la que a ver alcanza,
mas Beldad parecida, y engañado

tiene la Identidad por Semejanza.
El Idioma atribuye al venerado
Poder que le desmiente la mudanza;
Ni halla camino que a otro Mundo atento
la llevase, lino es su Pensamiento.

Callaba Inquieto; Ansioso suspiraba;
y intentando explicar su Angustia muda,
el Metal de su Voz siempre gastaba
la interior Lima sorda de la Duda.
¡Fiera impiedad de Amor! Cuanto empezaba
a renacer el vínculo que anuda,
para que en vivir tarden las Uniones
hace que mueran las Respiraciones.

Aquella Luz (decía) que allá, en prueba
de que supo ser Luz, supo ser suya,
podría tanto errar que en Beldad nueva
vuele a que nuevo Resplandor la incluya;
¡Oh cuánto el Corazón que es Ella aprueba!
Latiendo el Alma pide puerta en que huya;
O vos, Corazón mío, en Luz distinta,
no sois mi Corazón, o esta es Jacinta.
¿Cómo haría en dos Centros Caos vano
mi amoroso Universo otra Belleza?
¿y quién copiar podrá aquel más que humano
último Esfuerzo de Naturaleza?
Ella es; Ella es; el Mundo, el Oceano
todo hollé, y en Región de más pureza
pasado el Occidente llegó ahora
a ver cómo en su Patria está la Aurora.

Así discurre viendo arrebatado
con qué alborozo el Corazón palpita;
el Corazón, que el Nombre Idolatrado
en el rumor de los Latidos grita.
Sigue en el gran Concurso con cuidado
la Causa que su Incendio no limita:
Calla lo que discurre, y solamente
parte exhala del Pecho en Eco ardiente.

Díjola allí: ¿ Por qué hermoso Tirano
acordes ruinas labras en tu Acento?
¿Quién advirtió jamás que el Mayo ufano
dulcísima ponzoña exhale al Viento?
Vence la Voz al áspid inhumano;

mas tu Canto es estrago más sangriento,
y Áspid tu Lengua da a la Vida agravios
de entre las frescas Rosas de tus Labios.

No mi Oído enajenes que ansias cobra;
bastan mis Ojos; y en mi Pecho herido
a tu Parcialidad bella le sobra
la Confidencia ya de otro Sentido.
Si por vencer mi Aliento hechizos obra
tu Voz, cese su encanto apetecidos
siquiera porque puede en tal conquista
robar tu Acento palmas de tu Vista.

Negándose a su fuga voladora
embelesados en el Viento y graves
tu Armonía atendieron hoy sonora
los ejércitos leves de las Aves;
Daban por culto, aunque te ven Aurora,
fiel Silencio y no Músicas suaves;
que sola dulcemente se divisa
digna tu Voz de saludar tu Risa.

Estaba toda el Alma en mi suspensa
sin ver el Corazón acometido,
antes amando la apacible Ofensa
se abrevió en las Regiones del Oído.
Hallaste el Pecho (oh Ninfa) sin defensas
venció tu Voz; tan luego, que en su ruido
fue el Clarín mismo que emprendió tus Glorias
el Estruendo triunfal de tus Victorias.

Canta en los Giros de su instable anhelo
el Azul, el Luciente Paraíso;
Que sin esta halagüeña gracia el Cielo
sus altas ruedas impeler no quiso.
La Hermosura, a quien llama Cielo el Suelo,
ser de facciones Música es preciso:
¿Que mucho triunfes, cuando tu pureza
enlaza otra Armonía a la Belleza?

¡Oh! si dos Almas esta vez mi Aliento
con nueva Animación tener pudiera,
porque dos Cultos en mi Rendimiento
tengan tu Voz y hermosa Primavera.
Mas pues son imposibles deste intento
las Víctimas que ansioso considera,

si Cantas, deja el Alma a tu Voz pura,
y vuélvela en Callando a tu Hermosura.

Con una hermosa Risa cautamente
muda al Amante respondió la Dama;
hasta que se declara ya Impaciente,
y la arrebató Amor hacia su Llama.
Cuanta Gloria en un Pecho y otro ardiente
creciese entonces, júzguelo quien ama
Así en fin de un Pesar encanecido
Hijo el Placer, por tardo es más querido.

Al absorto Congreso el Curso, ciego
de sus Casos Jacinta hermosa cuenta.
Refiere que Deidad Auseolo luego
la veneró después de la Tormenta;
Dice como la huyó el Raudal del Fuego,
y como Naobacán seguirla intenta,
y allá en el Barco se libró confusa,
con cuanto ya ha descrito nuestra Musa.

Las Virtudes la hallaron; la Venida
de la Armada le advierten, y su Amante;
Y por Poetisa y Música la unida
gran Corte el Himno le encargó Triunfante.
Ella al fin y Leonor enternecida
se ven y abrazan; y en Unión constante
las junta con aplausos de alto estilo
dulce Himeneo a Carlos y a Camilo.

Ya había visto todos los Misterios
Colón, de aquel Impíreo de Amaltea;
Cuando antes que dejase sus Imperios
le preguntó la Soberana Astrea:
¿Héroe Feliz que de otros Hemisferios
estos ilustras en nadante brea,
te parece este Extraño Emporio digno
del Nombre de República benigno?

Oh Virtud Santa (respondió) ha gran rato
que arrebatado en mudas suspensiones
luchando estoy cuando explicarlas trato
acá dentro con mis adoraciones.
Felice el Rey, Felice el Pueblo grato
que mereció habitar estas mansiones
pues República en cuanto alumbró Apolo

no sólo es Esta, mas lo es Esta sólo.

En ninguna otra parte está atendida
la Pública Salud que aquí florece;
mas la Abundancia, en pocos detenida,
es Obstrucción de que el Común fallece.
Junta el Avaro bienes sin medida,
y aún cauteloso finge que parece;
y por nuevo Caudal, con sed traidora,
del Caudal las noticias atesora.

Los pocos a quien vemos los recuerde
allá el Trabajo, con Dolor constante
cual Esclavos la anciana Edad la verde
en opresión consumen incesante.
Da Vida a la República, y la pierde
en continuo trabajo el Laborante;
y tanto suda en angustiadas leyes
el triste Agricultor como los Bueyes.

Huella Ciencia y Virtud no alimentadas
quien tiene; y para a Alguno hallar propicio,
por viles medios (¡oh maldad!) ajadas
han menester las apadrine el Vicio.
Niega el sustento, niega las Moradas
la Tierra al Racional docto ejercicio;
y a los que son más que Hombres da sin frutos
menos comodidades que a los Brutos.

Por ventura ¿no es fiera, no es Ingrata
la República Infidel que en sus Errores
inmensas Sumas de Caudal desata
para Grandes? ¿de Vicios Inventores?
¿y nunca atiende a cuanta Hueste grata
lidia, o profesa doctos Esplendores?
¿ni a las Agrestes Gentes, y Oficiales
del Civil Cuerpo espíritus Vitales?

¿Y cómo no será ciega Locura
que al Indigno haga Ilustre un gran Ropaje?
¿y que siendo exterior su Contextura
de Espíritu, o lo quite, al Pecho el Traje?
Quien se viste de Seda o Grana pura
trata al menos pomposo con ultraje;
Ser da Quien no le tiene; Es en su Abismo
el Hombre menos parte de sí mismo.

¿Pues qué de los Deleites inhumanos
diré que el Ocio y el Poder conduce?
¿y de las Artes y Ejercicios vanos
que la Necesidad fiera introduce?
De rodillas están muchos Humanos
delante de Otro, y Gloria esto le induce;
con que llamarlo la Lisonja aleve
duda Hombre ya, si Dios aún no se atreve.

Pues luego los Togados que encubierta
Maldad abrigan con la Ley desleales,
alimentando el que a pleitear acierta
Astucias sólo en tantos Tribunales;
Cual Jayanes de Mármol que a la puerta
de algún Palacio vemos, son los tales;
muestran que el Reino elevan en sus Cuellos,
y le son Carga y lo desploman Ellos.

¡Oh Desorden! ¡Oh Edad! y ¡Oh cuán distantes
desto las Leyes son que ahora he visto!
Bien creo yo que a todas las restantes
Tierras daría este Gobierno Cristo;
Sino se interpusiera a sus amantes
Sacras Piedades, con horror mal quisto,
la Rabia que en la Tierra está extendida
de la impura Soberbia enfurecida.

Este Espíritu inmundo apoderado
de todos los Humanos Corazones,
hace que Nuestro Error contra sí armado
se oponga a Nuestro Ser, piense traiciones.
Si infama al Áspid el Veneno airado
que dio Naturaleza a sus Acciones,
¿qué hará al Hombre que en ruinas que se adquiere
nuevos Venenos, Peste ajena inquiere?

Ya el Mundo vio por este Imperio ciego
el Caballo en las Clines lisonjeras
(que a adornar nació el Prado con sosiego)
las Plumas competir de las Cimeras.
Ya el Ganges (aprendiendo en nuestro Fuego
llama los brutos) miró en sus Riberas
brotar su vasta Fiera a sus Caudillos
Monte animado Selvas de Castillos.

Ya las Aves que en diáfano Elemento
estaban sólo a ver sus Vuelos hechas,
se admiraron rasgar notando el Viento
huéspedas alas de rabiosas Flechas.
Los metales el Odio armó sangriento,
y salió el Hierro infiel de las deshechas
entrañas de la Tierra, con Renombres,
a esconderse en los Pechos de los Hombres.

¿Qué diré del Cañón donde el inmundo
Infierno por nosotros vio emularse?
¿y qué de la Carcasa, furibundo
Monstruo mayor, más digno de execrarse?
Nuevo Globo de Acero sobre el Mundo
revienta en Llamas; Como al acabarse
será el Abismo, para hacerle Guerra,
Respiración postrera de la Tierra.

Mas pues hace este Error que se reprima
sólo aquí Imperio tal que Auroras vierte,
¡oh! eternícelo el Cielo; y siempre oprima
los deleznable vuelos de la Suerte;
Pues si el Ave que a Arabia la sublima
costar tanto milagro al Sol se advierte,
más debida será luz más segura
de tan rara Provincia a la Edad pura.

Dijo Colón: y Astrea misteriosa
que las Leyes impresas vio en su Mente,
y en su Pecho el Afecto que piadosa
fomentó la República excelente;
Ya (le dice) la vuelta victoriosa
es preciso que des a ver tu Gente,
porque fabriques em el Orbe Nuevo
nuevo, Muro que tema el mismo Erebo.

Esto el Brazo que en triunfos te levanta
decreta a tu Desvelo; y que advertido
la dirección imites sacrosanta
deste felice Reino esclarecido.
Así imperaba: Cuando Carlos Santa
Divina Astrea este alto don te pido;
si adore digno estas Espesura bella,
permítenos vivir más tiempo en Ella.

Yo que heredando Nobles Esplendores

logré que la Fortuna en Pompas vanas
me de, al nacer, esmaltes triunfadores
de Ilustres Ascendencias Lusitanas;
Y inundando el Espíritu de Ardores
en brazos de las Musas soberanas
tuve la Cuna, porque el Tajo luego
de Jacinta cantaste el dulce Fuego;

Varias Tierras corrí; traté lo Raro;
mas lograr admiré en la Gente astuta
si aplausos la Virtud y el Plectro claro
premios la Fraude y la Lisonja bruma.
No de Monstruos tal copia en el Tenaro
vio Orfeo; En el Tenaro, en cuya Gruta
de sí propio el Vacío hasta el Abismo
se precipita trágico en sí mismo.

No canté en Breñas; ni en el Juicio urbano
fui indigno del Laurel que excelso adoro.
Teatro ha sido el Orbe Carpentano
siempre Augusto, a mi Espíritu sonoro.
Atendí en Mantua el Coro Soberano;
Mantua me oyó y me admitió Gran Coro;
veneré, embelesado a suavidades,
cuantos Poetas vi tantas Deidades.

Ya notando me arrogan Sacras Lumbres
muchos Doctos Espíritus atentos,
furiosa de la Invidia la costumbre
calificó mi Estudio y mis Acentos.
Corto es el Monte si la verde Cumbre
no le opugnan airándose los Vientos;
Bajo es el Cisne si contra el no lidia
rabiosa la Ponzña de la Invidia.

Más de una vez del Carro Luminoso
vi los Perros ladrarme en el profundo,
y al Compás del aullido tenebroso
surqué, riendo el estrellido Mundo.
En mi Plectro de Alcides armonioso
mordió tal vez la Clava Diente inmundo;
mas a Todos la Sangre ardiendo agravios
le vi teñir el Tósigo en los Labios.

Y pues sólo en Región donde habitando
las Virtudes están, que el Cielo inspira,

de la Docta Poesía el Eco Blando
libres del Odio los Aplausos mira.
Aquí dichoso exaltaré Cantando
la Razón, la Virtud, y en mayor Lira
aclamaré el Vigor, que da fecundo
Pompa al Mar, Gala al Cielo, Vida al Mundo.

Soliciten en la Europa Algunos
labrar Palacios, cumular Riquezas,
o Estatua a los umbrales importunos
de algún Prócer adulen sus Torpezas,
Que mayor Pompa da, más oportunos
adornos la Virtud en sus purezas,
y más Alcázar en aquel de donde
mira Elevada cuanto el Mundo esconde.

Ardan con Lumbres de Oro martillado
los Rayos de la Rueda nunca firme,
y aún todo el Coche en que se ve exaltado
quien causó mi Destierro al Competirme;
Que yo Felice en mí a pesar del Hado
haré que digno quieran admitirme
de las Musas las ínclitas Beldades
Compatriota Inmortal de las Deidades.

La Heroica sólo alta Virtud imprime
Venturas que no acaba Edad alguna,
y en sus Regiones para ser sublime
no ha menester el Hombre a la Fortuna.
Vendrá Gente que Eterno me sublime
y ignore desos Vanos la Real Cuna,
que para excelsa Fama y sus Clamores
no el ser Más falta donde hay ser Mejores.

Tú, Gran Colón, fomenta que yo ansioso
trate los Cisnes desta extraña parte,
pues Aquel soy sin duda que armonioso
destinaron los Cielos a aclamarte.
Dijo: Mas siendo ya el partir forzoso,
Colón mejor Neptuno y nuevo Marte
tierno del Reino allí se despedía
y a Todos abrazándolos decía:

Vivid felices; ignorad pesares
oh Vos, Nación que diviniza el Hado
a mí por nuevas Tierras nuevos Mares

de unas ansias en otras me ha arrojado.
Segunda vez fiado a los azares
del Golfo miraré que en vidrio airado
maleza de Cristal nieguen a mis lumbres
de la alta Europa las fugaces Cumbres.

No penderá infeliz del viento leve
o del Feroz Neptuno, vuestro Aliento;
ni temeréis que al Norte le remueve
divorcios del Imán el Firmamento.
No tendréis que vencer Tormenta aleve
ni, vencido ya el Golfo el Norte y Viento,
más infiel que sus riesgos desiguales
la ingrata Sinrazón de los Mortales.

Príncipe Augusto, Estrellas que glorioso
rayáis este Orbe bienaventurado,
a Dios, pues yo de aquí brazo imperioso
lo fugaz me honestó en lo violentado.
En cuanto vean mis Ojos el hermoso
Día, siempre en mi Pecho y mi Cuidado
más raíces tendrá vuestro amor puro,
que esta Selva feliz, por quien lo juro.

Dijo: y con Origuara en nuevo ambiente
fundó (cual lo que ha visto le aconseja)
Ciudad a quien el Nombre dio excelente
de Sacra Navidad que el Daño aleja.
Contar, como dejando alguna Gente
al nuevo Muro, a Guanagari deja;
y como luego Europa lo aplaudía,
nuevo Poema y nuevo ardor pedía.

Y ya al Sosiego anhela fatigado
mi Aliento. ¿Durarás a mis Despechos
o Asunto? Ya, ya te oyen exaltado
de la Ibera Nación los Claros Pechos;
Nación, que en mí Destierro dilatado
así atrajo mi Canto con sus Hechos
cual del Viador la Vista y la Presencia
Ciudad que está fundada en Eminencia.

¡Oh España! ¡Oh Nación fuerte! Que pensamiento
siempre de tu Gobierno tus Blasones,
sin él, viste el Estrago más horrendo;
con él, todas venciste las Naciones;

Mira en tu Edad primera mereciendo
Mundos Nuevos Gloriosos tus Pendones,
y advierte que en la Infamia o en la Gloria;
de ti pendo tu Ruina o tu Victoria.

A tu Celo y Aceros nunca enjutos
de la África sangre en las corrientes
dio el Cielo los vastísimos tributos
de otro Mundo, otros Mares, y otras Gentes.
No tus Caballos, no tus muchos frutos
compraron tanto Emporio, o tus lucientes
minas preciosas, mieses singulares
desa Luz que se siembra en nuestros Mares.

Tales Palmas y Timbre esclarecido
cuando hay Justicia su esplendor produce,
cuando el Premio y Pavor apetecido
tiene por Norte el Mérito que luce;
Cuando una misma puerta al Templo unido
de la Virtud y del Honor conduce,
cual un tiempo admiró la Vencedora
Roma, en fe deste lazo triunfadora.

Pondera en cuanta extraña portentosa
Empresa tu Ardimiento se ejercía;
Tanto era fabricar la Generosa
¡Española Triunfante Monarquía!
Mas mira que conserva poderosa
sólo a un Reino la Causa que lo cría;
y no permitas que en suspensas Calmas
se olviden tus Esfuerzos y tus Palmas.

Tú, Soberano LUIS, que Alto atropellas
lo Infiel y Invidia que a tus Plantas arde,
a quien todo el Gran Mundo en que descuellas
debe el ser una Gente con quieto alarde;
Y hoy ruega pises tarde las Estrellas,
y que pisando las Estrellas tarde,
ninguna Nube a su Adorar impida
la Presencia de LUIS Esclarecida;

Suspende esas que admiro Operaciones,
y admite entre otros Cultos el Misterio
de más preciosa Ofrenda que esos dones
lucientes que abortó el otro Hemisferio.
No desdeñen tus Sacras Comprensiones

tanto Objeto armonioso; ni en tu Imperio
se diga que ultrajadas y confusas
su clamor Celestial rompen las Musas.

Entre los Doctos Cisnes que ya admiro
en tu Heroica Nación que al Orbe espanta,
otro admite que nada ya en el giro
del Sena, y Fiel, aunque Extranjero, Canta.
Felice Yo si el último Suspiro
(anticipado por fatiga tanta)
es estallar con ínclito renombre
reventando al Gran Peso de tu Nombre.

¿Quién como Tú fue digno Heroicamente
del Renombre de GRANDE, esclarecido?
Entren con tu primor Carlos Valiente
los Teodosios de quien huyó el Olvido;
Entre el primero Otón; y el orto ardiente
Casimiro Polaco así aplaudido;
Cederán Todos ya con el suceso
a la Alta Luz de Soberano Exceso.

Si al Joven Macedonio tanto ufano
Blasón el Mundo por perderse ofrece;
Si al Sucesor a quien Venció el Romano;
Si a Fabio que en Tumulto desvanece;
Si Pompeyo tal Gloria al Pueblo urbano,
sin dar a grande Empresa fin, merece;
si en Chingi, Ismael, Mahometo, hereditaria
la empezó Tracia infiel, Persia y Tartaria;

A ti que las Virtudes Triunfadoras
mostrando al Mundo; ¿a sólo esto anhelabas
que Aclamación no debe? las traidoras
ansias lo digan de mil Pestes bravas:
De la infiel Hidra Herética por otras:
renacían las Frentes que truncabas,
a nuevo Golpe, porque den sus menguas
en más Cabezas a tu Acción más Lenguas.

Tú en una y Otro Piélago profundo
Leyes diste a las Cumbres Espumantes;
Tú las primeras Gentes dos del Mundo,
la Española y Francesa uniste amantes.
Arruínese el estorbo sin segundo
del Pirineo que era Escarpas antes,

y gástense con siempre excelsos modos
en tus Estatuas sus Peñascos todos.

Ya me parece miro que tu horrendo
Brazo aún hiere la bárbara garganta
al Jove que en sus Libias residiendo
Ponzoña fue Mental del Garamanta.
Triunfarás allá en Meca, donde viendo
que se crea en su Pozo Espuma Santa,
Vergonzoso Color viste a Nereo
la Roja Faz del Piélagos Eritreo.

Vendrá Edad que a Salén tus impacientes
Huestes rediman; y del Nilo undosas
sean Lenguas que aclamen reverentes
las siete Bocas que huyen caudalosas.
Dosel tuvo tejerse florecientes
del Líbano verás ramas frondosas;
y en la Alta Sien describirán Trofeos
las Palmas de los Campos Idumeos.

Entonces sí, que a Eternas Fama uniendo
Calíope Inmortal las Voces mías,
mis Plumas cortará tu Acero hiriendo,
y encenderán mi Ardor tus Osadías.
Ampara en tanto este Armonioso Estruendo
que ensalza tus amadas Monarquías;
y para cuando con tu Acción lo estorbe
granjéeme tu Ejemplo atento el Orbe.

FIN